

XII PREMIO TERCIOPELO DE NOVELA ROMÁNTICA

*Bajo la*  
**AURORA BOREAL**

*Mimmi Kass*



TERCIOPELO

Mimmi Kass

# Bajo la aurora boreal



# BAJO LA AURORA BOREAL

Mimmi Kass

ÉL, LUCHADOR E INCONFORMISTA.

ELLA, LA VALENTÍA FRENTE AL MIEDO.

Oslo, verano de 1969. En plena efervescencia por el descubrimiento del petróleo, Jana se ve obligada a abandonar su vida entre algodones para trabajar de matrona en un hospital en el Círculo Polar Ártico.

Nada parece ocurrir en aquel pueblo de pescadores y granjeros, pero el día en que Magnus, un apuesto y fornido marinero, se cruza en su camino, toda su vida da un vuelco brutal y ambos se ven envueltos en un amor de consecuencias devastadoras.

Una historia de amor épica enmarcada en los tiempos convulsos de finales de los sesenta y principios de los setenta, con los paisajes de Noruega de fondo y la lucha de los protagonistas por superar las dificultades que los enfrentan a sus familias, a su modo de vida y a ellos mismos.

## ACERCA DE LA AUTORA

MIMMI KASS (Valencia, 1980). Médico pediatra de profesión, ejerce en el Hospital Provincial de Pontevedra, ciudad donde reside actualmente. Además de su formación como médico, tiene estudios de psicología y sexología. Madre de dos niños y viajera infatigable, escribe desde la adolescencia. Recibió su primer premio literario en bachillerato, con su relato *Una danza negra*. Tras publicar relatos en varias antologías, se lanzó a la publicación independiente en 2016 con *Radiografía del deseo*. *Diagnóstico del placer*, *Latidos de lujuria* y *A corazón abierto* son algunas de sus novelas

publicadas hasta el momento. Todas ellas se han posicionado como número uno en las categorías de Ficción Médica y Erótica, conquistando también a las lectoras de género romántico.

#### ACERCA DE LA OBRA

Novela ganadora del XII Premio Terciopelo de Novela Romántica.

«Los protagonistas se enfrentan a las dificultades de la época, la precariedad laboral, una familia conservadora, la diferencia de clases... Un libro que te atrapa, que según avanza se vuelve más y más ágil, intenso, emocionante.»

#### GABRIELA OREIRO CHAPELA

«Una preciosa historia de amor y superación en la que la familia, la clase social o el qué dirán, no podrán vencer los sentimientos de dos personas destinadas a amarse. Mimmi me hizo enamorar, sufrir y morir de amor con los personajes.»

YOLANDA ALONSO ARADILLAS «Magia pura, magnífico, tierno, dulce, apasionado. Quizás el libro más romántico que se haya escrito en los últimos tiempos.»

#### CARMEN GARCÍA

## Índice

Portadilla

Acerca de la autora

### **1969**

La jaula de oro

El aroma de la libertad

Chica de ciudad

Un poco de educación

Kristtorn

La bicicleta

Una visita inesperada

Como San Pedro

Lo que quiero de verdad

La decepción

La llamada

La soberbia y el orgullo

Estás diferente

Las consecuencias

### **1970**

Dulce invierno

Andar y amar

El pequeño Kurt

Verano en Kristtorn

Vuelta al trabajo

Otoño traicionero El perfume

*Svetlana*

Statoil

El viejo Clyde

### **1971**

Stella Polaris

Cuando cae la venda

Los abogados

Un choque de titanes

Un manojo de cartas

Un regalo de Navidad

*God Nyttar!*

**1972**

Nostalgia

Reencuentro

Encrucijada

Østbanestasjon

Putá

Hechos consumados

Tromsø

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

**1969**

# La jaula de oro

*Oslo, primavera de 1969*

**E**l reloj de plata en su tocador advertía con severidad que llegaba tarde a la cena. Jana cerró los ojos y se llevó las manos al pecho, acercándose a la ventana abierta en busca de aire fresco. En los últimos días, tener tan cerca la fecha de partida provocaba en ella un anhelo creciente y una sensación absurda de temor. Hasta le costaba respirar. Las maletas de cuero de color tabaco junto a la puerta eran el recordatorio constante de que empezaba una nueva etapa. Su marcha a Tromsø era inevitable, ahora ya no podía echarse atrás.

Oslo se extendía desde la loma suave donde se situaba su casa hasta el mar, en un manto de construcciones uniformes y alegres, salpicadas del verde de los parques. ¡Qué poco había aprovechado la ciudad! A veces sentía que era una espectadora lejana de su propia vida, viviendo los acontecimientos siempre tras un cristal, real o figurado.

Unos golpes suaves interrumpieron sus cavilaciones.

—Jana, cariño. La mesa está servida. ¿Está todo bien? ¿Necesitas algo?

Sonrió apocada y se apartó de la visión entrañable que había disfrutado desde su niñez. Su madre no había dejado pasar ni cinco minutos antes de ir en su busca. Antes esos pequeños detalles pasaban desapercibidos.

Últimamente la agobiaban.

—Me despedía de la ciudad. Oslo es preciosa en verano.

Olivia se acercó a ella y arregló su melena. Estiró con ojo crítico el vestido de seda y rebuscó en el joyero sus pendientes de perlas y oro viejo. Jana no cuestionó la elección. Se quitó los aros que llevaba y se los puso con una sonrisa.

—Lars está abajo ya. Es muy guapo —dijo su madre con tono cómplice,



pero con la duda reflejada en sus ojos claros—. ¿Por qué un compromiso, ahora que te vas? ¿No sería mejor esperar a que volvieras?

—¿Qué quieres decir? —Jana apartó la mirada de su madre mientras una incomodidad creciente se apoderaba de ella.

—Mi niña, justo cuando empiezas a vivir. ¿De verdad quieres atarte a un hombre? —Elevó el rostro, sorprendida. Jamás hubiese esperado aquel comentario de su madre, siempre tan tradicional. Una preocupación desconcertante se reflejaba en su rostro y en la fuerza con la que sujetaba sus manos—. ¡Sois muy jóvenes!

—Pero ¡nos queremos! —replicó con firmeza. Se aferraba a aquella idea con la misma ilusión que obstinación.

Su madre asintió en silencio y salieron de la habitación abrazadas por la cintura, olvidando la pequeña disputa. La escalera de mármol que conducía hacia la planta baja relucía en todo su esplendor y Jana estudió todo con otros ojos. Los espejos con marco de pan de oro, la enorme araña de cristal sobre el vestíbulo, los retratos familiares y las gruesas alfombras. Nunca había pasado más de quince días alejada de la casa de sus padres. Y cuando lo hizo, siempre fue acompañada de ellos.

—Hace no muchos años, tenía que regañarte por bajar por la barandilla —dijo su madre con cariño.

—Mamá, ya tengo veintidós años —recordó, perdiendo la paciencia por un segundo. La mirada herida de su madre templó su frase posterior—. Pero voy a echar de menos todo esto. Y voy a extrañaros muchísimo a papá y a ti.

Mucho.

—Aún no es tarde, Jana. —Su madre la agarró del brazo y detuvo su caminar, mirándola a los ojos—. Irte a Tromsø es una locura, ¿qué vas a hacer en ese lugar dejado de la mano de Dios? Sabes que tu padre puede ayudarte. Y yo también puedo mover algunos hilos —añadió en tono conspirador con una sonrisa pícaro.

Jana tomó aire y lo soltó. Habían tenido aquella conversación al menos una docena de veces desde que recibió la carta portadora del destino de sus prácticas de matrona: el Hospital Sant Jakob de Tromsø. Al principio se le había caído el mundo encima —y aún seguía muerta de miedo—, pero las posibilidades de una vida nueva y de mayor libertad la seducían tanto como la

aterraban.

—¡Mamá, no quiero utilizar la influencia de papá! —Se desasíó de su agarre y se cruzó de brazos con determinación—. ¿Qué clase de profesional voy a ser si dejo que el doctor Jensen, eminente jefe de cardiocirugía, intervenga cada vez que surja un contratiempo?

—¿Y yo? ¿No puedo tomarme un té con la jefa de enfermería y dejar caer lo mucho que voy a echarte de menos? —insistió su madre, acariciándole la mejilla con suavidad—. ¿Lo vacía que va a estar la casa sin ti durante estos tres meses?

El tono cariñoso de su madre acabó por desarmarla, y se lanzó a sus brazos.

Las lágrimas se agolparon tras sus párpados y se dejó contener en su pecho.

Su madre era tierna, pero no demasiado dada a los despliegues de afecto, así que la apretó entre sus brazos para aprovechar aquel momento fugaz.

Enseguida apareció Nana por la puerta de cristal que daba al comedor y su madre se puso tensa, apartándose. Nada de muestras de cariño, al menos frente al servicio de la casa. A veces sentía que su madre sufría más que ella los efectos de la jaula de oro.

—¡Por fin! Las mujeres siempre haciéndose esperar.

La voz atronadora de su padre en cuanto entró al salón la hizo sonreír, y su sonrisa se ensanchó al ver cómo Lars, su prometido, le apartaba la silla para que se sentara. El comedor estaba engalanado como para una de las fiestas sociales que sus padres ofrecían de vez en cuando, pese a que solo cenarían ellos cuatro. El cristal de Bohemia de las copas refulgía bajo la luz de las lámparas, los cubiertos de plata estaban impecables y los platos blancos con filo de oro exhibían un entrante de langostinos con ensalada y frutos rojos que consiguió despertar su apetito por fin.

Su madre comenzó una charla insustancial que buscaba evitar el tema de su partida de manera frontal, cosa que agradecía. Pero ella solo podía fantasear con lo poco que faltaba para su enlace matrimonial. Prometida. *Prometida.*

Todo había ocurrido demasiado rápido, el enamoramiento inicial había dado paso a un noviazgo formal en pocas semanas y no hacía un año que se conocían cuando, en una noche de locos, Lars se lo pidió. Rodilla al suelo,

con un discurso apasionado que los llevó después a hacer el amor. Había sido perfecto.

Además, una compañía masculina permanente que contase con la aprobación de sus padres había significado, paradójicamente, obtener un poco más de libertad. Salía hasta más tarde, pasaba alguna noche fuera de casa y accedía a locales de moda que antes le estaban vetados. Incluso viajes que antes la sobreprotección de sus padres le tenían prohibidos. Rabiaba por iniciar juntos la maravillosa luna de miel que estaban planeando por Europa.

La risa potente y grave de su padre la hizo volver al presente y emitió una sonrisa cortés a juego con las que exhibían todos en la mesa. Matías Jensen era el centro de atención allá donde iba, y en su casa no era la excepción. Su madre se quedaba en un discreto segundo plano, y Jana se preguntó si ella sentiría alguna vez la misma garra enguantada en seda y perlas que atenazaba su garganta de vez en cuando.

—Entonces, este joven ha accedido a la beca de especialización de cardiocirugía con todos los honores —dijo su padre, enalteciendo las bondades de Lars, que se sonrojó de satisfacción—. Cuando mi hija puso sus ojos en ti, empecé a seguirte muy de cerca.

—Gracias, doctor Jensen —contestó su prometido—. Debo agradecerle todo el apoyo que me ha brindado.

Jana dejó de escuchar su perorata y lo estudió con arrobamiento. Era alto, delgado. El pelo castaño y ondulado, peinado con una raya lateral perfecta, los ojos verdes y despiertos, el rostro pálido típico de los internos de medicina y un cuerpo esbelto y lampiño. A veces se sentía gorda a su lado, debido a sus curvas. Demasiada carne. Demasiado pecho. Demasiado exuberante. Demasiado mujer.

—¡Llámame Matías, chico! Si vas a ser mi yerno, debes llamarme por mi nombre y tutearme.

Jana se dio cuenta de que volvía a desconectarse de la conversación. Los hombres acapararon la charla con cirugías y casos grandilocuentes, y siguió dando cuenta del succulento salmón a la mantequilla con puré de patata con una punzada de celos. Jamás había mantenido una charla así con su padre pese a sus estudios de matrona. Para él, traer recién nacidos al mundo no era nada al lado de abrir el tórax de un hombre hecho y derecho. Y, sin embargo, cuando

en algún momento, dada la adoración que sentía por él, quiso estudiar medicina, fue el primero en disuadirla.

«Es una profesión para hombres, Jana. Dura, exigente, competitiva.

¿Quieres eso para tu vida, cariño? Piénsalo bien.»

Y ella, por supuesto, pensó que tenía razón.

Siguió con una sonrisa forzada en el rostro durante toda la cena. En unos pocos días cogería el avión en el aeropuerto de Gardermoen y los nervios comenzaban a traicionarla. Contestaba las preguntas de un modo mecánico y excesivamente entusiasta, el miedo empezaba a ser mayor que la seducción que aquellos meses de libertad le ofrecían. En un momento, su madre apartó los ojos de su marido, al que atendía con adoración, y se volvió hacia ella.

—¿Estás bien, hija? Te ves pálida.

Jana intentó esconder el latido desbocado de su corazón y la sensación de temor que se acentuaba. Negó con la cabeza y redobló sus esfuerzos para aparentar normalidad.

—Disculpadme un momento. Voy al aseo.

En vez de eso, salió a la terraza del jardín. El fiordo de Oslo brillaba con los destellos que coronaban las pequeñas olas del mar. Una brisa tibia con un tinte salado le trajo recuerdos de la infancia: la soledad de no tener hermanos con quien jugar, las sesiones interminables de lectura bajo la higuera, las horas muertas tirada en el embarcadero fantaseando con dragones, unicornios y príncipes azules apasionados. Lars era un buen príncipe azul, seguro que la rescataba. Aunque no tuviese claro exactamente de qué.

—Jana, estarás bien en Tromsø. Mi madre cuidará de ti, ¡no te preocupes!

La voz de Nana la sacó de su ensimismamiento y se dejó contener por su abrazo cariñoso. El lugar donde se hospedaría allí era una pensión familiar que regentaba la madre de la mujer que había sido su niñera desde que nació.

Había jugado con ella y leído cuentos supliendo la falta de hermanos y la frialdad de su madre. Jana había recibido su consuelo y depositado en ella sus confidencias cuando creció. Ahora se habían distanciado un poco, aunque seguía queriéndola con el alma y no se le ocurría lugar mejor para alojarse en Tromsø. Sus padres aceptaron la sugerencia de Nana con entusiasmo, al saber que estaría bien cuidada. Y ella prefería llegar a un ambiente seguro, al estar tan lejos de casa.

—Nana, tengo miedo. ¿Qué voy a hacer yo sola allí? —confesó en un susurro—. No quiero marcharme de casa.

Decirlo en voz alta generó en ella un alivio inmenso. Su niñera la abrazó con fuerza y la besó en la frente.

—¡Estarás bien! —aseguró con vehemencia—. Vuelve al comedor, mi niña. Te están esperando y aquí fuera hace frío.

Nadie le preguntó nada, pese a que se había tomado su tiempo. Solo su madre le lanzó una mirada preocupada cuando se sentó con la nariz enrojecida por el fresco del exterior. Retomó la conversación como si nada hubiera pasado, sobre aquella silla que había sido suya desde siempre.

Asintió con amabilidad, dando respuestas ingeniosas, pero no demasiado llamativas, que se le antojaron envasadas y que no sentía suyas.

Volvió la mirada hacia su madre, que cuidaba de que la copa de su marido nunca estuviera vacía, de reponer el pan o indicar con una orden disimulada al servicio que retirasen un plato o sirvieran el postre. Siempre adecuada, siempre perfecta. ¡Ojalá pudiera ser un poco como ella! Cuando le pusieron delante el *apfel strudel*, se estremeció; era uno de sus platos favoritos.

Hundió con deleite la cuchara en la masa hojaldrada y en las lascas de manzana confitada, que crujieron desprendiendo un delicioso aroma a canela.

Por fin un poco de placer. Pero la mirada entre herida y acusadora de su madre le hizo saber que no se estaba comportando como debía, y dejó en el plato la generosa ración que iba a llevarse a la boca cogiendo solo un pedacito en la punta de la cucharilla. Su madre sonrió con amor. Y el guante de seda y perlas se ciñó un poco más en torno a su garganta.

—¡Por fin libres! —exclamó cuando se subieron en el Volvo 1800S que sus padres le habían regalado al cumplir veintiún años. Le encantaba conducir, pero Lars no tenía coche y a ella no le importaba cederle el mando.

Enfilaron rumbo al centro de la ciudad. Tenía permiso para pasar la noche con él y todo su cuerpo vibraba con la sensación de libertad. Cerró los ojos, alzó los brazos al viento para disfrutar de la brisa fresca de la noche mientras sorteaban a los coches por Strandgata. La vía principal de la ciudad mostraba el bullicio propio de un viernes por la noche. Era perfecto. Ignoró la charla entusiasmada de su novio, ensalzando lo maravilloso de su casa, la belleza de su madre y la inteligencia de su padre. Mientras hiciera rugir el motor y

podiera sentir la velocidad, no le importaba nada.

—¿Vamos a tu apartamento? —preguntó, al ver que se alejaban del centro para adentrarse en el barrio de Torengata, de edificios pequeños y coquetos—. ¿Y tu compañero?

Lars albergaba en la otra habitación de su apartamento a un interno de medicina para obtener unos ingresos extra.

—Estoy solo, así que he pensado que podríamos despedirnos como es debido —respondió con una mirada cargada de segundas intenciones. Jana se estremeció con la expectación de sentir de nuevo la piel cálida junto a la suya.

En cuanto llegaron al apartamento, se abalanzó al cuello de su prometido.

Lo besó con ardor, y buscó con su contacto una respuesta acorde a su deseo, pero él la abrazó con ternura y le apartó el pelo que siempre insistía en caer sobre su rostro.

—¿Qué vas a hacer allí, Jana? Nieve, frío, pescado y lapones. No pintas nada en Tromsø.

Suspiró, y se alejó un poco para aplacar su ímpetu. Lars era tierno y considerado, pero a veces parecía que no la deseaba. Su respuesta siempre era tibia y contenida, correcta y estudiada. Y ella siempre intentaba estar a la altura y acababa por moderar sus arrebatos apasionados, de los que Lars siempre se reía con condescendencia.

—Lo sé. Pero es lo que me ha tocado. ¡Es por sorteo! —dijo con cierto fastidio, porque era la enésima vez que lo explicaba—. Ha sido cosa del azar.

—Si estuvieras aquí, podríamos vernos más. Comer juntos, ir al café...

Ahora me van a pagar un sueldo y nos vamos a casar. Ya sabes lo que quiere decir eso.

Jana se echó a reír, divertida.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que podríamos vivir juntos los meses que quedan antes de la boda, claro.

Jana sonrió con ilusión y volvió a acomodarse entre sus brazos.

—Estaría bien. No creo que mis padres se opongan a que vivamos juntos en cuanto vuelva de Tromsø —dijo esperanzada. No tendría por qué volver a casa después de las prácticas—. Todas las parejas de ahora lo hacen.

El salto que pegó su prometido la pilló por sorpresa, su respuesta

entusiasmada la hizo reír.

—¡Sí! ¡Es perfecto! ¿Crees que le he gustado a tu padre? Me ayudará mucho contar con su respaldo en el hospital. —El rostro de Jana se ensombreció. De pronto, parecía haber perdido cualquier interés en ella—. Me ha dicho que pase el lunes por su despacho, me ha ofrecido una pasantía con él y, si trabajo duro, podrá interceder por mí ante la comisión de cirugía.

—¡Qué bien, Lars! Me alegro mucho por ti —dijo con sinceridad. ¿Cómo no iba a alegrarse por él? Era lo que siempre había deseado—. Vas a ser un cardiocirujano muy bueno. Tanto o más que mi padre.

Su novio enrojeció hasta la raíz del pelo y Jana sonrió con indulgencia. No le costaba nada decirle una palabra amable o cariñosa cuando intuía que.

necesitaba reafirmarse. Y desde hacía algún tiempo, sabía también que mientras cultivase su vanidad, lo tendría siempre a su lado. Además, aquello consiguió lo que sus caricias no lograron y Lars la abrazó con una sonrisa insinuante.

—Tenemos mucho que celebrar —murmuró él, estrechando su contacto.

Levantó la falda de su vestido y, cuando deslizó las manos bajo las bragas para apretar su trasero, Jana exhaló un gemido: —¡Chist! ¡No hagas tanto ruido! —la reprendió, riendo.

Ella se ruborizó, avergonzada. Era demasiado fogosa. Cerró la puerta de la habitación, aunque no había nadie más, y se acercó a la cama. Él estaba casi desnudo y había dejado doblada la ropa sobre el respaldo de una silla.

—Vamos, ¡quítate la ropa y ven! —ordenó con entusiasmo.

Jana suspiró. Le pidió ayuda con el vestido y el chasquido seco de la cremallera al abrirse le indicó que ya estaba desabrochado, aunque él no hubiera dicho ni una palabra. El sujetador se lo desabrochó sola, al ver que él no continuaba con la labor. No se animó a quitarse las bragas hasta estar bajo el cobertor de flores. Lars se acurrucó junto a ella.

Las caricias comenzaron algo tibias, pero fueron subiendo poco a poco de intensidad. Sus besos dulces y su aroma a colonia masculina la embriagaron.

Le encantaba el contacto de la piel contra la piel. Lo ayudó a ponerse el preservativo y recibió con entrega a su prometido cuando se situó entre sus piernas. Quiso pedirle que fuera un poco más despacio para saborear aquel momento tan importante de despedida, pero acabó por no hacerlo. No quería

estropear nada.

—¿Qué ocurre? —dijo él, impaciente.

—Nada —susurró ella con voz dulce.

Tras alcanzar el orgasmo, el placer se difuminó con languidez y la embargó un extraño sentimiento de vacío. Quizá solo eran los nervios por el viaje. Lars era perfecto. Se acomodó sobre las almohadas mientras su novio roncaba con suavidad a su lado. Su príncipe azul la ayudaría a salir de la jaula de oro.

Estaba segura.



# El aroma de la libertad

*Oslo-Tromsø, junio de 1969*

A doraba los lugares de tránsito y el trajín de los pasajeros. Aeropuertos, estaciones de tren, los puertos marítimos. Recordaba con añoranza el viaje por Europa que había hecho con sus padres al terminar los exámenes, y soñaba con volver a París, a Berlín, a Londres, a Viena... Sobre todo, París.

Cuando se dio cuenta de que su padre no podía separarse del hospital, que su madre no se movería de la casa sin él y que sus amigas no contaban con la inquietud o la economía para emprender semejante aventura, dejó de insistir en regresar. Se conformaba con admirar las obras de arte del Louvre o del British Museum a través de libros de gran formato, mientras esperaba a que, tras la boda, Lars y ella recorrieran en su luna de miel los lugares que habían quedado grabados en su corazón.

A veces se avergonzaba porque, tal vez, le hacía más ilusión viajar por Europa que la boda en sí.

—¡Jana! —Su madre la llamó de nuevo de vuelta a la realidad—. Se acerca la hora, mi niña. ¿Tienes la tarjeta de embarque, tus documentos, la agenda con los teléfonos..., el dinero? —añadió en voz muy baja, mientras arreglaba los botones del abrigo de corte trapecio de color celeste y recolocaba los mechones rebeldes de su moño cardado.

—Sí, mamá.

—Olivia, ¡déjala en paz! —dijo su padre en tono seco. Su madre se detuvo en el acto y se hizo a un lado al ver que Matías la aferraba por los hombros—. Jana, mi niña. Aún no es tarde. Dime que quieres quedarte y te conseguiré una plaza en la maternidad del hospital universitario. Solo necesito hacer una llamada. —Los ojos azules, llenos de mil matices distintos, la estudiaban con ansiedad y preocupación—. Si de verdad quieres subirte a ese avión, quiero

que me lo digas. Alto y claro.

Por un segundo, una bocanada de pánico la inundó. ¿Qué iba a hacer ella a mil setecientos kilómetros de su novio, de sus padres, del hogar que la había visto crecer? Se vio impelida a decirle que no, que no quería marcharse, que estaba aterrorizada y que no sabía qué se iba a encontrar en aquel pueblo perdido en el Ártico, lleno de pescadores analfabetos. Tragó saliva junto con todos sus miedos mientras miraba los ojos insondables de su padre, y se sorprendió de la claridad y firmeza que imprimió a su voz, dado que le temblaba todo el cuerpo.

—Sí, papá. Quiero subir.

Sus ojos se anegaron en lágrimas cuando él la estrechó entre sus brazos, sin importarle estar en medio de un aeropuerto donde las caras de reconocimiento se disimulaban al ver al eminente cardiocirujano y a la rica heredera de los astilleros. Pero ahora no era el doctor Jensen. Solo era su padre. Y al marcharse tan lejos del hombre que idolatraba se le partía el corazón en mil pedazos, aunque cada uno de ellos gritaba por la necesidad de libertad.

—En cualquier momento, ¿me oyes, Jana? Mándame un telegrama, o me llamas por teléfono —repetía su padre, mientras los pasajeros entraban ya a la zona restringida del embarque—. No olvides que debes llamarnos cada semana. Tu madre y yo iremos a buscarte cuando acaben los tres meses, ya que no quieres que vayamos a verte —dijo con cierto rencor.

—Buen viaje, mi niña —añadió su madre con la voz quebrada por la emoción.

Compartieron un último abrazo, que pensó que le quebraría las costillas, hasta que una azafata la conminó a darse prisa con amabilidad. Era la última.

Cogió su maleta de mano, aferró su bolso y volvió la mirada al menos una docena de veces hasta que la azafata cerró la puerta.

Se sorprendió al notar, ya sentada en el avión, que ella no había derramado ni una sola lágrima. En su rostro exhibía una enorme sonrisa y el guante de seda había desaparecido.

Quiso beber el paisaje sobrecogedor de los fiordos desde la ventana del avión, pero las emociones de los últimos días y el agotamiento acabaron por sumirla en un sueño profundo. Una copa de vino que, a modo de primer gesto

de rebeldía, aceptó de la sobrecarga del vuelo junto a un cigarrillo rubio.

también ayudó a su letargo. Le pareció que acababa de cerrar los ojos, cuando la mujer la despertó con unos golpecitos en el hombro, anunciándole que en unos minutos aterrizarían en Tromsø .

Con cierta ansiedad, salió del avión en busca de su equipaje. Se mezcló con el mar de gente que abarrotaba el pequeño aeropuerto. Las personas caminaban de aquí para allá y parecían muy seguras de lo que tenían que hacer. Ella esperó con nerviosismo a que el personal de carga depositara sus maletas en el montón creciente de bultos.

Pero el montón comenzó a disminuir a medida que los viajeros se marchaban, hasta que desapareció. Y sus maletas no estaban por ninguna parte. Se quedó parada en mitad de la enorme sala de recogida de equipaje, sola y sumida en una sensación de pánico. ¿Qué iba a hacer? ¡Todo lo que necesitaba para su pasantía estaba allí!

Miró a su alrededor para pedir ayuda y localizó una pequeña cabina telefónica en la pared. Echó a andar hacia allí con el alivio de saber que podría hablar con su padre.

Con el auricular en la mano, se detuvo a considerar la situación. Titubeó.

Tenía la certeza de que él resolvería el problema en tan solo unos minutos, pero ¿iba a acudir corriendo a él en el primer inconveniente que se le presentaba? Colgó el teléfono con la sensación de pánico acentuándose de nuevo, pero acompañada de cierta resolución.

—¡Señorita! ¡Este teléfono es para uso interno del personal del aeropuerto!

—dijo un guardia con cara de pocos amigos—. ¿Acaso no ha leído usted el cartel?

Jana se ruborizó al comprobar que, con las prisas, ni había visto la señal de prohibido. Pero aquel hombre era la tabla de salvación que estaba esperando.

—¡Mil perdones, señor! —dijo con una sonrisa un poco temblorosa—. Es que he perdido mi equipaje y no sé a quién acudir.

—¿Cómo son sus maletas?

—De cuero, de color tabaco. Cuatro maletas grandes a juego con esta — dijo, atropellando las palabras mientras levantaba su pequeña maleta de mano

—, ¡son muy fáciles de reconocer! Tienen grabadas mis iniciales, Jota, Jota, Ce, Jana Jensen Christensen.

El guardia se rascó la cabeza por debajo de la gorra, perplejo.

—Cuatro... ¿cuatro maletas? —Desplazó la mirada para buscar, pero solo había olvidada una de cuero, desvencijada, en un rincón—. ¿No estarán en el recibidor de primera clase?

Jana parpadeó, sin entender.

—¿Ha viajado usted en primera clase, señorita? ¡Déjeme ver su billete! —dijo el hombre, que parecía a punto de perder la paciencia. Jana salió de su inmovilidad y le tendió los papeles de su viaje—. Primera clase, como era de esperar. Venga por aquí.

Soltó un suspiro de alivio y trotó detrás del guardia, que abrió la puerta de una sala donde algunos pasajeros bebían café y charlaban sentados en unos cómodos sofás. Pero su equipaje tampoco estaba allí. Jana lo miró con pavor.

—No está —murmuró—. Mi equipaje no está. ¿Cómo es posible?

—Tendrá que poner una reclamación a la aerolínea —dijo el hombre, que se encogió de hombros—. Esto pasa con cierta frecuencia en los aeropuertos, señorita. No tiene nada de especial.

Pero Jana sentía que todo su mundo se detenía ante aquel problema. Sus ojos se anegaron en lágrimas y el guardia se apiadó de ella. Se acercó al mostrador de la sala de primera clase y llamó la atención de la azafata.

—Esta señorita ha perdido su equipaje —dijo, y le tendió el pasaje que aún portaba en su mano—. ¿Puede usted ayudarla con los trámites de reclamación?

La mujer estudió el papel y consultó una carpeta con diligencia. Se volvió hacia Jana con una amplia sonrisa.

—Señorita Jensen, su equipaje ha sido enviado a la pensión del Brezo. El señor... —Volvió a consultar la información—. Matías Jensen ha pagado los portes. No tiene nada de qué preocuparse.

El hombre se despidió con gesto cansado y se marchó con prisas, no tuvo tiempo ni de lanzarle un agradecimiento. La mujer continuó a lo suyo mientras ella seguía de pie frente al mostrador, desconcertada. Su padre lo había arreglado. Claro. ¡Qué tonta! Recordó sus palabras, encontrándoles un nuevo sentido.

«Tú solo busca el letrero con tu nombre. Bente Vinter te estará esperando a tu llegada. No tienes que preocuparte de nada más.»

Ella había dado por supuesto que tendría que ocuparse de sus maletas, pero su padre siempre iba dos pasos por delante. Se sentía una inútil. Y de nuevo el ahogo la embargó pese a la distancia. No. No era una inútil. ¡Ella había hecho lo correcto!, pero la sobreprotección de sus padres no la dejaba resolver sus propios problemas.

Como una completa idiota, se dio cuenta de que había pasado más de una hora, y que la señora Vinter debía estar muy preocupada por su tardanza. Se le cayó el alma a los pies al ver a una anciana enjuta, con el pelo por completo canoso y apoyada en un bastón, sostener con mirada ansiosa una hoja con su nombre escrito en letras mayúsculas e irregulares.

—Buenas tardes, señora Vinter.

—¿Jana? ¿Jana Jensen? —Ella asintió con una sonrisa culpable—. ¡Bienvenida, hija! —dijo la anciana, que la abrazó con una energía y una fuerza sorprendentes para su frágil aspecto.

—Disculpe por la tardanza, he tenido un pequeño problema con el equipaje —dijo con una sonrisa para esconder la turbación que aún sentía por el mal rato pasado.

—No te preocupes, niña. ¡Eres tal y como Nana me dijo que serías! Me ha hablado mucho de ti, ¿sabes?

La condujo hasta un taxi cuyo conductor dormía con la boca abierta y la cabeza apoyada en el asiento. Cuando se quiso dar cuenta, Bente le había abierto la puerta y señalaba el asiento de atrás para que se sentara, mientras continuaba contándole cosas que su hija le había transmitido a lo largo de todos aquellos años que se había pasado cuidándola.

La escuchaba con atención, pero poco a poco se desconectó de sus palabras. Como una niña pequeña, pegó el rostro al cristal del vehículo para no perderse ni un destello del paisaje que se abría ante sus ojos. El cielo azul exhibía un matiz vibrante, distinto, que lo hacía parecer más alto e inalcanzable. Las montañas, cargadas de nieve, se elevaban escarpadas junto a la carretera serpenteante.

—Bonito, ¿verdad? —preguntó Bente, entusiasmada.

—¡Es precioso!

Emitió una exclamación ahogada al cruzar el puente, y abrió la boca de pura sorpresa al ver la catedral del Ártico alzarse moderna y desafiante, con sus elevados arcos ojivales y sus vidrieras de colores. Desde luego, no era lo que esperaba. Le habían hablado de Tromsø como un pueblecito pesquero, primitivo y atrasado, y la primera impresión no podía ser más lejana a eso.

Era una ciudad pequeña, sí, pero que brillaba con luz propia y destilaba prosperidad.

La pensión del Brezo era una casa de madera de dos pisos y sótano del siglo XVIII, que soportaba bien el paso del tiempo. El antejardín era un vergel de flores y plantas, mientras que el patio trasero albergaba un pequeño porche y un enorme sauce sobre una alfombra de hierba verde. Jana sonrió al saber que pasaría largas sesiones de lectura bajo sus ramas.

—La casa se salvó del incendio que asoló la ciudad en mayo —contaba Bente mientras llevaba su maleta de mano al interior, con Jana revoloteando a su alrededor, consternada porque no le permitía ayudarla—. Muchas casas de madera del centro de la ciudad se perdieron, y aún están en reconstrucción.

Toda la actividad se ha trasladado al puerto y a los muelles. Te encantará pasear por allí, están llenos de vida...

Le costaba seguir los saltos de conversación de la anciana, pero lo que veía cada vez le gustaba más.

—Aquí desayunarás, comerás y cenarás. Si tienes hambre entre horas, puedes comer lo que quieras, ¡está más que pagado! Solo acuérdate de dejar el refrigerador bien cerrado —dijo Bente al enseñarle la amplia cocina que constituía el centro neurálgico de la casa—. No dejes migas ni platos sucios por ahí. Déjalos en el fregadero y ya los lavaré yo.

Jana identificó el teléfono y se dio un golpe desmayado con la mano. Tenía que llamar a sus padres para avisar de su llegada.

—Señora Vinter, ¿puedo usar el teléfono?

—Claro, mi niña. Tu padre ha dispuesto que se carguen los gastos directamente a su cuenta. Habla siempre que lo necesites.

Jana no supo qué contestar a esa información y marcó el largo número que llevaba escrito en su libreta. La operadora la comunicó con Oslo y su padre no tardó ni dos minutos en contestar.

—¡Jana, mi niña!

—¡Hola, papá! He preferido llamarte al despacho, sé que mamá los viernes sale de compras por la ciudad —dijo Jana, perpleja por el evidente alivio de su padre al contestar. Tan solo habían pasado unas horas.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Ya estás en casa de la señora Vinter? ¿Por qué has tardado tanto en llamar?

—Todo va bien, papá. —Dudó una fracción de segundo, pero desechó la idea de desahogarse sobre su incidente de las maletas. Mejor no darle más razones para preocuparse. Relató los detalles de su llegada, omitiéndolo por completo—. Ya estoy instalada, y la señora Vinter es un cielo.

—Me alegro, hija. La casa no va a ser lo mismo sin ti. —Jana enmudeció.

¿Acaso la voz de su padre se había quebrado? Fue un momento fugaz, porque enseguida se endureció—. Pásame a la señora Vinter, necesito darle algunas instrucciones.

Se quedó un poco apartada, intentando distinguir con disimulo algo en el murmullo que salía del teléfono mientras la casera escuchaba con un gesto que mezclaba burla contenida y paciencia, intercalando algún «Sí, señor Jensen», «Por supuesto, señor Jensen» y «Faltaría más, señor Jensen», con un tono que la hizo disimular una risita. Se había puesto a pelar patatas sosteniendo el auricular con el hombro. Aquella mujer era increíble. Se apresuró a coger de nuevo el teléfono cuando ella se lo tendió con gesto cansado.

—¿Papá?

—Hija, tu billete de avión está abierto. Eso quiere decir que en cualquier momento puedo programar tu fecha de vuelta. Si quieres volver, si por cualquier motivo no te encuentras a gusto o se te hace difícil, quiero que me llames.

Un nudo de congoja la hizo volverse para que la señora Vinter no viera su rostro. Hubiera dado cualquier cosa por abrazar a su padre en aquel momento.

—Papá, tengo que hacer esto. Y tengo que hacerlo sin tu influencia —dijo en el enésimo intento de hacerlo entender—. Si me quedara en Oslo, no sería más que lo que he sido siempre: la hija mimada del doctor Jensen, cuyo trabajo no vale nada porque creen que todo me lo has dado tú.

—Eres una niña mimada, ¡mi niña mimada! —dijo su padre al otro lado del teléfono—, pero nadie puede discutir tu valía en tus estudios o en tu trabajo.

Yo he presenciado tu esfuerzo y que jamás lo cuestionen o tendrán que vérselas conmigo.

Jana se echó a reír. Era una causa perdida.

—Papá, eres incorregible. Tengo que irme, aún no he abierto las maletas y la señora Vinter me espera. —La anciana se movía, nerviosa, y la miraba con cierta aprensión. Pese a que su padre pagara, aquellas llamadas eran carísimas —. Os llamaré a ti y a mamá el próximo viernes. ¡Millones de besos!

Lo cierto era que ya los echaba de menos, pero colgó con decisión y se dirigió a su casera con una sonrisa, dispuesta a dejar la llamada atrás con celeridad.

—¿Hay más inquilinos alojados en la casa? —Señaló las seis sillas en torno a la mesa de la cocina. La señora Vinter se puso de nuevo en marcha con su energía habitual.

—No por ahora, hacía tiempo que no recibía huéspedes, ¡ya estoy muy vieja!, pero hay un par de dormitorios libres que quizá arriende en verano. Si no te gusta el que te he asignado, puedes elegir el que quieras.

—Y usted, ¿dónde duerme? —preguntó Jana con curiosidad, mientras atravesaban un saloncito acogedor con una interesante librería y una puerta que daba al jardín.

—Yo duermo aquí abajo, ¡estoy muy vieja para subir y bajar escaleras! Si necesitas algo, llama a la puerta y entra. —Su habitación era pequeña y ordenada, con una camita, una mesilla con flores frescas y un pequeño televisor—. Tengo un sueño profundo y estoy un poco sorda, que no te dé apuro entrar.

Jana reprimió una sonrisa mientras la seguía por los escalones de madera, que emitieron un crujido antiguo bajo sus pies. Aquella mujer no paraba de hablar sobre lo vieja y desgastada que estaba, y ella solo veía a una mujer pequeña y delgada cuya energía ya la querría para sí.

Se estremeció de ilusión al ver su cuarto: blanco por completo, muy luminoso y con pequeños detalles de color. Le transmitió una paz infinita. Se acercó a la ventana y sonrió al ver que daba a la calle y que tenía vistas al mar. Fascinada, cogió entre sus dedos la cortina de organza con diminutas flores azules.

—¡Baja de la luna, Jana! —dijo la anciana con un cloqueo en su risa.



Abrió una puerta y entró aún más luz en la habitación—. Este es el baño. No es gran cosa, pero la ducha funciona bien y la caldera es nueva. ¡No te dará problemas! Tu padre ha contratado una sirvienta para que asee y ordene tu habitación a diario.

—¿Cómo? No es necesario —interrumpió ella, avergonzada. Era perfectamente capaz de hacer una cama, o al menos eso creía.

—¡Tonterías! Aprovecha lo que se te da y sé agradecida. Yo estoy muy vieja para andar haciendo camas, y me viene bien la ayuda —dijo mientras sacaba un par de toallas del armario y abría los cajones vacíos de una cómoda y un coqueto tocador de espejo mientras se movía, incansable, por la habitación—. Te prepararé algo, ya ha pasado la hora de comer, ¡estás en tu casa! Te espero en la cocina.

Jana esperó a que se marchara y se dejó caer de espaldas sobre la cama con un enorme suspiro de satisfacción. El edredón mullido la abrazó con un aroma a lavanda, que la hizo sonreír. Había llegado sana y salva a Tromsø .

El lunes conocería a su tutora y a sus compañeras. Comenzaría a trabajar por el primer sueldo de su vida, aunque fuese irrisorio comparado con la paga que recibía de sus padres.

Las cosas empezaban, poco a poco, a cambiar.

## Chica de ciudad

A las ocho en punto de la mañana del lunes, estaba lista y en perfecto estado de revista en la maternidad del hospital Sant Jakob de Tromsø. Elke Bodo, la jefa de matronas, no era una mujer para andarse con tonterías y en ese momento las observaba con gesto severo. Ella y la otra matrona en prácticas se irguieron sobre sus zuecos impolutos.

El moño estaba tan tirante que sentía la piel de la cara estirada y las horquillas que sostenían la pequeña cofia se le clavaban en la coronilla sin piedad. Llevaban cubremangas de un blanco impecable desde las muñecas hasta los codos, y un delantal, aún tieso por la tela nueva recién almidonada, protegía su ropa.

—Muy bien. Lotte, tú irás a la maternidad. Pregunta por la supervisora y ayúdala en todo lo que puedas. Jana, tú vienes conmigo al paritorio. —No se detuvo a dar más explicaciones y echó a andar con paso decidido por el largo pasillo. Jana la siguió con presteza, casi corriendo para mantenerse a su lado —. Veamos si en Oslo te han enseñado lo que es trabajar, chica de ciudad.

Y vaya si trabajó.

No había más que un par de mujeres en trabajo de parto, pero la labor de las matronas, y en especial de las que estaban en prácticas, tenía muchas más atribuciones que en Oslo. Cuando Elke puso en sus manos una enorme batea con material ensangrentado para llevar a limpiar y esterilizar, no pudo evitar la irritación.

—¡Esto le corresponde hacerlo a una auxiliar! —protestó, contrariada y sin poder reprimir el gesto de disgusto.

Su tutora se echó a reír y señaló el quirófano, donde se afanaban dos empleadas en limpiar y acondicionar el suelo y la camilla cubierta de sábanas sucias.

—Ellas están ocupadas limpiando los restos de la última cirugía. ¿Quieres ese trabajo en su lugar?

Jana cerró la boca y siguió a la mujer, que caminó delante de ella llevando una palangana aún mayor. Dejaron el material en unas enormes tinas de líquido antiséptico, cuyos vapores casi le provocaron un desmayo. No tuvo tiempo para ello, porque Elke ya apretaba el paso para volver al paritorio.

—Vamos, matrona Jensen. ¡No se quede atrás!

Tuvo que escuchar esa frase varias veces a lo largo de aquel día.

Ayudó en tres partos. Asistió en una cesárea porque la enfermera asignada estaba en un domicilio. Colaboró con Lotte en el adiestramiento de las madres en la lactancia y preparó el material para el día siguiente, en que tenían varias clases de parto. Derrengada, se subió al autobús y miró con cierto resentimiento la enorme construcción señorial de ladrillo a la que se accedía por una cancela negra de hierro forjado. Menos mal que la parada estaba cerca y no había tenido que andar demasiado.

—¿Qué tal el primer día? —dijo Bente con cariño. Jana agradeció la taza de té caliente y el bocadillo de queso con arenques, que devoró.

—Estoy agotada nada más empezar —se quejó, recibiendo con avidez el abrazo tierno que la anciana le regaló—. No he parado de correr de aquí para allá, haciendo mi trabajo... ¡y el de otros!

Bente sonrió con indulgencia mientras rellenaba su taza de té y ponía a su alcance una tableta de chocolate con nueces.

—El hospital regional Sant Jakob es el único importante del norte de Noruega, pero el gobierno central no parece entenderlo —dijo con cierta inquina—. Todas las subvenciones se han ido a ciudades como Telemark o Kirkenes, y aquí, con la excusa del dinero que deja la pesca, no han dado ni una sola corona. Esperemos que el petróleo cambie de verdad las cosas tanto como dicen. —Dejó en su plato un trozo generoso de chocolate y Jana sonrió—. ¡Saldremos adelante! Y tú también. Vamos. Come. Y vete a la cama pronto. Verás cómo mañana ves las cosas de otra manera.

A medida que pasaba la semana, todo comenzaba a encajar. Ya sabía dónde se guardaba el material, el horario de las reuniones clínicas, dónde acudir para tomarse un café y a quién debía evitar. Comenzó a cultivar una amistad incipiente con Lotte, la otra matrona en prácticas, a base de compartir.

café apresurados en su tiempo libre y fumar algún cigarrillo a escondidas en el patio de las ambulancias. Nunca había sido tan feliz.

El viernes por la tarde, un ánimo distinto impregnaba a todo el personal del hospital. Un espíritu festivo, de risas y confidencias. Jana se desprendió de la cofia, el delantal y los cubremangas, y los depositó en el enorme cubo negro de ropa para la lavandería. Se soltó las horquillas del moño y se acomodó la larga melena lisa sobre los hombros, adornándola con una cinta azul.

También se pintó los labios con carmín.

—¡Qué ganas tenía de acabar! —suspiró Lotte a su lado. Le ofreció el labial y su amiga sonrió entusiasmada—. ¡Parecía que la semana no iba a terminar nunca! Ahora iremos a dar una vuelta por el puerto.

—¿Dónde me vas a llevar? —preguntó Jana, algo reacia. No tenía muchas esperanzas de encontrar algo que hacer. Pese a la belleza serena y sobrecogedora del paisaje de Tromsø, la ciudad había quedado muy deteriorada tras el incendio y el centro estaba lleno de casas en restauración y plagado de grúas y obreros trabajando.

—¡Cambia la cara, Jana! —dijo Lotte con una sonrisa burlona—. Esto no es Oslo, no esperes bailes de sociedad ni cenas de gala, pero en el puerto siempre pasa algo interesante, ¡y hoy tenemos mercado! Llegan los barcos de pesca y hay muy buen ambiente.

Jana frunció la nariz. Barcos de pesca. ¿Qué interés podía haber en aquello? El pueblo era precioso, aunque la semana que llevaba allí le dejaba la sensación de que jamás pasaba nada.

Llevaba la chaqueta en el brazo, pero acabó por ponérsela en cuanto caminaron un rato hacia el centro de la ciudad. La claridad de la tarde y el cielo azul la hacían olvidarse de que se encontraban a trescientos cincuenta kilómetros por encima del Círculo Polar Ártico. El enorme termómetro de latón y cristal que colgaba de la fachada del Ayuntamiento tan solo marcaba catorce grados pese a que el verano no tardaría en llegar.

Se ciñó la gruesa tela de lana mientras caminaba contra el viento, rabiando por no tener un gorro para cubrirse las orejas. A medida que se acercaban al puerto, el olor a salitre que impregnaba toda la ciudad le picaba en la nariz con intensidad. La tranquilidad de las zonas más residenciales dio paso a un barullo y un lío de voces que la hicieron apretar el paso.

—¡Es maravilloso! —dijo Jana entusiasmada ante el ambiente bullicioso y alegre. Lotte la agarró del brazo y juntas se adentraron en el corazón del.

muelle.

—¡Sabía que te gustaría! Vamos, tengo hambre.

Entre los barcos y veleros atracados en los pantalanes, se sucedían puestos de venta de pescado y marisco, de ropa de abrigo, productos agrícolas y para trabajar el campo. La caminata al aire libre había despertado su apetito y el aroma de unos bollos de canela caseros y del pan de nueces le hicieron la boca agua.

—¿Un bollo de canela, señorita? Recién hechos, ¡los mejores de la ciudad! —ofrecía un chiquillo de sonrisa traviesa, que ya tenía en la mano uno de buen tamaño envuelto en una hoja de papel aceitado.

—Dos bollos de canela y dos cafés —pidió Jana, y se adelantó a invitar a su amiga, cediendo ante el ofrecimiento irresistible de aquel niño.

Continuaron su paseo entre risas y mordiscos a los enormes bollos, aún calientes. El café estaba delicioso y bien cargado. Disfrutando de la merienda llegaron a la zona más alejada del puerto, desde donde se escuchaba el sonido de una de sus canciones favoritas de los Rolling Stones, «Sympathy for the devil». Su cuerpo se movió de manera inconsciente al ritmo de la percusión y reprimió las ganas de ponerse a bailar.

—¿Volvemos? Aquí ya no hay nada —dijo Lotte, que miró hacia atrás algo preocupada. Era cierto. Se habían alejado bastante de la zona comercial del puerto, pero los acordes tiraban de ella como un hilo invisible.

—Espera, vamos hasta el final. Quiero ver de dónde llega la música.

Llegaron hasta el extremo del muelle, donde la voz desgarrada de Mick Jagger, junto con la mezcla de piano, bajo y guitarra eléctrica, emergía de un viejo transistor conectado a una batería de automóvil. En torno a él, un grupo de hombres reparaban unas redes frente a un barco pesquero algo destartado. Lotte la cogió del brazo con fuerza y ralentizó el paso. En sus labios se dibujó una sonrisa traviesa.

—Buenas tardes, bellas señoritas. ¡Que aproveche! —Una voz masculina la sacó de su ensoñación. Alzó el rostro con brusquedad, sorprendida de su descaro—. ¿Está rico ese bollo de canela?

—¡Estaría mejor si no me molestaran mientras lo como! —respondió Lotte con rapidez.

Cinco carcajadas estentóreas se entrelazaron con camaradería ante la

respuesta, pero Jana esbozó una sonrisa tímida, evitando fijar la mirada en los rostros bronceados, los brazos fuertes y los torsos amplios, algunos al descubierto pese al fresco de la tarde.

—No las asustes, Arne —reconvino otra voz en la que resonaban la risa y las ganas de vivir—. ¿No ves que son señoritas de ciudad?

Lotte volvió a dar una respuesta deslenguada, pero ella solo pudo fijarse en el propietario de aquella voz, de timbre sonoro y grave.

De pronto, el azúcar en su boca se tornó más dulce y se derritió, caliente, en torno a su lengua. La canela sabía todavía mejor. Ralentizó su paso para estudiarlo con disimulo. Un hombre. Parecía joven, pero tenía el rostro curtido por el sol. Los mechones de su pelo largo y rubio se escapaban de un gorro azul marino de lana. La camiseta de tirantes, que en algún momento había tenido que ser blanca, mostraba unos hombros fuertes y torneados, con bíceps tatuados. Intentaba limpiarse con un paño inmundo la grasa negruzca que le cubría las manos. Jana descendió la mirada por el abdomen plano, por la cintura que se movía indolente al ritmo de la música de los Rolling.

Admiró las piernas firmes recubiertas por un pantalón vaquero y unas botas verdes de goma muy gastadas. Y después la fijó en el bulto inevitable de su pantalón.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó el pescador, que al notar su examen se echó a reír con expresión traviesa y canalla.

Y ella reprimió una exclamación de sorpresa porque su sonrisa la dejó sin aliento. Unos labios gruesos y sensuales, unos dientes fuertes y blancos, y unos ojos celestes que la desnudaron con la mirada sin esconder por un momento su intención.

El rubor le tiñó las mejillas y ya no tuvo frío. Cerró la boca, que tenía entreabierta, y tiró de Lotte hacia el muelle principal para huir de allí. Las carcajadas se recrudecieron ante el movimiento de forcejeo cuando su amiga se quedó plantada en el sitio, demostrando que no tenía ninguna intención de marcharse.

—¡Magnus! ¡Tú sí que la has asustado! —respondió el dueño del primer piropo entre risas—. Mira la pobrecita, ¡ahora se quiere ir! No os vayáis, estamos acabando ya con las redes. ¿Cómo te llamas, pelirroja?

—Soy Lotte, y esta es Jana. ¡Vamos al Olhallen a tomar una cerveza, por si

queréis venir. Nosotras ya nos vamos —dijo su amiga, que hizo caso omiso a su imprecación escandalizada—. ¡Buenas tardes!

—¡Eh, no os vayáis! Yo soy Arne —las llamó el marinero de pelo castaño,

que abandonó las redes entre los comentarios y risas de sus compañeros, y se acercó un poco a ellas—. Y ese es Magnus. Por si a Jana le interesa.

El aludido se tocó el gorro a modo de saludo y esbozó una sonrisa pícaro.

Jana notó un calor intenso que se apoderaba de su rostro. Qué descarado.

¿Por qué iba a interesarle aquel pescador?

—¡Hasta luego! —dijo Lotte con su alegría habitual, agitando la mano y sus rizos rojizos. Tuvo que apretar el paso para ponerse a su lado—. ¡Esperamos veros en el Olhallen!

Ignoraron las voces masculinas rogando entre risas que no se marcharan.

—Pero ¿estás loca? —dijo, aún atónita por el atrevimiento de su amiga en cuanto se alejaron un poco. Miró hacia atrás y sus ojos se engarzaron con una mirada celeste y divertida que la hizo sonrojarse aún más. Se arrancó de ella con brusquedad—. ¡No los conocemos de nada! ¿Y si nos siguen? ¿Y nos hacen algo?

—Jana, ¡estás roja como un tomate! —la acusó Lotte con una sonrisa burlona. La agarró del brazo y la arrastró de vuelta al bullicio del mercado—. ¿Qué nos van a hacer? Si tenemos un poco de suerte, igual nos invitan a una cerveza y un cigarrillo. Llevamos toda la semana trabajando y necesito divertirme. ¡Vamos!

Magnus negó con la cabeza y se echó a reír ante el revuelo que las dos chicas de ciudad habían levantado entre sus compañeros. Llevaban toda la semana faenando en alta mar y tenían ganas de un poco de fiesta. Un par de cervezas. Comida caliente. Quizá, si tenían suerte, la compañía de una mujer esa noche. Trond, el capitán del *Valkyria*, les pagaba un puñado de coronas más si se quedaban tras la jornada a reparar las redes, y él necesitaba cada ore que pudiese conseguir. Pero en cuanto terminaron, cogieron sus petates y se encaminaron hacia el centro de la ciudad.

—¿Dónde vamos? —preguntó, algo cansado.

Se acomodó la mochila sobre el hombro y echó una mirada hacia donde estaba su casa. Sus amigos se dirigían en la dirección contraria.

—¿Dónde vamos a ir? ¡Al Olhallen! Esas chicas nos están esperando y nosotros somos unos caballeros —bromeó Arne, que caminaba con brío a su lado—. ¿O acaso quieres dejar plantada a esa rubia preciosa que te comía con la mirada?

—Eres un idiota, Arne. Pero vamos, me vendrá bien comer algo y tomar una cerveza o dos.

El local estaba atestado de gente joven que venía de la universidad o que acababa de llegar del mar o del trabajo. El humo de los cigarrillos se mezclaba con el vaho de la cerveza fermentando en unas enormes barricas y los aromas de la cocina abierta tras la enorme barra.

Arne estiraba el cuello, buscando a las chicas, pero él se quedó atrás y miró con disimulo el saco de tela que le servía de billetera. No tenía más que unas pocas coronas. Estudió los precios escritos con tiza blanca sobre las placas de pizarra y apretó los labios. Solo podría tomar un cuarto de cerveza y un bocadillo de arenques. O uno de salchicha. Y estaba harto de comer pescado en el barco.

—¡Un bocadillo de salchicha! Y un cuarto de cerveza —dijo con tono resignado al camarero que se acercó a atenderlos. Se habría tomado feliz una pinta entera. Negó ante la mirada interrogante de Arne, que le ofrecía un billete de cinco coronas. Jamás pedía prestado ni siquiera un ore—. Trond aún no nos ha pagado el mes de mayo.

Su amigo se encogió de hombros y compuso una expresión resignada.

—Ya sabes cómo están las cosas. Era mejor cuando nos pagaba semana a semana, pero no nos queda otra que aguantar —dijo su amigo, que pidió dos cervezas e hizo caso de su gruñido de fastidio—. He pensado en marcharme a las plataformas, ¿sabes?

Magnus lo miró, sorprendido por la confesión. Muchos jóvenes como ellos se marchaban a las plataformas petrolíferas a probar suerte con promesas de sueldos más altos y una vida mejor, aunque hasta el momento solo eran rumores.

—¿Crees que vivir encerrado en una mole de hierro en mitad del mar del Norte es mejor que faenar en el *Valkyria*? —preguntó con curiosidad. Le interesaba de verdad la respuesta de Arne.

—Ya vivimos encerrados en una mole, pero es de madera y hierro. ¡La



única diferencia es que se mueve en el mar! —terminó por decir su amigo, espantando con un gesto de la mano la incertidumbre que se cernía sobre ellos —. Mi primo viene en unas semanas de Stavanger y podrá darnos noticias de primera mano. Dice que deja Tromsø. Está harto de bregar en el mar en condiciones cada vez peores.

Magnus no replicó. En eso tenía razón. Las cosas cada vez estaban más difíciles para los pesqueros.

El camarero puso frente a él el bocadillo de salchicha de reno ahumado y se le hizo la boca agua. De pronto, no importaba el futuro ni la jornada mal pagada ni la escasez de pesca que parecía cebarse con el mar de Noruega en aquellos últimos meses. Solo importaban el pan caliente, la carne sabrosa y la cerveza fría.

—Mira. Ahí están. La rubia para ti —dijo Arne, que cogió su plato de patatas fritas con salmón—. Yo me quedo con la pelirroja.

—Ahora sí que acepto tus cinco coronas, te las devuelvo cuando Trond me pague —dijo Magnus al darse cuenta de que no podría invitarla a nada.

—Demasiado tarde. Son mis últimas cinco coronas y estaba dispuesto a regalártelas —respondió su amigo entre risas mientras señalaba con disimulo a las chicas—. Pero ahora tengo que darles un uso mejor.

Magnus masculló un juramento y dudó en acercarse hasta la mesa, pero Arne ya se había sentado al lado de la pelirroja y utilizaba todas sus dotes de conquista. La chica rubia parecía por completo fuera de lugar. Era un ángel de ojos verdes y melena rubia, y se sorprendió pensando en cómo retirar aquella cinta con la que recogía su pelo. Arne se acercó a decirle algo a la pelirroja, Lotte, se llamaba, que se echó a reír con picardía. Su ángel parecía cada vez más incómodo. Quizá no tendría que invitarla a nada. Se armó de valor, arremangó su camisa sobre los codos para disimular el desgaste de la tela y se acercó hasta ella.

—¿Quieres dar un paseo? El sol de medianoche está precioso en esta época.

La chiquilla, o mujer, no lo tenía demasiado claro, le lanzó una mirada despectiva en la que también se leía cierta curiosidad.

—¿Un paseo? ¿Fuera de aquí? Ni hablar, estoy con mi amiga —dijo, retirando su mirada de él.

—No parece muy preocupada por ti —dijo con malicia al ver que ella y Arne parecían congeniar con rapidez. Su amigo tenía un mechón de rizos rojos entre sus dedos y le murmuraba algo al oído que se notaba que era de su agrado—. Creo que está más interesada en lo que Arne tiene que decirle.

—Si quieres, siéntate aquí y termínate ese bocadillo. Y puedes invitarme a una cerveza —dijo elevando aquella naricilla con unas pecas casi imperceptibles. Casi se atragantó. Porque era una chiquilla preciosa. Y porque no le quedaban más que unos pocos ore en el bolsillo.

—No, prefiero ir fuera y contemplar la noche. Aunque solo sea desde la puerta —dijo con una sonrisa algo triste, resignado a perder—. Si quieres, puedes acompañarme.

Se lo jugó todo a aquella última carta y se alejó hacia la salida. Arne depositó en la mejilla de Lotte un beso apasionado y Jana se levantó con brusquedad.

—De acuerdo. ¡Voy contigo! Pero solo hasta la puerta del local. Nada más.

Cualquier cosa antes de seguir asistiendo al espectáculo de risas y coqueteo descarado que su amiga estaba dando con aquel pescador. Salieron juntos y Magnus cerró la puerta, dejando tras ellos el bullicio, la música de los Beatles y las risas, que ahora les llegaban amortiguadas. Jana suspiró.

—¿Qué es lo que echas de menos? —preguntó él, que se apoyó en la pared junto a la puerta de acceso al local. Jana lo miró, interrogante, y Magnus sonrió—. Estás suspirando. Eso suele ser porque extrañas algo. O a alguien.

Jana miró hacia las casitas de madera pintadas de colores vivos a ambos lados de la calle y se encogió de hombros. Tardó en contestar porque entró un grupo nutrido, charlando entre risas.

—Echo en falta mi casa en Oslo, a mis padres, a mis amigos... —Se detuvo, algo cohibida por la atención que recibía de aquellos ojos celestes, y se cruzó de brazos—. Nunca había estado sola y tan lejos de casa. Supongo que es natural.

Él dejó caer la sonrisa de los labios, algo triste. Su mirada se perdió en el paisaje e hizo un gesto con la mano hacia un parque con árboles no muy lejos de allí.

—¿Damos un paseo? La plaza del Museo está ahí mismo. Si quieres, claro —dijo él, con un gesto de las manos que indicaba su inocencia—. ¿O

volvemos dentro?

Jana se mordió el labio, indecisa. ¿Qué hacía con un completo desconocido paseando por una ciudad a la que había llegado hacía poco más de una semana? Pero acabó por asentir, era absurdo quedarse parados en medio de la acera.

—¿Qué haces en Tromsø? Oslo está muy lejos —añadió con curiosidad.

Jana lo miró de reojo. No solía ser tan callada, ni tampoco tímida, pero aquel hombre la descolocaba. Era un pescador, pero su manera de hablar era mucho más culta que la de, por ejemplo, su amigo Arne. Apreciaba en él una dulzura difícil de interpretar.

—Soy matrona, he venido a hacer unas prácticas al Sant Jakob. ¿Y tú? ¿Eres de aquí?

—Soy de Kirkenes, una ciudad a unos ochocientos kilómetros de aquí.

—¿Vives en Tromsø desde hace mucho tiempo? —preguntó Jana, tan solo para tener algo de lo que hablar.

—Desde que terminó la guerra —dijo Magnus.

Algo en su tono de voz la obligó a mirarlo con atención. Una sombra de dolor recorrió su rostro curtido por el sol y desapareció cualquier rastro de alegría.

—Lo siento. Yo aún no había nacido cuando acabó la guerra. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo treinta y cuatro años. Tenía nueve años cuando terminó. ¿Y tú?

—Tengo veintidós. El mes que viene cumpliré veintitrés.

—¡Eres una niña! —dijo Magnus, riendo. Su rostro varonil volvió a iluminarse y el fantasma de la tristeza se desvaneció.

—¡No soy una niña! Doce años no es tanto —replicó ella, indignada. Pero acabó por contagiarse de su sonrisa traviesa y sus ojos serenos. De pronto, las risas dieron paso a un silencio extraño entre ellos. Sus manos se rozaban al caminar.

—Mira, el sol de medianoche se ve precioso —dijo él al fin, rompiendo el momento—. ¿Lo habías visto alguna vez?

—No, y no sabía que era tan bonito —repuso ella, impresionada por el espectáculo.

Se sentaron en un banco de la plaza y contemplaron el cielo añil, quebrado

por los naranjas y dorados de la claridad del sol. Estaban muy cerca el uno del otro, y Jana percibió un aroma salvaje, masculino y desconocido que la turbó. Era su olor, que mezclaba matices ahumados, a gasolina y a sudor limpio. Tuvo que humedecerse los labios y su incomodidad aumentó. No era atracción, ¡no podía serlo! No era más que un pescador. Se estremeció.

—¿Tienes frío? Toma, usa mi jersey —ofreció él, solícito. Jana tomó en sus manos la prenda de lana gruesa y basta, de un color azul marino algo desteñido. Olía a jabón barato y a agua de mar, y se lo devolvió, arrugando la nariz.

—Gracias, pero no lo necesito. No me gusta el olor.

—¡Está limpio! —aseguró él, ofendido.

Jana se ruborizó, había sido muy maleducada, pero aquel hombre la turbaba demasiado. Intentó disipar el desagradable momento con una sonrisa tentativa.

—Tengo sed, ¿me das un poco de cerveza? —Señaló el botellín medio vacío que él sostenía en la mano. Aquello pareció aplacar su enfado y sonrió al dárselo.

—Claro. Compartir es vivir.

Bebieron a morro la cerveza y Jana experimentó un placer extraño al saber que su boca se posaba en el mismo lugar donde se habían posado los labios él. ¿Cómo sería besarlo? Qué tonta. ¿Por qué pensaba eso? Encendió un cigarrillo con las manos temblorosas.

—No me gusta que fumes. Apágalo —dijo él de pronto. Jana tragó saliva al percibir la intensidad de su mirada.

—Fumo si quiero. Tú no me vas a decir lo que tengo que hacer —replicó con brusquedad. Para reafirmarse, dio una larga y lenta calada con los ojos clavados en él.

—Cuando te bese, no quiero sentir el sabor del tabaco.

Jana se quedó sin habla. Estaban muy cerca. Sus manos se rozaban sobre el banco de madera y en los labios sentía el calor de la boca masculina. Se sonrojó con violencia y él la miró con extrañeza. Y de pronto, hizo algo que la desconcertó.

Con delicadeza, cogió el extremo de la cinta que mantenía ordenado su pelo y tiró. La melena se le abrió sobre los hombros y le cayó en una larga

cascada dorada por la espalda.

—¿Qué haces? —protestó enfadada. Aunque también se sentía turbada.

Nerviosa—. Estás loco si piensas que puedes besarme. ¡Estoy prometida!

—

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa pícaro mientras jugueteaba con la cinta entre los dedos. Jana le miró las manos y la atracción creció.

Jamás había visto unas manos así. Grandes, fuertes, de venas prominentes y dedos de uñas cuadradas. Quiso acariciar las asperezas que veía en las palmas, y se preguntó cómo se sentirían sobre su piel. Le cosquillearon los labios—. Tengo que volver.

Y se levantó del banco sin esperar respuesta y caminó de vuelta hacia la cervecería sin mirar atrás. Si se quedaba, la tentación de ese beso sería demasiado grande. ¿Qué demonios le ocurría? La culpa la inundó al pensar en Lars.

—¡Espera, no te vayas! ¡Tu cinta! —dijo Magnus cuando pudo reaccionar.

Tenía la sensación de haber salido de un trance.

La vio meterse en el interior de la taberna y pensó que había sido solo un sueño, pero todavía tenía la seda azul cielo que le recogía el pelo. Se la llevó hasta los labios. Conservaba la traza de un perfume dulce y fresco que lo acompañó durante toda aquella noche.

## Un poco de educación

**E**l verano llegó con días largos y noches inexistentes. El sol de medianoche iluminaba el cielo nocturno y arrancaba matices que Jana jamás había visto.

Desde el hospital, algo alejado de las calles iluminadas del centro, podía disfrutar de su belleza cuando hacía las guardias como una más. Tres semanas de trabajo duro le habían demostrado a Elke, su tutora, que era mucho más que una chica de ciudad y tenía asignado un turno que comprendía al menos dos noches a la semana.

El fin de semana previo al solsticio de verano tuvieron que trabajar sin descanso por una afluencia masiva de embarazadas que se pusieron de parto.

Jana no creía en las influencias astrales, pero aquel *Jonsok* estaba echando por tierra todos sus alegatos científicos. Llegó el sábado y por fin pudo marcharse a casa tras una noche entera sin dormir.

—Piensa en el dinero —murmuró Lotte ya en el autobús que las llevaba de vuelta al centro—. Con todas las horas que hemos echado en la maternidad, ¡seremos millonarias!

Jana tan solo tensó los labios en una sonrisa cansada.

—Mejor piensa en el respeto de Elke. ¡La jefa Bodo por fin cuenta con nosotras como matronas tituladas!

El dinero le daba igual, su pequeño sueldo era menor a la paga que sus padres le daban. Pero saber que lo había ganado con el trabajo de sus manos y su buen criterio la llenaba de orgullo.

Ella se bajó primero frente a la pensión del Brezo y agitó con desmayo la mano en un gesto de despedida para Lotte, que seguía calle abajo. Esperaba que no se quedara dormida en el trayecto.

—Niña, ¿quieres comer algo? —preguntó Bente, preocupada al verla llegar tan derrengada—. Tómame al menos un vaso de leche y algo dulce.

Jana asintió. No era su prioridad, prefería dormir, pero no le vendría mal

llenar un poco su estómago antes de una siesta en su maravillosa cama.

—Gracias, Bente. Estoy agotada —murmuró dudando en si tomar la leche caliente y el *smørbrød* con mermelada de arándanos—. ¿Has recibido mi recado?

—Sí, la operadora me avisó de que te quedarías en el hospital anoche, pero tu padre ha llamado preocupadísimo —dijo con voz cansada. Jana despertó un poco de su modorra y la miró con atención—. Me ha dicho que lo llamaras en cuanto llegases, que te has olvidado ya dos veces de tu llamada semanal.

Jana suspiró. Era cierto. Acabó el pan con mermelada y se dirigió al salón, arrastrando los pies descalzos por el suelo de madera. Cogió el auricular, negro y pesado, y recitó en una letanía el largo número de su casa a la operadora. Su padre no tardó en contestar.

—¡Jana, hija! ¿Estás bien? —Una bocanada de culpa la azotó al escuchar su voz preocupada—. ¿Por qué no has llamado? ¿No entiendes que tu madre y yo nos desesperamos al no saber de ti?

Jana suspiró, estaba demasiado cansada para dar explicaciones y prefirió adoptar la postura complaciente de siempre.

—Lo siento, papá. No volverá a pasar. ¿Qué tal va todo en casa?

Su padre comenzó a perderse en detalles de sus últimas cirugías, las cenas que habían tenido con amigos y las novedades en la ciudad. Jana se tapó un bostezo con los dedos, mientras la impaciencia superaba cualquier interés por tener noticias. La ansiedad de las primeras llamadas para saber de ellos y de lo que había dejado atrás en Oslo se diluía en la nueva vida a la que se enfrentaba. Y estaba tan cansada...

—¡Hija! ¡Jana! ¿Me estás escuchando? —alzó su padre la voz al otro lado del teléfono—. ¿Estás ahí?

Jana se sobresaltó y el auricular resbaló de su mano. Tuvo que hacer un malabar para que no terminase en el suelo.

—Lo siento, papá. Estoy muy cansada, salgo del turno de noche y voy a dormir una siesta. Este fin de semana...

—¿Estás haciendo turnos de noche? ¿Por qué? Tus prácticas solo comprenden actividad de mañana. —La voz autoritaria de su padre la cohibió para seguir relatándole sus jornadas en aquel fin de semana, víspera de San

Juan—. Arreglaré eso de inmediato.

—No, papá. No te preocupes. Ha sido una excepción —dijo con sangre fría—. Había un caso en el que estaba interesada, pero no volverá a pasar.

Charlaron unos minutos más, le mandó un beso cariñoso a su madre, que había salido con unas amigas de compras al centro, y se despidió con la promesa de que no volvería a olvidar sus llamadas.

Pero no podía dejar de pensar que le había mentido por primera vez, de manera consciente y premeditada, a su padre.

Cayó rendida en la cama, y se durmió en el abrazo de algodón, plumas de ganso y aroma a lavanda. Se levantó ya bien entrada la tarde, con un hambre de lobo feroz y despejada por completo.

Irrumpió en la cocina y se detuvo en seco al encontrarse con unas piernas masculinas tiradas en el suelo, embutidas en unos vaqueros y unas botas de trabajo, que salían del mueble abierto del fregadero. Lo extraño de la situación la dejó inmóvil sin saber qué hacer.

—Señora Vinter, ¿puede pasarme la llave inglesa? —dijo una voz desde dentro del mueble—. Creo que solo falta apretar un poco más la cañería y quedará listo.

Jana miró las herramientas desparramadas por el suelo para ayudar a aquel pobre hombre, pero no tenía ni la más remota idea de lo que era una llave inglesa.

—¿Bente?

El hombre salió de debajo del fregadero con dificultad y una expresión de sorpresa vistió su rostro.

—Bente no está —dijo Jana algo cortada. No podía creerlo. Era el pescador. Magnus. Sus labios cosquillearon con la misma necesidad irracional de besarlo de cuando habían estado tan cerca.

Él se incorporó con una disculpa, cogió el trapo sucio que colgaba de la cinturilla de sus pantalones y se limpió las manos. Y sonrió. Oh, Dios,

¡sonrió! Y aquella sonrisa gloriosa acompañada de sus ojos celestes y cálidos, enmarcados por pequeñas arrugas de expresión, la dejó sin aliento. La boca gruesa y sensual. Los dientes blancos y fuertes. La voz atronadora. No parecía acordarse de ella. El impacto en su cuerpo fue brutal y se puso a la defensiva.



—Soy Jana Jensen. ¿No me recuerdas?

—¡Vaya!

¡Era ella! ¡La chica de ciudad! Jana. ¿Cómo no se iba a acordar? Aún conservaba la cinta de su pelo marcando las páginas de cada libro que leía.

No era una chica. Era un ángel. No parecía real. Estiró la mano para saludarla y, al comprobar que estaba sucia, la retiró ante su mohín enfadado para limpiarla. Aunque fue peor. El trapo estaba mojado con agua sucia y grasa, y lo estrujó entre sus dedos.

—¿Y bien? ¿No me vas a saludar?

No era más que un pescador sin modales. Jana soltó un resoplido indignado ante el aparente mutismo del hombre y se reprochó por sentir algún interés en él.

—¡Hola! Hola. Esperaba a la señora Vinter, no esperaba... —Se detuvo, calibrando sus palabras y sonrió—. No esperaba que apareciese una beldad como tú en su lugar.

Qué atrevido.

Una corriente soterrada de atracción se instaló entre ellos y Jana no pudo evitar una sonrisa. Era bueno tener un poco de atención masculina después de pasar tanto tiempo en un ambiente donde casi todo el personal eran mujeres.

—¡Hola, Jana! Perdona el desorden, ¡este fregadero viejo no para de darme problemas!

La voz de su arrendataria rompió el momento íntimo, y Jana se arrancó de la mirada masculina, sorprendida de su propia audacia. Estaba prometida a Lars, ¿qué demonios hacía flirteando con aquel pescador?

—Señora Vinter, esto ya está listo. He hecho un apaño y las cañerías aguantarán —dijo el hombre, mientras recogía los trozos de tubería y las herramientas y las metía en una enorme caja de hierro—. No sé si cuando llegue el invierno tendremos que hacer una reforma en profundidad —añadió, preocupado—, pero al menos, de momento, ya lo tiene funcionando.

—¿Qué haría yo sin ti, Magge? —dijo Bente con una sonrisa que transmitía verdadera adoración—. ¿Cuánto te debo? ¡Y no me digas que no te cobre nada, como siempre!

El hombre agitó su melena rubia y frotó su barba de tres días con un gesto de negación.

—No puedo cobrarle, señora Vinter. He pedido los materiales a su nombre en la ferretería y esto no me ha llevado más que un par de horas. —Se lavó las manos en el fregadero con energía. Cada movimiento exudaba carisma.

Jana lo contempló con curiosidad. La camisa de leñador, algo raída en los codos, estaba limpia y sus vaqueros, muy gastados. Pero su cuerpo se movía con la elegancia de un animal salvaje y desprendía fuerza contenida. Era educado y circunspecto, pero sus ojos celestes de mil matices lanzaban miradas audaces dirigidas a ella; el rictus de su boca y su mandíbula cuadrada marcaban una firme determinación.

—Entonces quédate a tomar un café con nosotras —dijo Bente, arrancándola de sus pensamientos—. He hecho s *uksessterte*. ¡No admito un no por respuesta!

El pescador —Magnus, se llamaba. No era difícil acordarse. Calzaba a la perfección con la magnificencia de su físico— abrió los ojos con la sorpresa de un niño y se sentó a la mesa. Jana se movió hacia los fogones para preparar el café, solo para mantenerse ocupada y dejar de mirarlo. Era guapo, no podía negarlo, pero, ante todo, era muy diferente a los hombres que ella conocía. Aquella mezcla entre timidez y descaro la desconcertaba y la intrigaba. La rotundidad de su físico la intimidaba. Se preguntó de dónde provenía su lenguaje cuidado.

—¿Cómo va la temporada de arenque? ¿Me has traído algo esta vez? —parloteaba Bente mientras sacaba de la alacena la tarta de almendras y le servía una generosísima ración—. He escuchado que este año los bancos vienen poco cargados.

Magnus masticaba con entusiasmo y Jana lo observó, boquiabierta. Se metía medio trozo de tarta en la boca y masticaba..., bueno, engullía como si no hubiera comido en su vida.

—Uhm, esto está buenísimo, señora Vinter —dijo con la boca llena. Jana hizo un gesto ofendido con la cabeza, pero él continuó ajeno a su malestar—. Sí, los bancos de arenque parecen haber desaparecido este año, todo el mar de Noruega está esquilado. Trond ha equipado el *Valkyria* con cámaras frigoríficas y estamos faenando de lunes a viernes o a sábado. Así es más eficiente y podemos ir más lejos. La situación está difícil.

—Disculpa, ¿podrías comer con la boca cerrada?

Magnus la miró de hito en hito. El tono cortante interrumpió su conversación con la señora Vinter, que parecía desconcertada. Con rabia, notó que enrojecía hasta la raíz de los cabellos. La chica apretaba los labios en un gesto indignado, como si él hubiese cometido el más horrible de los crímenes. Se limpió los labios con la servilleta, mientras dudaba entre decirle cuatro cosas a aquella chiquilla petulante o disculparse. Sin saber por qué, se decantó por esto último.

—Lo siento. El barco ha llegado a mediodía y no he tenido tiempo para comer. —Tampoco tenía por qué decirle que aquel día no tenía ni una sola corona en los bolsillos, ya que Trond no les pagaría hasta la semana siguiente, en que acababa junio, y aún no había pasado por su casa para coger dinero del pequeño alijo que tenía escondido. Su orgullo se resintió ante la dureza de su comentario—. La tarta está magnífica, señora Vinter. Se supera usted cada día en la cocina.

La anciana se echó a reír, aliviada, y le sirvió el café que ya burbujeaba en el fuego.

—Eres un camelador, Magnus. Dime, ¿cuándo vuelves a faenar? ¿Seguirás con Trond el resto de la temporada?

—Zarparemos de nuevo el lunes de madrugada si Trond no nos dice lo contrario. Trabajaré en el arenque hasta septiembre, después se queda con su tripulación habitual. Necesita abaratar costes. —Tenía suerte de que el patrón del *Valkyria* contara con él, su pesquero estaba tripulado solo por miembros de su familia y él se había ganado un hueco a fuerza de trabajo duro—. Después iré al fletán, hasta que comience la temporada del *skrei* en enero.

Este año voy de segundo a bordo en el *Svetlana* — dijo con orgullo. Aquello también se lo había ganado a pulso—. Hasta mayo. Y vuelta a empezar.

—Parece una vida dura —dijo Jana, con la barbilla apoyada sobre la mano y el codo en la mesa.

Magnus observó a la mujer. Niña, más bien. Recordó que se llevaban doce años. Pese a la impertinencia sobre su manera de comer, parecía interesada en lo que estaba contando y lo miraba con aquellos preciosos ojos verdes llenos de curiosidad. Era muy bonita. Se le antojó una pintura de Rafael. El pelo dorado, el rostro redondo con las mejillas sonrosadas y aquellos labios de

botón de rosa le daban un aire angelical que lo cautivaba. Aunque no estaba tan seguro de la belleza de su carácter.

—Es la única que conozco —respondió con sencillez. Apuró el café y sonrió a su anfitriona—. Señora Vinter, gracias por su hospitalidad. Si ese fregadero le da problemas, no dude en llamarme de nuevo. Algo se podrá hacer. Señorita...

Se calzó la gorra de fieltro con un gesto cortés pero distante. Recogió la pesada caja de herramientas y salió de la casa con paso firme sin ver el mohín enojado que la joven le dedicó.

Tenía ganas de llegar a su hogar. Las jornadas en el barco no permitían ni un segundo de descanso y, a la vez, se hacían eternas. Disfrutó de la caminata por las calles coloridas, y las casas se fueron espaciando hasta dar paso a los prados salpicados de árboles. El asfalto desaparecía poco después y se convertía en un camino en buen estado, pero de tierra. Con el mal tiempo se transformaba en un barrizal. De todos modos, él prefería el mar para moverse.

Se internó en el bosque aledaño hasta que dio con el pequeño roquedal en el que ocultaba el bote. No podía permitirse pagar un amarre en el puerto y, por el momento, el escondite se mantenía a salvo de curiosos y ladrones. Era un trabajo tedioso que repetía cada vez que volvía de faenar: arrastrar el bote hasta la playa tirando del precario soporte con ruedas que él mismo había construido, volver hasta las rocas, coger el pequeño motor a gasolina y llevarlo también a pulso. Se secó el sudor de la frente y se tomó unos minutos de descanso, rabiando por fumarse un cigarrillo. Pero para eso tampoco había dinero. Solo faltaba esconder en un hueco entre las rocas el soporte, doblar la lona y guardarla, y disimular la entrada con algunas ramas.

El tiempo que perdía en la operación lo ganaba con creces cuando recorría las siete millas que lo separaban de su casa. El trayecto era casi el doble de largo, pero al ir en la lancha lo hacía con mayor rapidez. Jamás se cansaba de la compañía de la línea escarpada de la costa, que mezclaba mar, bosque y roca, flanqueando el estrecho canal. Un tejado de tablas oscurecidas por la brea y unas paredes de un alegre rojo lo recibieron y sonrió. Su casita. Su hogar. Por ahora, no necesitaba más.

## Kristtorn

— Maldito vejestorio...

Magnus murmuraba imprecaciones mientras el viejo motor del *Valkyria* emitía estertores ahogados, escupiendo humo negro y gasoil. Revisó los engranajes desgastados hasta dar con una junta suelta. Allí estaba el problema. Suspiró, pensando en la surtida ferretería de la ciudad. Tendría que apañarse con lo que había.

El rostro de Trond, castigado por el sol, casi acartonado, apareció sobre la escotilla del motor, privándolo de la poca luz que tenía. Alzó la mirada, furibundo, pero se contuvo al ver la sonrisa afable del capitán.

—¿Qué? ¿Has conseguido arreglar a este bastardo?

El cigarrillo pendía de sus labios secos mientras hablaba, dando la sensación de que en cualquier momento caería al suelo anegado de agua con combustible. Y no era un lugar donde quisiera tener una brasa, aunque fuera el diminuto rescoldo de tabaco liado.

—Este trasto es un caso perdido —gruñó Magnus, apretando la junta con fuerza. Los hierros se quejaron con un chirrido preocupante, pero, una vez más, el viejo motor del *Valkyria* aguantó. Los jadeos agónicos dieron paso a un ronroneo ronco pero sostenido y el humo negruzco tornó a un gris de menor densidad.

—¡Has vuelto a obrar tu magia! —dijo el capitán, con una sonrisa de dientes amarillos y ojos pícaros—. No esperaba otra cosa. Ahora, a cubierta.

Ayuda con la red, que tus brazos hacen falta.

Magnus secó el sudor de su rostro con el antebrazo, cuidando de no mancharse más aún, y se limpió las manos antes de apoyarlas en la escotilla e impulsarse fuera del pequeño habitáculo del motor. No se quejó. Eran una tripulación pequeña y todos desempeñaban trabajos más allá de sus funciones. Y él, aparte de pescador, estaba conforme con ser útil como mecánico y chapuzas para todo en el barco.

—¡Ayuda con la jareta, Magge! —advirtió uno de sus compañeros.

En un par de zancadas, se colocó junto al resto de los marineros y cerró sus manos en torno al cabo grueso que sostenía la red de jareta.

—¡El próximo año tienes que comprar un molinillo a motor, capitán! —se quejó entre risas el segundo de a bordo—. ¡Y una grúa mejor!

—¿Y vosotros qué trabajo haríais, panda de gandules? —dijo Trond sin inmutarse por las numerosas pullas de sus pescadores.

—¡Viene cargada! —dijo otro, con entusiasmo.

Ver los destellos de las colas plateadas de los peces batir enardecidas la superficie del agua los animó a todos a tirar con más fuerza.

—¡Todos a una! —bramó Trond—. ¡Tirad! ¡Tirad! ¡Tirad!

Separaba cada orden con unos pocos segundos para dar tiempo a los hombres a ganarle terreno al cabo. Las manos se le despellejaban, los músculos se resentían y el estómago gruñía de hambre y sed. Pero no cedían.

Si soltaban la tensión, toda su captura se liberaría y el esfuerzo de búsqueda habría sido en vano.

—¡Vamos, muchachos! ¡Que no se os escapen estos cabrones! —vociferó su capitán al ver que flaqueaban las fuerzas cuando solo quedaban unas pocas brazas—. ¡TIRAD!

Un último esfuerzo, y el contenido de la enorme red quedó boqueando sobre cubierta. Los marineros se sentaron, sonrientes y agotados, a recuperar el resuello durante un par de minutos, pero el trabajo no había hecho más que empezar. Las gaviotas se lanzaban en picado sobre los arenques, dificultando la labor de los hombres, graznando en una algarabía insoportable. En una cadena humana, comenzaron a llenar las cajas con escamas de hielo y peces, y las apilaron en las cámaras con dificultad. Tan solo alcanzaban la mitad de su capacidad de carga, pero después de las últimas semanas, se consideraban afortunados.

Cuando acabaron, la cubierta estaba anegada en sangre y restos de pescado, acompañados de tres o cuatro gaviotas a las que habían abatido con la escopeta en un vano intento de alejar a las demás, pero sonreían, satisfechos.

Era viernes. Las cámaras tenían una buena carga de arenques y era fin de mes. Tocaba paga.

El pesquero llegó a puerto con la caída de la tarde. Los hombres fumaban y compartían confidencias de qué harían con el dinero nada más llegar. Muchos alardeaban con pegarse juergas de tres días seguidos, pero lo cierto era que a casi todos los esperaban bocas que alimentar en casa. Salvo a Magnus.

—¿Qué vas a hacer tú, Magnus? No tienes mujer, no tienes hijos, ni cargas familiares. Por fuerza has de gastártelo en algún capricho después de tanto trabajo duro —dijo Trond, con la envidia sana impresa en su tono de voz, mientras llevaban a cabo la pesada labor de descargar el pescado en el puerto—. Sal de juerga y bebe por nosotros, ¡tú que puedes!

El resto de los hombres lo acompañaron en sus chanzas, pero Magnus negó con la cabeza. Entre todos baldeaban la cubierta, revisaban el aparejo y doblaban la gigantesca red.

—Ya sabéis que estoy construyendo una turbina de vapor. Con ella voy a dar electricidad a las casas de Kristtorn —dijo en una historia que había contado mil veces, pero que le encantaba relatar—. Me falta poco, solo media docena de piezas, pero son caras y tardan en llegar.

—Eso te pasa por vivir en un sitio dejado de la mano de Dios —respondió Trond, solo a medias en broma—. ¿Por qué no vienes a vivir a la ciudad?

—¡Déjate de turbinas y búscate una chica que te dé calor por las noches!

— gritó otro de sus compañeros. Las carcajadas caían a raudales sobre él, confortándolo.

—Me gusta mi casa. Y me interesa más la luz, por mucho que agradezca el calor entre las sábanas —dijo él, también en tono de chanza—. Será porque es más difícil de conseguir.

Todos rieron su pequeña arrogancia, sin dudar ni por un momento que lo que decía era cierto.

—Tal vez la rubia de ojos verdes cumpla con ambas funciones, ¡Jana!

Aunque no te trate precisamente bien —dijo su amigo Arne, con malicia. Era al único al que le había contado sus encuentros con ella—. Tiene dos luceros como para iluminar toda la noche boreal. ¿Volveremos al Olhallen por si están allí ella y la pelirroja?

Magnus se echó a reír. Aquella chiquilla era de armas tomar, pero sus

insultos lo divertían tanto o más que lo irritaban y no podía tomar demasiado en serio sus imprecaciones..., a excepción de aquellas que se referían a su aspecto, a sus modales o a su trabajo. Una corriente de vergüenza soterrada oscureció su ánimo. Ojalá pudiera ofrecerle algo mejor.

Se abstrajo al pensar en ella, con aire soñador. ¿Podría verla de nuevo?

Había revivido el recuerdo de la primera vez que la vio en el puerto, el encuentro en la taberna y el paseo por el parque una y otra vez. Incluso la dureza de sus palabras en aquella merienda en casa de la señora Vinter, pero ahora tenía otras cosas en las que pensar.

Recibió su sobre de manos del capitán y sonrió al sentirlo abultado. Lo escondió dentro de la pechera de su camisa y, cargando su petate al hombro, despidió con un ademán de la mano a sus compañeros. Se verían el domingo.

Aunque quizá podría acercarse a casa de la señora Vinter y preguntarle por el grifo de la cocina. Cualquiera cosa por volver a ver a aquella belleza de ojos verdes.

No le importaba caminar. Se alejó de la tripulación, que lo tentaba para ir a la taberna, y abandonó el bullicio del puerto hacia la ferretería industrial de Storgata. Le gustaba recorrer la colorida calle principal. Al pasar delante del cine de Verdensteatret se preguntó cuánto costaría llevar a Jana a ver *Cowboy de medianoche*. Varios de sus compañeros habían ido con sus parejas y tenía muy buena pinta. Se desanimó al ver el precio de las entradas expuesto en la taquilla y siguió de largo hacia la enorme ferretería. El tendero sonrió, contento de poder darle por fin buenas noticias.

—¡Ya están aquí las dos piezas que me pediste! Las he hecho traer desde Stavanger —dijo, haciéndole un gesto para que lo siguiera al enorme galpón que hacía las veces de almacén. Magnus lo siguió, nervioso. La empresa que se traía entre manos era ambiciosa. Y cara. Pero soñaba con poder llevar la electricidad a su minúscula isla, y con ella, mejorar la vida de las tres familias que allí habitaban.

—Son enormes —masculló Magnus, emocionado, pero a la vez consternado al darse cuenta de que sería imposible llevarlas él solo.

—Por un precio, puedo fletar el camión y llevártelas a tu casa —dijo el tendero. El rostro de Magnus se ensombreció al escuchar la cantidad.

Después de pagar las piezas, se había quedado con lo mínimo para



subsistir el fin de semana. No quería volver a acudir a sus escasos ahorros—. O puedes esperar a que lleguen las siguientes que encargues y trasladarlas cuando el camión esté lleno. Solo te cobro por el flete. Tú me ayudarás a cargarlo y descargarlo.

El entusiasmo volvió a su sonrisa y asintió con ganas.

—Trato hecho —dijo Magnus con un gesto firme de la cabeza—. Veamos cuáles son los encargos para el mes que viene.

Abandonó la ferretería conforme con el trato: había negociado bien el precio de las piezas siguientes, también el flete del camión, y el encargado no le cobraría almacenaje por dejar las piezas en su poder. Contento, se marchó por fin a casa.

Solo cuando se desplomó sobre el camastro, se dio cuenta del agotamiento de sus extremidades, el sopor que cerraba sus párpados y del vacío que estrujaba su estómago. Prefirió descansar a comer.

Se levantó por la mañana con la ropa del día anterior puesta y un hambre de lobo feroz. Puso en el gramófono un vinilo de Edith Piaf y dejó que la voz desgarrada de la cantante francesa lo acompañara mientras preparaba café y comía algo de costilla salada. Había pensado en empeñar algunos de los viejos discos y comprar alguno de los Beatles o de los Rolling Stones, pero no quería deshacerse de algo que le recordaba tanto a su madre. Debía comprar algo de harina y cocer pan. Era más barato que hacerse con hogazas, que no duraban tiernas más allá de tres días. Podía pedirle a Hilde, la mujer de Fred, que las cociera en su horno de barro, aunque en su estado, dudaba mucho que fuera capaz ni de amasar.

Salió a disfrutar del brebaje negro con azúcar y vio a su amigo acercarse apresurado por el sendero que llevaba a la casa. Sonrió, pensando en que no podía llegar en mejor momento, pero al ver su rostro desencajado en preocupación, la sonrisa se congeló.

—Magnus, amigo mío, necesito tu ayuda.

Tiró lo que restaba del café, abandonó la taza sobre el tocón del sauce y se puso de pie.

—¿Qué necesitas, Fred?

—Es Hilde. Está de parto.

—¿Quieres que os acerque hasta la ciudad en la barca? —ofreció al

momento. Las tres familias que habitaban en Kristtorn debían ser solidarias.

Aunque solo las separaban seis kilómetros por tierra de Tromsø, no era raro quedarse aislados. Magnus ofrecía siempre su bote a motor, Fred tenía un carro con un enorme percherón y el viejo Karl..., bueno. El viejo Karl siempre amenizaba las veladas con sus historias.

—No. No hay tiempo. No puede casi moverse —dijo Fred. Parecía mentira que un hombre tan corpulento y fuerte dejase traslucir tal grado de temor—. Rompió aguas mientras recogía leña en el bosque esta mañana y a duras penas si pudo caminar de vuelta a casa. —Al igual que él, no disponían de coche, ni moto—. ¿Podrías avisar tú a la comadrona? Elke asiste partos a domicilio. Ella sabrá qué hacer.

Magnus no se entretuvo. Saltó a su bote y en menos de media hora recorrió las siete millas que lo separaban del puerto. No había tiempo de esconder la embarcación, ya vería cómo pagaba el amarre. Al maniobrar hacia el pantalán descubrió a Trond, siempre cerca del *Valkyria*.

—¿No te has cansado de trabajar? Necesito ayuda con las redes — bromeó, con su cigarrillo entre los labios.

—Jefe, necesito amarrar mi barca unas horas. Debo llegar hasta el hospital.

Su capitán lo observó, inmóvil.

—¿Te ocurre algo, muchacho?

—Es Hilde, la mujer de Fred —dijo señalando hacia el hospital, en el alto de la ciudad—. Está de parto y no puede llegar a la ciudad.

Trond no contestó. Agarró el cabo que Magnus llevaba en la mano y lo amarró a una de las boyas que pendían del *Valkyria*.

—Tómate el tiempo que necesites. Si alguien mete las narices donde no le llaman, diré que es el bote de emergencia de la embarcación.

El capitán conocía Kristtorn y sabía cómo era la vida allí. A los vecinos no les quedaba más remedio que ayudarse unos a otros o no sobrevivirían. Las condiciones en invierno eran lo suficientemente adversas como para que la gente fuese abandonando poco a poco el lugar. Solo quedaban tres casas habitadas, y todos soñaban con salir de allí algún día.

Magnus agradeció con un gesto de la mano y enfiló corriendo hacia el hospital. Era más rápido que esperar al bus, y más barato que pagar un taxi.

Llegó al pasillo de maternidad sin resuello, jadeando y casi sin poder hablar.

Se apoyó sobre las rodillas y se detuvo unos minutos para recuperar el aliento.

—¡Usted no puede estar aquí! —vociferó una enfermera, hecha una furia—. ¡Esta es un área restringida de la maternidad!

—Una... mujer de las islas... necesita ayuda —imploró entre jadeos—. Está de parto... y no puede llegar hasta aquí por sus propios medios. Su marido... dice que algo no va bien.

—Eso dicen todos. ¡Hombres! Pero tiene usted que dar los datos en la entrada, aquí no puede estar —respondió la mujer con sorna—. ¡Espere su turno!

Magnus titubeó al ver la autoridad con que la enfermera lo empujaba fuera de la zona restringida. Una voz conocida y dulce lo hizo alzar la mirada y recuperar la esperanza.

—Yo lo conozco —dijo Jana al descubrir al marinero allí. Con sus ropas casi harapientas, su gorra de fieltro y el rostro desencajado por el esfuerzo, no podría desentonar más—. Magnus, ¿qué ocurre? —preguntó desconcertada.

—La mujer de un amigo está de parto. Dice que algo va mal. Ha tenido ya otros tres hijos, debe de saber de lo que habla.

Jana asintió.

—Vamos. Avisaré a Elke.

Cogió su mano y lo condujo hacia la amplia sala de matronas. Las mujeres alzaron la mirada, estupefactas, al ver a aquel hombre allí. La entrada les estaba vetada. Pero no había tiempo que perder. Elke entendió enseguida la situación y no se entretuvo.

—Sé del estado de Hilde. Sus niños son siempre muy grandes, yo me desplazaré hasta allí para ayudarla. Dios quiera que todo vaya bien.

—¿Puedo ir? Nunca he ido a un parto a domicilio —preguntó Jana esperanzada. Su tutora le dedicó una mirada dubitativa, pero terminó por asentir.

—Sí, ven. Asegúrate de que está todo preparado en el maletín.

Jana revisó con rapidez que estuviese el material habitual junto con la anestesia inhalada, la pequeña botella metálica de Trilene, unos fórceps que

esperaba no tuvieran que usar y algunas fruslerías para el niño: unos pañales de algodón, un sonajero de plástico barato y unos peles de color amarillo.

Magnus le ofreció ayuda para llevarlo, pero ella lo aferró con obstinación.

Salieron del hospital y Elke se detuvo un momento en la puerta, indecisa.

—¿Cómo vamos a llegar hasta ese endemoniado lugar? —gruñó la mujer entre dientes.

Magnus ignoró el insulto dirigido a la isla que era su hogar.

—Tengo mi barca en el puerto. Es rápida. Solo tenemos que llegar hasta el pantalán del *Valkyria*. —Todo el mundo conocía el viejo barco pesquero de su capitán.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Elke, extrañada. El puerto estaba al otro extremo de la ciudad.

—Corriendo —respondió Magnus.

Jana lo miró de nuevo, esta vez, con admiración. Todavía respiraba agitado y su rostro estaba cubierto de transpiración. Su tutora pareció pensar unos segundos.

—Venid. Bajaremos hasta el puerto en la ambulancia.

Jana aferraba el maletín con ambas manos sobre sus rodillas y mantenía la vista fija en los pequeños cajoncitos de madera que pendían del lateral del vehículo para no marearse. A su derecha, su tutora hablaba con el conductor de la ambulancia, dándole instrucciones de dónde tenía que ir. Magnus estaba en el asiento del copiloto, parecía tranquilo y ajeno a la situación.

El vehículo los dejó justo a la entrada del pantalán, donde los curiosos se arremolinaron para descubrir el motivo de aquella novedad, pero Elke bajó de un salto y siguió a Magnus hasta el bote. Jana los siguió, con la sensación de que se quedaba atrás y que era más un lastre que una ayuda, pero levantó el pesado maletín con decisión hasta el borde del muelle mientras el marinero maniobraba el pequeño bote para que lo abordaran. Elke parecía que había nacido en el mar. Ignoró la mano extendida del joven y saltó sin dilación a su interior. Ella vaciló. Si no calculaba bien, lo mínimo era caer entre el pantalán y el bote y pegarse una remojada que no le apetecía en absoluto. Lo cierto era que le daba pánico golpearse e irse al fondo del puerto.

—¡Vamos, niña! —insistió su maestra con cierta irritación.

Cerró los ojos un instante, lanzó el maletín sin ceremonias sobre unas

sogas enrolladas en la proa y se recogió la falda sobre los muslos para saltar.

—Espera un momento, Jana.

Era la primera vez que el marinero se dirigía a ella. Y eso le gustó. Esperó a que maniobrara la barca hasta alinearla lo más cerca posible de ella y extendió la mano, mientras que con la otra sujetaba con pericia el timón del motor. Aferró con fuerza aquella mano y saltó al interior del bote sin dilación.

Una vez superada la preocupación de no acabar en el fondo del puerto, sus sentidos alerta se enfocaron en el hombre que tenía al lado. Nunca habían estado tan cerca. Se alejó de él, de manera instintiva, pero él retuvo unos segundos sus dedos en la enorme mano bronceada por el sol. El dorso exhibía algunas cicatrices, y la palma que la aprisionaba era áspera y rugosa. El calor que emanaba de ella la hizo querer desprenderse de un poco de ropa y abanicarse el rostro, que de pronto, le ardía. Arrebató su mano del agarre y se sentó junto a Elke, lanzándole a él una mirada acusadora. Magnus solo arqueó la comisura de los labios en una sonrisa y se concentró en esquivar los barcos de la estrecha boca del puerto para salir al canal.

—Relájate, niña —dijo Elke, poniendo una mano sobre su hombro—. Tenemos media hora de viaje hasta las islas.

Ella asintió, aún tensa por la velocidad que alcanzaba la pequeña lancha y lo cerca del agua que estaban. Pese al miedo a salir despedida con cada golpe de oleaje, no pudo evitar abstraerse para contemplar el paisaje. Su belleza era sobrecogedora. Los rayos de sol de mediodía arrancaban destellos plateados al agua, la mezcla de rocas, árboles y pequeñas playas, y las modestas casitas marineras, hacían olvidar la dureza de la vida de las gentes de aquella zona.

Se olvidó de su tarea y disfrutó por fin de la travesía, hasta que se acercaron a una pequeña ensenada.

—Esa es mi casa —dijo Magnus, rompiendo el mutismo en que todos se sumían cuando pasaron de largo por una playa de arena dorada.

Jana se volvió con curiosidad para estudiar la pequeña cabaña de color rojo que dejaban atrás.

—¿Vives ahí tú solo?

Él asintió con una sonrisa.

—¿No te da miedo? Está muy apartada de todo —dijo al ver que solo había un par más de casitas alejadas unas de otras.

—Es mi hogar. Es mi vida —repuso él, y se encogió de hombros con aquella mirada serena y a la vez pícara que Jana buscaba a hurtadillas con ansiedad—. Ya estamos aquí.

Antes de que pudiese reaccionar, escoró la lancha a babor y la varó en la orilla. Se detuvieron con el golpe seco y Jana inhaló bruscamente el aire, aferrándose a la tabla que le servía de asiento. Elke saltó a la arena y se perdió en el interior de la pequeña casa de tablones de madera, donde se escuchó de pronto un alarido de mujer que partió el silencio plácido de la pequeña isla.

Jana reaccionó al fin, cogió el maletín y corrió hacia la casa, ignorando que se había mojado los zuecos en el agua.

La casa era modesta, pero estaba decorada con flores, y la vajilla de cerámica blanca barata alegraba la mesa con gusto. Se notaba la mano de una mujer. Empujó con precaución la puerta entreabierta de la que salían voces y vio a la parturienta.

—Venga, Hilde. ¡Colabora! —arengaba su tutora, aferrándola del brazo para llevarla a la cama basta de madera, con las sábanas revueltas—. Tiéndete ahí.

La mujer estaba desencajada. Llevaba el pelo de color castaño claro arramplado de cualquier manera sobre lo alto de su cabeza, y su cuerpo estaba cubierto por un camisón blanco, con un amplio escote que dejaba ver sus pechos maternos, que más bien parecía una prenda hecha jirones. El rostro, cubierto por el sudor, con las mejillas arreboladas por el esfuerzo.

Jadeaba por los labios entreabiertos con la boca tensa en un rictus de dolor.

De pronto, se aferró el bajo vientre con ambas manos, detuvo su deambular y apretó los dientes para contener un grito. Su marido corrió a sujetarla desde atrás cuando su garganta liberó el berrido junto a la contracción.

—¡Maldito cabrón! ¡Todo... esto... es por tu culpa! —arremetió la mujer contra el marido—. Voy... a cortarte el miembro... con el cuchillo pescadero. Tres... ¡Tres hijos tienes ya! ¿Acaso no es suficiente? —resoplaba, y se aferraba a los fuertes antebrazos que la sostenían, insultándolo sin ningún pudor.

—Vamos, vamos, que se te van las fuerzas por la boca. —Elke ayudó al hombre a tenderla sobre el lecho cuando pudo respirar tranquila—. ¡Jana! No te quedes ahí como un pasmarote, ¡trae el maletín!

Corrió hacia la cama y se arrodilló junto a su tutora. Sacó la mascarilla y el vaporizador Freedman, y cargó el Trilene anestésico con cuidado.

—No quiero cosas raras —gruñó la mujer, con una mirada fiera y suspicaz.

Jana parpadeó, con el dispensador de anestesia ya preparado entre las manos, esperando instrucciones de su tutora.

—Espera a la próxima contracción, ¡ya verás cómo lo agradecerá! —dijo sin darle importancia al recelo de Hilde.

Los minutos se hicieron eternos. Su tutora echaba miradas al reloj que pendía de la pechera de su delantal para controlar el pulso de la parturienta y ver el tiempo con el que se espaciaban las contracciones. El cuerpo de la mujer se contrajo y las manos se aferraron a la sábanas hasta dejar los nudillos blancos.

—Once minutos. Estás muy verde, Hilde. Habrá que esperar. Déjame explorarte, a ver cómo estás. Fred, sal de aquí. Déjanos solas.

Esperaron a que el hombre abandonara la habitación, y mientras pasaba la contracción, Jana sacó la batea metálica y la llenó de povidona yodada.

Trabajaba en silencio, sin protestar. Sin molestar a Elke con preguntas tontas.

Llevaba ya varias semanas trabajando con ella y comenzaba a conocerla bien.

Su tutora se lavó las manos a conciencia y le dijo a ella que hiciera lo mismo. Jana se quitó las mangas de tela blanca y se enjabonó las manos y los antebrazos para asistirle. Abrió con cuidado los guantes de látex y los espolvoreó con maicena para facilitar su colocación.

Ambas se pusieron los guantes y Elke se situó entre las rodillas temblorosas de Hilde. Ella se acercó para asistirle.

—Mira. Está de ocho centímetros, pero se palpa el rostro del bebé. Viene de cara y será un parto difícil —murmuró. Jana introdujo los dedos con suavidad en el interior de la parturienta, que se dejaba hacer con el ceño fruncido y la mirada desconfiada. Su tutora tenía razón—. Esto va para largo.

—¿Qué quiere decir para largo? ¡¿Qué quiere decir para largo?! — preguntó Hilde, con un deje desesperado—. ¡Estoy agotada! Quiero que me lo quites ya. ¡Ya!

Elke se echó a reír y se quitó los guantes mientras se alejaba hasta la cocina para calentar agua.

—Será mejor que tomemos un café y que te pongas a pasear. Tumbada en la cama no ayudamos al bebé a bajar. Venga. ¡A caminar! —La ayudó a incorporarse, arregló el camisón sobre sus hombros y apartó los mechones húmedos que se pegaban a su rostro. Después, se volvió hacia ella—. Jana, llama a Fred. Necesito que la sostenga mientras pasea.

Agradeció abandonar por un rato la casa. El gesto adusto y la desconfianza de la mujer la desconcertaban y sentía que estorbaba más que ayudar. Dio las indicaciones a Fred, que entró raudo a ayudar a su esposa. Magnus seguía allí, tumbado sobre la hierba rala que despuntaba entre la arena de la playa, con una ramita entre los dientes, las manos cruzadas tras la cabeza y tarareando «Obla-di, Obla-da» de Los Beatles. De pronto, el tirón de un sedal que no había visto, atado a su dedo índice, hizo que se incorporara con presteza.

—¡Ah! ¡Ven aquí, pescadito! —dijo mientras recogía con rapidez el hilo.

Jana se acercó.

Un salmón de un par de kilos se retorció al final de la línea. Lo atrapó con destreza entre los dedos, empujándolo en la arena, y lo decapitó con un cuchillo. Fascinada y asqueada a la vez, Jana se acercó un poco más para ver cómo limpiaba el pescado solo con la ayuda de sus manos y el pequeño cuchillo.

—¡Qué asco! —exclamó con un gesto de desagrado.

Magnus soltó una carcajada y negó con la cabeza mientras seguía con su trabajo. Un charco de sangre, escamas plateadas y restos de vísceras se acumulaba entre sus pies descalzos, justo en el lugar donde el agua besaba la orilla, pero no era capaz de apartar la mirada. Jamás había visto cómo era el proceso. El pescado siempre llegaba a ella cocinado, sobre una bandeja de plata y sin espinas. Reprimió una exclamación, no así la mueca de disgusto, cuando él se llevó a la boca un pedazo de la carne rosácea. Cruda.

—¿Quieres un poco? Está bueno —ofreció Magnus.

—¡No! ¡Qué animal! —exclamó Jana, estremeciéndose. Él se echó a reír



de nuevo, con los labios perlados por el aceite, y Jana tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no relamerse. Se alejó. Aquel hombre era un puerco, pero por algún motivo que no conseguía descifrar, ejercía sobre ella una atracción incómoda. Ineludible.

Volvió a la casa para no verlo, pero el panorama en el interior no había cambiado. Elke tomaba un té en la mesa, intentando darle conversación a la parturienta, que deambulaba por la estancia que hacía de salón, comedor y cocina a la vez, ayudada por su marido. Sus tripas chirriaron, pero ellos ya habían disfrutado del refrigerio. Los restos del pan tostado y el té la hicieron salivar, estaba muerta de hambre. Se quedó allí, de pie durante unos largos minutos, atenta a la conversación sobre los otros partos de Hilde. Nadie le prestaba atención, pero necesitaba comer algo.

—Magnus está ahí fuera todavía. No ha comido nada —dijo en un hilo de voz.

Elke volvió la mirada hacia ella, sorprendida. Fred detuvo su deambular y asintió.

—Es cierto, el pobre Magge. Espera. —Dejó a su mujer apoyada en el respaldo de una silla, resoplando. Cogió una escudilla grande de latón y amontonó sobre ella pan, una botella de agua, algo de mantequilla y una taza con fresas—. Llévaselo y dile que no se vaya. Aún no sabemos si vamos a necesitar que nos lleve de vuelta al hospital.

—Gracias. Lo haré.

Salió de nuevo al exterior con la bandeja entre las manos y un delicioso aroma a pescado asado hizo que su hambre se recrudeciera aún más. Magnus había encendido un fuego, algo apartado de la playa, y cocinaba el salmón en un improvisado espeto. Un siseo la sorprendió cuando derramó una taza de agua sobre la carne.

—¿Por qué haces eso? ¡Vas a apagar el fuego!

—Es para darle un toque de sal. También he recogido eneldo. Y ahora ya no está crudo, ¿quieres? —dijo con una sonrisa, ofreciéndole un generoso trozo pinchado en el cuchillo. Esta vez, Jana correspondió con ganas, y se apresuró a sentarse junto a él en la hierba.

—Encantada de acompañarte, gracias. —Posó la bandeja sobre la hierba y cortó algo de pan para él—. Fred te envía esto, y te pide que, por favor, no te

marches.

—Y sin favor —dijo Magnus. Le dio un buen mordisco al pedazo de pan y masticó con fruición—. Me quedo por si hago falta.

Jana lo imitó sin remilgos y cogió el pescado entre sus dedos. Estaba famélica. Se dio cuenta de que no tenían cubiertos, pero el pan le sirvió de plato y los dos bebieron a morro de la botella de agua.

—Creo que se te están pegando mis malos modales —bromeó él al verla chuparse los dedos con deleite. Lo cierto es que era la viva imagen de la tentación. Su imaginación lo empujó a dibujar sus labios en actitudes muy diferentes y la intensidad de su mirada cambió—. Espero que seas capaz de verle las ventajas.

—Eres odioso. ¿Acaso no sabes cómo tratar a una dama? —preguntó Jana, ofendida por sus palabras y el descaro de su mirada.

—No me pareces una dama, con esos churretes de grasa en la barbilla y los pechos llenos de migas de pan —rió él, sin tomar cuenta de su nuevo insulto—. Ya lo sabes, solo soy un pobre pescador.

Se levantó a lavarse las manos en la orilla mientras ella se sacudía el escote, escandalizada por su atrevimiento. Dispuesta a decirle cuatro cosas, se acercó hasta él con los brazos en jarras, pero un grito de alarma que le heló la sangre interrumpió su enfado. Hilde estaba coronando. Se precipitó corriendo hacia la casita, abandonando a Magnus a su suerte.

—Llegas en el momento justo, niña —dijo su tutora, con el rostro crispado por la preocupación—. Ocúpate de la mascarilla y sostenla un poco incorporada. Fred, tú sal de aquí. Si te desmayas, no podemos ayudarte y así no nos sirves para nada. —Jana reprimió una sonrisa al ver el rostro amarillento del hombre, que dio un beso a su mujer en la frente y salió.

Atendió de nuevo a su tutora cuando hizo un gesto brusco con la cabeza—. Tiene que empujar. El niño está sufriendo, ha expulsado meconio —añadió, y le mostró los restos verdosos que cubrían sus guantes—. Vamos, Hilde. Sé que estás cansada, pero solo tú puedes ayudarlo.

Jana estiró la mano hasta su vientre, mientras con la otra sostenía la mascarilla con anestésico. Masajeó y pellizcó con cuidado cuando notó el inicio de la contracción. Todo el cuerpo de la mujer se tensó con violencia y tuvo que contener una protesta cuando se aferró a su mano, estrujándosela para

conseguir un asidero.

—¡Empuja, Hilde! —La voz de la matrona con más experiencia dirigía con autoridad y cariño a la vez—. ¡No grites, pega la barbilla al pecho y empuja, por lo que más quieras!

Los ojos de la mujer se tiñeron de decisión y su semblante se vistió con fiereza. Apretó los dientes y empujó con toda su alma.

—¡Perfecto! ¡Está bajando! —dijo su tutora entusiasmada. La mujer apartó la mascarilla y Jana la dejó a un lado para ayudarla mejor. Las tres esperaron la nueva contracción entre jadeos y resoplidos de la parturienta—. ¡Vamos, Hilde! Aquí viene, ¡empuja!

# La bicicleta

—¿Qué tal va todo ahí dentro? —preguntó Magnus, preocupado por los gritos que se escuchaban desde la casa. Su amigo lucía un rostro desencajado por el temor cuando salió.

—No lo sé —respondió Fred, que lanzó una mirada insegura al interior de la casa—. El niño viene de cara, y es muy grande. No lo sé.

Los minutos pasaban largos y lentos. Magnus ofreció a su amigo un poco de pan con salmón, pero lo rechazó. Cada vez que Hilde gritaba, su rostro se descomponía por el pánico e interrumpía el caminar nervioso frente a la puerta de entrada de la cabaña. Los gritos se intercalaban con las palabras de aliento y órdenes firmes de la partera en un ciclo que parecía no tener fin.

Poco a poco comenzó a calar también en él la desesperación.

—¿Dónde están tus otros tres críos? —preguntó con curiosidad.

—Están con mi madre en Sandoy, llevan un par de días allí, porque Hilde ya no los aguantaba más —respondió Fred con expresión resignada.

La tarde caía ya y no sabían nada. Un alarido que lo dejó petrificado hizo que Fred echara a correr hacia la casa, y Magnus lo siguió. Se detuvieron en seco cuando vieron a Jana salir con las mejillas arreboladas, el pelo alborotado y una enorme sonrisa.

—Fred, entra, ¡corre! ¡Tú no! —añadió, dándole un empujón en el pecho y cerrando de un portazo.

Su rostro se iluminó con la más pura felicidad al escuchar el llanto vigoroso y enérgico del recién nacido a través de la puerta cerrada. Las carcajadas de alegría y las palabras de amor de Fred hacia su hijo y su esposa se escuchaban desde fuera, y Magnus notó una punzada de nostalgia por algo que nunca antes había querido: la idea de una familia. De una mujer a su lado. De tener un par de críos, tal vez más.

Jana salió de la casa lanzando un suspiro de anhelo y felicidad, pero sin hacerle ningún caso. Por si la necesitaban, se quedó espiando desde el quicio

de la puerta. Él solo veía la línea de su trasero enmarcado por la falda y sus pantorrillas torneadas, hasta que volvió al interior. Nadie parecía recordar que él estaba allí. Necesitaba hacer algo y recordó lo que guardaba en el bote.

Corrió hasta la orilla y abrió el pequeño baúl de popa. Ahí estaba. Una botella de Akvavite que le habían regalado en Navidad y que atesoraba con celo para las ocasiones especiales. Solo le faltaba un par de vasos y no podía ser una ocasión mejor.

—Magnus, amigo mío —llamó Fred, asomado a la puerta—. ¡Ven a conocer a mi hija! Es una niña, ¡una niña! —dijo, henchido de orgullo y felicidad.

—Eso hay que celebrarlo —respondió con una sonrisa. Elevó la botella en el aire y su amigo asintió.

Todos se arremolinaron en torno al lecho de la recién parida. Jana y Elke la habían lavado, vestido con un camisón limpio, ordenado la ropa de cama y cepillado los cabellos. La pequeña estaba prendida al pecho y a Fred no le cabía la sonrisa en la cara.

—¡Brindemos! —dijo Elke, al ver el Akvavite. Repartió vasos para todos y Magnus se encargó de servir el aguardiente con generosidad—. ¡Salud por la pequeña!

Incluso Hilde tomó un poco, aunque solo se mojó los labios. Todos apuraron el trago con deleite, pero Jana se atragantó cuando el líquido le abrasó la garganta.

—¡Respira, muchacha! —dijo Fred, risueño, al ver que no paraba de toser.

—Lo mejor en estos casos es beber un poco más —aconsejó Magnus entre risas. Jana lo miró como si estuviera loco, pero al ver que los demás asentían, echó un trago algo más largo y todo su cuerpo tiritó.

Elke soltó una carcajada y exigió más Akvavite, Fred e Hilde se miraban a los ojos con adoración. Magnus sirvió el aguardiente hasta que la botella quedó vacía. De pronto, su estómago se asentó con un calor desconocido y ella también quería cantar y bailar de alegría. El parto había salido bien, ¡la niña estaba perfecta! La habitación se le antojó pequeña y salió. Un precioso sol de medianoche adornaba el cielo. Era muy tarde, pero no le importó. Se descalzó los zuecos y bailó, con los brazos alzados, hasta la orilla. Una sonrisa lánguida adornó su rostro cuando el agua tibia le lamió los pies.

Magnus la siguió, algo preocupado. También notaba la cabeza ligera por efecto del alcohol. No quería que Jana acabara en el mar, pero se detuvo al ver su danza bajo la claridad de la noche ártica. Su melena rubia, suelta, se ondulaba como las olas. Sus caderas cimbreaban bamboleando la tela de su falda, que había arremangado sobre los muslos para evitar el agua.

Se acercó a ella, hipnotizado, y se atrevió a posar una mano en su cintura.

Ella lo observó con ojos desenfocados y la sonrisa aún bailando en sus labios.

—Ten cuidado. Puedes caerte al mar, y aquí se hace profundo muy cerca de la orilla —advirtió sin creer su suerte. La tenía entre sus brazos. Pero ella se desasíó de su tímido agarre y se alejó bailando de nuevo.

—¡Sé nadar, marinero! —exclamó en una carcajada, mientras caminaba unos pasos mar adentro—. ¿Acaso te da miedo mojarte?

Alzó un poco más la falda en torno a sus caderas y dio una patada en el agua en su dirección que lo roció de lleno.

—¡Eh, me has empapado! —dijo, entre enfadado y divertido.

Elke interrumpió su juego llamándolos desde la puerta. Magnus corrió hacia ella como si hubiera hecho algo indebido, pero la mujerona no le prestó atención.

—Voy a quedarme a dormir con Hilde esta noche. Está con mucho dolor y la ayudaré a atender a la niña. —Sacó un pequeño monedero y le tendió un billete de cinco coronas—. Mañana, sobre las doce, ¿podrías venir a buscarme?

El rostro de Magnus se iluminó. Jamás pensó que le pagarían nada por aquello.

—Por supuesto, señora. Aquí estaré.

—¿Puedes llevar a su casa a Jana? No parece estar en condiciones como para llegar por su propio pie —añadió con una sonrisa señalando a su pupila, que seguía canturreando y bailando con el agua hasta las rodillas.

Aquel era un plan todavía mejor. Quiso despedirse, pero al ver la puerta de la habitación entornada, dejó sus saludos con Elke y volvió a la orilla. La danzarina parecía haberse calmado y lo esperaba sentada en el bote.

—Elke ha dicho que me llevarás a casa. ¿Es segura esta cosa para navegar de noche? —preguntó con una risita divertida.

—Es una buena pregunta —respondió, sin comprometerse. Lo cierto era que no—. Iremos en lancha hasta mi casa, de ahí seguiremos por tierra. Será lo mejor.

Encendió la lámpara de aceite y la colgó de una barra de hierro en proa para obtener algo de visibilidad. Su pasajera parloteaba entusiasmada, relatándole detalles del parto, pero él no prestaba atención. Estaba más preocupado de que no se precipitara por la borda cada vez que jugaba a tocar el agua, mientras intentaba adivinar cada relieve de la costa, sin alejarse, pero sin riesgo de encallar. Cuando vio la pequeña ensenada de arena frente a su casa, soltó un respiro de alivio.

—¡Espera que te ayude! —dijo consternado al ver que ella saltaba al agua entre risas—. ¡Te vas a mojar!

—No importa. ¡Me he dejado los zuecos en casa de Hilde! ¡Estoy descalza!

Alzo un pie para demostrárselo, apoyándolo en el borde de la barca.

Magnus tragó saliva. La falda se deslizó hasta el encuentro de sus muslos y no fue capaz de apartar la mirada de la pierna torneada y firme. Aquella mujer era el demonio encarnado.

Saltó a tierra y amarró el cabo en el tocón de sauce, porque si seguía mirándola no sería capaz de responder de sus actos. Ella lo esperaba, paciente, dibujando algo sobre la arena con la punta del pie.

—Estoy listo. Vamos.

Ella miró a su alrededor, buscando algo.

—¿Dónde tienes el coche?

Magnus soltó una carcajada estentórea.

—¿Coche? Yo no tengo coche, señorita. Pensaba llevarla caminando, pero visto lo visto —dijo, señalando sus pies descalzos—, será mejor que vayamos en bicicleta.

—¿En bicicleta? —respondió Jana con sorpresa. Parpadeó con desconcierto y él asintió.

Lo miró desaparecer en el pequeño cobertizo junto a la cabaña sin ser capaz de esconder su contrariedad. En bicicleta... Eran las tantas de la noche, comenzaba a tener frío, estaba descalza y con los pies empapados, ¡y tenían que ir en bicicleta!

—Aquí está —dijo Magnus con orgullo, y le mostró una bicicleta vieja de color negro bastante oxidada. Ella bufó.

Se acomodó de lado sobre la barra y se recogió la falda como pudo, anudándola sobre el regazo. Puso los pies donde él le indicó.

—¡Vaya porquería de cacharro! —protestó, cuando él echó a andar por el camino con pedaladas vacilantes. Llegaron al precario puente de madera que unía la isleta con la isla principal y se tambalearon peligrosamente sobre las tablas—. ¡Nos vamos a caer!

—¡Quédate quieta, Jana! —dijo él, un poco enfadado—. Ya bastante difícil es pedalear por este camino sin que tú me otorgues tu inestimable ayuda.

Tras los titubeos iniciales, poco a poco el pedaleo ganó en firmeza y la bicicleta tomó más velocidad. El aire frío azotaba su rostro, pero un calor creciente se apoderaba de ella desde atrás. Jana tomó conciencia de que estaba por completo rodeada por el cuerpo de Magnus. Sus brazos estaban pegados a los brazos fuertes, las manos de ambos juntas sobre el manillar.

Reposaba la espalda en el pecho masculino y sentía la respiración rápida, jadeante por el esfuerzo, justo en el cuello. El latido de su corazón comenzó a acelerarse, descontrolado. Toda su piel se sumió en una alerta desconocida.

Una tensión extraña se apoderó de su sexo y apretó los muslos, ya muy juntos, e inspiró profundamente en un intento de serenarse.

El impacto del olor masculino fue brutal. Tuvo que controlar un mareo. La piel caliente, que exhalaba un aroma salvaje que mezclaba humo, gasolina, Akvavite y salmón, la embriagó. Cerró los ojos con fuerza para alejar el deseo descarnado que le provocó. La boca se le hizo agua y notó la humedad en su sexo. Desconcertada, comprobó que las reacciones escapaban de su control.

Cuando llegaron frente a la casa de Bente, no escuchó sus palabras amables y le costó entender que le estaba pidiendo que se bajara.

—Jana, he dicho si puedes bajarte —dijo él, divertido por su desconcierto.

—Sí, sí. Ahora mismo.

Le costó desenroscar su cuerpo agarrotado por el paseo en aquella postura forzada y la excitación. Dio un traspie y Magnus la sostuvo con cuidado.

Fue su perdición.



Al notar las manos en su cintura, puso las de ella en torno a su cuello y, sin saber lo que hacía, pero con plena consciencia, se arrojó a su boca en un arrebato apasionado.

El golpe sobre sus labios fue duro, inexperto. Se aferró a su nuca como si fuera el único resto a la deriva de un naufragio. Apretó sus pechos contra aquel torso recio y fuerte, y rogó al cielo que correspondiera, porque había perdido el juicio. Empujó con sus caderas para estrechar aún más el cerco y se envalentonó al percibir la dureza del deseo masculino contra su vientre. Y, por fin, él reaccionó.

La envolvió entre sus brazos y tomó las riendas de aquel beso. Cambió las caricias duras por otras más suaves y con mayor humedad. Su lengua la instaba a abrirse para él y sucumbió a la orden sin cuestionamiento alguno.

Gimió cuando una mano masculina la aferró del trasero, empujándola sobre la erección.

Se precipitaba a toda velocidad en un vacío insondable. Su cuerpo clamaba por algo desconocido, ansiando completar algo que no sabía que le faltaba. El aliento de Magnus, dulce e impregnado de Akvavite, se mezclaba con el suyo cuando respiraban, que era por tiempo muy breve; en cuanto tomaban aire, volvían a sellar sus bocas en una batalla sensual.

Magnus sentía que aquello escapaba por completo de su control. Ella no se defendió cuando se aventuró a acariciar la curva de sus pechos con una mano y después apretarlos con lujuria. Tampoco cuando la otra buscó bajo la falda la redondez de sus nalgas y tanteó dentro de las bragas de algodón. Su cuerpo se estremeció, enardecido, cuando la estrechó contra la dureza de su erección.

Ella lo aferraba de la nuca y se entregaba a su boca con un deseo febril. Tocó con la yema del pulgar el botón duro de un pezón y ella gimió. Él gruñó cuando los dedos femeninos tantearon sobre su pantalón y aferraron con fuerza el tizón ardiente que era su pene.

—¡Jana! ¿Eres tú?

La voz preocupada de Bente por la ventana rompió el momento y Jana se separó de Magnus como si quemara. ¿Quién sabía lo que hubiera ocurrido si la anciana no hubiese hablado en ese preciso instante? Se aclaró la voz. Aun así, sonó como un graznido.

—Sí, soy yo. No salgas, ya voy.

Su voz emergió temblorosa, desfalleciente. Se cubrió el rostro en un intento de controlar las emociones y sensaciones de su cuerpo, y recompuso su ropa maltrecha mientras él se alejaba unos pasos hasta quedar camuflado por la penumbra de la calle. La puerta se abrió y Jana se lanzó por las escaleras del porche hacia su casera. Se deshizo de ella con un par de excusas sobre lo cansada que estaba y subió corriendo a la habitación.

Cuando abrió la ventana del piso de arriba, Magnus se alejaba calle abajo sobre la bicicleta.

Jamás volvería a ver las bicicletas con los mismos ojos.

## Una visita inesperada

A medida que pasaban los días, el beso compartido se le antojaba irreal. Lo que había sentido no podía ser de verdad, era imposible. No había sucedido nada entre ellos. Aquel fuego que sentía cada vez que recordaba el contacto de sus manos sobre sus pechos, sobre su trasero... Se sonrojó con violencia y se tocó la boca. No quería reconocer que, en realidad, intentaba sepultar el recuerdo de los labios masculinos sobre los suyos ahora que la llegada de Lars estaba cerca.

Lo que al inicio fue pánico al recibir su telegrama, fue tornando en una ilusión anhelante por verlo a él y a sus amigos: Ilse y Jürgen vendrían también en el barco que bordeaba toda la costa noruega, y al fin disfrutaría de un poco de diversión urbana. Para variar.

El jueves salió un poco antes de la maternidad y se arregló con esmero.

Recogió su melena con una cinta ancha y pudo estrenar uno de los vestidos de manga larga y corte trapecio que no llevaba desde que se marchó de Oslo.

Aquí resultaban ridículos, en especial cuando debía llevar el delantal y la cofia en el hospital.

—¿Vas a salir? ¿Quieres llevarte la llave por si se hace tarde? —Bente la miraba preocupada, y se dio cuenta de que no le había dicho nada de la llegada de Lars.

—Bente, me he olvidado de avisarte. Lars, mi prometido, llega en el Hurtigruten de esta tarde con unos amigos —dijo con una sonrisa forzada. En realidad, sentía que debía darle explicaciones. Bente la trataba más como una hija que como una arrendataria—. ¿Puede venir a conocer dónde me hospedo?

—Claro que sí, niña. Y tengo un par de habitaciones libres si necesitan alojarse —ofreció la anciana con una sonrisa—. Pero ¡no puedes dormir con él! No soy tan moderna.

—Oh, no pensaba hacer nada. —El rostro de Jana se cubrió de un rojo purpúreo, pero Bente se echó a reír con ganas—. ¡Aún no estamos casados!

—Soy vieja, pero no soy anticuada. ¡Sé cómo os las gastáis los jóvenes de hoy! No te preocupes —dijo con un gesto despreocupado de su mano nudosa—. Tu prometido es bienvenido, pero tu padre ha dejado instrucciones precisas para que no pases la noche con él.

Cómo no, su padre ejerciendo su influencia sobre ella desde la distancia.

Daba igual, ya encontrarían la manera de sacar un poco de tiempo para estar a solas. Jana la abrazó con fuerza y estampó un sonoro beso en su mejilla. De pronto, el panorama de compartir su cama con Lars, aunque solo fuera durante unos días, se le antojó prometedor y sensual. Aquel... manoseo con el pescador no había sido nada más que un momento de debilidad propiciado por aquel licor del infierno. Ella estaba prometida. Y su novio estaba a punto de llegar.

—¡Gracias, Bente! Me voy o llegaré tarde —dijo, saliendo de la casa como una exhalación.

No caminaba, bailaba sobre sus sandalias de tacón cuadrado y plataforma con la perspectiva de ver a sus amigos, de besar y abrazar a Lars. El entusiasmo había terminado por enterrar el recuerdo de aquel beso y ya no empañaba su alegría. Se abrió paso entre los que esperaban a los viajeros en la algarabía habitual del puerto, estirando el cuello para divisarlos entre los pasajeros que saludaban desde el puente del enorme barco.

Retuvo el aliento cuando Lars descendió por la pasarela y se detuvo justo antes de llegar al pantalán, observando a un lado y a otro con una curiosidad llena de prepotencia. El gesto de desprecio en su rostro le dolió un poco y tuvo la certeza de que ella había mirado todo con la misma condescendencia al llegar. Solo que, a sus ojos, el paisaje ahora había cambiado. Amaba aquella ciudad. Y en especial, la vida del puerto.

—¡Hola, Jana! Mi amor... —Se abrazaron y los labios masculinos se apretaron sobre los suyos con despreocupación. Jana avanzó, buscando profundizar el contacto de modo involuntario, y parpadeó con desconcierto al ver que él ya daba instrucciones al muchacho que descargaba el equipaje.

—¡Bienvenido! —murmuró, sorprendida aún por la frialdad del saludo.

—¡Qué mal huele! —dijo Ilse, arrugando su preciosa nariz. Descendió de la pasarela y sorteó con cuidado los pequeños charcos de agua sucia del pantalán para darle un abrazo. Por fin un poco de calidez—. ¡Jana! ¡Qué

morena estás! Estás preciosa. ¿Verdad que está preciosa, Jürgen?

Su amigo, que exhibía idéntica sonrisa displicente a la de Lars, le dio un beso en la mejilla, sin darle mayor importancia al entusiasmo de Ilse.

—Siempre lo está. Hola, Jana.

Lars ofreció su brazo y lo tomó, de manera automática. Sus amigos parloteaban y reían mientras le contaban anécdotas del viaje. Ella reía con la misma alegría con la que ellos lo hacían. Pero ¿por qué se sentía ajena?

—¿Nos vamos al hotel? Necesito tumbarme un poco para que se me pase el mareo del maldito barco —dijo Lars, mientras señalaba los taxis que esperaban alineados en la calle—. Hemos tardado cuatro días en llegar hasta aquí.

Jana no sabía qué decir, no escuchaba más que quejas.

—¿No vas a quedarte en la pensión conmigo? Bente, la propietaria, está preparándolo todo para que disfrutéis de habitaciones cómodas —respondió, en un intento de entusiasmar a su prometido, que parecía contrariado por cada detalle de la ciudad. Funcionó. Detuvo su marcha y la miró con las cejas alzadas.

—¿Podremos dormir juntos? ¿En la misma habitación?

Jana se echó a reír y lo cogió de la mano.

—No, claro que no. Ya sabes, mi padre... Pero estaremos cerca.

Lars miró al cielo y soltó una carcajada resignada llena de sinceridad.

—El doctor Jensen, ¡cómo no! Entonces, sugiero que primero vayamos a la habitación del hotel —dijo con una sonrisa maliciosa que la hizo estremecer.

Sus labios se curvaron con la promesa de piel y placer—. Así podremos pasar unas horas a solas.

Jana accedió, aunque sintió un poco de pena por la señora Vinter. Se dividieron y tomaron sendos taxis. Jana intentó entusiasmar a Lars, mostrándole la belleza de la ciudad a medida que se alejaban del puerto hacia el barrio de Tromsdalen, pero su novio permanecía imperturbable. De pronto, aquello se tornó en un verdadero *tour* privado, e incluso hizo que el taxista se desviara para mirar de cerca la flamante catedral del Ártico, pero solo consiguió de él un arqueamiento de cejas con una sorpresa que se le antojó fingida.

Sintió alivio al llegar al hotel Viking, seguro que era todo fruto del

cansancio y Lars sería el hombre considerado y amable de siempre en cuanto hubiese dormido un poco. En el vestíbulo de madera, Lars dio una mirada circular con las manos en los bolsillos y una sonrisa apreciativa.

—Es bonito. Pintoresco. Pero estoy más interesado en las habitaciones — dijo, extendiendo la mano hacia Jana, que la tomó sin dudar—. Vamos, mi amor. ¿Nos disculpáis, queridos?

—Por supuesto. Disfrutad de vuestro ratito a solas —dijo Jürgen, tirando de su amiga, que parecía reacia a dejarlos marchar—. ¡Muévete, Ilse! Dejemos solos a los tortolitos.

Subieron a la habitación, que Jana encontró pequeña, pobre y desangelada, pese a ser el mejor hotel de la ciudad. Lars seguía ajeno a su vaivén de emociones y, en cuanto cerró la puerta, la abrazó por la cintura desde atrás y comenzó a besarla en el cuello. Su cuerpo reaccionó a contrapelo, sin evitar excitarse con las caricias sobre sus pechos, pero intentando discernir el porqué del malestar soterrado que la embargaba.

—¿Qué ocurre, Jana? ¿Pasa algo?

Se alejó de él con un suspiro y se asomó a la ventana. ¿Cómo no iba a gustarle el paisaje de la ciudad? ¡Era maravilloso!

—No es nada. Solo que has estado tan ausente estas últimas semanas, que me cuesta retomar donde lo dejamos —dijo Jana, en un intento de ser lo más sincera posible—. Hemos hablado una sola vez desde que llegué hace un mes a Tromsø y el único telegrama que he recibido fue el que me avisaba de tu visita.

No pudo evitar el reproche en el tono de voz. Quizá estuviese más herida de lo que quería admitir.

—Lo sé, lo sé. He estado muy ocupado en el hospital. Las cirugías, las guardias, el trabajo... —Ahora era él quien contestaba con evasivas, y su mirada huidiza lo delataba. ¿A qué habría dedicado su tiempo en realidad?

—¿Hasta cuándo os quedáis?

—¡Oh!, solo un par de días. —El alivio al cambiar de tema era flagrante—. Queremos llegar hasta el estrecho de Bering. Zarparemos el sábado a primera hora.

—¿Solo te quedas dos días? ¡Lars!

No disimuló su enfado. No entendía para qué habían venido; ¡era jueves

por la tarde y se marchaban el sábado!

—Anda, no te enfades. Vamos a aprovechar el poco tiempo que tenemos —dijo él, acercándose de nuevo para abrazarla—. Tú trabajas todo el día y tampoco puedes dedicarme mucho tiempo. Y yo necesito vacaciones. Estoy trabajando como un esclavo en el hospital.

Jana cerró los ojos y correspondió plegándose a sus deseos, en un intento de ser razonable. Era cierto. Ella entraba a las ocho de la mañana a trabajar y no salía hasta las cinco. Algunos sábados también tenía que pasar visita a las embarazadas y muchas veces se quedaba a ayudar. Suspiró y se entregó al tacto conocido de sus manos. Llevaba un mes allí y el único contacto con otra piel había sido aquel beso robado a Magnus en la oscuridad. Recordarlo inflamó su piel y volvió a apartarse, confundida. ¿Estaba segura de que quería entregarse a Lars?

La duda solo duró unos segundos escasos. Lars era su prometido. Su futuro.

¡Su vida! Aquel beso con Magnus había sido tan solo permitirse un destello de completa libertad. Dejarse llevar por el momento. Una locura. Debía centrarse en lo que era mejor para ella. En lo más conveniente. Y eso significaba volver a Oslo, junto a sus padres y al lado de Lars.

Pero cuando él se hundió entre sus piernas y enterró la virilidad cubierta con el preservativo en su sexo, el gemido que escapó de sus labios se le antojó ridículo. Sus caricias no la encendían. Sus manos la tocaban de un modo mecánico. Frío. Él alcanzó el orgasmo y ella solo se estremeció de la indiferencia que le generaba su tacto.

—Algo te pasa, Jana.

Lars era un hombre inteligente. Ella negó con la cabeza sin decir nada y aguantó las lágrimas que se agolpaban tras sus párpados.

—Ha pasado demasiado tiempo, Lars —dijo a modo de disculpa, cubriéndose el cuerpo con el vestido que acababa de quitarse. No quería exponerse desnuda frente a él—. Siento que nos hemos distanciado.

Él la miró unos segundos con el rostro crispado. Se subió los pantalones, enredados en los tobillos, y los abrochó mientras caminaba hacia su maleta de mano.

—Tienes razón, Jana. No he sido el mejor de los prometidos —dijo en

tono contrito—. Solo espero que sepas perdonarme.

E hizo aparecer entre sus manos una maravillosa caja de terciopelo azul marino. Jana contuvo la respiración. La abrió ante sus ojos y reprimió una exclamación de sorpresa al ver el anillo.

—Lars, ¡es maravilloso!

Él sonrió, ufano, y deslizó la sortija en su anular. Un zafiro en talla princesa, rodeado de brillantes engarzados en una intrincada red a su alrededor. Jana contempló su mano, extasiada. ¡Un anillo de compromiso!

Se abrazaron y Jana puso, por primera vez desde que se habían encontrado en el puerto, un entusiasmo real en su contacto.

—¡Esta es mi Jana de siempre! ¿Acompañarás a tu prometido a cenar?

Jana sonrió, feliz. No podía apartar la mirada de su anular.

—Por supuesto.

Pronto olvidó aquella sensación de lejanía con sus amigos. Estaba feliz de lucirse en aquel restaurante tan bonito y cenar en un ambiente lujoso y sofisticado junto a Lars. Ilse abrió los ojos con envidia y admiración al mostrarle su anillo y las risas sustituyeron a las críticas continuas a medida que el champán bajaba en la botella. No fue capaz de convencerlos de que visitaran la ciudad, pero entendía que estaban cansados y que preferían la comodidad de quedarse donde iban a dormir. Sobre todo, dada la cantidad de alcohol que estaban bebiendo.

—Lars, tengo que volver a la pensión, ¡es tarde! —dijo, preocupada al ver la hora. Ilse soltó una risita y sirvió a todos otra copa de champán. Cuando llegó a la de Jana, vertió el líquido por fuera, sin darse cuenta de que ya estaba llena.

—Ven conmigo a la habitación —dijo él, rodeándola con los brazos torpes y pesados, y arrastrando las palabras. Ilse y Jürgen se devoraban sin pudor recostados en el sillón.

Jana vaciló, no quería romper el bienestar conseguido, pero su conformidad era muy frágil y se tambaleó.

—Tengo que trabajar mañana, ¡me levanto a las seis y media! —protestó sin demasiado convencimiento.

Lars puso los ojos en blanco e hizo un gesto displicente con la mano.

—No necesitas trabajar, Jana. ¡Deja ya el capricho! No necesitas nada de



esto —dijo con irritación, abarcando con un arco amplio de su brazo la vista de la ciudad—. En Oslo tienes tu vida y tu futuro. Junto a mí. Deja este pueblucho de pescadores y vente conmigo el sábado.

Jana se echó a reír, incrédula. Esperaba que sus palabras fueran fruto del alcohol. No estaba dispuesta a creer que para Lars su trabajo de matrona fuera un capricho.

—Estás borracho, Lars. Será mejor que me vaya.

—¡Oh! Mi futura mujercita piensa que estoy muy borracho —dijo en un tono fingido de ofensa—. Todavía me quedan fuerzas para hacerte el amor, nena. ¡Celebremos!

Las carcajadas de sus amigos ante su afirmación terminaron por enfadarla aún más. Intentó ignorar la camisa blanca arrugada y fuera de los pantalones, los ojos inyectados en sangre y el tupé despeinado. Jamás lo había visto así y un sentimiento de vergüenza la inundó.

—Quédate, yo me marcho a la pensión. ¡Tengo que levantarme temprano!

—rezongó, intentando escabullirse entre sus brazos, que la agarraban sin ceremonia por la cintura. Lo empujó de modo un poco más convincente cuando dejó caer la cara entre sus pechos—. Mañana, si quieres, ven a buscarme a las cinco al hospital.

Se despidió de sus amigos y buscó su boca para darle un beso, ignorando el aliento que apestaba a alcohol. Lars tenía derecho a divertirse. Era ella la que tenía obligaciones al día siguiente, no él. Pero le hubiera gustado que la acompañara a la pensión. Era de noche y, aunque la ciudad estaba tranquila, no eran horas para que una chica estuviera sola en la calle. Al menos podría haberla despedido en la puerta del hotel.

Llegó a casa de Bente y entró con la llave que le había dado, agotada y sudorosa. Había ido casi corriendo, asustada por lo que le pudiera pasar.

Ya en la cama, miró el anillo una vez más. Le dio vueltas en torno a su dedo una y otra vez. ¿Era cierto? ¿No necesitaba trabajar? ¿Dónde estaba su futuro? ¿Y el resto de su vida?

## Como San Pedro

Llegó tarde al hospital y recibió la reprimenda de Elke con resignación. No había pegado ojo. Pasó el día ensimismada, debatiéndose entre las ganas de volver a charlar y reír despreocupada junto a Lars y sus amigos y la certeza de que ella ya no pertenecía a ese mundo.

—¡Jana! —llamó su tutora, enfadada—. Sé que tu prometido está aquí, pero tienes que prestar un poco de atención.

Asintió, consternada, y se apresuró a preparar el maletín para salir a atender un parto a domicilio, pero cuando se levantó para acompañar a Elke, ella la detuvo con un gesto contundente.

—Tú no. Hoy me acompañará Lotte —dijo con determinación. Su compañera se encogió y la miró de reojo—. Ve con tu novio y pásalo bien el fin de semana.

—¿En serio? Puedo ir, no me importa —dijo ella con tono contrito y sin esconder su decepción.

—En serio. Ahora no me sirves para nada, ¡estás demasiado distraída! —respondió con una sonrisa y suavizando el tono de voz—. El lunes te quiero aquí bien temprano y sin tonterías, ¿entendido? Te lo has ganado. Vete.

—Entendido.

Jana asintió con una sonrisa. Era innegable que se lo merecía, pensó mientras se deshacía del uniforme y los zuecos y se ponía el abrigo. Era la matrona en prácticas que más trabajaba, de las pocas que no ponía pegas para acudir a los domicilios y, desde luego, la única que acudía todos los sábados sin discusión.

Llamó por teléfono al hotel para dejarle el recado a Lars de que no acudiese al hospital a buscarla y cogió el autobús hacia la pensión. Quería arreglarse y verse tan guapa como Ilse, que parecía una estrella de cine. Tan delicada, tan delgada. Puso especial esmero en peinarse y maquillarse. Miró sus preciosos zapatos rojos de charol, recordando que le hacían daño en los

pies, pero se los calzó. Después de descartar varios modelos, se decantó por una minifalda de cuero marrón y un jersey blanco. El cinturón y el bolso, a juego con los zapatos, eran el complemento ideal.

Bente soltó una exclamación admirada al verla.

—¡Estás preciosa, niña! —La voz alegre de la anciana la contagió y sonrió con ganas—. ¿Dónde vas tan bonita?

—Elke me ha dado la tarde libre y voy a reunirme con mi prometido. ¡No me esperes despierta! —dijo, guiñándole un ojo con picardía, y le lanzó un beso desde la puerta.

Nada más entrar al hotel, el vaivén de emociones en que estaba sumida desde la llegada de sus amigos dio un nuevo giro. Disminuyó la velocidad de sus pasos, confundida. Lars e Ilse reían muy juntos en el sofá. ¿La estaba tocando? No. Aquella mano fugaz sobre el pecho de su amiga eran imaginaciones suyas. Jürgen leía un periódico con las piernas cruzadas en un sillón, ignorándolos con semblante reprobador.

—¡Jana! —exclamó Lars, sorprendido. Se levantó de un salto del sofá y corrió hacia ella—. ¡Estaba a punto de salir a buscarte!

Ella echó un vistazo al reloj de recepción. Eran bien pasadas las cinco.

—Si es así, ibas a llegar tarde —dijo perpleja. Cada vez la sorprendía más la manera de comportarse que Lars tenía con ella.

—Las vacaciones nos distraen, querida —dijo Ilse, alzando su copa. ¿Ya estaban bebiendo?—. No frunzas así el ceño, ¡o te saldrán arrugas!

—Vamos, Jana —dijo Jürgen, que se levantó y le ofreció el brazo—. Llévanos a conocer esta ciudad que, inexplicablemente, tanto te gusta.

El entusiasmo despreocupado de su amigo terminó por contagiarla.

Subieron por el funicular para disfrutar de las vistas de la ciudad desde lo alto, pasearon por el centro y recorrieron el parque principal charlando y riendo. Lars estaba pendiente de ella en todo momento y recibió varios cumplidos de Ilse y Jürgen. Era viernes y el Riso estaba a rebosar, pero no tardaron en conseguir una mesa. Esta vez se decantaron por el Akvavite y Jana contuvo la respiración por unos segundos, preocupada, al ver una botella idéntica a la que había tomado con Magnus la semana anterior.

—¡Brindemos! Por nuestro compromiso, la belleza de Ilse y el aburrimiento eterno de Jürgen.

Apartó con rapidez el recuerdo del pescador y su beso ardiente. No era su realidad. Iba a casarse con Lars.

Chocaron las copas y bebieron en el ambiente festivo y alegre del bar. La camaradería que siempre reinó entre ellos había terminado por volver y Jana se encontró charlando y riendo como siempre lo había hecho.

Cuando acabaron la botella se dirigieron hacia el puerto. Toda la ciudad latía con la llegada del fin de semana. Los marineros y pescadores se echaban a la calle después de una semana de faena y las parejas paseaban abrazadas por la zona más bella de la ciudad. El Rilke era el local donde podías bailar y tomar unas copas, y Jana los condujo hacia allí entre la gente que abarrotaba la calle del muelle. De pronto, una voz masculina y vibrante la frenó en seco con una sola palabra que emergió entre el barullo de la multitud.

—¡Jana!

Magnus la llamó, vacilante. ¿Era ella? No estaba seguro. Nunca la había visto así. Llevaba una ropa muy provocativa y ceñida, se veía como una mujer fatal. Sus ojos, maquillados con un halo negro e intenso, lo intimidaron por un momento cuando se clavaron en él. Retorcó la gorra entre las manos, hechizado por su belleza, reviviendo el breve momento en que la había tenido entre sus brazos. En que su cuerpo había ardido junto al de él.

Había pasado la peor semana de su vida en el barco, anhelando hacerla suya o al menos besarla otra vez.

Sonrió, buscando provocar en ella esa sonrisa que con su música le traspasaba el alma. Tal vez algún gesto que le hiciera saber que ella lo había visto, tal vez una mirada limpia y serena de sus ojos verdes. Apretó el paso tras ella, que se volvió sin dar señales de que lo había reconocido. Era comprensible, había demasiada gente. Solo quería saludarla, hacerle saber que había llegado bien del *Valkyria*, que estaba dispuesto a enfrentar el desafío que suponía aquel beso robado.

—¡Jana! —insistió, esperanzado.

Ella no pareció escucharlo, pese a que ahora estaban muy cerca. Charlaba y reía junto a dos hombres y a una mujer que jamás había visto. Forasteros.

—Jana —lo intentó una tercera vez. La cogió de la muñeca para reclamar su atención.

Y ella se volvió.

En su mirada, leyó la orden implícita de que no se acercara. En sus labios, había una sonrisa que no era para él. En su voz, una risa cuya melodía era falsa. El hombre a su lado, que rodeaba su cintura con una mano lánguida, frunció el ceño con curiosidad al verlo.

—¿Conoces de algo a este... hombre? —preguntó Ilse, frunciendo la nariz con disgusto—. ¡Qué desagradable!

Magnus enrojeció de ira y humillación. El *Valkyria* había arribado tarde a puerto, después de una semana muy difícil en alta mar. Sabía que tenía el pelo sucio, la barba sin afeitar. Que hedía a pescado y a sudor. Su aspecto estaba muy lejos del de aquellos dos petimetres que la acompañaban. La rubia que lo miraba con desprecio parecía el maniquí de unos grandes almacenes en vez de una mujer. Esperó, paciente, a que Jana lo presentara.

Los separaba quizá un metro de distancia, pero no se atrevió a acercarse más.

—No. No lo conozco —dijo ella con indiferencia—. Solo es el chico de los recados de la señora Vinter —aclaró, sin siquiera dedicarle una mirada de reconocimiento—. Hemos coincidido alguna vez en la pensión. Por eso sabe mi nombre.

—¡Oh! Entonces, ¡vámonos! —dijo la rubia, dándole la espalda—. ¡Me muero por bailar y tomarme una copa!

Y eso fue todo.

Las dos parejas se alejaron entre risas estridentes y se perdieron entre la multitud alegre que inundaba el muelle.

Apretó los puños a ambos lados del cuerpo y rechinó los dientes. Esperó allí unos segundos, mientras los transeúntes lo esquivaban, porque no se resignaba a perder la esperanza. Pero ella no se volvió.

Una escarcha fría atenazó su pecho con un orgullo lacerante. Si él no existía para ella, entonces ella tampoco existiría para él.

## Lo que quiero de verdad

Jana llegó a su habitación con el corazón encogido. Sentada frente al espejo del sencillo tocador, comenzó a retirar las horquillas que sujetaban el moño cardado. No había disfrutado del baile ni de las copas. Ni de la atención obsequiosa de Lars. El semblante dolido de Magnus al escuchar sus palabras aparecía ante ella una y otra vez. Aquel pescador ocupaba sus pensamientos a cada instante. Sabía que más allá de aquel beso, cuyo recuerdo incendiaba su cuerpo, era su manera de ser; era él, como hombre, quien la había conquistado.

Y ella negaba conocerlo, lo humillaba y se desentendía del respeto y la admiración que sentía por él.

Cerró los ojos con fuerza en un intento de alejar aquellos pensamientos. Al abrirlos, su propio reflejo le resultó extraño. No se reconocía. El peinado sofisticado, los ojos perfilados en kohl, los labios rojos y chillones. Una congoja absurda le atenazó la garganta. Le había hecho daño. Y solo había obtenido generosidad y cosas buenas de él.

Empapó un pañuelo en agua de rosas y retiró poco a poco el maquillaje, emborronando su rostro. Tenía que pedirle perdón.

Cepilló su melena con desgana para librarla de la laca, mientras la culpa inundaba su alma. Pero había algo más que la turbaba. Dejó el cepillo a un lado y observó el ostentoso anillo que lucía en su anular derecho. Al igual que desconocía su rostro lleno de afeites, la imagen de su mano alhajada se le antojó ajena. La joya le quemaba en la mano. ¿Quién era ella? ¿La niña adorada por sus padres, con una vida entre algodones y un novio ideal? ¿O

era la Jana que reía a carcajadas, que atendía partos con pericia y que se había atrevido a jurar como un marinero, a comer con las manos y a bailar descalza en la playa? ¿Quién quería ser?

En un arrebato, arrancó el anillo de su dedo y lo dejó sobre la mesa con un golpe seco.

No podía casarse con Lars.

No lo quería. Y, por encima de todo, no quería ser la persona en que se transformaba cuando estaba junto a él.

No pegó ojo en toda la noche, debatiéndose entre lágrimas silenciosas y risas histéricas amortiguadas con la almohada.

A la mañana siguiente, Jana no se maquilló. Escogió un vestido de verano de los que últimamente prefería, amplio y vaporoso. Se calzó unos zapatitos planos. Su melena rubia caía sobre sus hombros en una cascada algo desordenada, pero había descubierto que le gustaba más así. Desayunó intercalando unas pocas palabras con Bente que, al percatarse de su ánimo taciturno, salió al jardín a cuidar de las flores. Ella subió de nuevo a su habitación.

Cuando la mujer la avisó de que Lars estaba abajo, cogió la preciosa cajita de terciopelo. Al ver a su novio, de pie en la cocina y con la mirada ansiosa, vaciló.

—¡Buenos días, Jana! Estás diferente hoy. Estás... preciosa.

Se inclinó para besarla en los labios, pero ella ofreció su mejilla. Era una mala persona por lo que iba a hacer.

—Buenos días, Lars.

Forzó una sonrisa con un nudo de temor en las entrañas. De vértigo. Negó con la cabeza con expresión contrita al ver que apartaba una silla con gesto galante para que se sentara y se quedó de pie. Él frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

Jana se quedó en blanco. Su discurso ensayado se volatilizó al entender que Lars era un buen hombre y no merecía aquello.

—Necesito hablar contigo, es importante. Y no sé muy bien qué decir —comenzó, titubeante.

—Jana, esta tarde nos vamos. ¿No quieres aprovechar el tiempo? —dijo su prometido, ajeno por completo a su debacle emocional, con la voz ligera y una sonrisa de niño—. Hemos encargado un pícnic en el hotel, y queremos ir hasta la playa.

Los labios de Jana temblaron. Para él, todo estaba bien. Todo seguía igual.

Nada había cambiado. Pero aquellas semanas en Tromsø habían hecho de ella otra mujer.

—Lars, creo que debemos romper nuestro compromiso —dijo con voz un

poco más firme, sin ser capaz de un abordaje menos frontal. Él parpadeó sin entender. No decía nada, así que tomó aire y prosiguió—. Es lo mejor para los dos.

Le tendió la cajita con el anillo, pero él seguía inmóvil, así que la dejó sobre la mesa de la cocina. El rostro de Lars se vistió de ansiedad y desconcierto. Tardó largos segundos en abrir la boca.

—¿No me amas? ¿No quieres casarte conmigo? ¿Hay alguien más, es eso?

Su mutismo se transformó en un torrente de preguntas, todas ellas de esperar. Los ojos de Jana se humedecieron.

—Lars, te aprecio y te admiro muchísimo, ya lo sabes. Eres el primer y el único hombre con el que he estado. Pero tú tampoco me amas a mí —dijo, huyendo de dar una afirmación más tajante sobre lo que sentía—. Nos hemos comprometido por inercia al acabar nuestras carreras y yo no quiero eso.

Siento que estamos atados por las razones equivocadas y quiero devolvernos, a ambos —matizó con énfasis—, la libertad que nos merecemos para ser felices.

Su mirada se endureció y Jana dio un respingo al sentir una garra aferrar su brazo.

—Hay otro hombre, ¡di la verdad!

Jana apartó el recuerdo de su cuerpo enroscado al de Magnus en aquel beso demoledor y se centró en las verdaderas razones.

—No. Sabes que no. ¡Solo he estado contigo! —dijo en tono conciliador.

La dulzura de sus palabras suavizó la actitud de Lars, que se sentó a la mesa de la cocina y sujetó su cabeza entre las manos con desesperación—. Pero sé que, si unimos nuestras vidas en base a algo que no existe, seremos desgraciados siempre.

—¿Por qué accediste cuando te lo pedí en primer lugar? —dijo él con tono lastimero—. No lo entiendo.

Jana bajó los ojos y se miró la punta de los pies. Era el momento de ser sincera.

—Porque era razonable, lo más conveniente. Lo que mis padres querían y lo que querías tú. Y estaba más que dispuesta a agradar —dijo en un hilo de voz—. Nunca me pregunté de verdad qué era lo que yo quería, lo que yo ansiaba.



—¿Y qué quieres, Jana?

—Quiero ser libre. Nada más. He cambiado.

La simpleza de sus palabras la golpeó. Lo había dicho sin pensar, pero era exactamente lo que sentía. Alzó la mirada y sonrió. No quería joyas en sus dedos, ni un hombre que solo la valorase por la posición de su padre o porque constituía un adorno bonito para llevar del brazo en sociedad. Y por encima de todo, quería su libertad e independencia.

—Quiero trabajar de matrona, quiero...

—No necesitarás trabajar en Oslo —dijo Lars, ofreciendo sus manos abiertas—. Yo ya tengo mi plaza de cirujano, y tu padre...

—¡No se trata de ti! ¡No se trata de mi padre! ¡Se trata de lo que yo quiero!

—estalló con irritación. La mención del ilustrísimo doctor Jensen terminó por enfurecerla—. ¿No lo entiendes? Quiero ayudar a las mujeres con su embarazo, ¡traer a niños al mundo es un trabajo precioso!, apoyarlas en los primeros días, en la lactancia...

Odió ver el gesto condescendiente de Lars. Al igual que su padre, pensaba que aquello solo era un juego, un capricho. Cualquier cosa que no fuese su mundo o él mismo no le importaba en lo más mínimo. Se rindió ante la evidencia y detuvo su discurso encendido. No valía para nada.

—Jamás lo entenderás.

Su rostro barbilampiño volvió a cambiar y se tiñó de indiferencia. Su mirada se vistió de desprecio mientras guardaba la caja de terciopelo en el bolsillo interior de su chaqueta. Sus labios se torcieron en una sonrisa cruel.

—Lo entiendo, por supuesto. Pero lo cierto es que no me interesa. —Jana se encogió ante la frialdad de sus palabras—. Y tienes razón, jamás te he amado. Eras conveniente por la posición de tu padre y ya he conseguido lo que quería. —Estiró sus manos de porcelana, casi femeninas, y asintió—. Tengo mi plaza de cardiocirujano asegurada y ya he comenzado a labrarme el prestigio que necesito para prescindir de su protección. Además... —volvió los ojos hacia ella con una sonrisa cruel—, creo que una mujer como tú no está a mi altura. Merezco más. Ilse o cualquier otra estará encantada de ocupar tu lugar como ya lo hace en mi cama.

Jana soportó con entereza la humillación. Era muy distinto sospecharlo

que tener la confirmación de su propia boca.

—No lo dices en serio. No te creo —murmuró, golpeada por la malicia de sus palabras—. No puede ser verdad.

—¿Por qué crees que ha venido Ilse con nosotros? Jürgen no es más que una tapadera para poder estar junto a mí.

Jana negó con la cabeza, si no lo amaba, ¿por qué le dolía tanto aquella traición? No sucumbió a la tentación de reprocharle su comportamiento y sonar despechada.

—Lars, te deseo lo mejor en tu carrera y en tu vida —dijo, tragándose su orgullo—. Sé que serás un cardiócirujano brillante. Que lograrás todo aquello que te propongas. Cualquiera mujer estará feliz de ser tu esposa. —Lo siguió hasta la salida, él escuchaba sin volver la cabeza—. Solo espero que podamos recuperar la amistad sincera que algún día tuvimos.

El bufido indignado de Lars antes de cerrar de un portazo la hizo quedarse clavada en el sitio durante unos largos minutos.

Ya estaba hecho. Era lo mejor. Tenía que sentirse orgullosa y aliviada.

Y entonces, ¿por qué se sentía tan miserable?

Arrastró los pies con sus manos unidas en el regazo, reacia a moverse. La realidad de lo que había pasado fue permeando poco a poco en su entendimiento. Una corriente fría la hizo estremecerse y se volvió al notar una presencia en la cocina.

—Lo siento muchísimo, Jana —dijo Bente con su voz dulce y ajada. La anciana había escuchado todo tras la puerta del jardín—. Ven aquí, mi niña.

No esperaba derramar ni una sola lágrima, pero una vez abiertas las compuertas, no podía dejar de llorar. Por las palabras crueles que Lars le había dedicado. Por el futuro que había lanzado por la borda. Por el temor que le generaba el enfrentar a sus padres y defender su decisión. Las ansias de libertad quedaban ahora muy lejos. Solo quedaba el miedo y la sensación de pérdida. Y una soledad infinita.

No supo cuánto tiempo la consoló Bente entre sus brazos. El llanto dio paso a sollozos que se espaciaron hasta dejar estelas de lágrimas secas en su rostro.

—¿Quieres un té? —ofreció la anciana en voz baja.

—Creo que subiré a mi habitación a descansar —dijo ella con voz

trémula.

No eran más allá de las once de la mañana y el agotamiento atenazaba sus extremidades. Se separó poco a poco del regazo de la anciana.

—Ve. Te subiré una bandeja.

No tocó la taza ni las pastas. Tampoco quiso bajar a comer. Intentó borrar de su cara el rastro de las emociones que se cebaban en ella con agua fría y polvos faciales. Recogió su melena en una coleta, pero era incapaz de siquiera fingir el esbozo de una sonrisa. Se tragaría su pena y su miedo y, de nuevo, haría lo que tenía que hacer.

Caminar hasta el puerto se le hizo eterno, sus pies pesaban como el plomo y la idea de volver a ver a Lars le rompía el corazón. Tenía que decirle adiós, aquella despedida sería reafirmar con valentía todo su discurso. Solo que no se sentía valiente. Tenía miedo. No quedaba en ella ni un ápice de valor.

Los pasajeros se arremolinaban ya en el muelle donde esperaba atracado el Hurtigruten. Se puso de puntillas, estiró el cuello por encima de las cabezas y creyó divisar a sus amigos. Un golpe en el estómago no le habría dolido más que cuando vio cómo Ilse abrazaba a Lars y lo besaba en los labios con gestos que parecían de consuelo. Tragó saliva y se acercó hasta ellos cuando lo que ansiaba era desaparecer entre la gente, correr en la dirección opuesta.

Jürgen fue el primero en descubrirla y Jana agradeció su sonrisa afectada porque al menos era sincera.

—Jana, ¡has venido! —dijo con tono de sorpresa. Se abrazaron brevemente y rozaron sus mejillas.

—Ya os dije que vendría a decir adiós.

—Lo sé, lo sé, pero con todo lo que ha pasado... —Hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza hacia donde estaban Ilse y Lars, ajenos a su llegada—. ¿Estás segura de lo que haces, Jana? ¿Es cierto todo lo que le has dicho?

Abandonó por un momento su pose de indiferencia estudiada. La tomó de las manos y la miró a los ojos. Jana asintió.

—Sí, Jürgen. Lars y yo no nos amamos. —Estaba sorprendida y confortada por el apoyo de su amigo, era difícil que mostrase alguna emoción—. Es lo mejor.

—Siempre me pregunté el porqué de ese compromiso —dijo él. Jana lo

miró en silencio, sorprendida—. A veces es imposible saber lo que piensas, Jana. Siempre pareces estar feliz y conforme con todo, como si nada te afectara. Vaya manera de despertar a la realidad.

Los dos se echaron a reír. Se abrazaron de nuevo, con más fuerza, y su amigo la aferró de los hombros.

—Mucha suerte, Jana. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy. —Se volvió hacia los otros dos. No sabía si la ignoraban o no la habían visto—. ¡Voy a embarcar ya! Vamos, Ilse —añadió, con un gesto significativo para que ella y Lars se quedaran solos.

La mujer se volvió al escuchar su nombre y su sonrisa seductora se congeló al descubrirla allí. Se separó unos pasos del que había sido su prometido, que apartó la mirada de ella, y echó por fin a andar.

—Ilse, que tengas un buen viaje y un feliz regreso a Oslo —dijo Jana al ver que ella no sabía qué decir.

—Adiós, Jana. Espero que seas feliz. —La estudió con atención, parecía sincera, pero su amiga era una actriz fabulosa—. Si él no te ama, es lo mejor.

Asintió, sin matizar que ella tampoco lo quería a él, pero entendía que aquello era impensable para Ilse, que bebía los vientos por el cardiocirujano.

Siempre lo había sabido, aunque no quisiera aceptarlo. El abrazo que intercambiaron fue frío y estirado, y se alegró cuando se alejó por el puente hacia la cubierta del barco. Lars seguía ignorándola, de espaldas a ella.

—Lars —llamó, con el corazón en un puño—. He venido a decirte adiós.

Un nudo de angustia se apropió de su garganta al ver su rostro arrogante cubierto de lágrimas.

—Jana, yo sí te amo. A mi manera, quizá sin romance y sin grandes gestos, pero te quiero. ¡Todo lo que te dije ayer es mentira! —dijo aferrándola de las manos como un ruego—. Lo de las otras mujeres lo he dicho por despecho, y no sé qué voy a hacer sin ti en mi vida. No me dejes, vuelve conmigo a Oslo, ¡y casémonos!

Apretó los párpados con fuerza, la tristeza la inundó. Por un instante, pensó en considerar su oferta, pero negó con la cabeza y abrazó con suavidad al único hombre que le había hecho el amor.

—Adiós, Lars. Te deseo lo mejor.

Y sin ser capaz de contener las lágrimas, se marchó del puerto sabiendo

que parte de su vida quedaba definitivamente atrás.

## La decepción

**D**ejó pasar unos días en un intento de decantar la angustia inmanejable que se había apoderado de ella. Los sentimientos giraban y se retorcían en mil direcciones distintas y sentía que iba a quebrarse en cualquier momento.

Tristeza por romper su compromiso, vergüenza por el modo en que había tratado a Magnus, cierto alivio por haber sido sincera consigo misma por primera vez en su vida... y un miedo visceral a la reacción de sus padres cuando supieran la noticia.

No podía esperar más.

Era viernes, el día en que debía comunicarse con ellos por teléfono. La operadora se demoró en conectar la llamada y durante un par de minutos se refugió en la idea infantil de que tal vez no lo consiguiera, pero cuando escuchó la voz femenina y dulce de su madre, reaccionó.

—Jana, ¡mi niña! ¿Cómo estás? —preguntó preocupada, como siempre que hablaban.

Quiso derrumbarse, estar junto a ella y apoyarse en su pecho. Llorar porque no sabía bien lo que quería hacer con su vida, pese a que sí estaba segura de haber acertado con su decisión.

—Mal, mamá —confesó al fin, con la voz trémula—. Lars y yo hemos roto nuestro compromiso.

El silencio al otro lado de la línea la hizo ponerse alerta. Borró de su cara el rastro de las lágrimas e hizo un esfuerzo por contenerse.

—Hija, ¿no crees que ha sido todo demasiado rápido? —dijo con una voz que parecía dirigirse más a sí misma que a ella—. ¿Qué ha pasado, Jana?

Le hizo un pequeño resumen de cómo se sentía; la lejanía de aquel mes sin noticias de su novio, el flirteo continuo con Ilse y la confirmación de que entre ambos había más que amistad, el excesivo peso de la figura de su padre en el interés que manifestó por ella. Omitió a Magnus. Se convenció a sí misma de que era lo mejor, aunque la herida de su traición se profundizó. Su expresión

dolida y orgullosa se cruzaba en sus pensamientos con demasiada frecuencia como para olvidar lo que había hecho.

—Lo entiendes, ¿verdad, mamá? —rogó con fervor. La necesitaba de su lado—. Él mismo me confirmó que la razón principal de pedirme matrimonio era conseguir el favor de papá en el hospital. ¡Yo no le importaba!

Y ahora ella balbuceaba excusas para reafirmarse a sí misma, en un intento de llenar ese silencio obstinado de Olivia.

—No quiero ni pensar en lo que va a decir tu padre, en lo que van a decir todos —suspiró con resignación—. ¿Quieres que se lo diga yo? ¿O quieres hablar tú con él?

Jana apretó los párpados en un gesto de desesperación y su rostro se cubrió de un rubor intenso al decir las palabras.

—Por favor, mamá. Yo no tengo fuerzas para enfrentarme a él ahora.

Díselo tú —pidió, con voz temblorosa—. Dentro de unos días le explicaré todo, pero ahora no puedo. No soy capaz.

De nuevo silencio al otro lado de la línea. Podía imaginar la expresión reprobatoria en el rostro de su madre.

—Está bien, hija. Yo se lo diré. Pero tienes que saber que se llevará una doble decepción. Por la ruptura y porque no se lo hayas dicho tú misma. —

Hizo una pausa. Jana sabía que le estaba dando la oportunidad de retractarse, pero no dijo nada—. Te llamaré mañana para contarte cómo me fue.

Se despidió de su madre con la sensación de que no había resuelto nada, tan solo había trasladado el problema a unos días más adelante. Y la angustia no había desaparecido, solo estaba amortiguada. Sabía que aún le quedaba un frente abierto que tenía que solucionar. Magnus. Las lágrimas brotaron de nuevo al recordar su expresión herida y después llena de ira cuando fingió no conocerlo. No salió, pese a que Lotte pasó a buscarla para dar una vuelta.

Estaba demasiado afligida. Pasó la noche dando vueltas sobre la cama, torturada por los remordimientos, y prefirió no bajar a desayunar.

Tenía que hacer algo.

—¿Señora Vinter? ¿Puedo molestarla un momento? —Llamó con suavidad a su puerta y empujó al no recibir contestación. La anciana, que dormitaba sobre su mecedora frente a la televisión, parpadeó con dificultad y fijó los

ojos en ella con desconcierto—. La caldera de mi cuarto de baño no funciona bien. El agua sale tibia, casi fría.

No era la verdad completa. Pero sí era cierto que calentaba menos de lo que le gustaría, en especial por las mañanas.

—Niña, es sábado a mediodía, ¿tú crees que algún fontanero va a venir a estas horas a arreglar nada? —dijo, y cloqueó con una sonrisa divertida—. Tendrás que esperar al lunes.

—No. No puedo esperar al lunes. Tengo dinero, pagaré lo que sea — insistió de modo algo impertinente. Iba a mencionar a su padre, pero se reprimió. No. Ahora no—. Quizá Magnus quiera ganarse unas pocas coronas.

—Muy bien, ¡muy bien! Veré qué puedo hacer.

Se levantó con dificultad, mascullando de modo ininteligible, y se dirigió al salón principal, donde entraban muy pocas veces. Solo para hablar por teléfono. Aguzó el oído para escuchar algo, pero pronto la señora Vinter colgó y Jana se alejó con rapidez hacia la cocina. Comenzó a preparar la cafetera con disimulo.

—He dejado recado en la ferretería, seguro que Magnus pasará por allí tarde o temprano. Si tienes suerte, podrás verlo esta tarde o quizá mañana — dijo la anciana con una risita divertida.

Jana no se defendió de la acusación velada. Subió a su habitación a arreglarse un poco; peinó su pelo liso y lo ató con una cinta ancha, se cambió a un vestido de verano y unas sandalias de tacón, y esperó con ilusión mezclada con cierta vergüenza el momento en que se verían de nuevo.

¿Cómo saludarlo? Su cuerpo recordaba cada segundo de aquel beso devastador que habían compartido. La mano que agarraba su nalga, la que la aferraba por el cuello, los labios gruesos y expertos, devorándola sin compasión. Jadeó con la mera evocación del momento y se tocó la boca con la punta de los dedos.

Esperó y desesperó, porque Magnus no apareció hasta la mañana siguiente, cuando Jana ya había perdido toda esperanza de rencuentro. Acompañaba a Bente en la cocina y la ayudaba a pelar las judías para hacer un guiso, vestida con su camisón de algodón y las pantuflas, y una sencilla chaqueta de punto.

—¿Señora Vinter? Soy Magnus —tronó su voz desde la entrada, tras unos golpes firmes sobre la puerta.



Jana se envaró en la silla y escuchó con atención. Bente ya había abierto la puerta y charlaba con él, alegre como siempre. Se dio cuenta de que seguía en camisón y ni siquiera se había lavado la cara, y se levantó para correr hacia las escaleras, pero ellos ya atravesaban el vestíbulo y se dirigían hacia el piso superior. Chasqueó la lengua, contrariada. Optó por quedarse en la cocina y continuó con su labor de pelar las judías, pero escuchaba las voces y la curiosidad la roía por dentro. Acabó por atusarse el pelo frente al reflejo de la ventana, se arrebujo en la chaqueta de lana y subió a su habitación. En la escalera, se cruzó con Bente.

—Está trabajando en la caldera, ¡no lo molestes! —la reprendió, al ver que pretendía seguir—. Cuando termine, ya hablarás con él. ¡Niña!

Jana ignoró su llamado y se apresuró hacia el piso de arriba.

—Solo quiero preguntarle cómo encender la caldera si se apaga, ¡para no tener que molestarte siempre a ti!

La mujer pareció conformarse con eso y dejó de insistir. Jana entró como un ciclón en la habitación y se detuvo en seco. Magnus salía del cuarto de baño y se secaba las manos con una toalla pequeña. El impacto de su físico la apabulló. Había olvidado lo imponente que resultaba. No llegaba a su mentón, y los brazos le dolieron por la necesidad de aferrarse a su pecho amplio y poderoso.

—¡Oh, hola! —saludó algo cohibida.

—Señorita Jensen.

Se tocó la gorra de fieltro que llevaba puesta y pasó junto a ella sin otorgarle siquiera una mirada. Su frialdad la apabulló, y todos sus planes de pedirle perdón se desvanecieron entre la vergüenza y la timidez. Pero no podía dejarlo marchar, ¡y no podía permitir que la tratase así!

Compuso la más radiante de sus sonrisas y lo retuvo del brazo. Magnus se envaró con una mirada despectiva y ella lo soltó de inmediato. Su sonrisa vaciló.

—Antes de que te marches, ¿podrías enseñarme a encender a caldera? —Utilizó el mismo argumento endeble que había utilizado con Bente—. ¿Por favor?

—La señora Vinter puede enseñarte, yo tengo que volver a mi casa —dijo él, y enfiló de nuevo hacia la puerta.

—¡No quiero molestarla! Se me apaga cada dos por tres y siempre tengo que llamarla. —De pronto se sintió estúpida, y bajó la mirada ante su sonrisa irónica—. Por favor.

Se lo pensó durante unos segundos. Jana sonrió al ver que acababa por darse la vuelta y entrar de nuevo en el cuarto de baño.

—Lo que ocurre es que tenía restos de carbonilla, la he limpiado y le he dado un poco más de presión —explicó con tono frío, como si le estuviera hablando a una desconocida, como si jamás la hubiese estrechado entre sus brazos—. Esta palanca hace que aumente la intensidad de la llama. Cuando vayas a usar el agua caliente, desplázala hacia el punto rojo. —Encendió el agua caliente y la deflagración de la caldera la sobresaltó. Le mostró cómo funcionaba.

—Sí, entiendo —dijo ella. Comenzaba a estar un poco enfadada por su actitud distante.

—Cuando termines, pon la palanca en el punto azul. Dejarás la llama al mínimo y quedará protegida en el encendedor. No se apagará. ¿Eso es todo?

Estaban muy cerca. El baño no era pequeño, pero la caldera estaba en una esquina y los dos se rozaban por los hombros al inclinarse sobre la ventanita que dejaba ver la pequeña lengua de fuego. Jana inspiró aquel aroma salvaje, a jabón barato, a humo de leña, a aceite de motor. Percibió el cosquilleo de excitación recorrer su piel y se estremeció.

—¿Eso es todo? —repitió él, endureciendo la voz.

Su escaso coraje terminó por evaporarse, pero no tendría otra oportunidad.

—Sí, es todo. Escucha, Magnus. El otro día...

—Tengo que irme, señorita Jensen.

—Espera, por favor. ¡No te vayas! Solo quiero decirte que el otro día, cuando nos encontramos en la calle —balbuceó, en un intento de introducir el tema—, estaba con unos amigos de Oslo.

Magnus soltó una risotada y recogió su caja de herramientas. Era de hierro, grande como un mueble, y aun así la levantó como si fuese una cajita de muñecas.

—Ah, pero ¿me reconociste? Porque te llamé varias veces y no parecías escucharme. Quizá el desprecio solo te permitía ver la punta estirada de tu nariz —dijo con malicia y cierta sorna. Jana cerró la boca de golpe—. O el

aura de elegancia y caballerosidad de tu prometido —recalcó la palabra, y esta vez sí la miró a los ojos— te cegó de repente.

—Escucha, ¡lo siento! No sé qué me pasó. ¡No quise decir lo que dije! — se excusó de manera infantil—. Lars y yo...

Su voz se quebró y no pudo seguir hablando. Bajó la mirada y notó cómo las lágrimas afloraban a sus ojos. Estaba siendo demasiado duro. Sus disculpas no lo habían ablandado ni un ápice.

—¿Lars? ¿Así se llama? Hacéis una bonita pareja —dijo Magnus con amargura—. Estáis hechos el uno para el otro, seguro que no te planteas estar con un chico de los recados como yo.

La arrogancia que destilaban sus palabras la sorprendió, pero más aún lo hizo el dolor que parecía sentir. Su mirada de orgullo herido la dejó petrificada cuando pasó por su lado y se marchó.

Desconcertada, se apresuró hasta la ventana y se asomó para verlo alejarse en la bicicleta. Aquella bicicleta que había provocado aquel primer y único beso que le había dado la vuelta a la vida.

## La llamada

Lotte la encontró en un rincón de la parte de atrás de la lavandería mientras se fumaba un cigarrillo. Llevaba toda la mañana de trabajo distraída, pensando en Magnus y en cómo llegar hasta él.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te escondes aquí? —preguntó su amiga, que señaló su cigarrillo y rebuscó un mechero en su delantal—. Fumaré solo uno y me marcharé corriendo a partos. Pero tengo tiempo para que me cuentes.

Jana sonrió mientras abría su fina pitillera de plata para que ella se sirviera.

Lotte se había convertido en una amiga y confidente maravillosa. La había consolado cuando rompió con Lars, y sabía de su deseo de recuperar la amistad de Magnus. Aspiró una larga calada y soltó el humo perfumado con lentitud para pensar. La amistad que le brindaba era de un tipo que jamás había conocido. Era franca y directa, no tenía pelos en la lengua, escuchaba con atención y daba su opinión sin importarle que a Jana, en más de una ocasión, le doliesen sus verdades.

—Es Magnus. No quiere perdonarme. Y no sé qué hacer.

Lotte compuso una expresión solidaria y las dos fumaron en silencio durante unos minutos. De pronto, su rostro se iluminó.

—Ya sabes dónde vive, ¿por qué no vas a verlo?

—¡Está muy lejos! —dijo Jana, escandalizada—. No tengo ninguna bicicleta. Y no tengo cómo ir en lancha.

Lotte soltó una carcajada divertida.

—De verdad, Jana. No seas tan finolis. ¡Vete andando! —replicó Lotte divertida. No era la primera vez que se metía con ella por eso—. Desde el hospital no es difícil, solo tienes que caminar unos seis kilómetros por la salida norte y llegarás en un par de horas, más o menos. La primera parte está asfaltada y el resto es de tierra, pero no está en malas condiciones. ¡Tómatelo como un paseo!

—Lo sé, conozco el camino —murmuró Jana. Recordaba vívidamente cada metro recorrido con él.

—Vamos. Elke va a desatar sobre nosotras todas las penas del infierno si no vamos —dijo arreglándose la pequeña cofia sobre sus rizos anaranjados frente al cristal—. Al terminar te mostraré por dónde tienes que ir.

Le dio vueltas a la idea durante toda la semana. En un momento parecía reunir la determinación suficiente para hacerlo, y al siguiente se desinflaba al recordar la soberbia con la que la había tratado Magnus el domingo anterior.

No se lo merecía. O sí. Pero al menos le había pedido disculpas, y eso tenía que significar algo. La llamada de su padre el viernes empeoró aún más su ánimo oscuro.

La señora Vinter la avisó de que la esperaba al teléfono y ella bajó de su habitación como si fuera al patíbulo. Se puso el auricular negro y lustroso en la oreja y clavó la mirada en la rueda con los números encerrados en pequeños círculos.

—Hola, papá —musitó. Uno, dos, tres largos segundos.

—Hija. Tu madre me ha contado la noticia —dijo con tono severo y acusador—. Me has decepcionado.

—Lo sé, papá. —Todas sus fantasías de plantarle cara, de decirle que Lars en realidad no la amaba, ni ella a él; que la había estado engañando con Ilse, incluso que no la deseaba como mujer desaparecieron ante la voz autoritaria de su padre—. Pero...

—Quiero que vuelvas a casa de inmediato. Esta estupidez se acaba aquí —

interrumpió sin contemplaciones—. Te enviaré por correo urgente el pasaje de avión y mandaré a alguien a recoger tu equipaje. Solucionaremos esta idea tonta que se te ha metido en la cabeza de romper tu compromiso y hablaré con Lars para solucionarlo.

—¡No! —gritó ella a viva voz—. ¡Aún me falta la mitad de mi rotación!

No es más que mediados de julio, ¡tengo que terminar!

—Hija, ¡cómo te atreves a hablarme así! —Su padre pareció desconcertado, y ella misma no sabía de dónde salía aquella fuerza para plantarle cara. Su titubeo la envalentonó.

—Papá, no quiero volver a Oslo. Por fin empiezo a valerme por mí misma

como matrona. ¡Voy a los domicilios junto a mi tutora, atiendo los partos sola y lo hago bien! —imploró, sabiendo que, si su padre insistía, no sería capaz de enfrentarlo otra vez—. Este es mi trabajo y es mi vida. Y Lars no me quiere, ¡se comporta más como un hermano que como un prometido!

—Hija, yo solo quiero que seas feliz. Lars es el hombre apropiado para ti —replicó su padre, algo más sereno—. Vuelve a casa y lo arreglaremos juntos.

Su voz calmada la confortó. Parte de ella quería decirle que sí, todo sería mucho más fácil. Cerró los ojos con fuerza y lo dijo. Con fuerza y seguridad, aunque distaba mucho de sentirlos.

—No. No, papá. Lars no me ama. —A medida que las palabras salían de su boca, ganaba en determinación y era un poco más fácil—. Y no volveré a Oslo hasta que acabe. Te lo ruego, respeta mi decisión. Te quiero, papá.

Y colgó. Le colgó el teléfono. Soltó una risotada incrédula y la señora Bente salió de su cuarto, sorprendida por su arrebató.

—¿Qué ocurre, Jana?

—Le he plantado cara a mi padre. Por teléfono, es cierto —admitió, sabiendo que con toda probabilidad en persona no lo habría hecho—. Pero se lo he dicho. Alto y claro. No voy a volver a Oslo hasta que acabe mi trabajo aquí. ¡Y no voy a casarme con Lars!

Aquello le dio alas para seguir con su plan y enfiló por el camino del norte para enfrentar a Magnus. Y esta vez, tenía que perdonarla, ¡se lo merecía!

Bente le había dicho que los pescadores solían llegar a media tarde, y que descargaban el pescado en el puerto, así que Magnus tendría que estar ya en casa. Con la idea del reencuentro, apretó el paso por la carretera. Las casas iban espaciándose hasta desaparecer y, en su lugar, pequeños cercados de madera y alambre de espino mantenían las ovejas, alguna vaca y unos pocos caballos en los prados generosos de hierba. Cuando el asfalto dio paso al camino de tierra, comprobó que sus zapatillas de tela se llenarían de polvo y barro, pero continuó disfrutando de la excursión. Una silueta que le resultó familiar caminaba con dificultad un poco más adelante, y se echó a reír al reconocer quién era.

Magnus llevaba con dificultad un voluminoso paquete envuelto en papel marrón de embalar. Echó a correr y lo alcanzó cuando él lo depositaba con

esfuerzo a la vera del camino.

—¡Hola, Magnus! —dijo con alegría. El impulso logrado por enfrentar a su padre aún empujaba su determinación. Él la miró de hito en hito.

—¿Qué hace aquí, señorita Jensen? —Se secó el sudor de la frente y se sentó sobre el paquete para descansar. Parecía agotado.

—He venido a hablar contigo, ya que el otro día no quisiste escucharme — dijo con los brazos en jarras sobre las caderas en tono acusador—. Ahora lo vas a hacer.

Magnus esbozó una sonrisa divertida y se cruzó de brazos.

—Te escucho.

—Te he pedido perdón. El otro día me disculpé y me ignoraste.

Él se echó a reír de un modo irritante y volvió a cargar el paquete, pero en vez de seguir por el camino, enfiló por un sendero casi irreconocible a través de un prado con unos pocos árboles.

—¿No me has oído? —dijo caminando tras él.

—Te he oído. Solo te estoy pagando con tu propia medicina, para que sepas lo que es.

—¿Cómo te atreves! —exclamó Jana. Sorteó piedras, troncos y pequeños arbustos. Los árboles se habían hecho más numerosos hasta convertirse en un bosque cada vez más poblado y sintió miedo. Se acercó aún más a él—. ¿Dónde vamos?

—Yo me voy a mi casa; dónde vas tú, yo no lo sé —dijo con tono jocoso—. Vete, Jana. Tengo cosas importantes que hacer.

Se detuvo un instante, ofendida porque la echase de allí, pero la había llamado de nuevo por su nombre de pila y aquello la animó.

—¿No vas a invitarme al menos a un café?

—Solo soy un pobre pescador, no creo que mi café esté a tu altura — repuso él, aún más burlón—. De hecho, solo tengo agua con tierra para tomar.

—Qué infantil eres.

Él la ignoró. Se detuvo frente a un árbol que parecía igual a los demás, pero al bajar un pequeño declive, descubrió que a sus pies se escondía una oquedad importante en el terreno, bien disimulada con unas ramas. Él descargó el bulto y comenzó a despejar la entrada; se puso a su lado a ayudarlo.

—¿Qué tienes aquí? —preguntó con curiosidad.

Él se volvió, súbitamente serio. Se limpió las manos de los restos de musgo y tierra de las ramas y la miró con aprensión.

—Espero que no digas nada, aquí guardo mi lancha.

—Por supuesto que no diré nada, ¡no soy una cotilla!

Mientras él tiraba del soporte, ella empujó la barca por detrás. Cuando la hubo sacado de la cueva, retiró la loneta vieja que la cubría y la dobló con cuidado. La dejó en el hueco de popa y, con esfuerzo, puso el paquete misterioso sobre ella.

—¿Qué es eso? Parece pesado.

—Habló la que no es una cotilla —dijo él, resoplando tras el esfuerzo.

—¡Eres insoportable! ¿Hasta cuándo me vas a hacer pagar?

Él no contestó, solo esbozó una sonrisa ladeada. Llevó la lancha hasta el agua y guardó el soporte en el hueco bajo el árbol, que cubrió de nuevo con las ramas.

—Vete a casa, Jana. Se está haciendo tarde.

—No pienso irme sola a ninguna parte. O me acompañas hasta la pensión, o me voy contigo hasta tu casa.

—Como quieras.

Él se encogió de hombros y se subió de un salto al bote. Jana lo siguió con dificultad, sabiendo que no la ayudaría a subir.

Se arrebujó en el chaquetón de lana y sorbió por la nariz, muerta de frío. La pequeña lancha a motor era rudimentaria, tan solo el casco, dos tablas atravesadas que permitían sentarse y unos manojos de cuerda gruesa castigada por el sol y el mar. Pero era muy veloz. El viento azotaba su rostro y revolvía las guedejas de su pelo rubio, casi blanco por el sol. Su enfado comenzó a diluirse, fascinada con el paisaje.

Magnus estaba sentado en la popa, dirigiendo con una mano el timón del motor y con la otra apoyada en el mentón, con el codo sobre la rodilla, mirándola con una sonrisa apenas esbozada. La invadió cierta irritación por aquel escrutinio.

—¿Qué miras?

Él se encogió de hombros y señaló el paisaje a su alrededor.

—Nunca me canso de esto. De las montañas, de las cascadas, del verde de



los árboles, del azul del cielo y del mar.

Jana pasó de la irritación a la humillación. No la estaba mirando a ella. El rubor ascendió por sus mejillas y apartó la mirada del hombre que la turbaba con cada palabra y gesto.

—Tromsø es precioso —murmuró por decir algo.

—Es cierto. Pero el rojo de tus labios y de tus mejillas es una bonita novedad.

Lo dijo con un desinterés que rayaba la ofensa, pero Jana se estremeció de felicidad. Le gustaban sus labios. Los abrió en una amplia sonrisa para él, pero Magnus protegía sus ojos del sol con una mano y se inclinó para recoger un cabo junto a ella. El aroma masculino, penetrante y que mezclaba matices misteriosos desconocidos para ella, la hizo tensarse.

—Agárrate. Vamos a tocar la orilla.

El viaje solo había durado unos veinte minutos. Jana inspiró, sorprendida, cuando la lancha se enterró sobre la arena y las piedras con un sonido rasposo. Se aferró con fuerza a la tabla en la que estaba sentada, mientras él saltaba con agilidad, soltando una maldición cuando se mojó las botas de trabajo. Atravesó la pequeña playa en unas zancadas y amarró la cuerda a un ancho tocón de árbol. Se acercó a esperarla a la orilla con una sonrisa socarrona.

Jana se puso de pie y volvió a sujetarse del borde. Las olas batían la embarcación y tuvo miedo de caer al agua.

—¡Magnus! —llamó, aterrada, al ver que la lancha era levantada por una ola y la alejaba de la orilla. Él se echó a reír y tiró del cabo con fuerza—. ¡Maldito seas! —lo insultó. El tirón la hizo caer sobre el trasero encima de los cabos y las nasas.

Él rio aún más fuerte. Se quitó los zapatos y los calcetines, se arremangó los pantalones de trabajo y se metió en el agua.

—Vamos, señorita Jensen. Yo la ayudaré, no sea que se moje usted esos lindos piececitos —bromeó, extendiendo los brazos hacia ella. Jana se acercó a él y apoyó las manos en sus hombros.

—¡No estoy acostumbrada a ir en barca! ¡Ay! —protestó, indignada. La había levantado de la cintura y la llevaba en volandas. El círculo descrito por sus manos abarcaba su cintura, y sus dedos se tocaban—. ¡Suéltame! —exigió cuando llegaron a la arena.

Pero él no la soltó. En vez de eso, la estrechó contra su torso y el celeste intenso de sus ojos rasgados se tornó afilado. Peligroso. Sus labios se acercaron y notó su cuerpo vibrar con el mismo calor que su beso anterior había desatado. Con deseo y temor. Excitación.

Y pánico.

Apoyó las manos en su pecho. La camiseta, que en algún momento debió de ser blanca, tenía un aspecto inmundado por los restos de carbón, grasa y gasoil. Arrugó la nariz con disgusto y apartó el rostro con afectación.

—Hueles fatal.

Magnus la soltó de inmediato y se alejó de ella hacia la casa. Alcanzó a ver su gesto crispado.

—Acabo de llegar del barco, no he tenido tiempo para asearme.

Lo había ofendido de nuevo. ¿Por qué insistía en humillarlo y burlarse de él? ¿Por qué lo alejaba?

Lo siguió, arrepentida por su estúpido comentario. A la luz del sol, el paisaje de la pequeña isla de Kristtorn era maravilloso. Su casita era de madera roja, sencilla pero cuidada. Las tablas estaban bien conservadas, vestidas de rojo y protegidas con barniz marino. En la entrada había un pequeño porche, donde ambos se descalzaron. Magnus abrió la vieja cerradura con una llave oxidada y entró. Podría haberla hecho pasar primero, pero aquel marinero maleducado no entendía de caballerosidad.

Jana estudió la estancia con curiosidad. Era una sola habitación, cuadrada.

En una esquina, había una mesa con cuatro sillas rústicas, de líneas sencillas y bien acabadas. En la de al lado, unas alacenas de madera, una cocina de leña donde él se afanaba en encender un fuego, junto a un fregadero y un gramófono que se le antojó demasiado grande y lujoso para aquella diminuta vivienda. Fascinada, se acercó hasta el camastro bajo la ventana y lo contempló con curiosidad. ¿Habría llevado a muchas mujeres allí? Descubrió que la cama estaba rodeada de estanterías que iban del suelo hasta el techo, atiborradas de libros. ¿El marinero era un gran lector? De ahí venía su lenguaje cuidado, entonces.

Se acercó hasta la sencilla mesilla de noche y cogió el libro. ¿Letras cirílicas? Alzó los ojos, sorprendida.

—¿Sabes hablar ruso?

Él apartó la mirada de la cafetera, que acababa de poner a hervir, y se acercó a ella para quitarle el libro de las manos. Dobló una página para marcar la lectura, lo cerró y lo dejó sobre la mesilla.

—Sí. Sé hablar ruso. Mi madre era rusa. Viví toda mi infancia en Kirkenes, todos hablan ruso allí —respondió, adusto. Su tono de voz la entristeció aún más. Seguía enfadado con ella y no podía reprochárselo. No era más que una tonta que se daba importancia a costa de rebajarlo a él—. Cuando esté el café, sírvelo. Hay leche en la alacena. Voy a lavarme un poco.

El comentario lo había ofendido más de lo que creía. Quiso haberse mordido la lengua. «Hueles mal. No eres más que un pescador ignorante. No sabes nada de las mujeres. Tu ropa está vieja. ¿Es que no sabes comer?»

Todas y cada una de las veces que lo había humillado volvieron a ella en forma de un dardo en el corazón. La cafetera silbó, inundando la pequeña estancia del aroma intenso a café, y se apresuró a sacarla del fuego. Las tazas de aluminio esperaban a su lado y las sirvió. Estaban abolladas, pero limpias.

Abrió una de las alacenas buscando la leche y se sorprendió al ver la hogaza de pan envuelta en un paño de lino, un trozo de costilla de cerdo salada y lascas algo tiesas de salmón ahumado. También había algo de queso bajo una campana de cristal. La pobreza de las viandas atenazó su garganta con un nudo de conmiseración. La otra alacena contenía leche, un taco de mantequilla en una lata y un tarro con nueces. Nada más. Junto al fregadero, se secaban unas hierbas. Eneldo. Un canasto con leña fina, tres o cuatro lámparas de aceite repartidas por la estancia y el gramófono. A los pies del camastro, un arcón que tal vez contenía su ropa.

Nada más.

Quiso pedirle perdón. Quiso decirle que su aroma la fascinaba y la excitaba. Que aquel beso robado fue el mejor que le habían dado en toda su vida. Que constituía un misterio para ella. Que estaba prendada de él.

Cogió las tazas del café con resolución y salió en su busca, pero él no estaba en la playa. Rodeó la casa con cierto temor al verse sola y escuchó el sonido de agua caer en baldes. Se asomó sobre la esquina y contuvo el aliento.

Magnus estaba desnudo, de espaldas a ella, dejando caer cubos de agua sobre su cuerpo. Se enjabonaba con gestos enérgicos mezclados con juramentos sobre el frío. Jana se bebió con los ojos la imagen de su espalda

recia, el trasero perfecto y las piernas torneadas. Cada movimiento resaltaba sus músculos cincelados por el trabajo duro. Ni supo cuánto tiempo se quedó ahí, pero cuando sorbió de su taza de café, estaba frío.

Entonces él se volvió y dio un respingo de sorpresa.

—¡Jana!

Ella dejó escapar un jadeo. Los pectorales definidos, el abdomen musculado y su virilidad cerraban un conjunto glorioso. Él se dio cuenta.

Leía con claridad su deseo y Jana profundizó su respiración. No era capaz de moverse. No podía apartar la mirada de su cuerpo. Jamás había visto un hombre de su tamaño. Solo podía compararlo con Lars, que se le antojó un niño.

De pronto, Magnus se movió. Cerró los puños a ambos lados de su cuerpo y caminó, inexorable, hacia ella. Solo los separaba un par de metros. Jana soltó las tazas, que cayeron al suelo con un estruendo metálico. Tampoco se movió. Quedaron frente a frente. Su piel caliente desprendía vaho contra la baja temperatura de la tarde estival.

—Jana, ¿qué quieres de mí? —preguntó con la voz ronca, excitado. Su miembro ganaba magnitud y dejó escapar un gemido cuando lo vio latir y engrosarse. Las palmas de sus manos latieron con la necesidad de volver a encerrarlo en ellas.

Retrocedió unos pasos hasta que su espalda chocó con las tablas de la casa.

Magnus se apoyó sobre ella y la dureza de su virilidad se apretó contra su vientre.

Las manos viajaron solas hacia sus pectorales, pero ella tampoco hizo nada por controlarlas. La humedad era cálida y empapó sus dedos. Lo acarició con curiosidad, en el silencio solo entrecortado por sus respiraciones jadeantes.

Se atrevió a comprobar la textura de sus pezones, arrancándole un jadeo. Se aventuró hacia el cuello recio, hacia el pelo largo de su nuca, hacia sus labios.

Todo su cuerpo temblaba.

—Quiero que me beses de nuevo como lo hiciste la otra vez —susurró con dificultad.

Y la boca masculina cayó sobre sus labios como un manantial cálido.

Impetuoso, exigente, incursionando con la lengua en su interior. Se aferró a sus hombros para no caer, porque sus piernas no la sujetaban y se dejó hacer cuando él buscó bajo su falda y le alzó el muslo hasta sus caderas. Sus cuerpos se entrelazaron y Jana ya no era carne, era arcilla caliente, moldeada por sus manos. Aferró su trasero, lo atrajo con avaricia, y reprimió un grito cuando él tanteó entre sus piernas, bajo la tela de sus bragas. Aquel beso fiero la ahogaba en placer, sentía dolor por no verse completada. Quiso pedirle que amasara sus pechos, que la penetrara con rabia, que mordiera sus labios. Solo quería sentir. Clavó la punta de los dedos en sus hombros cuando él acabó por alzarla contra la madera y el vértigo de verse en volandas la desconcertó.

La punta dura y a la vez suave y tersa de su pene tanteó entre los pliegues de su sexo y exhaló un sollozo. Engulló con avidez un par de centímetros.

¿Qué estaba haciendo?

Y el pánico la inundó.

Lo empujó sin contemplaciones, primero débilmente. Luego con más fuerza. Él boqueó, desconcertado. Sus ojos flameaban con deseo y dolor.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? —balbuceó, perdido aún en la lujuria.

Jana lo apartó y trastabilló. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se estaba entregando a un hombre que no conocía de nada! ¡Acababa de romper su compromiso con Lars! ¿Qué dirían sus padres? Intentó alejarse unos pasos y sus piernas no respondían.

—¡Jana! —llamó en un rugido demandante.

Lo ignoró, presa en los convencionalismos de su educación.

Poco a poco, su paso errático comenzó a ganar ligereza. Echó a correr sin mirar atrás. Atravesó el precario puente que unía la isla con tierra firme y corrió por el camino hacia Tromsø.

Corrió, con la falda enredándose entre sus piernas, hasta que le dio una puntada en el costado, hasta que en su garganta ardían cien infiernos. Con la necesidad acuciante de poner tierra de por medio entre ellos, porque jamás había deseado así a un hombre. Pensaba en Lars y en su compromiso roto; en su cuerpo esbelto que acababa de dejar de ser el de un niño en contraste con el que acababa de descubrir. En esa frustración soterrada tras cada roce fortuito con Magnus. La atracción por Lars había sido una inercia que mezclaba lo

conveniente y lo cómodo. Lo que todos esperaban y su propia conformidad. A Magnus lo deseaba desde el centro más íntimo de su cuerpo, de manera salvaje e irracional. Con un hambre infinita.

Entró en la pensión, ignorando la pregunta preocupada de Bente. Se encerró en su habitación y se lanzó sobre la cama, empapada en sudor, con el corazón a mil por hora y el sexo palpitando envuelto en un fuego desconocido, que la carrera no había hecho otra cosa que avivar. Nunca había sentido demasiado interés en explorar su propio cuerpo, pero hasta no lograr un orgasmo con los dedos hundidos entre sus muslos, no logró conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, bajó a desayunar tarde. Agotada, con las piernas anquilosadas por el esfuerzo de la carrera y la cabeza embotada por el sueño inquieto con aroma a piel masculina, humo y gasoil.

—Buenos días, Jana.

—Buenos días, Bente —replicó, desgana.

Tapó un bostezo con las manos mientras esperaba el café, los huevos y el pan. Sonrió a su casera cuando puso la bandeja frente a ella, pero ella no correspondió.

—Magnus Thoresen estuvo aquí anoche. Preguntó por ti. No quiso molestarte, solo saber si habías llegado bien. —Su voz estaba teñida de cierto reproche—. Parecía preocupado y nervioso.

Jana no contestó. ¿Qué le iba a decir? ¿Que había sido mejor salir huyendo que arrojarle a sus brazos y rogarle que la hiciera suya? Tragó saliva al ver su expresión ceñuda.

—Magge es un buen hombre. Deberías dejarlo tranquilo.

Tampoco contestó a esto. Estaba de acuerdo con ella.

—¿No acabas de romper tu compromiso con aquel chico de Oslo? —El reproche ya no era velado, y se levantó sin tocar el desayuno pese a que se moría de hambre.

—¡Métete en tus asuntos! —espetó, antes de salir a la calle dando un portazo.

Apreciaba mucho a Bente, era bien consciente de que la trataba más como a una hija que como a una inquilina. La mimaba y se preocupaba por ella, y siempre tenía una palabra amable o un dulce para confortarla. La hacía sentirse menos sola y debía estarle agradecida. Pero en aquel momento la

aborreció, porque había transformado en palabras, dichas en voz alta y con claridad, todos los pensamientos que la agujoneaban con la culpa.

Menos mal que sus prácticas terminaban al finalizar septiembre. Se marcharía a Oslo, a la seguridad y el calor de su casa. A su vida normal.

Quizá la idea de su padre de hacerla volver antes no era tan mala, podría hablar con él y que le enviase los billetes de vuelta como había dicho.

Pero sabía que no habría kilómetros en el mundo que la hicieran olvidar lo que Magnus le había hecho sentir contra su piel.

## La soberbia y el orgullo

Magnus se dio la vuelta en la estrecha litera, incapaz de pegar ojo, mientras el *Valkyria* surcaba la dureza del oleaje del mar de Noruega. No podía quitarse de la cabeza a aquella mujer. Terminaría por volverse loco en aquel barco.

No alcanzó a dormir más que un par de horas, cuando una luz intensa en el camarote lo despertó.

—Es hora —dijo Trond, acercando la linterna a su rostro. Él gruñó.

Los movimientos lentos y pausados de los marineros, aún atrapados por el sueño, se hicieron más firmes a medida que se metían en faena.

—Magnus, tú acompáñame en la lancha.

Él asintió en silencio, se puso el chaquetón impermeable y se ciñó el gorro de lana. El sonar mostraba que el banco de arenques se movía rápido hacia el norte y, si tardaban demasiado en rodearlo con la red de jareta, perderían la oportunidad. Sostuvo el extremo del cabo y lo anudó con destreza a la popa de la lancha. Se pusieron en marcha y, a medida que caían al agua, las boyas dibujaban un círculo perfecto de una media milla de diámetro, rodeando los peces con la kilométrica red. Su jefe vigilaba los tirones inevitables del cabo sobre la lancha, por el oleaje y los movimientos del pesquero, que casi no se veía.

—¿Ocurre algo, Magnus? Llevas hosco y callado toda la semana.

Su capitán no lo miró. Continuó con los ojos fijos en la red y su eterno cigarrillo pendiendo de los labios, pero percibió su preocupación.

—No es nada.

—¿Es una mujer?

—He dicho que no es nada.

—Es una mujer. Siempre es una mujer.

—¡No he dicho que lo sea!

Magnus comenzaba a enfadarse con la insistencia de su jefe y se alejó



hasta proa, pero allí el viento y la lluvia azotaban con intensidad y volvió a refugiarse en la pequeña cabina.

—¿Y puede saberse quién es? No te he conocido ninguna novia en todos estos años. Nada serio, aparte de las correrías en las tabernas, y las chicas que pasan la noche contigo en el puerto de vez en cuando —comentó preocupado Trond, mientras corregía el curso de la lancha, aproándola contra el viento para no alejarse del punto de referencia que el pesquero tenía de ellos—. Todos los demás han ido sentando la cabeza.

—Es una mujer inalcanzable para mí —dijo, aunque solo fuera para callar la perorata de su jefe—. Una mujer que considera que no soy nada, que no ve más allá del marinero y del pescador. Una mujer que no se molesta en conocerme, pese a que sé que me desea.

Trond puso cara de circunstancias y tiró el resto del cigarrillo, que ya comenzaba a quemarle el bigote, por la borda del pequeño bote.

—Ser pescador debería llenarte de orgullo, Magnus. No cualquier hombre puede decir que se enfrenta al mar como lo hacemos nosotros. Estamos hechos de otra pasta, y eso a las mujeres les gusta.

—A esta, no.

No pudo ocultar la amargura de su voz. Ignoró el gesto resignado de su capitán y maniobró la lancha para acercarse al *Valkyria*, que había terminado de soltar la red. Con agilidad, agarró el cabo y subió al pesquero por una escalera.

—Amarradlo bien. Ya estamos listos.

Y comenzaron a tirar de la red. Siempre igual. Todos los días lo mismo.

Saber que era viernes y que al menos podría descansar un par de días no lo consolaba en absoluto.

Su vida era una sucesión de rutina plana y vacía. La camaradería con el resto de los compañeros no lo confortaba. Estaba perdiendo su juventud.

Soñaba con lograr grandes cosas y vivía encerrado en aquellos barcos. Pero no le quedaba más remedio. No tenía ninguna titulación. No podía defender sus conocimientos, que eran muchos, para conseguir un buen puesto en una fábrica o en una constructora. La pesca al menos le ofrecía un sueldo decente a cambio de trabajo duro y Trond contaba con su pericia para arreglar los motores del *Valkyria*. Una bocanada de arrepentimiento lo embargó. No.

No podía ser tan injusto. El mar era su vida. Pero últimamente se sentía atrapado en lo que hacía, y no se resignaba a vivir lo que le quedaba de vida embarcado en alta mar.

No se unió a los demás en el jolgorio que siempre los acompañaba al atracar en el puerto. Cuando ya iba a abandonar el pantalán, su jefe lo retuvo del hombro.

—Magnus, toma. Te lo has ganado.

Miró el pequeño rollo de billetes de cinco coronas sin entender.

—Cógelo, ¡no seas tonto! —insistió Trond, obligándolo a cerrar los dedos en torno al dinero—. Nunca te pago lo que haces en el motor del *Valkyria* y en el resto de los cacharros del barco. Me ahorras el mecánico y el ingeniero muchas veces, y nunca te lo he pagado. No es mucho, ya sabes que la pesca flojea estos últimos meses —dijo reacio a reconocerlo—, pero ve a buscar a esa señorita de ciudad, llévala a un sitio bonito y diviértete.

—Gracias, Trond —dijo con una enorme sonrisa.

Cogió su petate y caminó hacia el puerto algo más animado. No iba a gastar ni un ore en esa mujer, pero sí quizá tomar un trago con sus amigos. Aunque no hoy. Estaba agotado y necesitaba dormir en calma, sin los ronquidos de los hombres, el hedor de los cuerpos hacinados y las jornadas agotadoras.

Cuando llegó a su casa, cayó rendido en el camastro.

El día siguiente amaneció radiante. Ni una sola nube en el cielo, nada de viento y mucho calor. Se lanzó al agua fría, retirando de su cuerpo los restos de un sueño agitado en el que ella se había metido en su cama, llamándolo por su nombre con esa voz que lo condenaría al infierno. Preparó un comistrajo con lo poco que tenía y se tomó un café. Lanzó un par de líneas al mar para conseguir pescado para la comida y arrastró la lancha fuera del agua. Necesitaba un poco de mantenimiento y era el momento perfecto para hacerlo.

Desmontó el motor y lo engrasó. Era un Mercury fueraborda de los años cincuenta que había sido una ganga. No era demasiado potente, pero para su pequeña lancha bastaba. Y se preocupaba de que le durase una buena temporada, porque no podía permitirse ni pensar en comprar otro. Después se aplicó en el casco con una rasqueta para sacar el caracolillo que comenzaba a adherirse, y barnizó con mimo las tablas.

Un trabajo perfecto para no pensar en su pelo rubio, en sus labios suaves, en su cuerpo de pecado... Y en la mirada de desprecio, en sus continuos insultos y la idea de que jamás estaría a su altura. Era una mujer inalcanzable.

¿Qué podía ofrecerle? ¿Y qué demonios quería de él? Había faltado poco, muy poco, para hacerla suya.

No paró de trabajar hasta que su estómago rugió de hambre y fue a comprobar las líneas. Soltó un juramento en voz alta al ver el cadáver mordisqueado de un salmón, pero en la otra había una preciosa lubina e imaginarla asada con hierbas le hizo la boca agua.

Terminaba de dar cuenta del pescado sobre las piedras, cuando Fred se acercó acompañado de otro de sus vecinos. No se levantó. Esperó a que llegasen mientras se chupaba los dedos y los miraba, suspicaz. Portaban pesadas hachas y una motosierra. Y eso significaba trabajo.

—¡Eh, Magnus! —vociferó su amigo cuando ya estaba cerca.

—Hola, Fred. ¿Cómo está Hilde?

Una enorme sonrisa adornó el rostro barbudo de su amigo.

—Como una sirena. La niña solo come y caga y nos deja dormir por las noches. No se puede pedir más —dijo risueño. Levantó el hacha y señaló hacia atrás—. El viejo pino del camino principal se ha venido abajo y bloquea el paso. El Ayuntamiento está reuniendo una cuadrilla para quitarlo de en medio. Nos paga una corona la hora y podremos llevarnos la leña, pero hay que llevar nuestras propias herramientas. ¿Te unes?

No podía creer en su suerte. Primero, Trond le daba un aguinaldo y ahora tenía la oportunidad de ganar unas pocas coronas más. Tiró los restos del pescado lejos de la orilla y asintió.

—Déjame coger mis hachas y el carro. Por supuesto que voy.

Jana se apartó el flequillo de la frente con un resoplido y se afanó en colocar el instrumental en los cajones adecuados. La idea de trabajar los sábados no era de su agrado, pero si quería cobrar el pequeño estipendio que le reportaban sus prácticas, debía cumplir con el horario.

—¿Qué vamos a hacer este fin de semana? Tengo unas ganas de salir... —dijo Lotte con ojos soñadores—. Hace siglos que no salgo. ¿Por qué no vienes a mi casa a arreglarte y de ahí vamos a algún local?

Jana sonrió mientras doblaba las sábanas y las toallas recién llegadas de

la lavandería.

—¿Y adónde vamos a ir? ¿A la taberna del puerto?

—Bueno, quizá así te encuentres con Magnus y podáis hablar.

A veces se arrepentía de haberle confiado a Lotte su ruptura con Lars y lo que había ocurrido con Magnus. Y tras contarle también los desplantes del pescador al intentar disculparse, no hacía más que insistir e insistir en que debían reencontrarse. Ella no estaba tan segura.

—¿Para qué? Si no quiere perdonarme —dijo, abatida. Terminaron de doblar las sábanas y toallas y juntas las colocaron en los armarios con puerta de cristal.

—¿No te mueres por saber qué quería cuando volvió a preguntar por ti a casa de Bente? ¿No quieres escuchar qué le pareció aquel beso, mientras lo tenías desnudo entre los brazos?

Jana la hizo callar, escandalizada, y su amiga soltó una carcajada.

—¡Claro que sí!

—Pues tienes que volver a intentarlo.

—Pensaba acercarme de nuevo a su casa hoy. Después del trabajo. Llevarle algo dulce para comer, sé que le gusta la tarta de almendras —dijo, esperanzada. Eso haría. Compraría un par de pasteles y llenaría su pequeño termo de café—. Y si no quiere perdonarme, al menos sabré que he hecho todo lo posible por intentarlo.

—¡Esa es mi chica! De todas maneras, ven a casa a contarme cómo te va.

¿De acuerdo?

—Lo haré.

En cuanto acabó su turno, se desprendió de delantal y la cofia, cambió los zuecos por sus zapatillas de cordones.

Estaba más lejos de lo que recordaba. Mucho más lejos. Además, hacia el norte el camino tenía una ligera pendiente. Desde luego, no era lo mismo que ir en barca o cuesta abajo. Y encima, no estaba allí cuando llegó.

—¡No me lo puedo creer! —murmuró, de mal humor. Casi dos horas de caminata para nada.

Se asomó por la ventana que daba a la cocina, la cabaña estaba vacía. Dio la vuelta hacia la parte trasera, ignorando la punzada de deseo que la recorrió al recordar su cuerpo desnudo bajo el agua, la presión de su erección entre los

muslos, la humedad de su boca horadándole la piel. Intentó abrir la puerta del pequeño cobertizo, pero una cadena fuerte la mantenía bien cerrada.

Se sentó en el árbol cortado donde solía amarrar la lancha, sorprendida de verla volcada sobre la hierba. Tocó una de las tablas y siseó al ver que los dedos se quedaban pegados al barniz pringoso y denso.

—Estás estropeando el trabajo de una mañana completa. ¿Qué haces aquí?

La voz ronca y suspicaz de Magnus la hizo dar un salto. Verlo a contraluz, con el torso desnudo, dos enormes hachas al hombro y tirando de un carro de leña que parecía imposible que pudiese manejar un solo hombre, volvió a abrumarla con esa reacción desconocida de su cuerpo.

—He venido a traerte esto. —Abrió la bolsa de tela y sacó el termo y las tartas como si fueran una ofrenda de paz—. Y también he venido a disculparme otra vez.

—No necesito ni lo uno ni lo otro —replicó él, orgulloso—. Y quiero que te mantengas alejada de mí.

—Me imagino —respondió Jana con dulzura. No iba a ponerlo fácil, lo tenía claro, pero no cejó en su intento de conseguir su perdón. Se aferró al hecho de que la hubiese seguido hasta la pensión el fin de semana anterior—. Es solo café y un poco de tarta de almendras.

Vio la vacilación en sus ojos y que se humedecía los labios. Tenía que aprovechar la oportunidad. Partió un poco de tarta y se acercó unos pasos hacia él.

—He dicho que no necesito nada de ti —dijo, cortante y frío.

Magnus le dio la espalda y tiró del carro con la leña hacia la parte de atrás de la cabaña, ignorándola por completo. Toda idea de reconciliación se esfumó y lo siguió con rabia.

—¿Es que no sabes que tienes que perdonar? ¡Es de buenos cristianos!

Él soltó una risotada y comenzó a tirar la leña en el enorme cajón donde la almacenaba en el cobertizo. Parecía que lo hacía a propósito, lanzar los troncos con fuerza para que hiciesen el máximo ruido posible.

—De buenos cristianos es no desconocer a un amigo. Y no humillar a tu prójimo frente a otros que se creen mejores. Ni ofenderlo porque sí —dijo con dureza—. Y no es de buenos cristianos provocar a un hombre, llevarlo hasta la locura y después huir sin dar ninguna explicación. Márchate, Jana.

No te quiero aquí.

La afirmación fue demoledora. Tenía toda la razón. Las palabras se congelaron en sus labios y enmudeció. Sabiendo que no conseguiría nada de él, dejó la tarta y el termo junto a la puerta trasera y se quedó parada sin saber qué hacer, ahora que se había quedado sin argumentos. Los leños seguían golpeando con rabia. De pronto, él se asomó por la puerta.

—Será mejor que te pongas en marcha. Te queda un largo camino de vuelta y va a anochecer —advirtió, señalando el portón desvencijado de la entrada a la pequeña finca—. Además, voy a ducharme dentro de un rato y no me gustaría que te desmayases al verme desnudo otra vez. Voy a salir.

Y volvió a meterse en el cobertizo con una sonrisa arrogante. Jana pensó que la cabeza le estallaría.

—¡Yo no me desmayé al verte desnudo! ¿Y no vas a acompañarme hasta la pensión?

—No.

—¿No puedo ir contigo?

—No.

—¿Qué? ¡Al menos préstame la puñetera bicicleta!

—¿Y ese lenguaje? —se burló, mordaz—. No.

Jana pataleó en el suelo como una niña pequeña.

—¡Eres odioso, Magnus!

Era tal la furia que la embargaba que agarró una piedra, bastante grande para el tamaño de su mano, y la estalló contra la puerta del cobertizo. La carcajada de Magnus, que ni siquiera se molestó en salir, acabó por hacerle perder la paciencia.

—¡Vete al carajo! —escupió las palabras. La maldita bicicleta estaba apoyada en el lateral de la casa y reprimió las ganas de darle una patada.

Tardó el doble de tiempo en hacer el trayecto, pese a que era casi todo cuesta abajo. Estaba tan furiosa que, cuando entró a la pensión a cambiarse de ropa, Bente no se atrevió a interrumpirla. Las dos cenaron juntas y ella no paró de refunfuñar hablando de la mala educación del marinero, la manera correcta de tratar a una señorita y lo que significaba ser un buen cristiano.

Llamó por teléfono a Lotte para avisarla de que iba hacia su casa. Tuvo que componer una sonrisa dulce y recuperar sus maneras cuando la madre de

Lotte abrió la puerta y disimular su enojo, pero su amiga le lanzaba miradas cómplices que decían a las claras que a ella no la engañaba. Compartieron una limonada en la cocina y respondió las preguntas habituales sobre sus padres y su vida en Oslo. En cuanto pudieron, se escabulleron escaleras arriba hacia la habitación.

—¿Y? ¿Cómo te fue con Magnus? ¿Pudisteis hablar? —dijo revolviendo debajo de su cama. Sacó una botella de Akvavite, la abrió con gesto triunfante y bebió—. ¡Mucho mejor que la limonada!

—¡No! —respondió, e imitó a su amiga dándole un buen trago al aguardiente, directamente de la botella. Esta vez no tosió.

Su amiga puso a Neil Young en un tocadiscos, se echó a reír y tiró de ella hacia el pequeño armario. Comenzó a sacar prendas de ropa mientras ella se desahogaba contándole lo ocurrido aquella tarde y se pasaban la botella de una a otra. Lotte apoyaba su enojo ante la reacción del marinero y su soberbia, y también reía sin pudor ante sus palabras atrevidas. Se maquillaron juntas frente al espejo y el enfado acabó por desvanecerse. Era delicioso compartir penas con una amiga así.

—Creo que estamos demasiado arregladas —dijo Lotte riendo. Las dos intentaban ignorar que habían dejado la botella de aguardiente casi vacía, pero a Jana no se le escapó la mirada preocupada del padre de su amiga.

—Vámonos antes de que tus padres se arrepientan de dejarnos salir solas.

El local estaba a rebosar. Sonaban los Rolling Stones a todo volumen y los acordes se mezclaban entre las risas, el humo del tabaco y el ruido de cristal entrechocando en la barra. Jana sonrió ampliamente cuando, al entrar, todas las miradas masculinas se volvieron hacia ellas con apreciación. No tardaron en tener una cerveza en la mano y acompañantes revoloteando a su alrededor.

Se acercaron a la máquina de discos Wurlitzer. El chico que hablaba con Lotte puso un ritmo para bailar, la arrastró a la pista y se quedó sola. El que hablaba con ella no se decidía a hacer lo mismo pese a que no paraba de moverse al ritmo de la música, en una invitación evidente. No escuchaba nada de lo que le decía, debido a la algarabía, sobre sus estudios de derecho.

Se excusó, aburrida como una ostra, diciéndole que iría a buscar una cerveza, y se alejó hacia la salida. El ambiente cerrado, con los cuerpos febriles por la música y el baile, el humo del tabaco y los aromas que salían

de la cocina la embotaron. Había tomado más Akvavite del que debía y salir le vino bien. En la calle también se reunían grupos de jóvenes, que se divertían de manera más pausada. En un corrillo algo más alejado, donde se reunía un grupo de hombres, descubrió a Magnus.

Magnus.

Su corazón comenzó a latir con violencia. Y cuando volvió los ojos hacia ella, quiso que la tierra la tragase. Pero él solo dibujó una media sonrisa de reconocimiento, hizo un gesto con la cabeza y prestó atención a lo que otro hombre decía.

Estaba un poco borracha y no encajó bien la falta de atención. Abandonó el casco vacío de la cerveza en la escalera del local y caminó hacia el grupo.

—Jana, ¿dónde vas? —Alcanzó a escuchar la pregunta preocupada de Lotte tras ella, pero no se detuvo. Su amiga la siguió hacia el grupo de hombres, conminándola para que fuese razonable.

—Lo que oís. Las prospecciones petrolíferas van viento en popa. Pronto reclutarán más hombres para trabajar en las plataformas, es una buena oportunidad. ¡En cualquier momento brotará el petróleo! —Un hombre joven, de la misma edad de ellos, hablaba con el rostro encendido y una mirada cargada de ambición—. Se acabaron los sueldos de mierda, trabajar como esclavos en los barcos y no pisar el hogar en semanas.

Otra voz masculina soltó una risotada y se alzó entre las opiniones entrecruzadas y las bravatas encendidas.

—Nos llevan diciendo lo mismo durante los últimos tres años. Los únicos locos que se adentran en el mar del Ártico somos nosotros. ¿Quién demonio va a encontrar petróleo en medio del hielo y la nada? —Algunos secundaron la burla, pero el joven insistió.

—Yo acabo de llegar de Stavanger y os aseguro que hay trabajo para todos.

Necesitan hombres jóvenes acostumbrados a trabajar duro y en condiciones adversas —dijo con la mirada encendida—. Y pagan bien.

—¿Tú qué opinas, Magnus? —preguntó uno de sus compañeros.

Se encogió de hombros, sin comprometerse demasiado en dar una respuesta.

—Suena bien. Todos queremos mejorar nuestras condiciones y ya sabemos



cómo están las cosas con la pesca estos últimos meses. Pero también hay rumores de que van a abandonar las prospecciones en agosto. —Se detuvo, reacio a ponerse de parte de los incrédulos, pero todos conocían la noticia de que la compañía Philips Petroleum negociaba el cese de actividad en la plataforma continental noruega—. Pienso que, al menos yo, necesito el barco para vivir. Si no hay nada seguro, no me moveré.

Todos apoyaron su afirmación. Eran trabajadores, algunos llevaban en el mar décadas, y veían que sus condiciones no mejoraban pese a dejarse la piel en el Ártico, y a veces la vida. Y pese a ello, cada año volvían a embarcar.

Una semana, un mes, medio año, la juventud. La pesca era un trabajo duro y precario, pero seguro.

—¡Mira, Magnus!, ¿no es ese tu bomboncito de la capital? —preguntó uno de los hombres.

Él miró en la dirección que su compañero señalaba. Saboreó el lujo de ignorar la mirada anhelante de Jana, esperando a que la presentara. Nunca consideró que tendría la oportunidad de devolverle el golpe, pero no había contado con la amabilidad de Fred.

—Es una de las matronas de prácticas. Ayudó a Hilde a dar a luz hace algunas semanas. ¡Hola, Jana!

Todos los hombres hincharon pecho, se irguieron desde sus posiciones y algunos se aclararon la voz. Él solo quiso desaparecer, al ver que ella se plantaba justo delante de él. Muy cerca.

—Hola, Magnus.

Casi no pudo reconocerla bajo aquel pelo cardado, elevado varios centímetros por encima de su cabeza, y el pesado maquillaje en sus ojos y en sus labios.

—Buenas noches, Jana. ¡Hola, Lotte!

—¡Hola! —se apresuró a contestar la bonita pelirroja, a la que Arne miraba con devoción.

—¿No vas a presentarnos a tus amigos? —preguntó ella con coquetería.

Frunció el ceño. Parecía tener mucha seguridad bajo aquel disfraz de *femme fatale*. Y, entonces, ¿por qué había salido corriendo? No la entendía.

No paraba de humillarlo, pero reclamaba su atención cada momento que se encontraban. Le repetía una y otra vez que estaba prometida con otro, pero

había sido ella quien se había arrojado a su boca. Le dejaba claro que no era más que un pobre pescador, y había insistido hasta la saciedad en verlo de nuevo. ¿Por qué? ¿Qué era lo que quería de él? ¿Seguir burlándose? Para él, ya era suficiente.

—A Arne y a Fred ya los conoces. Estos son Olle, Karl y Gunnar —dijo señalando a cada uno de sus amigos—. Chicos, esta es Jana. Y esta es Lotte.

Los hombres devolvieron el saludo con pies que se arrastraban por el suelo, manos revolviéndose el pelo, miradas apreciativas o directamente lascivas, y sonrisas socarronas. Prefirió dejarla a su suerte, no se arriesgaría a una humillación frente a todos sus compañeros de faena. Aquella mujer significaba problemas con todas sus letras y él ya tenía suficientes. Hizo un gesto con la cabeza y se calzó la gorra de fieltro.

—Te dejo en su compañía, se portarán bien contigo. Adiós, Jana. Adiós, Lotte.

Y echó a andar en dirección a su casa. Le quedaba una larga caminata, la lancha tenía que esperar al menos un día más para que se secase bien el barniz.

—¡Vamos, Magnus! ¿Por qué siempre te vas tan pronto? —vociferó uno de sus amigos—. Es temprano y fin de mes, ¿en algo hay que gastarse el sueldo!

Los demás corearon la ocurrencia, pero él negó con la cabeza, levantó la mano en un gesto de despedida y se perdió por la calle, henchida de animación. Debía levantarse temprano para vender la leña sobrante al día siguiente. Casi no le quedaba comida y estaba harto de comer pescado. Tenía que comprar algunos víveres y quizá salir a cazar.

Cuando llegó al camino y desapareció la luz de las farolas, se acentuó la sensación de que alguien lo seguía y volvió la vista hacia atrás. Apretó los dientes, envuelto en irritación. ¿Qué quería aquella niña rica de él?

—Magnus, eres un maleducado —dijo Jana, con la respiración entrecortada por el ritmo rápido que la obligaba a llevar—. ¡Espérame!

—Ya lo sabes. No soy más que un pescador.

Pasaron varios minutos y las casas se espaciaron hasta desaparecer.

—Sí. Un pescador que sabe ruso y lee a Marx. ¿Eres comunista?

Soltó una carcajada divertida al notar la acusación en su voz. Enfiló por el camino de tierra que llevaba hacia su casa. La oscuridad era casi total, las últimas farolas de alumbrado público habían quedado muy atrás y encendió

una pequeña linterna a pilas.

—No. Me parece una utopía, pero sí estoy a favor de los derechos de los trabajadores.

—Muy interesante. ¿Puedes parar? —replicó ella con irritación.

Se detuvo, exasperado. Dirigió hacia ella el haz de luz; su intrincado peinado se había desparramado sobre su rostro y el maquillaje emborronaba sus ojos por el sudor.

—Límpiate la cara. Parece que vienes de la mina de carbón —se burló, y le tendió un pañuelo que ella le arrebató de las manos.

—¡Eres odioso! Así no se trata a una mujer.

—Tú no eres una mujer —espetó, imprimiendo a su afirmación el tono de una burla—. No eres más que una niña.

Reanudó su caminar apresurado mientras ella retiraba los restos de color negro de su rostro con ademanes bruscos. Le sacó una buena ventaja y pensó que se daría la vuelta hacia la ciudad. Pero no.

—¡Vas demasiado rápido! —se quejó, emprendiendo una carrerilla hacia él—. ¿Por qué vas tan rápido?

—Llevo toda la semana trabajando en alta mar, he pasado todo el día cortando leña. Estoy cansado —dijo al fin. Era más fácil contestar que seguir peleando—. Voy rápido porque quiero llegar a mi casa.

Cerró los ojos unos segundos y apretó aún más el paso. Quizá así abandonara su persecución y lo dejase tranquilo. Era cierto que estaba cansado. Un temporal había azotado durante varios días el *Valkyria*.

Lucharon durante toda la noche para no perder las redes. La pesca había sido escasa, al igual que la comida. Su viejo camastro, un poco de pan con queso y la compañía de un libro eran lo único que anhelaba. Una mano pequeña y firme lo agarró del brazo y lo detuvo en seco.

—Magnus, por favor, para. —Él se desasíó de su mano e hizo el amago de echarse a andar de nuevo—. ¿Qué ocurre? ¿Acaso te doy miedo?

Se volvió hacia ella envuelto en ira. Allí estaba, con su vestido de revista de moda y los tacones embarrados, pero el rostro, ya limpio, de una niña.

Alzó el mentón, belicosa. Esperaba una respuesta.

—¿Miedo? No soy yo quien salió huyendo el otro día. ¿Qué querías exactamente cuando viniste a mi casa? —Se acercó, amenazador. Ella

permaneció inmóvil, con aquellos ojos verdes iluminados por el sol de medianoche, respirando con agitación por los labios rojos entreabiertos—. ¿Acaso te doy miedo yo? Porque deberías temerme. Solo soy un pescador bruto y salvaje. ¿No te quedó claro la otra vez?

Estaba harto. Hastiado de la persecución sin sentido de aquella niña.

Aferró su moño desordenado, abrió la palma de la mano sobre su trasero y la estrechó contra su cuerpo con toda la intención de asustarla de verdad. De aterrorizarla y que por fin lo dejara tranquilo. Pero la avidez con la que correspondió lo pilló por sorpresa. Los brazos femeninos se enroscaron en su espalda y los pechos se apretaron contra su torso. Lo deseaba. No eran imaginaciones suyas, ni juegos de niña caprichosa. Lo deseaba de verdad, como una mujer debe desear a un hombre. Su boca buscaba la de él con hambre y fuego, y sus manos lo aferraban con intensidad.

Se apartó de ella un instante para corroborar el consentimiento en sus ojos y después la arrastró fuera del camino.

Cayeron sobre la hierba mojada envueltos en llamas. Comprobó la magnificencia de sus pechos y sus nalgas, se sumergió en la boca suave y dulce. Ella hundía los dedos en su nuca y buscaba con círculos certeros de su pelvis la erección férrea bajo los pantalones.

—He roto mi compromiso con Lars. No es una mentira —susurró, entre jadeos. Magnus detuvo sus avances y la contempló de hito en hito—. Eso es lo que he tratado de decirte desde hace semanas.

Se atrevió a aventurarse más allá y buscó la piel desnuda bajo su vestido. El aroma a hierba mojada hizo que le picase la nariz y se apartó, pero ella volvió a reclamarlo sobre su cuerpo y lo aferró entre sus muslos. Iba a perder la maldita cabeza por aquella mujer.

Un automóvil iluminó la carretera durante unos segundos y se quedaron inmóviles, alertas. No sabían si los veían desde el camino o no.

—Vamos a mi casa, estaremos más cómodos —dijo Magnus, incorporándose a su pesar, y con cada centímetro de su cuerpo clamando por volver a tocar su piel.

Le tendió una mano a Jana y la ayudó a levantarse. Sonrió al ver su pelo alborotado, las mejillas coloradas y los labios húmedos y sonrosados. Y todavía les quedaba algo más de la mitad del trayecto para llegar.

Hicieron el resto del camino de la mano, sin relajar el paso. Mientras forcejeaba con la vieja cerradura, ella se quitó las botas y las dejó en el porche. La pequeña casa estaba helada y cogió una de las viejas mantas de lana que tenía dobladas sobre la cama. En el aire gélido flotaba la expectación.

—Hace frío. Toma, tápate. Voy por leña.

Encendió dos lámparas de aceite y las dejó cerca para iluminarla. Una tensión expectante se apoderó de él al ver cómo se sentaba en su cama. Salió al porche trasero y cogió una brazada de leña fina. Cuando volvió, ella lo miró a los ojos y abrió los botones de su vestido.

—Estoy empapada. Ve a encender el fuego —ordenó, con voz temblorosa.

Le costó arrancar la mirada de ella mientras se quitaba la prenda, pero al ver que quedaba en una fina enagua y que se envolvía en la manta, se volvió hacia la leña y encendió la cocina y la chimenea. Pronto las llamas comenzaron a esparcir calidez por la pequeña estancia.

—Ven. Tengo frío —lo llamó con voz trémula.

Se acercó al camastro y se quedó frente a ella, inmóvil, expectante. Jana se puso de pie y los cubrió a ambos con la manta.

—¡Estás helada! —exclamó consternado al abrazarla. Fue consciente de los relieves suaves de su cuerpo bajo la fina tela de la enagua. Le frotó la espalda, la envolvió entre sus brazos para darle calor y la condujo al lado de la estufa de leña—. Acércate a la lumbre, no tardará mucho en calentarse.

Ella no dijo nada. Le desabrochó uno a uno los botones de la camisa y la hizo caer al suelo deslizándosela por los hombros. Luego le hundió el rostro en el pecho y comenzó a besarle la línea entre los pectorales. Sí tenía experiencia. Su rostro de niña y los doce años de diferencia desaparecieron al notar sus dedos en la cremallera de los pantalones. Él seguía sosteniendo la manta entre ellos con torpeza, atento a aquellas manos que también le quitaron el calzoncillo y tantearon su erección.

—Espera, Jana. Espera —suplicó. Ella alzó los ojos verdes, interrogantes, y detuvo su incursión—. Vamos a hablar.

—No quiero hablar. No quiero esperar. Te deseo desde el primer momento en que te vi en el puerto —susurró ella, con la mirada de eneldo fresco ardiendo en deseo—. Vamos a la cama.

Lo llevó de la mano hasta el camastro y lo empujó. Magnus se sentó en el lecho mientras ella se despojaba de la enagua, el sostén y las bragas.

Desnuda, se quedó de pie frente a él. Un tenue rubor cubrió sus mejillas y sonrió. Él contempló sus curvas suaves, extasiado.

—¿Acaso te da miedo una mujer desnuda? —intentó burlarse. Pero su voz se quebró mientras los pechos, llenos, redondos y pálidos, subían y bajaban al ritmo de su respiración agitada. Su sexo estaba cubierto de un poblado vello dorado.

—No. No me da miedo.

Le abarcó la cintura, maravillado por tenerla entre sus manos. Era tan estrecha que sus dedos se tocaban, pero comprobó que sus caderas eran plenas y suaves al recorrerlas. Sus nalgas, generosas y cálidas. La atrajo hacia sí y notó que su monte de Venus se le clavaba en el pecho. Cerró los ojos con fuerza al hundir el rostro entre sus pechos. Abarcó por fin uno de los pezones rosados en su boca y succionó.

—Magnus —llamó ella en un sollozo ahogado.

Ignoró las manos que se aferraban a su pelo. No podía dejar de libar aquellos pechos. Abandonó las nalgas para aventurarse entre sus muslos y rozó con las yemas la humedad de su sexo. Ella jadeó y sus piernas flaquearon.

—Ven. Métete aquí.

Abrió la ropa de cama y se metieron bajo las mantas. Las sábanas estaban frías y húmedas, pero no le importó. Olían a detergente barato y a humo, pero ella lo impregnó todo con su aroma delicado. Se abrazaron entre gemidos y jadeos, sus bocas batallaron por conquistar la del otro. La piel de porcelana adquirió un lascivo tono rosado, la expresión de su rostro, ya sin maquillaje, se tornó lánguida. Sus muslos se abrieron para él.

Y él le acarició la piel con dulzura. La cubrió con su cuerpo, sin dejar de besarla. Apartó los mechones rubios de su rostro y se apoyó en los antebrazos para liberarla al menos de una parte de su peso, pero ella se enroscó a su torso con fuerza. Jana metió una mano entre ambos y sostuvo su erección con los dedos. La dirigió a su interior sin vacilación.

Magnus le hizo el amor bajo las mantas con ternura y fiereza. La hizo suya como si fuera un tesoro precioso y, a la vez, no pudiera saciarse en su interior.

El orgasmo la azotó sin esfuerzo, sin dudas. Se sintió salvaje y libre.

Deseada. Mujer.

El sonido de las olas al romper en la orilla la despertó al día siguiente.

Sonrió al ver que Magnus estaba despierto y la contemplaba, apoyado sobre un codo, con el cuerpo desnudo pegado a ella.

—Esta cama es muy pequeña —dijo, soñolienta.

—No me voy a quejar —respondió él—. Así te tengo más cerca.

Los dos se echaron a reír como niños y Jana estiró los brazos por encima de su cabeza, con un murmullo de satisfacción. Magnus deslizó los dedos por su axila y tiró del delicado vello rubio que las cubría en un gesto juguetón.

—¡Ay! —dijo riendo, y lo apartó de un manotazo.

Él fingió ofenderse y la atrapó bajo su cuerpo. Sonrió, invitadora, cuando notó desperezarse de nuevo su erección.

—Es domingo. No tengo que trabajar, ¿y tú? —preguntó con timidez.

—No, pero a las seis de la tarde tengo que bajar para alistarme en el barco, o no contarán conmigo.

—Tenemos tiempo de sobra —dijo ella.

—Y lo aprovecharemos como debe ser —repitió él, y se hundió de nuevo entre sus muslos.

Pasaron el día entre confidencias y jadeos. Ahora no le quedaba duda de lo que era saberse deseada, de lo que significaba sentir placer con un hombre que idolatraba cada recoveco de su cuerpo. Magnus leyó unos pasajes en ruso, desnudo, recitando con pasión a Dostoievski y ella cayó de rodillas y acogió su miembro en la boca, retándolo a continuar leyendo hasta que el libro golpeó el suelo por la pérdida de control. Después, él le devolvió el regalo deshaciéndola entre gritos con la lengua y los labios sobre su sexo frente al fuego rugiente de la chimenea. Tan solo comieron un poco de pan y queso, y dormitaron en el camastro. Después volvieron a fundir sus cuerpos insaciables, redescubriendo la piel del otro para grabar los detalles.

Solo se levantaron para avivar la chimenea. Cuando llegaron las cuatro de la tarde, Magnus se puso en marcha y Jana quiso echarse a llorar.

—¿Cuándo vuelves?

—El viernes, como siempre. A mediodía, si lo permite el tiempo.

—¿Dónde vas? —preguntó al verlo abrir la puerta de la cabaña, desnudo.

—A bañarme en el mar. Tú deberías hacer lo mismo. ¡Ahora hueles igual de mal que yo! —se burló.

Jana retiró las sábanas de un manotazo y corrió tras él. Se metieron en el agua fría entre carcajadas, como dos niños. Se abrazó a él, buscando calor.

No podía saciarse de sus besos y su cuerpo volvía a despertar pese al agotamiento y el agua helada.

—Nunca has olido mal. Tu aroma es salvaje y libre, igual que tú —susurró sobre sus labios—. Y me hace perder la cabeza. Y sí, te tenía un poco de miedo. ¡Por una buena razón! Mira cómo he acabado —terminó, riendo—. Desnuda en el agua como una loca.

—Loca, no —dijo él, abrazándola con fuerza—. Salvaje y libre. Como yo.

Volvieron a la ciudad en bicicleta porque se les hacía tarde, y esta vez, Jana reposó el rostro en su hombro, con los ojos cerrados, feliz y plena. Besándolo en el cuello de cuando en cuando y sonriendo ante la melodía de los años treinta que silbaba, contento y feliz.

—Quédate con la bicicleta, te ahorrarás el dinero del autobús para ir al hospital —dijo Magnus, adelantando el manillar hasta ella. Jana asintió.

—Te esperaré en el puerto el viernes.

—Prométemelo —exigió él, con un matiz aprensivo en el tono de voz.

—Te lo prometo.



## Estás diferente

E lke las miró con severidad por encima de sus gafas de presbicia y Jana disimuló una sonrisa cómplice mientras limpiaba con Lotte el material de los quirófanos obstétricos. Era una tarea odiosa, pero hoy no le importaba. Su amiga le guiñó un ojo y se separaron para cumplir con sus obligaciones. Su amistad no hacía más que alimentar su felicidad, porque se hacía más grande al compartirla con alguien que se alegraba por ella sin reservas. Había pasado la semana en una nube. Se reía sola con cada recuerdo, sus pies caminaban ligeros por los pasillos del hospital. En la pensión, cantaba mientras ayudaba a Bente en los pequeños quehaceres.

—¿Qué te ocurre, niña? —le había preguntado la anciana mientras cortaban flores en el pequeño jardín—. Estás floreciendo como los alhelíes este verano.

—Es el amor, Bente. ¡Es el amor! —respondía ella entre risas.

Cuando le contó que ella y Magnus estaban enamorados, prefirió ignorar el destello de preocupación en los ojos de Bente y la sostuvo de las manos para bailar bajo el sol de la tarde. La señora Vinter renunció a su idea de enfrentarla a la realidad, y ella estaba demasiado feliz para prestarle atención.

Llegó el viernes y tras abandonar el hospital con la promesa hecha a Lotte de que le contaría el reencuentro el lunes con detalle, se dirigió al puerto. La recibió el aroma a salitre, a pescado, a gasoil y a comida de los pequeños restaurantes. Sonrió. Sentía Tromsø como suyo, en aquellas semanas lo había hecho su hogar.

Compró unos bollos de canela para compartir con Magnus y caminó con la bolsa de papel entre los brazos de la que emanaba un delicioso aroma. Unas mujeres que esperaban también en el muelle la miraron con curiosidad. ¿Eran esposas de los otros marineros? Sonrió, ella también esperaba a su hombre.

Se sintió parte de algo especial.

—Mirad, ahí viene el *Valkyria* —dijo una mujer con voz serena.

El barco se acercaba en la lontananza y parecía ir muy despacio. Jana se dio cuenta de que apretaba los bollos contra su pecho y relajó los brazos, presa de la impaciencia.

—¿A quién esperas, niña? —preguntó la mujer que había avistado el pesquero—. ¿Quién eres?

—Soy Jana. Espero a Magnus, a Magnus Thoresen. ¿Y tú?

La mujer, con el rostro curtido por el sol, se cubría el pelo rubio y canoso con un pañuelo de flores de colores y se había arreglado.

—¡A Magnus! —se echó a reír con ganas—. Debí imaginar que estarías aquí por él. Soy Sonja, la mujer de Trond, capitán del *Valkyria*.

Se estrecharon las manos y sonrieron, tanteando el terreno para sembrar una futura amistad.

—Vamos, van a atracar. Ven conmigo.

Se apresuró tras ella hacia el barco, intentando avistar a Magnus entre el movimiento apresurado de los hombres sobre cubierta, atareados en colocar las boyas, soltar el ancla, instalar el puente y aprestarse para desembarcar.

Magnus bajó el primero y Jana se echó a temblar. Su corazón palpitaba con la emoción del encuentro. ¡Era tan apuesto! Se había afeitado la barba, su pelo lucía recogido hacia atrás. Ignoró los remiendos de la sobria camisa blanca y las rozaduras del pantalón negro gastado. Y lo supo. Los príncipes azules existían, pero no eran como ella los había imaginado.

—Has venido —dijo con solemnidad, mientras la cogía de las manos.

Ella no aguantó más y se echó a sus brazos mientras las lágrimas anegaban sus ojos. Sus bocas se encontraron en un estallido de pasión. De pronto, el suelo desapareció bajo sus pies y cerró los ojos envuelta en pura dicha.

Volaba, estaba en el cielo. Porque no era posible sentir en este mundo tanta felicidad.

Las burlas y chanzas de los hombres interrumpieron su arrobamiento. Jana clavó la vista en el suelo, avergonzada, pero sin ser capaz de borrar de sus labios una enorme sonrisa. Magnus los conminaba a callarse, pero sus quejas no hacían más que enardecer a sus compañeros.

Trond saludó a su mujer, más contenido, pero con la misma devoción.

—Deja que se vaya, Trond —dijo la mujer, animándolos a marcharse con un gesto de la mano.

—¡Tiene que ayudar a descargar las cajas! —gruñó, señalando la grúa que ya estaba instalada en la cubierta con obstinación—. Forma parte de su jornada de trabajo.

—Vamos, ¡deja que se marche con Jana! —adoptó una expresión juguetona que pareció rejuvenecerla veinte años—. Hazlo por el recuerdo de cuando tú y yo vivimos lo mismo. ¿No ves que están enamorados? Hazlo en nombre del amor.

El viejo capitán asintió a regañadientes, murmurando imprecaciones entre los labios finos que sujetaban su eterno cigarro. Jana lanzó un beso a Sonja en agradecimiento mientras se alejaban.

—En el nombre del amor —gruñó el capitán con una sonrisa teñida de tabaco rubio y recuerdos de juventud.

Ayudó a Magnus a botar la pequeña lancha y compartieron los bollos de canela en el trayecto hacia Kristtorn. La tarde de verano se vestía con colores puros, un cielo azul intenso surcado de nubes blancas y de un gris plateado.

—¿Qué has hecho esta semana? ¿Habéis pescado mucho? ¿Me has echado de menos? Porque yo a ti, ¡un montón! —parloteaba Jana, recostada sobre su pecho mientras Magnus guiaba la embarcación siguiendo la línea de la costa.

La estrechó entre sus brazos.

—He pensado en ti cada hora, cada minuto, cada segundo —confesó, apasionado—. No veía la hora de llegar a puerto y llevarte a casa.

A Jana le quedó claro el porqué.

En cuanto llegaron, Magnus la cogió en volandas y entraron en la casita roja entre carcajadas que se mezclaban con besos voraces. Cayeron sobre la cama de madera, que crujió de manera lastimosa bajo su peso. Se desnudaron a tirones, sin contemplaciones, dificultando la tarea porque no se apartaban el uno del otro.

Los jadeos sustituyeron las risas, los susurros lo hicieron con las palabras, la unión de los cuerpos estrechó con más fuerza el vínculo de su amor. Daba igual el frío de la caída de la tarde, porque ni siquiera habían encendido la chimenea. Se daban calor el uno al otro mientras el vapor que salía de sus bocas se perdía en una nube blanquecina en la estancia. Hasta que cayó la noche y quedaron sumidos en la oscuridad.

—Voy a encender las lámparas. Y también la chimenea —dijo Magnus,

saliendo del cobijo de las mantas y los brazos de Jana—. No quiero que pases frío esta noche.

—Yo necesito algo de comer —murmuró ella desde la cama, pero se quedó exhausta, tendida sobre el colchón—. Pero frío, contigo, no creo que vaya a pasar.

Él se puso los pantalones de tela de su pijama y se afanó en la casa. Preparó un poco de leche con miel en una de las tazas de hojalata y se la dejó en la mesilla. Jana dormitaba con una sonrisa tenue en los labios y no pudo evitar besarla.

—¿Qué pensabas, con esa sonrisa? —preguntó, intrigado por su expresión placentera. Se acomodó junto a ella, acoplado contra su cuerpo en la pequeña cama.

—Le daba gracias a Dios por descubrirte, Magnus —dijo ella con sencillez—. Me ha costado algún tiempo aceptar mis sentimientos hacia ti, pero te quiero. Y por eso me siento agradecida.

Él la besó de nuevo brevemente y sonrió.

—¿Eres muy católica, Jana?

Ella se quedó pensativa durante un instante ante su pregunta.

—Mis padres son católicos, lo he vivido en casa desde pequeña, y sé que creo en Dios —afirmó ella con convicción—. Aunque reconozco que no soy muy devota.

Magnus se echó a reír y tiró con suavidad de la pequeña cruz que colgaba de una cadenilla de su cuello.

—Pues sepa usted que está yaciendo con un hombre fuera del matrimonio y eso es pecado, señorita Jensen —dijo con falso tono acusador—. ¿Va a contarle a su confesor todo lo que hemos hecho esta tarde?

—¡No! —rio ella escandalizada. Su rostro se cubrió de un delicioso rubor—. Jamás me atrevería a confesar todo lo que he aprendido contigo.

—Y hay algunas cosas más que aún tengo que mostrarte —dijo él, con una sonrisa perversa. La tendió hacia atrás sobre las almohadas y volvió a cobijarse entre sus muslos—, que son más inconfesables aún.

# Las consecuencias

*Tromsø, septiembre de 1969*

Semana tras semana, Jana cifraba su vida en dos momentos que se sucedían entre sí: cuando Magnus llegaba el viernes del *Valkyria* y cuando se marchaba el domingo. Entre semana, se entregaba con fervor a su trabajo, cumplía horas más allá de su jornada y vivía para ser matrona.

—Jana, de verdad que estoy preocupada por el grado de tu dedicación —dijo un día Lotte, al ver que se quedaba a varios turnos de tarde, aunque no le correspondiesen—. ¿Es que no quieres ir a casa a descansar?

—Así me pasa el tiempo más rápido, ¡el viernes queda muy lejos y me desespero si no hago nada! —respondió a su amiga—. No veo el momento en que Magnus llegue.

Conversaban a ratos, mientras se afanaban en pesar a las embarazadas, escuchar los latidos fetales con el estetoscopio de Pinard y medir la altura de sus úteros abombados.

—Te entiendo, ¡me pasa lo mismo con Arne! —respondió su amiga con voz soñadora—. Quizá podríamos salir los cuatro juntos algún fin de semana de estos.

Pero cuando él llegaba, no les interesaba compartir el tiempo con sus amigos. Se encerraban en la casita roja a hablar de todo y de nada, y a hacer el amor de mil maneras diferentes.

Jana no tardó en darse cuenta de que estaba embarazada.

Lo sospechó cuando, llegado septiembre, su periodo se retrasó. No le dio ninguna importancia, a veces sufría pequeños retrasos. Pero cuando comenzaron las náuseas, su estado se confirmó. Pasó toda la semana debatiéndose entre la alegría por su embarazo y el temor a lo que Magnus pudiera decir.

—Mi amor, tengo algo que contarte. —Lo abordó en cuanto llegaron a casa, presa de la ilusión y el miedo—. Es muy importante, pero no sé si te gustará.

Él, hacendoso como siempre, había encendido la chimenea y desollaba una liebre con la que le habían pagado una reparación en otra de las casas de Kristtorn. La miró interrogante y se lavó las manos en el fregadero. Las secó con movimientos enérgicos mientras se acercaba a ella con rostro preocupado.

—Dime, pequeña. ¿Qué ocurre?

Jana se ruborizó levemente y le quitó el trapo. Cogió su mano entre las de ella y la posó sobre su vientre. Los ojos de Magnus se abrieron con asombro e incredulidad.

—Estoy embarazada. No hemos tomado precauciones, tenía que pasar —susurró en un hilo de voz al ver su desconcierto—. Lo cierto es que nunca lo hemos hablado, ¡qué tontos hemos sido! No sé qué te parece...

Hablaba de manera inconexa, preocupada por su reacción, pero Magnus la cogió de la cintura y la levantó, dando una vuelta en el aire.

—¡Jana! ¡Es maravilloso! —dijo tras la sorpresa inicial. Soltó una carcajada de dicha y ella se contagió de su alegría sincera—. ¿Te das cuenta de lo que significa? Formaremos nuestra propia familia.

Tenía razón, ¡era cierto! Su familia eran ahora Magnus y la pequeña vida que gestaba en su interior. Y nada se interpondría en su felicidad. Se abrazaron con entrega y volvieron a reír como niños.

Solo quedaba decírselo a sus padres.

Ya no tenía miedo a enfrentarse a ellos, Magnus estaba a su lado y había tomado una decisión: se quedaría con él en Tromsø.

Lo primero que hizo fue confirmar su embarazo. Elke le echó una mirada preocupada cuando le dio la noticia.

—¿Estás segura de querer tenerlo? Hay otras alternativas, Jana —comenzó a decir su tutora, pero ella le impidió seguir hablando.

—Elke, Magnus y yo queremos tener este bebé, no hay discusión —dijo ella con una sonrisa—. No voy a volver a Oslo, ¿tendrías trabajo para una matrona más aquí?

El rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa sorprendida.

—¡Serás más que bienvenida en el equipo! Sé que trabajas bien y me

vendrás muy bien aquí. Vamos, te llevaré junto al ginecólogo. Podemos convencerlo de que pruebe ese aparato nuevo para escuchar el latido del corazón —dijo su tutora, entusiasmada mientras la guiaba hacia las consultas de obstetricia—. ¡Es una maravilla! Ya podían darnos una de esas máquinas a nosotras, le daríamos buen uso en nuestra consulta.

Jana corría detrás de Elke, ilusionada ante la idea de escuchar el corazón de su bebé y tranquila por la idea de que podría trabajar en el Sant Jakob.

Cuando llegaron a la consulta, Elke entró mientras que ella se quedó a esperar en las sillas de plástico junto a la puerta que, a esa hora tardía, estaban desiertas.

—Vamos, Jana. El doctor te verá ahora.

Cuando entró, el médico la miró con severidad por encima de sus gafas de marco negro. Su pelo canoso y corto le recordó un poco a su padre y sonrió con timidez.

—¿Así que está usted embarazada? ¿Y el padre? ¿Puedo suponer que lo hay? —preguntó con cierta sorna.

Jana no se inmutó, conocía a ese tipo de ginecólogos que se metían donde no los llamaban y resultaban desagradables en el trato.

—Supone usted bien. Está faenando en el barco, pero el fin de semana le informaré de todo lo que me diga —dijo Jana, dejándole claro que no se sentía intimidada por su trato hostil—. Su nombre es Magnus Thoresen y sabe que estoy aquí.

El médico apuntó cuidadosamente toda la información en su ficha clínica.

Le hizo varias preguntas sobre su salud y sus reglas, y solo dudó cuando inquirió sobre la fecha de la última.

—A finales de julio, estoy segura, pero no puedo precisar el día. ¡Espere!

—recordó al ver que el médico iba a replicar algo con rostro enfadado—. El día que los americanos aterrizaron en la luna. Recuerdo haber pensado que, ya que eran capaces de llegar hasta allí, bien podían inventar algo para calmar el dolor.

Esta vez, el médico abandonó su petulancia y se echó a reír.

—Muy buen dato, el 21 de julio. Entonces está de unas nueve semanas de embarazo —dijo el obstetra con una sonrisa. La pesó y la midió, y la hizo tenderse en la camilla—. Será fácil escuchar su corazón.

Jana miró con aprensión el enorme aparato con pantalla granulada en puntos ilegibles en blanco y negro, y el médico movió un extraño micrófono metálico sobre su vientre con cara de concentración. Se escuchaba un fuerte sonido distorsionado y, de pronto, identificó una pulsación.

—¿Es mi bebé? —preguntó Jana, ilusionada.

—No, es demasiado lento, este debe ser el latido de tus arterias uterinas, en torno a los ochenta latidos por minuto —informó el médico, que continuaba moviendo el transductor por la piel de su abdomen—. ¡Ah! ¡Ahora sí!

¿Escuchas la diferencia?

El repiqueteo rápido y firme de una campanita, a más de cien latidos por minuto, los hizo sonreír a todos.

—Este sí es el latido de tu bebé. Y todo parece ir perfectamente. ¿Ves esa habichuela cabezona? —Señaló en la pantalla un manchón blanco apenas distinguible entre todos aquellos puntos blancos, grises y negros de la pantalla de aquel extraño televisor.

—Sí, supongo que sí —dijo Jana, emocionada.

—Ese es tu bebé, querida. Y todo irá bien.

El recuerdo de aquel latido la hizo trabajar con más alegría y ahínco. Ahora tenía una razón más elevada y excelsa para vivir. Y lo que era más importante, ya tenía todos los argumentos para enfrentar a sus padres, que acudirían a buscarla aquel domingo: un hombre que la amaba de verdad, un bebé para colmar la felicidad de su hogar y un trabajo para ayudar a sostenerlo.

Acudió al puerto, como cada viernes, a esperar la llegada del *Valkyria*. Los días comenzaban a acortarse a pasos agigantados y el viento helado del Ártico superaba con creces el calor de los rayos ya débiles del sol. Se ciñó el chaquetón en torno al cuerpo, agradeciendo el gorro grueso de lana. Su alegría se diluyó un poco al ver los rostros cansados y las escasas cajas de pescado que estibarón en el pantalán. La sonrisa de Magnus fue algo más débil que en semanas anteriores.

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien? —Lo abrazó con fuerza y él apoyó su enorme cuerpo sobre ella durante un instante, en que pensó que no lograría sostenerlo—. ¿Qué tienes, Magnus?

—No pasa nada, es solo que Trond ha tenido que reajustarnos el sueldo



este mes, seguimos con muy pocas capturas —dijo con un tono que intentaba ser distendido y alegre—. A veces ocurre. Son cosas del mar.

Pero Magnus sabía que Trond estaba preocupado, al igual que el resto de los capitanes. La escasez del mar esquilado presagiaba desde hacía meses que la industria pesquera entraría en crisis. El empobrecimiento de algunos caladeros era espectacular, lo que quedaba demostrado en el descenso de las capturas. Solo las cámaras frigoríficas, que les permitían ausentarse de tierra durante periodos más prolongados de tiempo, habían impedido que el *Valkyria* dejara de faenar.

—No pasa nada. A partir del próximo mes, mi sueldo será el de una matrona de pleno derecho —dijo Jana, abrazándolo con fuerza, concedora, como todos los habitantes de Tromsø, de la situación de los barcos—. Podré aportar dinero a nuestro hogar.

Magnus la besó de nuevo en la frente y en los labios, y sonrió con devoción.

—No hay en todo el norte de Noruega un hombre más afortunado que yo.

Pero algo ominoso flotaba en el ambiente. Los dos permanecían más callados de lo habitual. Suponía que Magnus le daba vueltas a cómo subsistir con menos de la mitad del sueldo por las escasas capturas de aquel mes, mientras que ella estaba sumida en conversaciones imaginarias con sus padres, que llegarían el sábado a buscarla desde Oslo. Antes de que llegasen, debía completar la primera parte de su estrategia.

Se levantaron temprano y desayunaron un poco de pan con mantequilla y café. Mientras ella terminaba de arreglarse, Magnus fue a recoger la carretela de un caballo que había pedido prestada a Fred. Pagar un taxi hasta allí significaba el sueldo de un día completo para él, y fue la manera más económica que encontraron para trasladar el contenido de sus cuatro enormes maletas hasta Kristtorn.

Pondría a la venta en una esquina del puesto de Sonja en el mercado gran parte de sus pertenencias, no tenía sentido tener en la casita doce pares de zapatos de tacón y una treintena de vestidos. Con el dinero que obtuviese con la venta de aquello y de tres de las cuatro valijas de cuero, compraría el ajuar para el bebé. Más valía no esperar nada de sus padres. Y, además, tendría su sueldo de matrona. Sabía que su padre trataría de convencerla por ese lado

para volver, así que tener un futuro asegurado, aunque fuese a corto plazo, la llenaba de seguridad.

—¿Lista? —preguntó Magnus con una sonrisa, que sujetaba con las riendas el viejo percherón de Fred.

Ella asintió, sin querer reconocer el miedo que sentía. Se ayudó de su mano para subir al cabrestante y se acomodó a su lado.

En menos de una hora estaban frente a la pensión. Mientras Magnus cargaba en el carro el equipaje que ella había amontonado a las puertas de su habitación, se tomó un té con la señora Vinter.

—Embarazada. No sé por qué, pero me lo imaginé —masculló Bente al recibir la noticia—. Entonces, es cierto que no vas a volver a Oslo. Cuando me lo dijiste, pensé que no eran más que desvaríos enamorados. Ahora sé la razón.

—Bente, aún no se lo he dicho a mis padres —confesó con preocupación.

Agarró las manos de la anciana con cariño—. Se lo diré esta tarde o el domingo antes de que se vayan, pero después de que te paguen, para que no se les ocurra ninguna idea extraña para forzarme a regresar.

—Mi niña —se echó a reír su casera con incredulidad—. Tu padre ha pagado religiosamente todos tus gastos y con generosidad, no creo que vaya a hacer nada raro.

—Tú no sabes de lo que es capaz.

Se despidió de Magnus con un beso apasionado, y cuando él puso rumbo hacia Kristtorn con la carretela, volvió a entrar en la pensión. No tenía apetito por las náuseas y por la expectación aciaga que se cernía sobre ella. Decidió tumbarse en la cama de la que durante tres meses había sido su habitación.

Despertó con un sobresalto cuando escuchó la voz atronadora de su padre.

—¿Dónde está mi hija querida? —la llamó desde el piso de abajo.

Saltó de la cama y salió en tromba de la habitación. Y por un momento, se olvidó de todo cuando la abrazó. Volvía a ser Jana, la niña sobreprotegida, siempre bajo el alero de su padre. Por un momento, el amor que sentía por él la abrumó, y una lanza atravesó de lado a lado su pecho al sopesar el dolor que le provocaría con su noticia.

Y a su madre, también. Pero esperaba encontrar una aliada en ella.

La señora Vinter sirvió café y pasteles para todos, que se sentaron en la

mesa del salón con un empaque que a Jana se le antojó absurdo para el trato entrañable y familiar que Bente ofrecía a todos en su cocina. Había puesto unos platos que nunca había visto y una cubertería de plata antigua. Las copas eran de cristal barato, Jana supuso que eran las únicas que tenía. La conversación parecía distendida, pero percibía una corriente soterrada de incomodidad y formalismo artificial.

—¿Hija, no tomas café? —preguntó su madre, extrañada de que no bebiese su brebaje favorito.

Jana sonrió, era el momento. Su madre se lo había puesto en bandeja.

—No, mamá. El médico me lo ha desaconsejado en mi estado.

Un silencio interrogante se cernió sobre la mesa.

—¿En tu estado? —dijo su padre con estupor—. ¿Qué te ocurre, hija?

—Estoy embarazada, de unos dos meses —anunció con una sonrisa que no fue forzada, sino llena de dicha—. Esta semana me ha visto el ginecólogo y me ha dicho que todo va bien.

—¡Qué bien, hija! ¡Enhorabuena! —soltó su madre, espontánea. Se levantó torpemente de la mesa para abrazarla y Jana la acogió con fuerza, disfrutando del momento porque sabía que no iba a durar.

—¡No digas estupideces, Olivia! —bramó su padre, que se puso de pie tirando la silla al suelo por su brusquedad—. ¿Qué quieres decir con que estás embarazada? ¿Y tengo que suponer que el niño es de Lars? ¿Cómo es posible que mi hija haya cometido semejante desatino? ¡En cuanto lleguemos a Oslo te acompañaremos a abortar!

El rostro de su padre estaba rubicundo por la ira, las escleras de sus ojos se enrojecieron inyectadas en sangre y parecía escupir por la boca al hablar.

Jana cerró los ojos y llevó una mano a su vientre para extraer el coraje necesario, y pensó en su necedad al negarle a Magnus la posibilidad de estar allí.

—Vamos por partes, papá. Por favor, ¡escuchadme los dos! —rogó, poniéndose también de pie—. Necesito que me escuchéis. Estoy embarazada y voy a tener este bebé, lo queráis o no. No voy a abortar.

—¡Eso lo veremos! ¡Eres una vergüenza para esta familia! —Su padre seguía enajenado, a duras penas se contenía para dejarla hablar—. Yo me encargaré de gestionarlo todo en el Hospital Clínico.

—Espera, Matías —dijo su madre, asustada por la reacción desmedida de su marido—. Estoy segura de que podemos arreglarlo de otro modo, Lars es el padre y estará feliz de conocer la buena nueva y reanudar su compromiso con Jana. —Posó su mano delicada sobre el antebrazo masculino y pareció calmarlo un poco—. Cuando hablamos con él, estaba entusiasmado con la posibilidad. Lo único que hay que hacer es adelantar la fecha de la boda antes de que se note nada.

Jana parpadeó, desconcertada. ¿De qué estaban hablando? ¿Y por qué lo hacían como si ella no estuviera allí? La preocupación se convirtió en rabia y fastidio al presenciar, como una espectadora en primera fila, la manera en que sus padres manejaban su vida sin contar con ella para nada.

—No voy a volver con Lars. Nunca. Y no es su hijo, es de Magnus.

Sus palabras fueron precisas y claras. La señora Vinter se retiró con discreción a su habitación y Jana se echó a reír. Perdía a su última aliada.

—¿Cómo? ¿Quién es Magnus? ¿Otro hombre? —farfulló su padre, que acabó por desplomarse en la silla y sujetar su frente con la mano en un gesto de pura desesperación—. ¿Te has vuelto loca, hija?

—No, papá. Te he explicado varias veces las razones por las que rompí mi compromiso con Lars. —Miró a su madre en busca de un poco de ayuda, pero Olivia parecía tan atónita como él—. ¡Solo me quería por interés! Con Magnus es diferente, ama lo que soy —dijo con fervor, quería de verdad convencerlos—. Más allá de la hija del jefe de cardiocirugía, o de la heredera de los astilleros Christensen, me quiere porque soy simplemente Jana. Nada más.

—Eso es lo que tú crees. Seguro que conoce de sobra tus apellidos, tu procedencia, y ha olfateado lo que cree que es una buena presa —dijo su padre con obstinación—. Pero no te preocupes, yo te protegeré.

—Papá, no tienes nada de qué protegerme. Y estamos hablando de Magnus, ¡no de Lars! Es él quien ha sido y será siempre un interesado. Te repito que Magnus no es así —dijo Jana con dulzura. Acabó por sonreír de nuevo con fuerzas renovadas por el aliento de su amor por él—. Mañana os conoceréis y entenderéis de lo que hablo. Es un hombre magnífico.

Pero su padre no atendía a razones, y siguió despotricando y lanzando conjeturas sobre las razones por las que habría dejado embarazada a su hijita.

Jana optó por retirarse a su habitación, aduciendo que no se sentía bien y

que necesitaba descansar. Lo cierto era que un fuerte dolor de cabeza se había apoderado de ella y no la dejaba pensar.

Dormitaba sobre la cama cuando su madre se sentó junto a ella y la acarició en el pelo.

—Jana, ¿qué has hecho? —murmuró más para sí misma que para ella—. Todo se arreglará cuando volvamos a casa. Ya lo verás.

Se sentó junto a ella y la agarró de las manos. Buscó su mirada con los ojos y puso un ruego elocuente sobre ellos.

—Mamá, no voy a regresar a Oslo. Mi vida ahora está aquí.

—Pero ¿qué dices, hija!

Olivia se echó a reír con desparpajo. Realmente pensaba que estaba bromeando y Jana endureció su tono de voz.

—Mamá, por una vez en tu vida, ¡escúchame! —suplicó. Aferró los dedos con fuerza y su madre quiso desasirse, pero ella no la soltó—. No voy a volver a casa, y esto va a ser muy difícil para papá. Necesito que tú me ayudes a hacerlo entrar en razón.

—A tu padre no hay nada ni nadie que lo haga entrar en razón —murmuró su madre. Jana frunció el ceño al notar cierto temor en su tono de voz—. Vas a romperle el corazón, Jana. ¿Cómo puedes hacernos algo así?

—Porque amo a Magnus y quiero tener a mi hijo. Si vuelvo a Oslo, sé que me asfixiaréis por mucho que lo hagáis con buenas intenciones —estalló ella, siendo sincera por primera vez en su vida—. Porque necesito vivir mis problemas, mis dificultades, ¡mis errores! Sin teneros al lado para resolvérmelos a ti o a papá. ¿Es que no lo entiendes? Aquí, en Tromsø, con Magnus, he aprendido lo que significa ser libre. —Detuvo su alegato encendido y cerró los ojos para respirar. No quería seguir viendo el rostro horrorizado de su madre—. Dime por favor que me ayudarás.

Magnus llegó temprano, y la señora Vinter tuvo la deferencia de darle algunas pistas de lo que lo esperaba en el salón. Eso sirvió, aunque solo fueron un par de minutos apresurados, para ponerse en guardia para enfrentar al doctor Jensen, que también madrugaba, y leía el periódico frente a su desayuno en la mesa del salón.

—Buenos días, doctor Jensen. Aquí hay alguien que quiere conocerlo.

El médico elevó la mirada de las enormes hojas desplegadas, que sacudió

y dobló sobre la mesa. Magnus entró, intentando no parecer cohibido, con la gorra de fieltro entre las manos y los labios apretados en una línea fina de determinación.

—Buenos días, señor Jensen —saludó sin sonreír.

—Doctor Jensen, muchacho. Siéntate. La señora Vinter te servirá un café.

—Le hizo un gesto autoritario a la anciana, que desapareció en la cocina.

Aquello lo enojó. No soportaba a las personas que se comportaban con superioridad, él no era ni mejor ni peor que nadie.

—Usted no es mi médico. Para mí como si es el portero del hospital —dijo en un arranque de rebeldía—. Lo trataré con la deferencia apropiada sin necesidad de títulos. ¿Dónde está su hija?

Matías Jensen clavó unos ojos gélidos en él. Jana no había heredado de él la calidez de su mirada verde, de eso estaba seguro. Alzó la barbilla en un gesto desafiante al ver que era examinado de la cabeza a los pies.

—Sí, puedo entender por qué mi hija se ha prendado de ti. Dime, muchacho. ¿A qué te dedicas?

—Soy el segundo de a bordo del *Valkyria*.

—¿Es un barco mercante? —preguntó el padre de Jana con curiosidad.

—Es un barco pesquero —replicó él, con tono orgulloso.

—¿Eres pescador? —El padre de Jana parecía no creer lo que escuchaba—. No te expresas como un marinero borracho.

—La profesión no hace al hombre —dijo, prefiriendo ignorar la alusión al abuso del alcohol en su gremio.

En ese momento, Jana entró al salón del brazo de una mujer tan parecida a ella que solo podía ser su madre. Se levantó para saludarla con un beso en los labios e ignoró el ronquido indignado que su padre exhaló.

—Matías, por favor —murmuró la madre de Jana. Sonrió con lo que intentó ser un gesto cálido, pero solo logró esbozar una mueca tensa, y estiró la mano hacia él—. Soy Olivia Christensen —dijo con voz temblorosa—. Encantada de conocerte, ¿Magnus?

—Magnus Thoresen, a su servicio. Encantado de conocerla, señora Christensen.

—Señora Jensen —corrigió Matías entre dientes. Él lo ignoró y, después de apartar la silla para ambas mujeres, se sentó en su sitio al lado de Jana y

frente a su padre.

—Bueno, muchacho. Mi hija me cuenta que se queda contigo en Tromsø.

¿Es así?

Magnus no se dejó engañar por su tono jocoso. Sus sentidos le decían que debía permanecer alerta como un submarino nuclear.

—Así es. Jana vivirá conmigo, en mi casa en Kristtorn. Allí tendremos nuestro hogar. —La sonrisa de Jana, dulce y reafirmadora, era todo lo que necesitaba—. Y allí criaremos a nuestro hijo.

—¿Kristtorn? ¿Esas no son las islas despobladas del norte de la ciudad?

Estaba bien informado, pero no pensaba darle la razón.

—Son las islas al norte, pero no están despobladas. Varias familias vivimos allí.

—Pescadores.

—Pescadores, agricultores, ganaderos. Nos ayudamos entre todos, somos buenos vecinos —dijo, estirando la realidad hasta el límite. Solo podía contar con Fred y su mujer, el resto vivían demasiado apartados—. Y no está lejos del centro, tan solo unos seis kilómetros caminando.

—¿No quedáis aislados en invierno?

—A veces. Pero estamos acostumbrados a sobrevivir.

—No parece que sea el mejor ambiente para criar un niño —intervino Olivia, genuinamente preocupada, por primera vez—. ¿No hace mucho frío?

Magnus se armó de paciencia. Por debajo de la mesa, notó que la mano de Jana buscaba la suya con disimulo y se la apretó para tranquilizarla. Notaba el aura de animadversión que irradiaba su padre pese a permanecer contenido, con un aspecto de educada condescendencia y paternalismo que no permitiría que lo sacase de sus casillas.

—Yo me he criado mucho más al norte —dijo con una sonrisa resignada—. Y aquí estoy.

—¡Lo que faltaba! Un lapón ignorante —murmuró Matías Jensen, pero con un tono lo suficientemente audible como para que Jana protestase con indignación.

—¡Papá!

El padre de Jana pareció decidir algo, dejó la taza sobre la mesa y echó un vistazo al elegante reloj de oro sobre su muñeca.

—Muy bien. Ya he escuchado suficientes tonterías, es hora de prepararse para ir al aeropuerto. Olivia. —Su madre se levantó presurosa, pese a que aún no había terminado de desayunar, y asintió con una sonrisa complaciente—. Vamos, hija. Recoge tus cosas. El taxi no tardará en llegar.

—Papá, no voy a volver a Oslo.

—Deja de decir estupideces. Que este muchacho te ayude a bajar el equipaje.

—Mis cosas no están en la pensión. Ya me he mudado a la casa de Magnus —dijo Jana con un temblor en la voz. Él se envaró al escuchar la risotada incrédula del cirujano. Llegaba el momento en el que se equilibraban en el filo del cuchillo—. No voy a volver.

Y entonces se operó un cambio en él que Jana jamás había presenciado. La sorpresa fue tan grande que no fue capaz de reaccionar. Su padre se puso de pie y sus ojos parecían echar fuego. Agarró a su hija por los pelos y la levantó de la silla con violencia.

—¡He dicho que recojas tus cosas! —dijo, y la arrastró hacia la puerta. Jana se echó a llorar y protegió su vientre en un acto reflejo. Fue más de lo que Magnus pudo soportar.

Se levantó de un salto y encaró a aquel hombre, estaba cohibido por su agresividad, pero lo ganaba con creces en altura y envergadura. Lo agarró del cuello y emitió una sola frase demoledora.

—Suelta a mi mujer.

Sostuvieron un fugaz duelo de voluntades a través de sus ojos. Los de él, de un celeste sereno. Los del padre de Jana, de mil matices azules y atormentados. Y la soltó. Magnus apretó durante un par de segundos más hasta liberarlo entre toses y carraspeos indignados.

Jana sollozó, sosteniendo su cabeza dolorida entre las manos, y se refugió tras él. Su padre parecía haber enloquecido.

—¡No volverás a pisar mi casa! ¡No recibirás ni una corona de mí! Tú ya no eres mi hija, ni mereces llevar mi apellido. —Alzó la voz de una manera dramática, casi cómica. Parecía estar lanzando un maleficio y Magnus negó con la cabeza ante lo absurdo de la situación, pero Jana no paraba de llorar y se encogía con cada frase como si recibiese un mazazo—. Te repudio por la abominación que has cometido uniéndote a este... —lo miró con un desprecio



y un odio que lo hizo dar un paso atrás—, a este muerto de hambre.

Y sé que volverás arrastrándote a mi casa. Cuando eches de menos la vida y el amor que tu madre y yo te hemos dado, volverás. Cuando estés abandonada y sola, muerta de hambre con tu bastardo, se hará justicia.

—¡Matías! —dijo Olivia, sofocada al presenciar el arranque furioso de su marido y sus duras palabras.

Pero entonces pasó algo que ninguno esperaba. Jana se echó a reír de un modo histérico entre lágrimas y se cobijó bajo el brazo de Magnus.

—No, padre. Aunque me repudies, me quites el dinero, el apellido —dijo con voz temblorosa, pero con fuerza y determinación—. Jamás estaré sola.

Porque tendré a Magnus de mi lado y a mi hijo junto a mí.

**1970**

# Dulce invierno

*Kristtorn, marzo de 1970*

Jana apartó de su frente los mechones rubios que escapaban de su moño y que insistían en dificultar su trabajo. Con el ceño fruncido y una expresión concentrada y seria que lo hizo reír, amasaba la harina sobre la mesa de la cocina.

—Estás preciosa —dijo Magnus con adoración.

—¡Lo que estoy es muy gorda! —resopló con esfuerzo. Se llevó una mano a la frente, sin darse cuenta de que dejaba en su rostro un reguero de harina—. Dentro de poco no podré usar mi ropa. ¡Necesito algún vestido de embarazada!

Magnus se acercó y limpió su cara con un paño. Sonrió ante la expresión preocupada que Jana exhibía.

—No te preocupes. Ya pensaremos en algo. —Como siempre que se acercaba a ella, fue incapaz de mantener las manos quietas. La abrazó por la cintura, abarcando con sus manos el vientre abultado, y depositó un beso en su cuello—. ¿Qué estás cocinando?

—Quiero hacer un pastel de salmón. ¡Déjame trabajar tranquila! —dijo ella riendo, y apartó de su escote los dedos que ya incursionaban en busca de un pecho.

—¿Qué salmón?

—El que vas a pescar tú ahora mismo, antes de que la tormenta que viene se nos eche encima y nos quedemos dos días comiendo arenques —dijo resuelta. Lo empujó sin contemplaciones hacia la puerta—. Voy a hacer también algo de pan. ¡Vamos! Si vienen Hilde y Fred, quiero tener algo decente que ofrecerles.

Magnus se echó a reír y negó con la cabeza ante el ímpetu de su mujer. Sí.

No estaban casados. Ningún papel lo atestiguaba. Pero así lo sentía en su corazón. Jana llenaba sus días y sus noches de una manera que lo completaba, lo hacía ser mejor persona, querer superarse. Era feliz. Tan feliz que, cuando posaba las manos sobre su vientre cada vez más hinchado, tenía la seguridad de ser el hombre más afortunado de la tierra.

Cogió su pelliza de piel de reno, llena de remiendos, se calzó el grueso gorro de lana y salió a la playa. El ambiente olía a nieve, pese a que la primavera estaba por llegar. En el aire se suspendían copos aquí y allá mecidos con suavidad por el viento, hasta que, en una ráfaga afilada, cortaba la piel para advertir de lo que venía. Preparó los sedales y los echó al agua.

Puso unas campanillas para delatar si algún pez picaba y se dirigió hacia el cobertizo. Sonrió. La cuna estaba casi terminada. Los esperaba una tarde de tormenta, de modo que la llevaría a la casa, donde cepillaría la madera y la tallaría allí. Saber que su hijo dormiría en aquella cuna, hecha con sus propias manos, le generaba una emoción indescriptible. Jana, con amor y paciencia, había bordado unas sábanas de algodón barato que ahora parecían las de un pequeño príncipe. Y ahora, lentamente porque no tenía práctica, hacía crecer una manta de lana de colores para el bebé.

—¡Cierra, que se enfría la casa! —protestó Jana cuando lo vio entrar con la enorme caja de herramientas y la cunita a cuestas—. ¿Vas a trabajar aquí?

—Sí, espero terminarla esta tarde. ¡Mira! —dijo con orgullo.

Depositó el mueble en el suelo y Jana recorrió con los dedos el cabecero redondeado.

—Es perfecta —susurró, enternecida.

—¡Espera a que esté tallada, pintada y barnizada! No habrá un niño en toda Noruega que tenga una cuna más bonita y más firme que nuestro bebé.

La abrazó, ilusionado. Sabía que Jana estaba acostumbrada a lujos y excesos, pero, si estaba en su mano, intentaría darle lo mejor. A ella y a su hijo. Un tintineo suave pero insistente interrumpió su arrobamiento.

—¿Y ese ruido? —dijo Jana, reteniéndolo entre sus brazos al ver que se separaba. Magnus la besó en la frente.

—Tu salmón. Y espero que algo más.

Juntos cocinaron una lustrosa lubina con la que podrían comer también a la cena. Su dieta no era muy variada, arenques en conserva, carne salada y lo que

Magnus pescaba en el mar. Pero Jana demostró ser una cocinera muy creativa, y con los frutos que recogía del bosque, algunas castañas, manzanas dulces o nueces, aderezaba los platos hasta hacerlos sabrosos y diferentes cada vez.

—Voy a dormir una siesta —dijo, amodorrada por el calor de la chimenea y la cocina de leña crepitando con fuerza, al terminar de comer.

—Yo voy a ponerme con la cuna. Intentaré no hacer ruido.

—¡No te preocupes! Estoy tan cansada que ni una manada de renos que me pasase por encima me despertaría —dijo con un bostezo exagerado—. Despiértame si vienen Hilde y Fred.

Magnus le dio un beso en la frente y después en la boca, y la arropó sobre la cama. Por un segundo, pensó si no debería meterse en la cama con ella, pero acabó por coger el cincel y el martillo y ponerse a trabajar. Pasaba la semana en el barco y los fines de semana tenía poco tiempo. Entre amontonar leña para el invierno, los arreglos que estaban haciendo en la casa y los trabajos en la turbina, le quedaba poco tiempo para hacer los mueblecitos para el bebé.

Comenzó a perfilar sobre la cabecera de la cuna un pequeño pez. En los pies, tallaría una ballena, o tal vez un narval. Con una sonrisa, percibió la respiración suave y acompasada de Jana, aunque una punzada de preocupación atenazó su pecho. Trabajaba demasiado. Todas las mañanas iba al Sant Jakob en bicicleta. Llegaría pronto el momento en que ya no podría usar ese medio de transporte. Había intentado convencerla de ir en lancha hasta el puerto y después caminar. Pero Jana no quería ni oír hablar de ello.

—¡Me da miedo el oleaje! —había dicho, enfadada por su insistencia—. Además, hacia la ciudad es llano. Desde el puerto es todo cuesta arriba y me canso cada vez más al andar.

Ambos sabían que llegaría el momento en que tendría que dejar de trabajar, pero era febrero, ya tenía seis meses de embarazo, y Jana insistía en seguir en el hospital.

Mientras cavilaba, el pececito se había convertido en una hilera ordenada que bordeaba la cuna a un par de centímetros del canto de la madera. Ahora, la talla de los pies. Una ballena. ¿Y si era una niña? Quizá debería pensar en algo más femenino y delicado. Una sirena, quizá. No sabía por qué, pero estaba convencido de que sería un niño. ¿Cómo lo llamarían? Barajaban varios nombres. Comenzó a tallar la ballena, seguro que si era una niña

también le gustaría. Tendría que tallar también algunos juguetes. Había visto en la ciudad unos preciosos cochecitos de metal, pero al ver el precio, desistió de comprarlos. Las muñecas eran todavía más caras. Pero él las había visto y no sería difícil imitarlas. Y con madera, hilo y un poco de tela, sabía que podría crear cualquier cosa.

Jana despertó cuando había terminado la talla de la ballena y empezaba la figura de un barco de vela en la madera de los pies.

—¡Has avanzado muchísimo! —dijo entusiasmada al ver su trabajo. Le dio un beso en los labios y Magnus sonrió, feliz de verla feliz a ella.

—Ya queda poco. La pintaré y barnizaré en el cobertizo para que no te moleste el olor. —Ella sonrió y volvió a besarlo, agradecida—. ¿Has visto la tormenta? Es la peor en lo que llevamos de año.

Jana se acercó a la ventana, donde ya reinaba la más absoluta oscuridad.

—Me encanta cuando nieva con tanta fuerza —dijo en voz baja, arropándose en su manta de lana con la preocupación marcada en su rostro—. Es precioso.

Magnus se levantó y se acercó a la ventana, junto a ella. La nieve arreciaba y ya había desaparecido el tocón del sauce donde amarraba la lancha. Todos los relieves estaban cubiertos por un manto espeso y blanco.

—Es precioso, pero también mortal. —La abrazó por atrás y la envolvió entre sus brazos. Acarició la curva de su vientre con cierta preocupación—. Este invierno ha sido suave, pero a veces en primavera se pone peor. Espero que no nos quedemos aislados. Mañana tendré que aplicarme con la pala para abrir un sendero hasta el puente.

Jana no contestó, hipnotizada por la caída copiosa e interminable de los copos, y él se alejó a la cocina a hacer un café.

Magnus encendió la radio. Como siempre, las noticias sobre el descubrimiento del petróleo, las tertulias sobre los cambios que se avecinaban y las promesas de un futuro mejor copaban la programación mañana, tarde y noche.

—Quizá debiera irme a trabajar a las plataformas —bromeó ante el testimonio encendido de dinero y prosperidad que vendían unos operarios en una entrevista—. En la pesca cada vez ganamos menos.

Pero Jana no pareció escucharlo, sus ojos preocupados se perdían entre la

nieve que caía en el exterior.

—¿Qué pasaría si nos quedáramos aislados? ¿Y si le pasa algo al bebé?

El tono aterrado de Jana hizo que un silencio helado sustituyese la calidez de la habitación. Magnus apagó la pequeña radio a pilas.

Solo fue un segundo, pero Jana pudo ver que el pánico que sentía se reflejaba también en sus ojos azules y serenos. Aquello la hizo atemorizarse aún más y se dio la vuelta para enfrentarlo.

—¿Y si me pongo de parto antes de tiempo y no podemos llegar al hospital? ¿Y si me quedo atrapada yo sola, mientras tú estás en el mar? ¿O si te pasa algo a ti? —Un golpe de realidad barrió con violencia el mundo idílico en el que habían estado sumergidos—. ¿A quién podría recurrir?

Él la abrazó de nuevo con fuerza. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y las limpió con los dedos.

—No pasará nada —aseguró con convicción—. Ninguna tormenta dura más que un par de días, y la casa de Hilde y Fred está a unos pocos cientos de metros. Podemos hablar con ella, podéis quedaros juntas aquí, o allí —dijo Magnus, que parecía concentrado en encontrar soluciones—. Tenemos un alijo de emergencia, con comida, agua y leña de sobra. El camino general a Tromsø queda despejado todos los días gracias a la sal y a las quitanieves. No pasará nada.

Jana cerró los ojos y se cobijó en el pecho amplio y fuerte de Magnus.

Quería creer que era cierto, quería sentir que nada les pasaría, pero aquella manera de nevar, el modo en que la casa se sacudía con las ráfagas de viento y las olas que batían el pequeño embarcadero le decían que las cosas no serían tan fáciles.

—¿No tienes a nadie? ¿Ningún pariente, ningún primo o tío, aunque sea lejano? —preguntó con precaución. Magnus nunca le hablaba de su familia.

Su rostro se ensombreció. No contestó y se alejó de ella hacia la cama. Jana apretó los labios, algo enojada. Cuando Magnus se ponía así, era muy difícil acceder a él. Se sumía en esos mutismos orgullosos y pertinaces que la asustaban. Le hacían daño.

—Ven aquí. Quiero enseñarte algo.

Se arrodilló frente al arcón grande de madera y cuero que reposaba a los pies de la cama. Emocionada a su pesar, expectante ante la idea de poder ver

su contenido, se acomodó a su lado sobre la piel de reno que cubría el suelo.

—Magnus, no te lo estoy echando en cara. Es solo que... ¡estoy preocupada! El invierno es muy largo y no tenemos a nadie que nos ayude.

—Una sola nevada había bastado para saber que, si se quedaba con el niño aislados en la pequeña cabaña, quizá no sobrevivirían—. ¿No tienes familia?

¿Tíos, primos? ¿Alguien que pueda echarnos una mano con el bebé cuando tú no estés en casa?

Un velo de tristeza oscureció su rostro, mientras ponderaba lo que acababa de decirle.

—No. No tengo. Están todos muertos.

La crudeza de sus palabras fue demoledora. Apretó los labios en un rictus desafiante. Los de ella temblaron.

—¿Todos muertos? ¿Cómo? —dijo casi en un susurro—. Cuéntamelo.

No pudo evitar la expectación y la ansiedad cuando lo vio abrir el arcón de madera a los pies de su cama. Con sumo cuidado, sacó un álbum de cuero, envejecido por el paso del tiempo. Las fotos en blanco y negro estaban amarillentas, y algunas páginas, carcomidas por el mordisco del fuego.

La imagen de una casa de campo sobre la nieve abrió la compuerta de su memoria.

—Vivíamos en Kirkenes. Mis padres tenían la granja más grande de renos del norte de la provincia. —Señaló un rebaño de animales preciosos, pastando en un prado de primavera—. ¿Sabes cómo se conocieron? Mi padre fue operador de submarinos de la marina noruega en la Primera Guerra Mundial, y su nave fue torpedeada por los alemanes. Mi madre, la mujer que lo cuidó de sus heridas cuando fueron trasladados a Kirkenes.

Jana lo detuvo cuando iba a pasar de nuevo la página. Se recreó en estudiar las fotos: un hombre muy parecido a Magnus, vestido con un uniforme militar, junto a una mujer engalanada con el traje típico sami, embarazada y con dos niñas y un adolescente rodeándola con gesto serio.

—¿Eres tú?

—No. Era mi hermano mayor, Haakon. Recibió su nombre por el rey —dijo con orgullo—. Esta es Ona y la pequeña es Frieda. Mi madre estaba embarazada de mí cuando sacaron la foto.



—¿Cuándo naciste?

—En el treinta y cinco.

—¿Qué fue lo que pasó?

—La guerra. Mi padre y mi hermano, que contaba con dieciséis años en aquel entonces, se alistaron para luchar contra los alemanes. —Pasó con cuidado unas páginas y le mostró a los dos hombres, uno de ellos poco más que un niño, con idénticas sonrisas y ataviados con uniformes de artilleros—. Fueron destinados al frente continental y, tras dos años de cartas esporádicas, dejamos de recibirlas. Las guardo todas aquí.

Su rostro se cubrió de una tristeza anhelante y Jana acarició su mano con los dedos. Quiso abrazarlo, darle calor con su cuerpo y su sexo, pero decidió no romper el momento de confidencias que parecía ser aún más necesario.

—¿Qué les pasó?

—Nunca lo supimos con seguridad. Nadie informa de la suerte de un par de granjeros noruegos sin importancia —dijo con amargura. Su voz se endureció y alzó el mentón con orgullo—. Pero mi padre era un héroe de la Primera Guerra y mi madre movió cielo, mar y tierra para obtener información. —Rebuscó en el fajo de cartas y sacó con cuidado un sobre con el membrete de la Forsvaret, las fuerzas armadas noruegas—. Mira. Está firmada por el mismo rey Haakon.

Le tendió el pliego amarillo con membretes pomposos y elegantes.

—Un número de pelotón, el nombre de una batalla y el heroísmo inútil de la guerra —murmuró Jana mientras pasaba la yema de su índice por las letras de tinta envejecida.

—Así es. Inútil por completo. Cuando se marcharon, yo lloré a mares —dijo él, esbozando una sonrisa—. Yo también quería ir a la guerra, y no podía creer que, con siete años ya, tuviera que quedarme con mis hermanas y mi madre.

—Un puñado de mujeres..., y un bebé.

Qué inhumano. Jana no llegaba a imaginar la dureza de la vida de tres mujeres y un niño en tiempos de guerra.

Magnus encendió un par de candiles, ella ni siquiera se había dado cuenta de que ya era noche cerrada, y después sacó un segundo álbum, aún más deteriorado que el anterior.

—Le he puesto refuerzos de metal en las esquinas, pero tengo que reemplazar la cubierta de cuero —dijo en tono de disculpa. Jana lo instó a continuar con una sonrisa alentadora.

—¿Qué fue de ellas?

Magnus le mostró las fotos y se detuvo en la de un carromato tirado por dos renos, y reconoció el baúl que tenían enfrente entre los que se apilaban en él.

—Tuvo que vender la granja en el cuarenta y tres. La guerra se recrudecía, y el negocio de carne y pieles era próspero, pero muy duro. —En las fotos siguientes, una preciosa casita de madera, con un jardín delantero lleno de flores, rodeada de otras muy similares—. Nos fuimos a Kirkenes, a la ciudad.

Y eso fue nuestra perdición.

—¿Por qué? —Jana lo miró con extrañeza. Las mujeres se veían más sonrientes, más arregladas y con ropas menos abrigadas—. ¿No era más fácil la vida en la ciudad?

—Lo fue. Hasta que empezaron los bombardeos.

Jana asintió. El norte de Noruega había sido castigado con dureza, tanto por los alemanes como por los aliados, por considerarse un área estratégica militar al estar tan cerca de Rusia.

—Cada vez que sonaba la sirena anunciando un bombardeo, debíamos correr al refugio antiaéreo. —Se detuvo en la última foto del álbum, su madre y sus hermanas lo abrazaban sonrientes, mientras él exhibía un gesto enfurruñado y a la vez travieso—. Aquí tenía nueve años. Solía jugar en la calle con los otros niños de la ciudad, y eso me salvó. Es curioso —dijo mientras sacaba de una caja un par de soldaditos herrumbrosos de plomo—, pese a los escombros y la muerte, los niños encontrábamos la manera de abstraernos del horror y ser felices.

—¿Qué fue de ellas? —preguntó, esta vez en un susurro. No quería saberlo, pero no podía dejar de preguntar.

—Aquella vez, las bombas alemanas comenzaron a caer segundos después de que sonara la alarma. Una de ellas, sobre el tejado de mi casa. —Negó con la cabeza, incrédulo, rememorando los minutos de terror y espanto—. La onda expansiva me arrojó varios metros atrás y me dejó completamente sordo durante días. Aún me quedan secuelas, no oigo bien del oído izquierdo —

aclaró, frotándose la oreja con cuidado—. Me arrastraron entre dos vecinos hacia el refugio y yo me defendía a patadas y puñetazos, furioso, pero las bombas seguían cayendo. Nunca volví a verlas, pese a que intenté buscarlas entre los escombros.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin que ella lo notase hasta que él las recogió en sus labios. Huérfano a los nueve años por el horror de la guerra. Era Magnus quien necesitaba consuelo, y, sin embargo, fue ella quien se refugió en sus brazos. Se mecieron, abrazados en silencio frente al fuego de la chimenea, sin decir palabra durante un largo rato.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? Kirkenes está lejos.

—Un hermano de mi padre, el viejo reverendo de la catedral de Tromsø, me rescató cuando malvivía entre los restos de lo que había sido mi casa.

Vendió todo menos lo que conservo aquí y me procuró una educación en el seminario que dirigía. Quería que yo fuese sacerdote, pero yo no sentí la llamada de Dios —dijo recuperando la sonrisa traviesa mientras alimentaba las brasas con un poco de leña—. Con el dinero, compró para mí esta casita y me trasladé con las pocas cosas que me pude llevar: los libros y el gramófono eran el recuerdo más importante de mi madre. Me independicé a los dieciséis años, en cuanto me aceptaron a trabajar en los barcos de pesca.

Jana sonrió débilmente y lo besó en los labios; él la envolvió entre sus brazos fuertes.

—Ya casi no la recuerdo, Jana —confesó, angustiado—. Las facciones de su rostro se desdibujan y las imágenes de las fotografías sustituyen a las verdaderas memorias.

Ella no le hizo notar que de sus ojos también caían unas pocas lágrimas, y permanecieron abrazados en el suelo hasta que un frío punzante les recordó que el fuego de la chimenea y de la cocina se debilitaba. Se desprendió de él con delicadeza y cogió una brazada de leña fina para avivar las llamas.

Sus movimientos lentos retomaban la agradable y reconfortante rutina que habían instaurado desde que se había mudado a Kristtorn, aquella estancia entre las cuatro paredes de la casa era su hogar. Magnus la llamó y Jana volvió a arrodillarse junto a él al notar la emoción en sus palabras.

—Dime, mi amor.

—Sé que no nos hemos casado.

—¡No tenemos dinero para eso! —rio Jana, para quitarle importancia.

Sabía que era algo que se reprochaba continuamente—. Y sabes que yo soy tu mujer.

—Sí, lo sé. Pero me gustaría que llevaras esto. Perteneció a mi madre, y mi tío no se atrevió a venderlo —dijo, y le mostró un pequeño saquito de cuero, que vertió sobre la palma de su mano. Jana contuvo la respiración al ver la sortija de oro con un brillante engarzado en el centro—. He pasado alguna mala época, pero este anillo y el reloj de bolsillo de mi padre es el único recuerdo personal que conservo de ellos. Nunca he querido venderlos. Ahora, el anillo es tuyo.

—¡No puedo aceptarlo, Magnus! —dijo Jana, alarmada—. ¡Es demasiado valioso!

—Jana, el bien máspreciado que poseo ahora te pertenece a ti —insistió él, ignorando su exclamación encendida—. Tú eres lo más valioso de mi vida y llevas a mi hijo en tu vientre. Es lo correcto, que lo tengas tú.

—De acuerdo —aceptó Jana, que se puso la sortija ante la atenta mirada de Magnus—. No me la quitaré jamás. Será la prueba de nuestro amor y la llevaré siempre conmigo.

Intercambiaron un beso dulce para sellar el pacto, y Magnus luchaba por encajar la felicidad del presente con el vacío enorme que el pasado había dejado en su vida. De niño, había llorado en innumerables noches por la falta de un beso en la frente, de un cuento leído en voz alta, por la añoranza de las risas alegres de sus hermanas y la voz dulce de su madre. Pero aquella noche con Jana fue la primera vez que se permitió llorar la pérdida de su familia con la plena consciencia de un adulto desolado que sabe lo que pudo haber sido y no fue.

El chirrido metálico del gramófono lo rescató de sus pensamientos oscuros.

Jana le daba cuerda con sumo cuidado. Escogió un disco y apoyó la aguja sobre él. Dio un respingo, sorprendido por el sonido átono que precedió a la melodía serena de Chaikovski en su *Romeo y Julieta*.

Extendió la mano hacia él para que se levantase. Hizo que apoyara una mano en su cintura engrosada por el embarazo y rodeó la otra con sus dedos para iniciar un vals.

—Recuérdala. Siempre —dijo Jana, emocionada—. Si no es por las imágenes, hazlo por las letras de los libros que tanto amaba. Por las notas de la música que escuchaba. Por lo que sembró en ti durante los años que estuvo a tu lado.

Magnus cerró los ojos y abrazó a la mujer de su vida con la seguridad de que nunca más estaría solo. Llevaba a su hijo en su vientre. Ahora tenía su propia familia.

# Andar y amar

*Hospital Sant Jakob, mayo 1970*

Los meses hasta el nacimiento de Kurt vivían cada día envueltos en una dicha indescriptible. Con la llegada de la primavera, Jana dejó de trabajar a instancias de Magnus, de Elke, de Lotte y de todo el que la viera trajinando de aquí para allá con su enorme barriga, las mejillas arreboladas por el esfuerzo y su eterna sonrisa. No estaba para andar los seis kilómetros de ida y vuelta en bicicleta hasta el hospital.

El tiempo comenzó a ser cada vez más benigno, y aunque el invierno había sido benévolo y solo castigó al pueblo con tres grandes nevadas, Jana agradecía el calor del sol sobre la cara, usar otro calzado que no fuese las pesadas botas forradas en piel y poder pasear. Ya quedaba muy poco para el nacimiento de su bebé. Fantaseaba con la forma de su carita, lo que sentiría al cogerlo en brazos y al darle el pecho. En su corazón crecía un anhelo indescriptible por ver su rostro por fin, con la impaciencia de que su vientre ya era muy incómodo, le impedía dormir y dificultaba cada movimiento que daba.

Mayo llegó sin que se hubiese operado en ella ningún cambio. Magnus la acompañó al hospital un sábado por la mañana, después de una dura semana en alta mar, para que Elke la examinara una vez más.

—No lo entiendo. Deberías estar ya de parto. Al menos, tener algún cambio en tu interior —dijo la matrona tras palpar su cérvix, medir la altura de su útero y registrar con un cardiotocógrafo el latido sano del bebé y la ausencia de la más mínima contracción—. Quiero verte de nuevo la semana que viene.

Si notas cualquier cambio, si rompes aguas o dejas de sentir al bebé, quiero que me llaméis de inmediato.

Jana soltó un gemido de protesta.

—¿No he dilatado nada? ¿Ni un centímetro? —preguntó desesperada—. ¡Ya no aguanto más! No me cabe ningún zapato, ya no tengo tobillos y ningún vestido me cierra —dijo con impaciencia, señalando el pantalón de hombre que pertenecía a Magnus amarrado sobre su enorme vientre con un cinturón improvisado de tela y la camisa de embarazada que ya casi no contenía sus pechos—. Tienes que ayudarme, Elke. ¿No me lo puedes sacar?

Elke se echó a reír con una carcajada divertida.

—Sabes que no, ¡las cosas llevan su tiempo! —Su expresión cambió a una más juguetona, más traviesa—. Pero Magnus sí puede hacerlo. Vaya que si puede.

—¿Cómo? —dijo él. Jana disimuló una risita al ver la premura con la que se prestaba a ayudar. Suponía que no solo era por ella, sino también porque lo tenía machacado. Cada vez que llegaba a casa, Jana hacía una huelga de brazos caídos y no paraba de mangonearlo para aquí y para allá.

—Con las dos «Aes» —dijo Elke con tono confidente. Esperó unos segundos con los ojos chispeantes, pero Magnus la miró en busca de una aclaración y ella tampoco sabía de qué se trataba. Su jefa hizo un gesto de impaciencia—. ¡Andar y amar!

Jana se ruborizó hasta que le ardieron las orejas, mientras que Magnus miraba de una a otra sin entender de qué demonios hablaban.

—Es cierto. Para que el bebé nazca tengo que caminar mucho. Eso ayuda a que la cabeza se encaje en la pelvis y empuje para salir. Y lo otro... —Magnus la miraba con los ojos muy abiertos, atento a cada palabra de su explicación—. Lo otro, bueno. Es... Es... —¿Qué tontería! ¿Por qué le costaba tanto decirlo? Elke chasqueó la lengua con fastidio y salió en su ayuda.

—¡Amarse! Hacer el amor. El sexo —dijo resuelta, con un gesto que los abarcaba a los dos—. Tú lo pusiste ahí, ahora tú puedes ayudar a sacarlo.

¿Estás dispuesto a colaborar?

En el rostro de Magnus se dibujó una sonrisa amplia y maravillada. Por supuesto que estaba dispuesto. No había nada que le gustase más que hacerle el amor a Jana con devoción.

Pero ella se mostraba algo tímida. Al llegar a la casa, él la llevó al lecho y

la tendió en él. Con besos en el cuello, comenzó a despertar el deseo por sentir su piel desnuda y tironeó de la camisola.

—No tiene que ser ahora —dijo Jana con timidez.

Lo cierto era que las últimas semanas se mostraba más reacia a la intimidad con él. Magnus la respetaba y entendía que el cansancio, la incomodidad y la impaciencia hicieran mella en ella. Pero lo cierto era que llevaba sujetando sus instintos desde hacía días y ahora tenía la excusa perfecta para conseguir su aquiescencia.

—¿Y cuándo, si no? Lo ha dicho Elke, ¡ayudaremos a salir al bebé!

—Podemos dar un paseo hasta el lago —propuso ella, sin demasiado convencimiento.

Magnus clavó los ojos en su mirada celeste y huidiza.

—¿Qué ocurre, Jana? Hace semanas que no quieres hacer el amor. ¿Tan mal te encuentras? —preguntó preocupado. Con dos dedos sobre su barbilla, la instó a mirarlo a los ojos. Con sorpresa, vio que su rostro estaba cubierto de lágrimas.

—¡No es eso! —sollozó—. Quiero decir, ¡me encuentro mal! Casi no puedo moverme, no soy capaz de dormir bien y la acidez me está matando, pero no es eso. —Volvió a apartar la mirada—. Es que..., ¡es que me siento tan gorda y fea! Parezco una ballena, mis piernas están deformes y mi cara parece una hogaza de pan —dijo en una confesión sentida, y se arrojó al pecho de Magnus a llorar.

—Pero ¿qué dices? ¡Estás preciosa!

—¡No es cierto! —dijo Jana en su pecho—. No me miras como antes, no me tocas. ¡Eres tú el que no quiere hacerme el amor! ¡Porque estoy gorda y fea!

Magnus soltó un juramento en noruego, en ruso y en latín. ¡Qué ciego había estado!

—Mi niña, si no te he abordado es porque quería respetar tus deseos.

¿Cómo puedes decir que no quiero hacer el amor contigo? Mira cómo me tienes. —Llevó su mano a la erección férrea que había crecido con los besos y caricias sobre la cama y al ver su cuerpo desnudo otra vez—. Déjame demostrarte lo bella y preciosa que eres.

—Pero...



—No. Te lo demostraré aquí y ahora. Tumbate en la cama y déjame hacer.

Jana se tendió, con el rostro anegado en lágrimas. Aún sostenía la camisola sobre sus pechos y Magnus la retiró con suavidad. La sostuvo por las muñecas cuando ella intentó cubrirse de nuevo con las manos y las llevó por encima de su cabeza. Al estirarse, sus pechos se alzaron aún más. Los pezones, grandes y rosados, se anudaron en un botón dulce perlado de leche.

—¿Cómo puedes decir que estás fea? —dijo con devoción, mientras dibujaba con el índice la montaña de uno de sus senos, grandes y plenos. Al llegar a la cima, lo rodeó con una caricia firme. Jana jadeó.

—Cada mañana le doy gracias a Dios porque te tengo conmigo, ¡y yo jamás había sentido la necesidad de hacer algo así! —La besó en los labios y arrancó de ellos una sonrisa trémula—. Eres la mujer más bella que existe; tu pelo, tus ojos, tu boca —dijo mientras dejaba caer besos en cada uno de ellos, regodeándose en el destino final con la lengua—. Soy el hombre más rico del mundo porque llevas a mi hijo dentro de ti. A nuestro hijo —recalcó, abriendo los ojos para enfatizar sus palabras.

—Magnus... —gimió Jana, que se revolvió del amarre férreo de la mano en torno a sus muñecas.

—Recuerdo la primera vez que vi tus pechos, en un vestido blanco de verano. Creí que no podría apartar la mirada de ellos jamás —dijo, y hundió el rostro entre ellos.

Los dos se echaron a reír como niños, pero cuando Magnus acogió uno de sus pezones en su boca, la risa murió en un gemido desgarrado. Un latigazo de placer recorrió su cuerpo hasta tensar su sexo con fuerza. Abrió las piernas, dando acceso a la mano posada en su rodilla, pero él no la movió de ahí.

—Estoy un poco incómoda —confesó con la voz agarrotada por la excitación—. Déjame ponerme de lado.

Magnus la ayudó a acomodarse y quedaron frente a frente. Sonrió, al ver en espejo su propia felicidad reflejada en el rostro adorado. El espacio que los separaba parecía un abismo y se abrazaron con fuerza. El vientre abultado de Jana quedó atrapado entre sus cuerpos y se echó a reír.

—De acuerdo, no estoy fea. ¡Pero no me negarás que estoy gorda!

Magnus soltó una carcajada también y comenzó a trazar una línea desde su nariz hacia abajo.

—Estás llena de vida, mi amor. ¿No lo ves? —Llegó al valle entre sus pechos y recogió con los dedos los regueros de leche que sus pezones goteaban lentamente. Llevó la humedad hasta la curva de su barriga tensa y redonda, hasta detenerse en la pequeña protuberancia del ombligo—. Con cada sonrisa, cada gesto, cada vez que respiras, me das vida a mí también.

Jana lo escuchaba con los ojos abiertos, inmóvil, hipnotizada por sus palabras y por el tacto de sus caricias sobre la piel.

—Y saber que pasaremos juntos el resto de la vida que me queda... — Detuvo su confesión, pero no el avance de su mano. Jana se estremeció al sentir sus dedos recorrer el vello rubio de su sexo y abrirse paso en su intimidad—. ¡Por Odín! Soy el hombre más afortunado del mundo —repitió, y hundió los dedos en la carne tibia, mullida y cálida de su sexo.

Jana contuvo un jadeo. Hasta ahora, había dejado que Magnus llevara la voz cantante, pero sentirlo en su interior desató un huracán de pasión. Con avidez, lo empujó de la nuca para besarlo. Y ahora fue él quien gruñó. Lo besó con ansiedad, con un hambre voraz, mordiendo sus labios y entrelazando su lengua con la de él. Le atrapó la mano entre sus muslos y profundizó la penetración.

—¡Déjame ponerme encima!

Magnus alzó las cejas, impresionado, y asintió. Se tumbó sobre la cama y la ayudó a ponerse a horcajadas sobre sus caderas. Su virilidad quedó atrapada entre ambos y latió sin control.

—Jana, necesito... Te necesito —balbuceó, fascinado por la visión de sus pechos redondos, su vientre abultado, la melena rubia y salvaje, que le llegaba a la cintura y que ahora enmarcaba su rostro en un halo glorioso, y la expresión transfigurada en éxtasis mientras se movía en una cadencia lenta para obtener su placer y dárselo también a él—. Déjame entrar, ¡te necesito!

—imploró.

Tendió sus manos hacia ella y Jana las tomó. Entrelazaron los dedos y se apoyó en ellas para arrodillarse y enterrar su virilidad enhiesta en su interior.

Magnus cerró los ojos y soltó un gemido de puro delirio. El abrazo de su sexo era distinto, esponjoso, mórbido y a la vez tenso. Los jadeos de Jana aumentaban en intensidad a la par con sus movimientos febriles. No aguantaría mucho más.

Ella alzó los brazos, perdida en el frenesí del placer. El amor que sentía lo golpeó con la furia que dan la lujuria y el deseo, y supo que su vida jamás sería la misma. Que estaba dispuesto a cualquier cosa, a cualquier renuncia, hasta a dar su vida por aquella mujer y por el hijo que llevaba en sus entrañas.

Se incorporó con brusquedad y quedaron frente a frente.

—¡Mírame! —exigió con fervor—. ¡Mírame, Jana!

Ella posó en Magnus sus ojos claros y entornados por el placer y esbozó una sonrisa trémula entre los gemidos.

—Te amo, Jana. Eres mi vida —dijo, como tantas veces, llevándola al clímax de su unión.

Ella distinguió algo distinto esta vez. Una urgencia más profunda, una intensidad más desesperada, el estamento de una verdad inamovible y universal. Se abrazaron tras los últimos estertores, abrumados por la potencia del sentimiento. De un amor que podría con todo, que vencería cualquier dificultad y trascendería al tiempo.

Se cobijó en el pecho de Magnus con una sonrisa. No necesitaba nada más de este mundo: tenía a su lado al hombre de su vida, pronto mecería a su hijo entre los brazos y vivirían un futuro próspero y lleno de dicha para los dos.

## El pequeño Kurt

**E**lke y Lotte la mimaban como si fuera una reina. Por la mañana, después de ayudarla a asearse y darle algunos consejos para que el pequeño Kurt se enganchara bien al pecho, compartieron un tazón de leche en la habitación de la madre recién estrenada.

—¡Has tenido suerte! —dijo Elke al recordar el parto—. Ha ido todo como tenía que ir, no has sufrido desgarro y tu recuperación será muy rápida.

Jana miró a su bebé con adoración. El pequeñajo soltó el pezón, arrugó la carita y comenzó a llorar con fuerza al no encontrar de nuevo el pecho. Daba topetazos como un pequeño ternero, lo que hizo reír a las tres mujeres. Lo alzó sobre su hombro, le palmeó con suavidad la espalda y, tras hacerlo eructar, lo colocó en el otro pecho para que mamase. Parecía que lo hubiese hecho toda la vida.

—Aun así, jamás pensé que podría sentir tanto dolor. ¡Nunca volveré a burlarme de las parturientas que gritan desencajadas! —dijo Jana con una mezcla de solemnidad y divertimento—. Hay que vivirlo. De verdad que hubo un momento que pensé que me partiría por la mitad.

—¿Qué tal estás ahora? —Lotte arreglaba un vasito de cristal con un poco de brezo, y había traído unos bollos de canela.

—Me siento fenomenal —reconoció Jana con un suspiro—. Las últimas semanas han sido un infierno, ¡estaba tan grande y torpe! Ahora me siento ligera y llena de energía.

—Tienes que hacer reposo de todas maneras —dijo Elke, y la señaló con un dedo aleccionador—. Hoy descansarás aquí, y hablaré con Magnus para que podáis marcharos mañana a primera hora. ¿Podrás ir en la lancha?

—No creo que haya problema —dijo Jana riendo—. ¡Me siento capaz de cualquier cosa!

Lo cierto era que una fuerza sobrenatural la embargaba cuando pensó que estaría agotada. Y mirar el rostro sonrosado y regordete de su hijo la llenaba

de una dicha y un orgullo indescriptibles. Solo faltaba una cosa.

—¿Dónde está Magnus?

—Está esperando fuera a que termine la visita.

—¿Podéis hacerlo pasar?

Elke y Lotte parecieron entender el mensaje. Acomodaron sus almohadones, le hicieron unas caricias al recién nacido y se marcharon con la promesa de volver a visitarla más tarde.

Magnus entró algo cohibido, con el gorro de lana entre las manos y la manta que Jana había tejido aquel invierno para su hijo.

—He ido temprano a casa, muy temprano. La chimenea y la estufa están encendidas para que esté caliente, y he llevado algunos víveres —dijo tras besarla en la frente a ella y al bebé—. Está todo listo para que nos marchemos cuando tú puedas.

—Elke dice que mañana podremos irnos. —Unas arrugas de preocupación atravesaron la frente de Magnus, que no dijo nada—. Pero podemos irnos antes, si es necesario.

Los dos sabían que cada día en el hospital ascendería a unas seiscientas coronas, y aunque habían ahorrado cada ore con esfuerzo durante el invierno, era una cantidad muy elevada.

—No. Lo primero sois tú y el bebé. —Se sentó junto a ella en el borde de la cama y los abarcó a ambos con los brazos—. Si Elke dice que mañana es mejor, esperaremos.

El calor de su abrazo disipó cualquier preocupación, cualquier malestar. El aroma del jabón casero, la ropa algo raída, su barba de tres días... Amaba todos y cada uno de los detalles de aquel hombre salvaje y bueno.

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron su éxtasis. Jana se preguntó quién podría ser. Las pocas personas que ella conocía ya los habían visitado, incluso la señora Vinter, que les había regalado unos utilísimos pañales de algodón.

—¡Pase! —dijo Magnus, al ver que la puerta no se abría.

El corazón de Jana se saltó un par de latidos.

—Felicidades, hija mía.

—¡Mamá! —dijo Jana, cuando pudo cerrar la boca después de la sorpresa de ver a su madre allí—. ¿Cómo...?

—Bente Vinter me mandó un telegrama ayer, y he cogido el primer avión que salía de Oslo.

—¿Y papá? —No pudo evitar preguntar, y lo hizo con un hilo de voz.

—Tu padre no sabe que estoy aquí, está en Londres esta semana por un congreso. —Olivia evitó profundizar en los motivos y Jana tampoco preguntó, pese a que su felicidad se empañó un poco con la noticia—. ¿Ese es mi nieto?

—Señora Jensen —saludó Magnus con sequedad. Jana vistió su mirada con una súplica velada. Su madre ni siquiera se había dignado a mirarlo, y percibía el orgullo dolido de su hombre al saberse ninguneado.

Su madre se volvió hacia él como si acabase de notar que estaba ahí.

—Magnus...

El pequeño Kurt escogió ese momento para lanzar un gimoteo que atrajo las miradas de todos a su personita. Jana compuso un gesto de sorpresa cuando rompió en un llanto enfadado.

—Es el pañal, hay que cambiarlo —dijo al percibir un olor sospechoso. Se incorporó en la cama, pero Magnus la sujetó de un hombro.

—Yo me encargo —dijo en voz baja.

Con un cuidado y una pericia que parecían increíbles para aquellas manazas ásperas y rudas, limpió a su hijo con agua y jabón en una pequeña palangana y ató el pañal de tela en torno a su cuerpecito, bajo las indicaciones de Jana. Tardó algo más de lo que lo hubiera hecho ella, pero cuando terminó de ponerle la ropa, lucía una mirada orgullosa que nada tenía que ver con la soberbia ladina de antes. Jana sonrió, alzó el rostro hacia él y se besaron brevemente en los labios.

—Os veis muy felices —dijo de pronto su madre. Jana había olvidado que estaba allí. La miró con curiosidad, exhibía una expresión extraña, como de envidia y a la vez admiración.

—¿Quieres cogerlo?

Y el gesto de Olivia se enterneció. Desapareció cualquier resto de animadversión e inquina. Extendió los brazos y recibió aquel paquetito de felicidad como si de un tesoro se tratase. Lo meció y lo llevó a su pecho, calmando el llanto cada vez más tenue de su nieto hasta que se quedó dormido.

Jana la miró con tristeza, intentando recordar la última vez que habían hablado. Quizá en Navidad, cuando la contactó desde el hospital en una

llamada furtiva porque la echaba de menos tanto que dolía. Pero la frialdad de su respuesta y la petición de volver a casa, en la que leía las palabras de su padre, consiguieron enfadarla. Con él no hablaba desde el día, fatídico y liberador, en que les advirtió que no volvería a Oslo. Todavía le guardaba rencor por las palabras duras e injustas que le había dedicado, pero ella... Lo único que Olivia había hecho era dejarse llevar por la decisión de su marido con la sumisión y complacencia de siempre.

—Magnus, ¿podrías ir a buscar un café para mi madre y para mí, por favor?

Volvió a rogarle con la mirada al ver su ceño fruncido. Solo eran un par de cafés, y necesitaba que él se alejara para que las dos pudieran hablar con mayor libertad.

Un silencio expectante se apoderó de la habitación cuando Magnus se marchó, y ahora Kurt, que dormía con placidez en brazos de su abuela, ya no era una excusa.

Jana cogió el cepillo de mango de plata y comenzó a desenredarse el pelo.

—¿Cómo está papá? —dijo tras unos segundos de mutismo tenso.

—Tu nombre no puede pronunciarse en voz alta en casa, significa demasiado dolor para él —dijo Olivia, que se acomodó en la silla de madera, tiesa e incómoda, junto a su cama—. Si intento sacar el tema, se pone hecho una furia. No hay manera de hacerlo razonar.

—Es una pena —respondió Jana en voz baja.

—Pero sé que, si vuelves a casa, te recibirá con los brazos abiertos. A ti y a tu hijo —dijo Olivia, imprimiendo a su voz un matiz de esperanza—. No es tarde para volver, Jana.

—¿Y a Magnus?

Olivia no contestó y ella prefirió no insistir. Las cosas no habían cambiado en nada.

—He traído algunas cosas para ti y para el niño —dijo al fin. Puso a Kurt en su cuna con cuidado de no despertarlo y levantó del suelo la maleta que traía—. No es mucho, pero espero que te guste.

Jana se incorporó, entusiasmada. La maleta se abrió y tuvo que reprimir una exclamación de deleite.

—¡Es precioso, mamá! —dijo al ver un juego de sábanas bordadas del

más fino percal blanco, junto con una manta de lana a juego. Lazos azules de seda decoraban las esquinas. Jana frotó la lana de angora entre los dedos, extasiada.

—También he traído varias mudas interiores de algodón grueso, aquí hace mucho frío —dijo Olivia, algo preocupada—. Espero que le sirvan, ¡es un bebé muy grandote!

Fue colocando sobre la cama las camisetas y pantaloncitos, las calzas de lana y los jerséis a juego, con sus gorritos y patucos. Jana sonreía con ilusión.

Su bebé llevaría el ajuar de un pequeño rey.

—Y mis amigas te han enviado esto.

Olivia abrió una caja de madera. En un lado, había un sonajero, un peine, un cepillo y un espejo con mangos de plata y un adorno infantil en relieve. En el otro, un platito con cuchara, tenedor y cuchillo a juego.

—¡Es precioso, mamá! Muchísimas gracias.

Se estiró hacia su madre, que la acogió con fuerza entre sus brazos. Tanta que Jana intentó recordar si alguna otra vez en su vida la había abrazado de aquel modo. Las dos se miraron, emocionadas.

—¿Cómo estás, mi niña? ¿Vives bien con ese... pescador? ¿Cuida de ti?

Jana se echó a reír con resignación. Por fin su madre se atrevía a preguntar lo que la atormentaba.

—Mamá. Magnus es maravilloso. Nunca había sentido un amor tan grande por alguien, ni siquiera por Lars, que fue el primero —confesó con sinceridad—. Deberías darte la oportunidad de conocerlo. Es un gran amante de los libros y de la música...

—Pero ¿dónde vais a vivir? Un bebé es muy frágil y delicado, y esa casucha, ¡está tan lejos de todo! —interrumpió con consternación su madre.

Jana se alegró de que Magnus no estuviera allí—. ¿Cómo estáis de dinero?

—Magnus gana lo suficiente en el *Svetlana* faenando en el bacalao. Ahora embarcará en el *Valkyria* para la temporada del arenque. Y Cuando Kurt sea un poco mayor, volveré a trabajar de matrona —dijo Jana, pero se dio cuenta de que su voz no era tan firme como le hubiese gustado—. Nos arreglaremos.

—Quiero hacerte un regalo —dijo Olivia, interrumpiendo su explicación—. Tu cumpleaños ha sido hace poco, y en Navidad tampoco pude darte nada. —Le tendió un sobre de terciopelo, cerrado con una cremallera. Jana se dio



cuenta de que era dinero demasiado tarde, cuando ya estaba entre sus manos —. Acéptalo, por favor.

—¿Papá sabe que me quieres dar esto?

—No, no tiene ni idea. Esto es entre tú y yo. Son solo mil quinientas coronas, hija. —Jana tragó saliva. Era el sueldo de Magnus de tres meses, y quiso devolvérselo a su madre, pero Olivia lo rechazó con un gesto—. ¡Acéptalo, por favor! Si no lo quieres para ti, hazlo por tu hijo.

Jana sostuvo el sobre en la mano. Era muy pesado. Magnus se quedaría con ella para ayudarla con el bebé durante dos semanas, lo que significaba que, durante dos semanas, no cobrarían ni un ore. Por otro lado, la hospitalización costaría al menos unas seiscientas coronas. Se mordió el labio inferior, indecisa. Sabía lo que Magnus diría si se lo consultaba. Su orgullo mal entendido lo empujaría a decir que no y a rechazar cualquier ayuda.

—De acuerdo, lo acepto. Muchas gracias, mamá. —Se abrazaron de nuevo.

Ella, culpable. Su madre se diría que sentía alivio—. Pero no le digas nada a Magnus.

No le gustó el destello triunfal que advirtió en sus ojos, pero ahora no podía echarse atrás.

—Será nuestro pequeño secreto.

No volvieron a ver a Olivia. Cuando Magnus fue a saldar la cuenta en la caja del hospital, ella ya la había pagado. Su reacción airada la reafirmó en la idea de que hacía bien en no decirle nada sobre el dinero oculto a buen recaudo entre sus cosas de higiene íntima, donde Magnus jamás osaría tocar nada.

—¡No era necesario! ¿Qué se ha creído? —dijo, rechinando los dientes—. ¿Acaso cree que no puedo pagar para cuidar de mi mujer y de mi hijo?

—¡Piensa en el dinero que nos ahorramos! —Jana intentó desviar su enfado con una sonrisa, mientras se acomodaba en el cabrestante del carro de madera tirado por el viejo percherón de Fred—. Podrás quedarte en casa con más tranquilidad, y sin preocuparnos del dinero.

—Hay cosas que son mucho más importantes que el dinero —replicó Magnus con amargura—. La dignidad. El orgullo. Y el honor.

La vuelta a casa fue menos festiva de lo que había imaginado debido al

ánimo taciturno y malhumorado de Magnus, pero Jana decidió ignorarlo.

Hacía un día tibio para ser mayo, el sol lucía con fuerza, el verde de los campos despuntaba entre la nieve y la casita, recién pintada de rojo con los marcos de puertas y ventanas ribeteados en blanco, se veía maravillosa.

Magnus abrió la puerta y se hizo a un lado, y Jana esperó unos segundos en el umbral.

—¿Qué ocurre? —preguntó Magnus, preocupado.

—Nada. Ven. —Él se acercó, aún hosco—. Es la primera vez que entramos en casa como una familia. Quiero que lo hagamos juntos.

Dio un beso en el mentón a su hombre y se cobijó bajo su brazo. A Magnus no le quedó más remedio que sonreír y estrecharla contra su costado, mientras que el pequeño Kurt ya se revolvía reclamando el pecho.

—Bienvenidos a casa —dijo Jana, emocionada.

## Verano en Kristtorn

**R**ecordaría aquellas semanas de mayo como las más felices de su vida. Tener en casa a Magnus era una bendición. Nunca estaba quieto. Cortaba leña, cazaba y pescaba, la ayudaba con Kurt... Por eso fue tan difícil cuando, ya llegado junio, se marchó al *Valkyria* a la temporada de arenque.

—¿Tienes que irte? Kurt aún es muy pequeño —dijo Jana mientras él preparaba el petate para marcharse al barco. Se sintió tentada de revelarle el pequeño alijo de dinero que su madre le había dado, pero terminó por no decir nada—. ¿Quién va a ayudarme con la casa, la cocina, la leña?

—Hilde vendrá a echarte una mano, les he hecho unos arreglos en la casa que no han podido pagarme y he llegado a un acuerdo con Fred —dijo Magnus, concentrado en reunir todas sus pertenencias sobre la cama con la mirada velada de tristeza y preocupación—. He dejado la lancha amarrada en el sauce, solo tendrás que empujarla un poco en marea alta por si necesitas ir a la ciudad.

—¿Sabes que me da miedo ir sola en el bote! —estalló Jana, sin poder contener las lágrimas por más tiempo—. Y no pienso meter a Kurt ahí, ¿y si nos hundimos?

Magnus dejó lo que estaba haciendo y la abrazó. Cubrió de besos su rostro y secó las lágrimas con las yemas de sus pulgares.

—¿Tú crees que yo quiero marcharme? ¡Me encantaría seguir aquí contigo y con Kurt! Pero necesito salir a trabajar, por ti, por Kurt, por todos. —Jana paró de insistir y asintió, desolada, pero con la entereza de quien sabe lo que tiene que hacer—. Quiero que, si pasa cualquier cosa, utilices esto.

Jana lo miró, sorprendida por el giro que había tomado la conversación.

Magnus apartó el arcón donde guardaba la ropa y los recuerdos de su familia, y se arrodilló en el suelo. Había una tabla suelta. No se dio cuenta hasta que él palpó con los dedos en una ranura y levantó la tablilla. Sacó una lata de arenques con la tapa asegurada con unas gomas.

—Si me ocurre algo, si ocurre cualquier cosa, quiero que cojas este dinero y te marches a Oslo. —Tragó saliva y la miró con dificultad a los ojos. Jana supo el enorme esfuerzo que le suponía decir aquellas palabras—. Si necesitas algo para el bebé, se pone enfermo o hay una emergencia, aquí hay dinero para tirar un tiempo. Mil coronas.

Jana abrió la lata que él depositó en sus manos. Mil coronas. Menos de lo que su madre le había dado. Era el momento perfecto para revelarle la existencia de ese dinero, pero algo la retuvo de nuevo. No. Mejor no.

—Espero no necesitarlo —dijo en un susurro.

No lo acompañó al puerto. Aquel día, hacía demasiado frío y caía un aguanieve molesto y pertinaz. Por primera vez en casi cuatro semanas, se veía sola. «Sola no. Jamás volveré a estar sola», pensó al ver a Kurt dormido en su cuna. Lo alzó en brazos solo para sentir el calor de su pequeño cuerpecito contra su pecho. Luchó de nuevo contra las lágrimas y decidió combatir el silencio con un poco de música en el gramófono. La voz melancólica de Edith Piaf diluyó un poco la soledad que, pese a mecer a su hijo en brazos, la atenazaba con fiereza. Por primera vez, en mucho tiempo, echó de menos con una nostalgia intensa su antigua vida.

Al pasar los días se dio cuenta de que no era tan malo. Más que nada, porque casi no tenía tiempo para pensarlo; Kurt consumía cada momento libre: los cólicos, los llantos, el pecho, los cambios de pañal. Sus manos lucían enrojecidas y agrietadas de tanto lavar con agua fría y jabón casero.

Necesitaba algo para cuidarlas.

Jamás debió comprarse aquellos caprichos.

Hilde venía a verla y echarle una mano por las tardes, casi siempre acompañada de la pequeña Sigrid. Era un terremoto y gateaba de un lado a otro como una centella. Revolvía todo y había que tener cuidado de que no se acercara demasiado a Kurt, pero era agradable charlar con alguien después de pasar todo el día sola, y celebraban aquel café con azúcar y galletas secas como una pequeña fiesta.

—Mañana iré a la ciudad, tengo que comprar varias cosas —dijo su amiga al enumerar los quehaceres pendientes para el fin de semana—. Me llevaré el carro y a mi hijo el mediano para que me ayude a cargar las cosas. El mayor cuidará de los pequeños. ¿Quieres venir?

El rostro de Jana se iluminó. Podría acercarse al hospital y pesar a Kurt, aunque estaba segura de que engordaba y crecía como era debido. Charlar con Elke y con Lotte, ir a ver a la señora Vinter, comprar algo de carne y patatas y preparar un guiso de bienvenida para Magnus... Solo pensar en todo aquello la llenó de alegría.

—¡Claro que sí!

—Te espero temprano en el puente, a las ocho. ¡No te retrases! —advirtió Hilde—. Tengo un montón de cosas que hacer.

Jana casi no durmió aquella noche, entre los nervios y la ilusión por la salida. Llevaba un mes sin salir de Kristtorn. Por la mañana, se tomó un café con leche bien caliente, se abrigó, porque hacía bastante frío para ser junio, y vistió al pequeño Kurt con sus ropas más gruesas de lana. Al mirarse en el espejito que Magnus había colgado para ella en la estantería, se fijó que la ropa elaborada del bebé contrastaba con la falda marrón de pana y el jersey de un beis sobrio. El azul celeste y los lazos destacaban sobre su ropa oscura, dentro de la mochila de tela vaquera que Hilde le había regalado porque ya no la usaba con Sigrid y no se le pasaba por la cabeza tener otro bebé.

Pese a todo, llegó un poco tarde a su cita. Hilde ya la esperaba sobre el carro, el látigo en la mano, y a un granujilla de unos ocho años jugando en la parte de atrás.

—Vamos, ¡se nos hace tarde! —dijo Hilde, tendiéndole una mano para ayudarla a subir—. Tenemos todavía casi una hora de camino.

Redescubría el paisaje familiar como si jamás lo hubiese visto: el cielo azul que parecía estar más alto que en cualquier otro lugar, el bosque frondoso a cada lado del camino, después los prados de las granjas y la ciudad con sus casitas de madera, bucólicas y ordenadas, con el puerto esperando la llegada de Magnus al día siguiente.

—Dejaré el caballo en el establo de la Policía —dijo Hilde, que la dejó en el cruce de la calle principal—. Quedamos aquí a las cuatro, no quiero que se haga de noche, que mi hijo mayor está con los dos pequeños y no me gusta dejarlos solos tanto tiempo.

—Aquí estaré —dijo Jana, deseosa de recorrer los comercios y visitar a sus amigas.

La primera parada fue en casa de la señora Vinter. Cuando llamó a la

puerta de la pensión, los recuerdos acudieron a ella llenos de momentos agridulces. Parecía haber pasado siglos, en vez de tan solo unos meses.

—¡Pasa, Jana! ¡Qué sorpresa tan maravillosa! —dijo al verla con el bebé en la mochila, ya lloriqueando porque necesitaba mamar.

—¡Hola, Bente! Solo quería pasar a saludarte, no quiero molestar —dijo Jana, sorprendida porque la anciana parecía haberse deteriorado bastante desde la última vez que la vio—. ¿Cómo estás de salud?

La señora Vinter la condujo al interior de la casa, caminando con dificultad.

—¡Ay, he estado mejor! —se quejó, pero con una sonrisa en los labios—. El invierno me pasa factura, y cada vez me cuesta recuperarme más. Ahora estoy mucho mejor. ¡Déjame ver a ese chicarrón!

Jana sacó a su hijo de la mochila y la señora Vinter lo alzó en brazos con cuidado, pero al ver que componía un puchero, enseguida se lo devolvió a Jana.

—¡Siéntate! Te prepararé un vaso de leche caliente y algo de comer.

Jana agradeció el gesto. Solo había tomado un café antes de salir y nunca pensó que la lactancia le diera tantísima hambre. Mientras su hijo mamaba, la señora Vinter la ponía al día de las últimas novedades de la ciudad.

—Las cosas están cambiando con el petróleo, niña. El tendido eléctrico de todo el centro es nuevo, y están asfaltando muchos de los caminos de tierra —dijo con orgullo. Bente amaba su ciudad—. ¿Has visto todas las grúas sobre los tejados de las casas? Están construyendo nuevas viviendas.

—¿Crees que la luz y el asfalto llegarán hasta Kristtorn? —preguntó, esperanzada.

—¡Claro que sí! Antes del próximo verano. También pasará un autobús un par de veces al día —dijo Bente, bien enterada de todo como siempre—. Lo inaugurarán en octubre.

—¿En octubre? ¡Ya podría ser ahora! —dijo Jana, riendo.

—Lo sé. Sé que lo tenéis difícil por allí, pero las cosas van a cambiar, ¡ya lo verás!

Se marchó de la pensión del Brezo casi dos horas después y con una esperanza desconocida adueñándose de su corazón. Las cosas estaban cambiando. Pronto tendrían una manera rápida de llegar a la ciudad desde

Kristtorn, y tarde o temprano la electricidad llegaría también. Aún era temprano para subir hasta el hospital, pretendía hacer la visita a la hora del almuerzo, a la una. Le daría tiempo de dar una vuelta por el centro de la ciudad.

Era cierto, la prosperidad sonreía a Tromsø. Muchas fachadas estaban recién pintadas y reparadas, los jardines estaban mejor cuidados, hasta la gente que paseaba por la calle se veía mejor vestida y caminaba más alegre.

Era increíble lo mucho que la ciudad había mejorado desde agosto, en que por fin se descubrió el petróleo. Se respiraban aires de esperanza e ilusión. Y ella, después del tiempo de recogimiento un poco obligado por el embarazo y el primer mes de Kurt, estaba encantada de dejarse contagiar por ello.

Estudió su propio reflejo en el cristal de un escaparate y su ánimo alegre se difuminó. La larga falda de pana y el jersey no eran viejos, pero sí de escasa calidad. Las botas eran calientes y muy robustas, pero muy toscas. Sonrió al ver en la tienda unas bonitas botas ligeras de medio tacón y entró con su bebé en brazos, decidida a hacerse un regalo por su cumpleaños. Hacía meses que no se compraba nada.

Salió de la tienda con las botas y también con un vestido de lana, ilusionada por vestir algo bonito cuando fuese a buscar a Magnus al día siguiente.

No pudo resistirse a una barra de labios rosa y a un osito de peluche para Kurt. Y debía comprar algo también para Magnus, ¿qué podría necesitar?

Después de recorrer varias tiendas de las calles centrales, le compró una gorra nueva de fieltro con visera, más moderna y de paño más grueso.

Feliz con sus compras, llegó al hospital justo a la hora del almuerzo y cuando Kurt comenzaba a revolverse inquieto en la mochila porque quería mamar de nuevo.

—¡Jana! —dijo Lotte al verla entrar en la sala de descanso de las matronas—. ¡Enséñame a ese principito! ¿Puede haber algo más bonito en este mundo que este pequeñajo?

Su amiga estaba entusiasmada y Kurt sonrió ante las carantoñas y juegos, pero después su rostro se contrajo en un puchero y comenzó a llorar.

—Voy a darle el pecho. ¿Cómo están las cosas por aquí? ¿Y Elke?

Su amiga la puso al día de pequeñas novedades, la sobrecarga de trabajo y algunos cotilleos. Su mentora y jefa había salido a un parto en domicilio, así que fue Lotte quien pesó y midió al pequeño Kurt, que ese día cumplía justo un mes.

Quedaron en verse muy pronto y Lotte prometió visitarla en su casita en Kristtorn.

Llegó justo cuando Hilde terminaba de cargar el carro junto con su hijo.

Jana se avergonzó un poco al poner las bolsas excesivamente lujosas de las *boutiques* junto a los sacos de rafia raída. Cayó en la cuenta de que no había comprado ninguno de los víveres que necesitaba para hacer el guiso y que había gastado más dinero del que había presupuestado en un inicio.

El viaje de vuelta fue largo y pesado. Una de las ruedas del carro se quedó atascada en el barro y tuvo que dejar a Kurt envuelto en su manta de lana al cuidado del hijo de Hilde para ayudarla a empujar. Llenó de barro las botas y el ruedo de la falda, ¡menos mal que no se había puesto las nuevas! Y luego Kurt no paraba de llorar.

—Seguro que está cansado, ha tenido un día muy movido —dijo Hilde, a la que no parecía importarle el llanto irritante y agudo del bebé. Jana creyó que le estallaría la cabeza.

Llegaron tarde, muy tarde. Era ya de noche cuando se despidió de Hilde en el puente. Ella tenía que recorrer unos pocos cientos de metros a pie y se le hicieron eternos. Aferró las bolsas, apretó los dientes e intentó calmar a Kurt canturreando una nana, pero el pobre lloraba y lloraba y Jana comenzaba a desesperar. Cuando llegó a casa soltó un suspiro de alivio exagerado.

—¡Por fin! ¿Qué pasa, pequeñajo? —dijo, poniéndolo sobre la cama. Kurt lloraba con el ceño fruncido y parecía dirigirle una arenga acusadora—. ¿Qué ocurre, mi niño?

Estaba cada vez más preocupada. Se lo puso al pecho, pero no quería mamar. Cayó en la cuenta de que quizá estuviera sucio, y abrió su pañal.

—Vaya, vaya. ¿Cómo puede ser tan hediondo un bebecito tan pequeño?

Kurt no paraba de berrear, porque seguramente también tenía hambre. Puso agua a calentar y preparó el barreño para limpiarlo. Con aquel llanto agudo no podía pensar. Golpeó el suelo con el pie, esperando con impaciencia que el agua se calentara y lo bañó por completo en un intento de relajarlo, pero Kurt



tenía la cara de un rojo encendido y lloraba con tal desolación que Jana se preguntó si no estaría enfermo. Nunca había visto llorar así a un bebé.

Solo cuando se sentó en la mecedora y pudo darle el pecho, el pequeño se calmó, aunque los sollozos lo obligaban a soltar el pezón de vez en cuando y tomar aire. Ya no estaba tan contenta de haber salido de Kristtorn. Kurt era aún muy pequeño, ¿y si había enfermado?

Cuando se durmió, vació las bolsas. Las botas eran bonitas, pero quizá tenían demasiado tacón para ser cómodas. Y comprobó con desilusión que la tela del vestido no podía lavarse más que en tintorería. Tenía que devolverlo, ¿cómo iba a gastar en un lavado en seco cada vez que se ensuciara? Puso el osito a los pies de la cuna de Kurt y colgó la gorra de la silla donde Magnus se sentaba habitualmente. Pero no estaba tan satisfecha con sus compras, y unos remordimientos insidiosos la agujoneaban cada vez que recordaba la cantidad de dinero que había gastado.

Magnus no podía esperar a salir del *Valkyria*. El contraste entre la calidez de su casa, que Jana y su hijo llenaban de voces y risas, y la compañía ruda de sus compañeros de tripulación lo hacían todavía más notorio. Nunca había tenido tal necesidad de volver.

—¿No vienes a celebrar con nosotros el nacimiento de tu hijo? ¡Vamos a beber a su salud y a la de Jana! —dijo Trond, con su eterno cigarrillo entre los labios—. Venga, Magnus, ¡hace casi un mes que no nos vemos!

—Lo siento, capitán —dijo, ignorando las chanzas de sus amigos. Cogió sus cosas y saltó con agilidad desde la cubierta hasta el pantalán—. Pero me esperan en casa mi mujer y mi hijo. ¡Hasta el domingo!

¡Qué bien sonaba! «Mi mujer y mi hijo.» Con una sonrisa en los labios, echó a andar por el muelle y compró bollos de canela. Llevaba también un par de salmones y una lubina para ahumar. No le importó caminar los seis kilómetros que lo separaban de la casa cargando con el macuto y la comida, Jana y Kurt lo esperaban y no veía la hora de llegar.

Al ver la luz tenue de las lámparas de aceite, apretó el paso pese al cansancio y la falta de sueño. Se tomó unos minutos para mirar por la ventana y disfrutar de la visión de Jana con Kurt prendido al pecho.

—¡Papá ha llegado a casa! —tronó al abrir la puerta.

—¡Por fin! —dijo Jana, que se levantó ignorando las protestas de su hijo

al soltarse bruscamente del pezón.

Magnus la abrazó con delicadeza, porque llevaba al bebé en brazos, pero la besó en los labios con pasión. Besó también a su hijo en la frente. No podía estar más feliz.

Jana durmió a Kurt en la cunita mientras él se aseaba en el baño exterior.

La había notado contenta, pero algo esquiva. Se preguntó si había ocurrido algo en su ausencia, todo parecía estar en orden en la casa. Es más, Jana tenía todo impecable, como siempre. Había pan recién hecho que olía a gloria, la mesa estaba puesta y ahora cocinaba el salmón que acababa de filetear.

No fue sino después de la cena, en que Jana se sinceró con él. Después de contarse sus aventuras durante la semana, Jana llegó a lo ocurrido el día anterior.

—Tengo que decirte algo, espero que no te enfades.

Magnus la contempló con desconcierto.

—¿Por qué tendría que enfadarme?

—He gastado algo de dinero, ¡no mucho! —se apresuró a aclarar—. Me he comprado unas botas y también he cogido algo para ti y para Kurt.

—¿Son esas botas nuevas? Son muy bonitas. ¡No pasa nada, Jana! —dijo con alivio al ver el calzado nuevo de su mujer—. Necesitabas algo más ligero que las botas de invierno y estas te vendrán bien. ¿Has cogido dinero del alijo? Es solo por llevar las cuentas —aclaró, sin ánimo de presionarla. Pero Jana desvió la mirada, reacia a contestar.

—No. No en realidad. Verás... —Jana sopesó si, por primera vez en su relación, arrojaría a la cara de Magnus una mentira tan flagrante. Decidió que no. No quería mentir—. Mi madre me regaló algo de dinero por mi cumpleaños y por el nacimiento de Kurt.

El rostro de Magnus se endureció.

—¿Has recibido dinero de tu madre? ¿Cuándo?

Jana cerró los ojos durante un segundo. Lo había hecho todo mal.

—Cuando vino a vernos al hospital.

—¿Cuánto dinero?

—Da lo mismo, mi amor. ¿Qué importancia tiene?

—La tiene para mí. ¿Cuánto dinero?

—Mil quinientas coronas.

Los ojos de Magnus se abrieron en asombro y después volvieron a cubrirse con aquel velo de rabia e ira.

—¿Acaso no recuerdas cómo tu padre te repudió? ¿Cómo te abandonó a tu suerte, embarazada y sin garantía alguna, cuando le hablaste de nosotros? —

Magnus intentaba controlarse, podía verlo en la tensión de sus hombros, en el temblor de su mandíbula—. ¿Por qué aceptas su ayuda? No la necesitamos —

terminó con desprecio en su voz.

—Yo no sabía que guardabas dinero en un alijo —se justificó Jana, rebelándose ante la injusticia de sus palabras—. Y, además, jamás lo usaría para comprar caprichos.

—¿Caprichos? —repitió Magnus, aún más enfadado que antes—. ¿Qué has comprado, Jana?

—He comprado un vestido de lana, una crema para las manos, un pintalabios, un osito de peluche para Kurt —dijo Jana de carrerilla, sin coger aire, para soltarlo lo más rápido posible—. Y una gorra para ti.

—No necesito ninguna gorra, la que tengo está en perfectas condiciones — replicó Magnus, enfadado. Jana se percató con desmayo que había dejado el precio puesto sin darse cuenta y Magnus soltó una imprecación—. Mañana mismo iré a devolverla. ¡Con este dinero podemos comprar un kilo de carne!

—Pero es un regalo, es para ti —balbuceó Jana, culpable y a la vez triste por su reacción—. ¡Sí que te hace falta! La vieja está raída y descolorida.

—Puedes quedarte con tus cosas y con las del niño, pero yo no necesito nada que provenga de tus padres. ¡Así que no la quiero! —alzó la voz con obstinación—. La devolveré.

Jana lo observó en silencio y con los ojos llenos de lágrimas. De pronto, echaba de menos con una nostalgia infinita su antigua vida, el amor fácil de sus padres y no pensar en el dinero. Porque ahí no residía el problema. No tenía nada que ver con las doscientas coronas que se había gastado, era porque aquello ofendía su dignidad y su honor. El dinero de sus padres, aunque fuese un regalo, no era capaz de aceptarlo.

Hasta ese nivel llegaba su orgullo y soberbia.

# Vuelta al trabajo

*Kristtorn, julio de 1970*

No volvieron a discutir por dinero.

Magnus ya sabía que contaban con otro pequeño ahorro, y aunque no le gustaba de dónde procedía, podría ser de ayuda. Además, la llegada del buen tiempo facilitaba las cosas. El verano traía abundancia de caza, pesca y frutos salvajes y su dieta se diversificó. Jana lucía unas mejillas sonrojadas y saludables, y recuperaba la esbeltez de antes del embarazo.

Sonrió al verla encaramada sobre una pequeña escalera, pintando de blanco el marco de la puerta de entrada. La pintura reciente destacaba sobre el rojo que habían aplicado en un duro trabajo el fin de semana anterior. Kurt dormía plácidamente en su cuna, que Jana había sacado al exterior.

—¡Jana, mira lo que tenemos para mañana! —dijo entusiasmado. Ella se volvió y bajó de un salto de la escalera—. Dos liebres. Lozanas y gordas.

—Tenemos patatas y cebollas, ¡será un verdadero festín! —dijo ella, besándolo en la boca con cuidado de no tocarlo con las manos llenas de pintura—. ¿Puedes desollarlas tú? Me falta terminar de pintar este marco, todos los demás ya están. Quizá puedas cambiar una de ellas por un saco de harina, me acercaré a casa de Hilde esta tarde.

Trueques como aquel eran comunes entre los vecinos. Entre ella e Hilde habían organizado un beneficioso sistema, que consistía no solo en intercambiar víveres y otros productos, sino también cierta reserva de favores: cuidar niños, arreglar averías en la casa o incluso hacerse compañía cuando sus maridos estaban en el mar.

—Yo me encargo —dijo Magnus, que sabía que Jana aborrecía preparar los animales que cazaba.

Se acercó hasta la orilla y sacó su cuchillo. Hizo un corte horizontal en el

abdomen y la destripó con habilidad. Guardó las vísceras, eran un magnífico cebo para pescar buenas piezas de salmón, lubina y, si tenía suerte, un buen bacalao.

Sonrió al recordar la primera vez que intentó desplumar unas perdices nivales. El olor de las plumas hervidas le generaba náuseas y la visión de la sangre casi la hizo desmayar. Pero nunca se quejaba, llevaba las cuentas con un esmero que había permitido hacer varios arreglos en la casa, y jamás hablaba de su vida anterior en Oslo. Había sido muy valiente. A veces temía que solo fuese cuestión de tiempo que Jana se desmoronase, pero ella seguía firme en trabajar su felicidad y en la búsqueda de un futuro mejor para los tres.

Cortó las patas y la cabeza, que desecharían, y con un par de tirones, retiró la piel. Hizo lo mismo con la otra liebre y las colgó de un árbol para que escurriera la sangre.

—Están listas, ¿tú necesitas algo? —preguntó al ver que Jana se estiraba para pintar la última tabla del marco de la cocina.

Ella bajó con agilidad de la escalera y sonrió.

—No. Estoy lista. ¿Sacamos la mesa bajo el sauce y comemos fuera?

Entre los dos sacaron los muebles al exterior. Jana había preparado pastel de salmón y había pan recién hecho del día anterior. Todos los viernes, Jana horneaba en el horno de Hilde las hogazas que necesitaría para toda la semana. Antes lo hacía el lunes, pero sabiendo lo mucho que le gustaba a Magnus el pan recién hecho, lo hacía en viernes para que estuviera tierno cuando él llegase del barco.

—Este pan de nueces y arándanos está delicioso —dijo Magnus con la boca llena—. Y con mantequilla, es maravilloso. Podría vivir solamente con agua y este pan.

Jana se echó a reír por el elogio. Recogió su melena rubia con un pañuelo y sonrió con cierta tristeza.

—Cuando empiece a trabajar, no sé si tendré tiempo de hacerlo. Quizá tenga que hornearlo el jueves por la tarde, y no estará igual. —Su rostro se vistió de preocupación y sus ojos verdes se velaron—. Mi horario empieza a las nueve de la mañana y termina a las cinco de la tarde. No sé cómo voy a sobrevivir sin Kurt.

—¿Cuándo comienzas exactamente el trabajo? —preguntó Magnus,

desconcertado—. No pensé que las doce semanas de permiso pasaran tan pronto.

—Tendría que volver a finales de este mes, pero Elke me ha dicho que me incorpore cuando Kurt cumpla tres meses. —Miró con ternura a su hijo, que ya comenzaba a moverse inquieto en la cuna—. Son los más importantes de la lactancia para el bebé.

—¿Has pensado ya cómo vas a hacer para darle el pecho?

—No puedo ir y volver hasta Kristtorn para la hora de la comida, es demasiado lejos —dijo Jana, preocupada. Kurt jugaba en la cuna, agarrándose los pies y emitiendo gorgoritos—. Hilde se ha ofrecido a cuidarlo, y estoy muy agradecida, pero ella tiene cuatro niños pequeños en casa y están..., están demasiado...

—¿Salvajes? —aventuró Magnus.

—Descuidados —confesó Jana, en un hilo de voz. Echó un vistazo a la casita roja, tan similar a la de ellos, unos pocos de cientos de metros más lejos en el prado colindante, como si la mujer pudiera escucharla—. Adoro a Hilde, pero está totalmente sobrepasada. Como es verano, deja a Sigrid desnuda de cintura para abajo para no tener que lavar pañales. —Rio al ver la cara contraída de asco de Magnus—. Sí, te lo puedes imaginar. La pequeña hace sus necesidades en cualquier parte.

—No parece que sea un ambiente adecuado para nuestro hijo —dijo él, preocupado—. Pensaba que era la solución ideal.

—No es su culpa, el chico mayor la ayuda un poco, pero los dos de en medio son unos auténticos diablillos —la excusó Jana, culpable por revelarles a Magnus la realidad de sus vecinos—. Y Sigrid está aprendiendo a caminar y da muchísimo trabajo.

Los dos comieron en silencio, sumidos en sus pensamientos. Aún tenían algunas semanas para resolver el problema que se les presentaba.

—¿Y si dejaras de trabajar? Así no tendríamos que dejar a Kurt con nadie. Jana soltó los cubiertos sobre el plato y se limpió la boca con la servilleta. Mantuvo la mirada baja mientras ponía en orden sus pensamientos.

—Magnus, adoro a nuestro hijo y la vida que tenemos en Kristtorn, pero necesito volver a trabajar —dijo clavando sus ojos celestes en los suyos con determinación—. He estudiado durante cinco años para ser matrona y me ha

costado mucho trabajo que mis padres me apoyasen. Trabajar con Elke en la maternidad del Sant Jakob es un privilegio y no voy a renunciar a esa faceta de mi vida. Además, ¡necesitamos el dinero!

Él asintió con gravedad. Las cosas con la pesca no iban bien.

—Jamás se me ocurriría pedirte que renunciaras a ello, solo lo veía como una alternativa, pero entiendo lo que quieres decir —dijo él, cogiéndola de la mano por encima de la mesa. Apretó sus dedos con firmeza para transmitirle su respaldo—. Buscaremos una solución. Ya lo verás.

Después de comer, dieron un paseo hasta Tromsø. La señora Vinter tenía varios desarreglos en su casa y le había pedido que se pasase por allí. Jana estaba entusiasmada con volver a visitarla, aunque recordó con dolor la áspera discusión con Magnus sobre el dinero de su madre.

—¡Dichosos los ojos, mi niña! Enséñame a ese pequeño príncipe. —Lo cogió en brazos y soltó una carcajada de pura dicha—. Es la viva imagen de su padre, tiene sus ojos celestes, como el cielo de Kristtorn. Y el mismo hoyuelo en el mentón.

—Sí que lo es, nadie puede negar que es hijo de Magnus —dijo Jana con una sonrisa, mirando con devoción a su hombre—. Es igual a él. ¡Y también igual de tragón y dormilón!

—Mi vikingo solitario... —dijo la anciana con una sonrisa nostálgica, mientras palmeaba el hombro recio de Magnus—. Aún recuerdo cuando llegaste a la ciudad, con dieciséis añitos, una carretilla con unas pocas pertenencias y las llaves de una de las casitas de la isla.

—Sigo siendo el de siempre, señora Vinter. ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

La anciana los hizo pasar, insistiendo en limpiar bien sus zapatos en el felpudo. Jana y Magnus hicieron lo mismo, venían desde Kristtorn por el camino de tierra y no querían hacer trabajar a la anciana.

—Lo de siempre. ¡La caldera de las habitaciones de arriba no funciona bien! Y el desagüe del fregadero de la cocina siempre me da problemas.

Mientras Bente le explicaba a Magnus las averías de la vieja casa, ella paseó la mirada por la cocina familiar y el precioso jardincito de flores. Al lado de su pequeña cabaña en la isla, aquello le parecía un palacio. Recordó con una punzada de nostalgia la balaustrada de piedra de la entrada de la casa

de sus padres en Oslo, la amplitud de su habitación, más grande que toda la estancia de su casa en Kristtorn, y los cuadros y esculturas que la decoraban.

¿Volvería alguna vez? Salió al jardín y le mostró a Kurt las flores de colores.

Se sentó en el banco de madera a la sombra para darle el pecho, mientras se apoderaba de ella cierta aflicción.

—Jana, ¿puedes venir un momento? —llamó Magnus desde el interior de la casa. Ella levantó la mirada con curiosidad al percibir la alegría en su tono de voz—. Creo que he encontrado la solución a nuestro problema.

Se cerró la camisola, ignorando las protestas del pequeño por interrumpir su alimentación, y se acercó hasta donde ellos estaban.

—Le he preguntado a la señora Vinter si ella podría cuidar de Kurt mientras tú estás trabajando, ¡y me ha dicho que sí! —dijo Magnus, satisfecho. Bente sonreía a su lado, asintiendo con felicidad—. ¿Qué te parece?

Se quedó sin palabras. Jamás habría pensado que su problema se solucionaría de una manera tan conveniente. No solo estaría al cuidado de una mujer maravillosa, sino que la señora Vinter estaba entusiasmada por la idea de cuidar al bebé.

—Me alegrará las horas de soledad durante el día. Ahora solo tengo un par de inquilinas que trabajan en el puerto —informó con cierta pena—. Salen muy temprano y no vuelven hasta el anochecer, cuando yo ya estoy en cama.

El pequeño me hará compañía y yo cuidaré de él. ¡Y me vendrá bien el dinero!

Jana alzó el rostro y miró a Magnus, preocupada. Por supuesto que tendrían que pagarle algo, ¡qué tonta! Por un momento había pensado que lo haría sin más.

—Claro que sí, señora Vinter. No es mucho, pero le pagaremos doscientas coronas al mes.

—Es perfecto, ¡ya me pagas de sobra con los arreglos que llevas haciendo durante años en esta casa! —dijo riendo, y reclamó en sus brazos al bebé.

Jana exhaló el aire que llevaba reteniendo en el pecho al escuchar la cifra, tendrían que ajustarse, pero con la entrada de su sueldo podrían asumirlo y su hijo estaría bien cuidado.

Hicieron el camino de vuelta con una nueva sensación de esperanza. Poco



a poco, gracias a su propio esfuerzo y, a veces, a algunas ayudas inesperadas, lograban salir adelante de las dificultades que encontraban a su paso.

Y llegó el día de la reincorporación de Jana al trabajo.

Era un miércoles, y había tenido dos días para prepararlo todo después de que se marchara Magnus. Esta vez, no fue a despedirlo al puerto como cada domingo.

—Me siento rara despidiéndome aquí —dijo, reacia a soltarlo de sus brazos frente a la cancela desvencijada que conducía al puente de madera—. Llevo todo el verano acompañándote.

—Lo sé, pero te vas a hartar de recorrer el camino de aquí hasta Tromsø.

¿Estás segura de lo que quieres hacer? —dijo Magnus, aprensivo. Unas líneas profundas surcaban su frente—. Si te resulta muy duro, podemos buscar otra alternativa.

—No dudes ahora, Magnus. No lo hagas, por favor —rogó Jana, angustiada por el súbito cambio en su discurso—. Necesito que me digas que todo saldrá bien, que será fácil, que no pasará nada. En septiembre comenzará a pasar el autobús y todo será más fácil.

—Tienes razón, mi amor. Todo saldrá bien. No te preocupes por nada. —

Encerró su rostro entre las manos encallecidas por el trabajo duro—. La señora Vinter te estará esperando en el Sant Jakob y ella se ocupará de todo.

Unas lágrimas furtivas se escaparon sin permiso de sus ojos y mojaron sus labios. Magnus la besó infinitas veces para secarlas.

—No llores, Jana. El viernes llegará pronto y, como siempre, estaremos juntos de nuevo. —Se abrazaron con fuerza, pero Magnus tenía que irse y lo dejó marchar—. Ya lo verás.

Así que el martes por la noche, después de preparar una pequeña maleta con las cosas de Kurt y dejar su ropa lista, se tomó un vaso de leche y se acostó temprano para poder madrugar.

A las seis de la mañana, el despertador sonó, implacable. Kurt dormía, porque no era su hora habitual para levantarse, pero al sentir el pezón en los labios, comenzó a mamar medio dormido. Cambio su pañal, preguntándose si con seis mudas sería suficiente, y al último momento, añadió seis más.

Se vistió con rapidez y apuró el café y las gachas de avena, necesitaba un desayuno fuerte para enfrentar los seis kilómetros de bicicleta hasta el Sant

Jakob. Afortunadamente, el hospital estaba a las afueras de la ciudad, justo donde empezaba el camino del norte que llevaba a Kristtorn. La señora Vinter era un ángel por acercarse hasta allí. Magnus había construido una ingeniosa cunita forrada con una manta de lana, que se acoplaba entre la barra de la bicicleta y el manillar. Al principio, Kurt lloraba enfadado al ver sus movimientos limitados por el arnés, pero en cuanto Jana empujó la bicicleta por el caminito hacia la cancela, el vaivén de la bicicleta lo calmó.

A las siete y media de la mañana atravesaba el puente que unía la isla con tierra firme, se subió al sillín y comenzó a pedalear con determinación.

Pronto brotó a sudar y quiso quitarse la chaqueta, pero para ello tendría que pararse y tal vez despertar a Kurt, así que desistió. Mientras pedaleaba, se concentró en los pasos que seguir para llevar a cabo un parto. Repitió en su mente los siete movimientos cardinales, visualizando la salida de un bebé: encajamiento, descenso, flexión, rotación interna, extensión, rotación externa y expulsión. Sus manos casi querían describir en el aire lo que tenía que hacer. Sentía en sus dedos la necesidad de realizar aquel trabajo.

Repasar sus conocimientos, que en un principio creía oxidados, amenizó el camino y llegó a las ocho y media a la enorme puerta de hierro forjada que anunciaba la entrada del hospital. Descubrió que la señora Vinter ya estaba allí, y empujaba un precioso cochecito antiguo de enormes ruedas blancas y radios de acero, con una capota de azul marino algo envejecido, pero muy elegante.

—Dios te bendiga, niña. ¡Qué bien que has llegado! —dijo la anciana, que los estrechó a ambos entre sus brazos enjutos—. ¡Vamos a sentarnos un poco, que estoy agotada con la subida!

Jana apoyó la bicicleta en la parada del autobús y dejó a Kurt con alivio en el interior del cochecito. Se quitó la chaqueta por fin, sudorosa y con la respiración entrecortada por el ejercicio.

—Bente, es demasiado esfuerzo para ti —dijo atribulada al ver que la anciana también respiraba agitadamente—. Tienes que esperar en tu casa, llevaré a Kurt allí y luego cogeré el autobús.

—¡Tonterías! —dijo la anciana con un gesto de la mano—. Esto le vendrá muy bien a mi salud, la pereza siempre me gana y casi nunca salgo a caminar.

¡Cuando se lo cuente a mi médico, saltará de la alegría! Y mira lo que he

encontrado en el desván, he rescatado varias cosas del ajuar de Adriana, la cuna, una sillita para darle de comer cuando sea algo más grande y este viejo carricoche.

—¡Es maravilloso! Así no tendrás que llevarlo en brazos. —Colocó la maleta en la rejilla bajo el capazo—. Aquí está todo lo que necesitas: pañales, mudas de ropa, una botella de leche que he ordeñado de madrugada y su osito preferido.

Kurt se despertó reclamando su toma de leche y Jana se tapó con una de las gasas para darle de mamar. La anciana los miró amorosamente, mientras quedaban en que Jana bajaría a mediodía a comer algo y darle el pecho de nuevo.

—Te estaré esperando. ¡Vamos, vamos! —la apresuró al ver que las nueve de la mañana se acercaban y todo el personal comenzaba a llegar al hospital—. Se te hace tarde. ¡Dale un beso a tu niño y márchate!

Un dolor ardiente se apoderó de ella cuando le dio un beso a su bebé y lo dejó, plácidamente dormido y satisfecho, sobre el colchón mullido del cochecito. La señora Vinter, con tino, la despidió con un abrazo corto y se lo llevó calle abajo con rapidez. Reprimió el deseo visceral de correr tras ella y arrebatarse a su hijo, pero en vez de eso, se marchó a paso rápido hacia la maternidad. Su taquilla seguía en el mismo sitio, sus zuecos le quedaban un poco más estrechos. Rehízo su moño, fijándolo bien con laca frente al espejito tras la puerta metálica, y se colocó la cofia con dificultad. El delantal aún conservaba el aroma a jabón. Se ponía los protectores de tela para los brazos cuando Lotte entró como una exhalación.

—¡Por los pelos! Casi no me dejan pasar la tarjeta —se lamentó en voz alta tras darse un enorme abrazo. Abrió su taquilla y comenzó a cambiarse a toda velocidad—. ¡Te hemos echado de menos por aquí! Ya era hora de que volviesses, así Elke podrá explotarte a ti también.

Jana se echó a reír, su amiga seguía siendo la de siempre después de todo aquel tiempo.

—Yo también te he echado de menos. A todo esto —dijo con un ademán que pretendía abarcar todo el hospital—. La maternidad es maravillosa, pero necesitaba volver.

Su amiga miró al cielo como si pensara que estaba loca.

—¡Tú no sabes lo que dices! —exclamó con horror fingido—. Vamos a ver la faena que nos toca hoy en la pizarra. Sé que Elke nos ha puesto juntas para que se te haga más liviana la vuelta.

Jana sonrió con alegría al ver que empezaba en partos. Su tarea favorita: ayudar a otras mujeres a empezar el camino de su maternidad. Ahora podría aportar el valor de su propia experiencia.

Parecía como si jamás hubiese dejado el hospital. Aquella mañana tuvieron que atender solamente dos partos, pero uno de ellos fue de nalgas y el ginecólogo estaba en el quirófano atendiendo una emergencia, y Lotte y ella tuvieron que hacerse cargo.

—No te preocupes, la matrona Jensen tiene unas manos de oro y ayudará a tu bebé a salir sin problemas —dijo su compañera con una voz suave y calmada, que no solo ayudó a la madre, sino también a ella.

Intercambiaron una mirada fugaz en la que leyó en los ojos de Lotte que ella tampoco sentía aquella seguridad.

—Ha roto aguas, voy a palpar —dijo Jana, aterrorizada por la idea de encontrar el cordón umbilical en vez del trasero del bebé. Si eso ocurría, tendrían que sacar al ginecólogo de lo que fuese que estuviera haciendo y que practicara la cesárea. Introdujo los dedos por el canal del parto, mientras aferraba mentalmente la cruz que colgaba de su cuello. Y sonrió—. Viene de nalgas completas, ¡no hay cordón!

Ambas sonrieron aliviadas, pero no había tiempo que perder. La madre sentía la primitiva necesidad de pujar, y Lotte le iba dando las indicaciones, sosteniéndola de los hombros, mientras ella dirigía la salida de las caderas del bebé.

—Ahora no empujes, ¡tienes que contenerte! Es muy importante —dijo Jana con severidad. La madre era muy joven y tenía miedo, tendía a dejarse llevar sin escucharlas, y gritaba lloriqueando—. Tengo que sacar las piernas de tu bebé y tengo poco tiempo.

Con sumo cuidado, mientras Lotte la confortaba con palabras de ánimo, tiró de uno de los pequeños muslos hasta que el pie salió. Lo dejó colgando, inerte, mientras el otro pie seguía en el canal.

—¿Qué frecuencia tiene? —preguntó con voz tensa, intentando no dejar traslucir su miedo. Lotte se inclinó sobre el Pinard con rostro preocupado,

también había visto que el bebé estaba por completo hipotónico—. ¡Vamos, el otro pie ya está fuera, también!

—La frecuencia es buena, ¡la frecuencia es buena! ¡Empuja con todas tus fuerzas! ¿Habéis llamado al pediatra? ¡El bebé va a nacer!

Con la siguiente contracción, el bebé quedó colgando de las axilas y Jana lo envolvió con cuidado en una toalla caliente que la auxiliar tenía preparada. Si se enfriaba, lo pondría en peligro. Además, ahora podía sostenerlo con mayor firmeza y tirar con delicadeza de él.

—¡Ahora, espera! —volvió a ordenar. No hizo falta repetirlo, la madre jadeaba con los ojos abiertos y desorbitados, pero había dejado de gritar y protestar, contagiada de la tensión y la severidad que las dos matronas exhibían—. Tengo que sacar sus brazos. Así. Y así —dijo, al tiempo que extraía las dos extremidades y el bebé quedaba colgando de la cabeza.

—Pero ¡se va a ahogar! —exclamó la madre al inclinarse hacia delante y ver a su hijo—. ¡Se va a ahogar!

—No se va a ahogar, ¡no digas eso! Dejaremos que salga solo, sin intervenir, con su propio peso.

O esa era la idea, pero al palpar el cordón umbilical y percibir que el latido se hacía más y más lento, comenzó a mover el cuerpecito del bebé arriba y abajo para desencajar la cabeza. Soltó una imprecación cuando el pequeño, ya amoratado y con síntomas de asfixia, expulsó el meconio y le cubrió las manos enguantadas de verde.

—¡Listo! ¡Cordón cortado! —dijo Lotte, atenta a cuando la cabeza terminara por salir—. Llévatelo.

Jana corrió con el bebé a la mesa preparada para que el pediatra lo revisara.

Lo secaron y estimularon rápidamente, y durante unos agónicos segundos, la niña no lloró. Entonces el pediatra, sin demasiadas contemplaciones, la levantó de los pies y le propinó un par de palmadas con los dedos en las nalgas. Y la recién nacida rompió en un agudo llanto lleno de indignación. El color violáceo dio paso a un rojo encendido en la piel, y sus gritos furiosos se mezclaron con la risa llena de dicha de su madre, que la escuchaba desde la camilla obstétrica.

—Todo está bien con tu bebé —dijo el pediatra, llevándole a su hija y

atravesándola sobre su pecho desnudo para favorecer el contacto piel con piel —. Acércala a tu pecho, ella sabrá qué hacer.

Así era el instinto. Tan profundo y arraigado que, con unos pocos minutos de nacida, la pequeña niña reptó por el pecho de su madre hasta prenderse del pezón. Un orgullo y una ternura abrumadora embargaron a Jana, que se permitió sonreír al ver a la recién nacida en brazos de su madre.

—Lo hemos conseguido —murmuró Lotte, que zarandeo su brazo con fuerza—. ¿Vamos a comer algo?

Jana negó con la cabeza. Tenía mucha hambre después de la intensa mañana de trabajo y la tensión insoportable que atenazaba sus pechos llenos de leche se recrudeció con el momento emotivo que acababa de presenciar.

—No puedo, tengo que ir a darle el pecho a Kurt a casa de la señora Vinter.

¿Me cubres si no llego a tiempo? —preguntó, algo culpable por sobrecargar a su amiga nada más llegar—. Tengo una hora y media para hacerlo todo, no sé si seré capaz.

Lotte la abrazó por los hombros y asintió con expresión preocupada.

—Jana, ¿no has pensado en darle leche de fórmula? La lactancia agota muchísimo, y ahora estás trabajando —sugirió su amiga—. Crecerá igual de bien y de feliz, ¡y tú no dependerás tanto de él!

—Lo pensaré —dijo Jana sonriente.

Se lanzó calle abajo con la bicicleta hacia la zona residencial donde vivía la señora Vinter. La necesidad de amamantar a su hijo se convertía en desesperación a medida que se acercaba al caserón. Golpeó la puerta con insistencia y casi arrolló a Bente cuando abrió, y Jana se disculpó, contrita.

—¡Perdona, Bente! —dijo arrebolada por la caminata y jadeante aún por el esfuerzo—. Pero necesito a mi bebé.

Escuchar el llanto a lo lejos hizo que sus pechos comenzaran a gotear y su camisa se fue empapando con dos cercos de leche.

—Tienes que ponerte un poco de gasa, ¡a mí también me pasaba! —dijo la señora Vinter al ver lo que le ocurría—. Dame la camisa, yo te la lavaré.

Jana sonrió agradecida y se despojó de la prenda. Tan solo ataviada con la combinación amamantó a su hijo, que parecía más bien enfadado por su tardanza. Tras media hora de alimentarlo, con los ojos fijos en la mirada azul

agua, en los que se leía amor y adoración, Kurt soltó su pecho con un suspiro y se quedó profundamente dormido, mientras la leche escapaba de la comisura de sus labios.

—Come algo, Jana —la interrumpió la señora Vinter. Ella no era capaz de separarse de la cuna de madera antigua, blanca y de barrotes torneados, donde lo había acostado a dormir—. Vamos. Es el momento perfecto.

—He traído un bocadillo de arenques, lo tengo en mi bolso —dijo Jana, que no quería abusar de su hospitalidad.

—¡Tonterías! Tengo pastel de carne de reno y patatas. Así me acompañas a comer y yo te cuento qué tal se ha portado tu pequeño.

No había nada mejor para una madre joven que escuchar las hazañas de su bebé. Lo bien que se había tomado la leche en el biberón. Lo mucho que había manchado el pañal. El vigor y fuerza de su llanto cuando se enfadaba y lo profundamente que dormía.

—¡Ya coge el sonajero y lo pasa de una manita a otra! ¡Es un campeón! —relataba la señora Vinter como una abuela orgullosa—. Es tan guapo como su padre y tan inteligente como su madre.

Jana se echó a reír ante su exageración, pero lo cierto era que la anciana parecía haber rejuvenecido con la nueva tarea, pese a que se veía algo demacrada. Con tristeza, recordó a su madre. Recibía noticias muy esporádicas en forma de cartas, telegramas o giros postales. Seguía ocultando a Magnus aquellas pequeñas cantidades de dinero que, sin embargo, significaban una mejoría ostensible en la variedad de su alimentación. Le hubiera gustado tenerla cerca. Y a su padre también. Pero él todavía no se había dignado a conocer a Kurt.

—Debo irme —musitó Jana tras compartir un café aguado—. Tengo que regresar al hospital.

Por la tarde, el trabajo arreció. Tenían controles de embarazos y pese a ser dos para revisar a las gestantes, entre pesarlas, medir sus úteros, escuchar los latidos y tomar su tensión arterial, llegaron las cinco de la tarde y cayó desplomada sobre la silla de madera de la consulta.

—¡Vamos, tu bebé te espera! —dijo Lotte para animarla—. ¡Ya no te queda nada para llegar a casa!

Sintió ganas de llorar. Estaba agotada y aún tenía que bajar en bicicleta

hasta la casa. Cuando vio a la señora Vinter con el cochecito junto al mismo banco en el que la esperaba por la mañana, no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas, ¡estaba tan cansada!

—Mil gracias, Bente. ¡No sabes lo que esto significa para mí! —dijo con fervor, sacando a Kurt y poniéndoselo al pecho de nuevo—. ¡Me ha ahorrado un tiempo precioso!

—Creo que es mejor que lo hagamos así. De este modo, yo hago más ejercicio y el bebé se beneficia del paseo —dijo la anciana con una sonrisa.

Jana intentó erguirse y mostrar buena cara, aunque las ojeras no podía esconderlas—. Y las cosas son un poco más fáciles para ti.

Tuvo que cambiar el pañal de Kurt encima del banco de madera, pero al pequeño no parecía importarle. Hacía unos veinte grados y soplaba una brisa cálida. Mientras durase el sol, todo iría bien.

Acomodó a Kurt en la cunita asegurada en la bicicleta y se despidió con cariño de la señora Vinter.

—¡Hasta mañana a las ocho y media! —dijo con entusiasmo. Pero Jana no dejó de leer la piedad y conmiseración que sus ojos vertían sobre ella y su hijo.

El viaje de vuelta se le hizo eterno. Una cuadrilla de obreros, que trabajaba en terminar de asfaltar el camino, la importunaron con silbidos y algún que otro piropo salido de tono.

—¿Es que no os da vergüenza hablarle así a una madre? —dijo, señalando al bultito que llevaba en la cuna, con indignación.

Los hombres enmudecieron al descubrir la manta de lana amarilla que asomaba por los bordes y Jana respiró aliviada. Quién hubiera dicho que Kurt la defendería siendo tan pequeño.

Llegó a casa exhausta tras más de media hora de pedaleo y miró la cama con un anhelo infinito, pero el trabajo acababa de empezar.

Dejó a Kurt en su cuna mientras ella encendía el fuego, calentaba agua para lavarse y bañarlo a él, ponía a cocer unas pocas patatas y arreglaba un poco la casa que, con las prisas de la mañana, había quedado toda desordenada.

Por la noche, en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, cayó rendida sin siquiera pensar que había superado aquel día agotador.



El jueves fue un poco más fácil, y el viernes tardó un poco menos en llegar por la mañana al hospital, pese a que tuvo que sortear las máquinas y el material arramplado a la berma del camino porque los trabajos de asfaltado se prolongarían durante el resto del verano.

—¿Venís a casa a comer mañana Magnus y tú? —dijo Lotte cuando ya acababan la jornada y se quitaban los delantales, los zuecos y las cofias en el vestidor—. Arne llega hoy de la plataforma y quiero preparar algo especial.

Tengo una nueva receta de lasaña.

Su amiga parloteaba mientras se dirigían al centro. Le había dicho a la señora Vinter que bajaría hasta el puerto para darle una sorpresa a Magnus, así que no hacía falta que lo llevase hasta el hospital. Mientras, su amiga le hablaba del nuevo trabajo de Arne. Había abandonado el puerto y se había unido a los muchos jóvenes de Tromsø que probaban suerte con las compañías petrolíferas.

—Llevamos tres meses sin vernos, ha sido muy duro —confesó Lotte.

Caminaban del brazo por la acera que llevaba hasta la zona residencial—. Pero vamos a casarnos en Navidad y el sueldo ha mejorado muchísimo, aunque nos veamos poco. Dentro de unos meses habremos reunido la entrada para comprar una casita en las afueras y quizá tengamos un bebé.

Jana sonrió ante la alegría de su amiga y la colmó de buenos deseos, pero secretamente no envidiaba su situación. Ella tenía a Magnus todos los fines de semana en casa, y aquello era una bendición. No se creía capaz de aguantar tres meses sin él.

Se separaron en el cruce donde cada una tenía que seguir su camino y Jana prometió visitarlos al día siguiente. Miró la hora en el pequeño reloj de enfermera prendido de la pechera de su camisa y apretó el paso hacia la pensión. Recogería a su hijo y juntos irían a esperar a Magnus al puerto.

## Otoño traicionero

**A**gosto les regaló un tiempo benigno y sin lluvias. Jana iba y volvía en bicicleta con Kurt, y su tono físico se fortaleció. Sentía que podría vencer cualquier dificultad, y trabajaba en el hospital con una sonrisa en los labios.

Cada viernes, su felicidad se multiplicaba cuando iba a buscar a Magnus al puerto. Significaba compañía, pasión, amor y complicidad. Y descansar un poco de las tareas de maternidad para estudiar, leer o hacer otras cosas.

Pero aquel viernes el muelle estaba teñido de un gris triste y los puestos del mercado exhibían un aspecto más ajado y pobre de lo habitual. La crisis en el mar hacía mella en el ánimo de todos: marineros, tenderos y las familias a las que sustentaban. La llegada de los barcos pesqueros y los que venían de las plataformas cargados con los trabajadores que hacía meses que no veían a sus familias vertía una alegría y esperanza más que bienvenidas. Los pantalanes se llenaban de besos, abrazos y encuentros entrañables, aunque también de alguna que otra lágrima por desengaños y abandonos, o incluso muertes en alta mar. Tanto la pesca como el trabajo del petróleo encerraban grandes peligros.

Jana se acercó a la mujer de Trond, que asistía con preocupación a la estiba del *Valkyria*.

—Han traído muy poco. Muy poco —murmuraba entre dientes, con la mano en la frente para protegerse de la claridad.

—¿Eso es malo? —preguntó Jana. Magnus le había dicho que las cosas no iban bien, el sueldo se retrasaba cada mes y se había reducido de manera preocupante, pero su vida sencilla no requería demasiado. Abrazó a su hijo y esperó su respuesta con curiosidad.

La mujer no contestó. Le dedicó una sonrisa incierta y volvió la mirada hacia la vieja grúa de descarga. Magnus apilaba cajas de pescado y hielo junto a sus compañeros, y en menos de una hora, habían hecho todo el desembarco.

—¿Qué pronto habéis terminado hoy! —dijo Jana con entusiasmo tras esperar pacientemente su turno mientras Magnus abrazaba a Kurt. Su paciencia fue recompensada con un beso apasionado que la hizo estremecerse. Sus ojos se engarzaron con la promesa de que continuarían redescubriéndose por la noche y, de la mano, ignorando el bullicio del puerto y la tentación de la ciudad, emprendieron el camino a casa.

—Eso no es una buena noticia, Jana —respondió él con una sonrisa resignada—. Las cámaras no estaban ni a la mitad de su capacidad.

—Al menos te tengo conmigo un poco antes —replicó ella, siempre optimista—. ¿Hay alguna novedad?

Magnus negó con la cabeza e intentó contagiarse de su ánimo ligero, pero las perspectivas empeoraban, el sector estaba en crisis declarada y pronto tendría que dejar el *Valkyria* para dedicarse al bacalao *skrei*. Prefirió cambiar de tema.

—¿Cómo te ha ido esta semana en el hospital? ¿Ya ha empezado a hacer la ruta el autobús? —preguntó Magnus, ya en el bote. Con una mano manejaba el motor fuera borda y con la otra cargaba con su hijo. Jana tardó un momento en contestar, embelesada por la visión de su hombre, rudo y a veces bárbaro, llevando a su hijo con aquella ternura. Padre e hijo lucían sonrisas idénticas. La del padre, rodeada de una barba de un rubio oscuro. La del hijo, llena de hoyuelos en las mejillas regordetas.

—Estoy exhausta, pero feliz por volver. La ruta del autobús comienza este lunes, se ha retrasado a octubre, pero ahora la carretera ya está lista y el horario me viene bien para ir y volver del hospital. —Le relató a grandes rasgos los momentos más emotivos y más demandantes con entusiasmo.

Magnus siempre la escuchaba con atención, sin impaciencia y con un interés genuino. Aquello la hacía sentir especial—. ¿Y tú? ¿Cómo han ido las cosas esta semana?

El rostro de su hombre se oscureció y Jana esperó su respuesta con preocupación.

—Este año los caladeros parecen agotados, cada vez tenemos que ir más lejos para conseguir menos capturas que hace un par de años teníamos a unos pocos cientos de millas de aquí —dijo al fin, reacio a dar malas noticias—. Si seguimos así, Trond tendrá que prescindir de algunos marineros.

—Pero ¡no puede despedirte a ti! —exclamó Jana con convencimiento—. Eres su segundo de a bordo y haces de ingeniero y de mecánico del barco.

—Es cierto —concedió Magnus—. Pero he sido el último en llegar a la tripulación, y la mayoría pertenece a su familia: hijos, primos, hermanos...

No sé si mantendré mi puesto. —Un silencio ominoso se cernió sobre ellos, acompañándolos durante un buen trecho del camino—. No pensemos en ello ahora, ¡por fin estamos juntos! —dijo al fin con una enorme sonrisa que ahuyentó cualquier mal presagio.

Llegaron a casa y fue fácil sumergirse en la rutina de siempre. Tener las manos de Magnus a su disposición constituía un descanso para Jana, que se veía relevada de muchas de las funciones que hacía durante la semana. Podía ausentarse a buscar leña o comida al cobertizo sin volver corriendo por el llanto preocupante de su hijo, y sentarse a dormitar en su mecedora sin la exigencia de Kurt a cada momento.

Magnus se desvivía por hacerlos felices a ella y a su bebé, lo que endulzaba los fines de semana con un aliciente especial. Por las noches, cuando Kurt colaboraba con un sueño plácido, podían entregarse a la pasión y saciar el hambre de no verse en todos aquellos días, y Jana disfrutaba con mayores ansias de sus besos, sus caricias y de hacer el amor.

Pero los domingos por la noche, cuando Magnus se marchaba de vuelta al puerto, cada vez lloraba con mayor amargura.

—No llores, Jana. ¡Me partes el alma! —dijo una tarde en que prefirió retrasar su partida unas horas antes de dejarla en aquellas condiciones de tristeza y dolor.

—Cada vez es más difícil —confesaba Jana, desolada—. No sé cuánto más voy a aguantar.

Y Magnus se marchaba y ella se rehacía, enjugando las lágrimas de su rostro, forzando una sonrisa. Sacaba fuerzas no sabía de dónde, pero tenía que aguantar.

Ya estaban en octubre. Su hijo tenía ya seis meses y verlo gatear como una centella aquí y allá llenaba de risas su día a día. Ya solo lo amamantaba por las noches y pasaba el día con la señora Vinter. A mediodía, hacía horas extra en el hospital. Le venía muy bien aquel dinero para pagar la leche en polvo para Kurt. Los días se acortaban a pasos agigantados y el frío comenzaba a

golpear con fuerza junto con las lluvias. Los fines de semana, Magnus pasaba largas horas dedicado a amontonar troncos en el cobertizo.

—¡Ya no nos queda sitio con tanta leña! —protestó Jana al tener que llamarlo por tercera vez para cenar—. Nunca te parece suficiente.

—Mi amor, sabes cómo son los inviernos aquí. Y eso que el año pasado no llegamos a quedar aislados —dijo él con aprensión. Cada vez que pensaba en el invierno, unos surcos profundos labraban su frente—. Ahora la carretera facilita un poco las cosas y es más fácil llegar a Tromsø, pero prefiero que tengas de sobra y que no escatimes en utilizarla si hay temporal.

—Eres un exagerado, ¡vamos a cenar!

El asfaltado facilitaba la llegada al hospital. El pequeño Kurt ya se sostenía sentado y Magnus construyó una ingeniosa sillita para acoplar a la bicicleta y Jana vio facilitado su transporte hasta allí. Siempre y cuando no lloviese.

O nevara.

La primera nevada cayó implacable en la última semana de octubre, cuando todos pensaban que aquel año volvería a tratarlos con indulgencia. Aquel viernes, la señora Vinter llegó a la puerta del Sant Jakob con algo de retraso, envuelta en un enorme abrigo de guata impermeable con capucha. Jana acomodó a su hijo en el carrito. Kurt protestaba, furioso, embutido en un buzo para la nieve que le impedía moverse con libertad.

—¡Hace un frío infernal! Acabará nevando en cualquier momento —se quejó Bente al llegar—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte a esperar a Magnus en mi casa esta tarde?

El confort de la pensión, con la enorme cocina de leña y chimenea en cada habitación, hizo que la idea de enfrentar los kilómetros hasta Kristtorn se le hiciera mucho más difícil. Se mordió el labio, dudosa.

—No, no. Prefiero llegar a casa y prepararlo todo para cuando ellos lleguen.

Desde hacía unas semanas, cuando salía de trabajar el viernes, se marchaba directamente a casa en bicicleta y era Magnus el que recogía a Kurt en la pensión. Aprovechaba para hacer algún arreglo en casa de la anciana y le pagaba las doscientas coronas acordadas por el cuidado de su hijo.

Jana llevaba ya unas horas en casa. Estaba oscuro. Salió a ver si llegaba el

bote y el aire se cristalizó de pronto, haciéndose sólido. Tras unos segundos de desconcierto, unos copos blancos y pesados comenzaron a caer. Inspiró, sorprendida, y mil agujas de hielo se clavaron en sus fosas nasales. Nevaba con suavidad, con esa calma serena que la hipnotizaba junto a la ventana, cerca de la lumbre de la chimenea y arrebujada en la manta. Pero Magnus y Kurt no llegaban y la serenidad se convirtió en una cellisca atronadora que amenazaba con encerrarla dentro de la casa.

Se ciñó la pelliza, se caló el gorro de piel de reno hasta las orejas y empuñó la pesada pala para despejar la entrada. Era inútil. El viento se encargaba de amontonar de nuevo la nieve junto a la puerta. Las luces de la casa de Hilde y Fred titilaban a lo lejos, pero no distinguía ninguna luz más. ¿Les habría pillado la nevada en el camino? El mar estaba innavegable, con olas que se encrespaban en crestas de hielo creando un paisaje irreal. Atravesó el prado, enterrándose de nieve hasta las rodillas, para acercarse hasta la cancela. El puente, cubierto de sal, permanecía libre, pero ninguna luz se avistaba por la carretera. Asombrada, observó cómo las olas que rompían contra las rocas de la playa se congelaban en movimiento como en una danza espectral.

—¡Magnus! —gritó con todas sus fuerzas.

El viento se llevó su llamada desesperada y la desintegró entre el hielo.

Intentó iluminar con la potente linterna a pilas en dirección a la ciudad, pero el haz de luz no era capaz de penetrar en la intensidad de la tormenta. Se llevó la mano al pecho y cerró los ojos, encomendándose a Dios. Tenía que volver a casa o corría el riesgo de morir congelada.

Cuando entró a la casita, el calor la golpeó con fuerza. Se despojó del chaquetón, las manoplas, el gorro y las botas y, aterrorizada, cargó con leña la chimenea y la cocina hasta conseguir que rugiera el fuego en su interior.

Agradeció la previsión de Magnus de repletar las leñeras y aleccionarla sobre la importancia de no quedarse sin madera jamás. Comió algo, sin apetito, y fue incapaz de controlar las lágrimas. ¿Dónde estaría su niño? ¿Dónde estaría su hombre? Confiaba en la capacidad de Magnus para sobrevivir en cualquier situación, pero ¡Kurt era tan pequeño!

Apagó todas las lámparas de aceite menos una para ahorrar y se acercó a la pequeña llama para intentar leer. Practicaba su precario inglés a instancias

de Magnus, que insistía en que no perdiese aquella magnífica ventaja. Jamás había conocido un hombre con un amor por los libros y los conocimientos tan grande como él. Y los libros de aquella pequeña biblioteca eran su bien máspreciado.

Intentó concentrarse en la lectura de *Orgullo y prejuicio*. Pero no era capaz de leer más allá de unos pocos párrafos sin alzar la mirada sobre la ventana y comprobar con aprensión que la tormenta arreciaba y que no había señales de ellos. Lo que era bueno. Y malo a la vez.

Rezó porque Magnus hubiera llegado a puerto sin problemas.

Rezó porque la señora Vinter siguiera cuidando de Kurt.

Rezó por ella, por no quedarse aislada. Por no sucumbir al pánico. Por no morir congelada y sola. Lloró porque, por primera vez, añoró con un dolor abrumador la pérdida de su vida anterior en Oslo.

En algún momento, bien entrada la madrugada, se quedó dormida bajo la luz del candil.

Despertó cuando unos golpes fuertes amenazaron con derribar la puerta. Se levantó, envolviéndose en el chal de lana, y se precipitó a abrir.

—¡Magnus! —gritó con desesperación.

—No, soy yo, Fred —dijo el hombre, cubierto con pieles y casi irreconocible bajo las capas de ropa—. Solo quería asegurarme de que estuvieses bien. Ahí fuera hay casi dos metros de nieve. Estar tan cerca del mar te ha salvado, aquí no ha cuajado con tanta intensidad.

—Tómame un café conmigo —dijo Jana, y lo hizo pasar al interior. Intentó serenarse, y concentrarse en el café la hizo sentir mejor y alejar los malos presagios—. ¿Cómo está Hilde? ¿Y los niños?

—Estamos bien. Llevo toda la mañana despejando nieve alrededor de la casa y se ha desplomado el tejadillo del cobertizo, pero nada que no se pueda arreglar con unas pocas vigas y un par de planchas de fibrocemento —respondió él, con su ancha sonrisa y su expresión siempre afable—. ¿Vosotros no tenéis que lamentar ningún daño?

Jana se encogió de hombros, le daba exactamente lo mismo. Se arrebujó en el chal e intentó sonreír.

—Le diré a Magnus que te eche una mano cuando llegue. Si es que llega —murmuró con voz trémula y sin poder contener las lágrimas. Su voz se

doblegó a la desesperación—. Tenía que recoger a Kurt en casa de la señora Vinter y no ha regresado todavía.

Fred palmeó su espalda en un intento de consolarla, pero aquel enorme vikingo la remeció de la cabeza a los pies.

—Magnus es fuerte. ¡Y es listo! —dijo con convicción. Jana se sintió confortada por sus palabras—. Y conoce las nevadas traicioneras de Kristtorn mejor que nadie en este lugar. Estoy seguro de que está sano y salvo. No desesperes.

Jana sirvió una taza de café bien cargada y le ofreció los últimos panecillos con azúcar que le quedaban para que se los llevase a los niños.

—¡No desesperes! —repitió cuando se marchaba. Jana sonrió al ver que su vecino había despejado de nieve la entrada.

—Gracias, Fred.

Pero desesperó. Esperó y desesperó. Bajo las escasas horas de débil luz solar, ventiló la casa y sacudió el polvo. Limpió las cenizas de la chimenea y de la cocina, y cargó de nuevo las leñeras y encendió el hogar. Puso a desalar un bacalao y peló las pocas patatas que le quedaban; tendrían que comprarle a Hilde o ir al mercado. No tenía nada para trocar. La señal de la radio había vuelto y enumeraba los daños causados por la nevada. Cuando comenzó a transmitir los avisos de familiares y vecinos dando noticias de su estado o se preguntaba por alguna desaparición, su corazón se encogía. Lloró por no tener ni un mísero teléfono para hacer una llamada.

En dos ocasiones volvió a acercarse hasta la carretera, dudando de si emprender el camino hasta Tromsø, pero unas nubes amenazadoras se acercaban por el norte y no se atrevió.

Ya caía la noche ártica, alrededor de las cuatro de la tarde, cuando un haz de luz atravesó la ventana un par de segundos. Alzó la vista del libro y se abalanzó sobre la puerta. Magnus entró sacudiéndose la nieve y exhalando un enorme suspiro de alivio.

—¡Jana, mi amor! ¡Estás bien! —Abrió los brazos y su rostro se vistió de gratitud y alivio.

Se abrazaron con fuerza. Con desesperación. Jana volvió a quebrarse y lloró las lágrimas que no sabía que guardaba aún en sus ojos.

—¡Gracias a Dios y a la Virgen! —dijo Jana en voz alta—. Creí que quizá



el *Valkyria* no habría llegado a puerto, que el temporal os habría atrapado, que... —Se detuvo sin atreverse a formular en voz alta los pensamientos negros que la habían invadido—. ¿Dónde está Kurt?

Magnus acarició su pelo y la besó infinitas veces en la frente, en los ojos, en las mejillas. Se dejó caer con dulzura y desesperación en sus labios.

—Está en la pensión, con la señora Vinter. No me he atrevido a traerlo, el tiempo va a empeorar en las próximas horas. —Detuvo sus caricias y la miró a los ojos con intensidad. Jana se estremeció—. No me perdonaría jamás que algo os pasara a ti o a Kurt.

—Ven. Quítate esto.

Lo ayudó a desprenderse de la pelliza de piel de reno. Deslizó la prenda por sus hombros en un gesto sin intención alguna, pero al descubrir su amplio torso cubierto por el jersey de lana gruesa aumentó la necesidad de sentir su piel. Tironeó de él y Magnus se echó a reír.

—Esto va a llevarnos un poco de tiempo. Llevo más capas que una cebolla para aguantar el frío.

Pero Jana no correspondió a su ánimo ligero. La impaciencia entorpecía sus movimientos. Magnus se contagió de su anhelo demandante y comenzó a desnudarla también.

—Yo te quitaré el frío cuando estés dentro de mí —susurró Jana, con la voz grave por la excitación, el deseo y la avidez por despojarlo de toda aquella ropa.

Se desnudaron en un baile sensual, las prendas quedaron regadas por el suelo, las bocas exhalaban su aliento cálido y húmedo sobre el otro, endulzado por la canela, el azúcar y el sabor del café. Los labios de Magnus estaban castigados por el sol y raspaban, pero, aun así, Jana los devoró con desesperación. Exigió su cercanía clavando las uñas en su espalda y después en sus nalgas.

—Junto a ti sé que no sentiré frío nunca más —replicó Magnus entre jadeos. La alzó, y ella enroscó las piernas alrededor de su cintura, mientras él la abrazaba con fuerza para sentir la suavidad de sus pechos, con los pezones erguidos y duros, aplastarse contra su torso—. Si te hubiera ocurrido algo...

He sido un loco al dejarte aquí sola.

Se dejaron caer sobre el camastro, que crujió lastimero, arrancándoles una

carcajada. Jana abrió los muslos con una sonrisa invitadora y él apretó los dientes, tomándose un momento para regodearse con la visión de su cuerpo, ofrecido solo para él, impaciente, encerrando el refugio de su perdición.

La penetró con furia, con avidez, con desesperación. Se enterró en ella con una embestida violenta que buscaba borrar el miedo y la incertidumbre. Jana gritó su nombre, entregada a la lujuria de sus ojos entrecerrados y la boca exigente que buscaba sus labios, su cuello y lamía, mordía y succionaba sus pechos.

—Si te perdiera, moriría. Lo sé.

Jana lo miró con un destello preocupado. A veces el amor de Magnus se le hacía abrumador, incontenible, mil veces más fuerte y verdadero que el que ella sentía por él. No dijo nada, solo lo acogió con más avidez en el interior de su sexo y exigió que recrudeciera sus acometidas.

—¡Magnus! —exclamó en un sollozo ahogado, arrasada por un clímax devastador. Recibió entre sus brazos a su hombre, desfalleciente y entregado tras vaciarse en ella con un gruñido que reavivó las llamas de su orgasmo ya mortecino. Era increíble lo que el mero sonido de su voz provocaba en ella.

El deseo y la lujuria que la hacía sentir. Quizá estar tan cerca de la muerte intensificaba cada roce de sus cuerpos, pero jamás había sido tan consciente de estar viva.

Se acariciaron bajo las sábanas revueltas, en silencio, recuperando el ritmo acompasado en sus corazones y su respiración. Jana se recostó en su pecho.

—Cuéntame. ¿Qué ha pasado? Vi cómo estaba el mar aquí en el canal, no quiero ni imaginar el temporal en mar abierto.

—El barco llegó bien a puerto. Recogí a Kurt y emprendí el camino a casa, pero la tormenta me pilló a la salida de la ciudad y tuve que volver sobre mis pasos. La señora Vinter nos acogió, muy enfadada porque me había advertido de que no me marchase —dijo él, estrechándola entre sus brazos—. Ha sido una buena nevada. Bente insistió en que nos quedásemos también hoy, pero yo estaba desesperado por saber de ti. —Ella sonrió y alzó el rostro para besarlo de nuevo en los labios—. Averigüé el horario de la quitanieves y, cuando se acercó, me puse en mitad de la carretera para que me llevaran.

Fueron muy amables al traerme hasta aquí.

Jana cerró los ojos y exhaló un suspiro de alivio infinito.

—Ahora ya se acabó, ¡he pasado muchísimo miedo! Si os hubiera ocurrido algo... —No quería ni tan siquiera decirlo en voz alta. La mera idea la aterrorizaba—. Me alegra que estés aquí.

Magnus la confortó con caricias suaves, pero frunció el ceño.

—Jana, esto es solo el principio —dijo, consternado. Ella se irguió para mirarlo y él deslizó la yema de su índice por la línea de su cuello, serpenteando hacia el botón rosado de un pezón—. No conoces las consecuencias de quedarse aislado aquí en Kristtorn, pero yo sí. Bastante duro es para un hombre solo, más aún lo será para una mujer y un bebé.

—Pero el invierno pasado aguantamos perfectamente, ¡no hubo ninguna situación de peligro! —dijo Jana con cierta sorpresa—. Yo iba a la ciudad todos los días en bicicleta y la quitanieves despejaba el camino justo a las horas adecuadas.

—Es cierto, pero fui un inconsciente al permitirte aquello —concedió él, pensativo—. No todos los inviernos serán tan benignos como el del año pasado. Esta ventisca es la prueba viviente de ello y nos quedan los peores meses de frío.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó Jana. De manera instintiva, los dos llevaron la mirada hacia la cuna vacía de su hijo.

—Esta semana me quedaré contigo y nos mudaremos a la ciudad —murmuró, más para sí mismo que para ella—. Pasaremos el invierno en casa de la señora Vinter. Alquilaré una habitación para vosotros dos y los fines de semana, si el tiempo lo permite, vendremos a pasarlos en Kristtorn.

Un rayo de esperanza y expectación atravesó el pecho de Jana. Vivirían en la ciudad. Estaría cerca del Sant Jakob, de Lotte, de la seguridad de la pensión del Brezo. Pero la realidad de su situación la abrumó.

—Magnus, ¿cómo vamos a permitirnoslo? Tu sueldo es la mitad de lo que era y el mío es el de una matrona recién titulada —dijo Jana, exponiendo en voz alta sus miedos—. Doscientas coronas por cuidar de Kurt de nueve a cinco es una cosa, pero yo sé lo que cuesta una habitación en El Brezo.

¿Podremos pagarlo?

Magnus la abrazó sin contestar a su pregunta. Jana besó sus labios y los surcos de preocupación en su frente, que ya se habían hecho perennes en su

expresión, se recrudecieron. Él mostró una expresión de determinación férrea.  
—Podremos. Tenemos que poder.

# El perfume

*Pensión del Brezo, Navidades de 1970*

Jana dejó la bicicleta en el garaje y cerró la puerta, resoplando por el frío y el esfuerzo. Le diría a Magnus que engrasase las bisagras cuando llegara el fin de semana. Sacudió el abrigo, cubierto de nieve y lo dejó a secar en el cuarto de la caldera. Aprovechó para alimentarla con un par de paladas de carbón y tosió cuando el polvillo negro se le metió por la nariz. Echaba de menos el baile alegre de las llamas en la chimenea y la cocina a leña de Kristtorn, pero entendía la modernidad cómoda de la calefacción central.

—¡Ya estoy en casa! —anunció con alegría. Corrió a la cocina, donde Bente solía esperarla con la merienda y el pequeño Kurt—. ¿Qué tal se ha portado hoy?

—¡Habla bajo, niña! —dijo Bente, con un ruego en su expresión y poniendo el índice ante sus labios—. Los inquilinos están en la habitación principal y han pedido que no se los moleste.

Jana asintió con cierto fastidio y cogió a su hijo de brazos de la anciana.

Estaba agradecida a la señora Vinter. Gracias a ella, el invierno estaba siendo llevadero, no corrían peligro de quedar aislados en Kristtorn y su vida se había tornado infinitamente más fácil. Pero casi siempre debían compartir la casa con arrendatarios de lo más variopinto, lo que hacía perder por completo la intimidad.

—¿Cuándo se marchan los Holmgren? —preguntó mientras molía un poco de manzana con avena. La fruta era cara y muy difícil de conseguir, pero a Kurt le encantaba aquel engrudo caliente.

—Se van el domingo, ¡gracias a Dios! —dijo en un susurro malicioso Bente—. Pagan bien, pero son muy exigentes y la mujer es una remilgada.

Hoy me ha hecho preparar las tostadas dos veces porque estaban

demasiado pasadas para su gusto.

Jana se sirvió el café y dio un trago antes de seguir con la papilla. Kurt gateó con rapidez hasta sus pies y se encaramó hasta quedar de pie, aferrado a su falda.

—¡Mamamamama! —llamó con insistencia. Jana sonrió y lo cogió en brazos. Era consciente de que lo mimaba demasiado, pero lo sentó en su regazo y ató el enorme babero para que no se manchara.

—Vamos, grandullón. Aquí tienes.

La señora Vinter contemplaba con fascinación cómo Kurt tragaba las cucharadas de papilla y agitaba los puños en el aire, exigiendo más entre gorjeos. Ella disfrutaba de verlo sano y con apetito, y no podía evitar sonreír.

Unos golpecitos insistentes en la puerta de la cocina interrumpieron el momento mágico.

—Buenas tardes, vamos a salir a cenar. Ya pueden arreglar la habitación

— dijo la señora Holmgren en tono amable, pero con aquella mirada por encima del hombro que Jana había aprendido a aborrecer.

—Enseguida, señora Holmgren —contestó Bente, obsequiosa. Esperó a que la mujer cerrase la puerta de la cocina y suspiró—. Es la tercera vez que entro en esa habitación a hacer las camas. ¡Bruja estirada!

Jana se levantó y puso a Kurt en su regazo, haciendo caso omiso de las protestas airadas de su hijo por abandonarlo.

—No, iré yo. Termina de darle la papilla, tienes cara de cansada —dijo Jana con una sonrisa resignada. Besó a su Kurt en la frente y cogió la escoba y la fregona.

Se lavó las manos, cubrió su pelo con una pañoleta y se puso el delantal con el pequeño bordado de una mata de brezo y el nombre de la pensión.

Cuando llegaba del Sant Jakob, aparte de ser inquilina en la casa, se había convertido también en empleada. Era parte del trato al que habían llegado para el pago. Entró a la habitación y arrugó la nariz de disgusto al notar el fuerte olor del tabaco. Pese al frío, abrió la ventana de par en par y sacudió los cojines y las colchas. Una ráfaga de viento y nieve la obligó a cerrar, aunque el humo denso y azulado no se había disipado del todo.

Estiró la ropa de cama y la dejó sobre los tresillos. No pudo evitar pasar

los dedos por la seda y el encaje de la bata y el camisón. Ella también había tenido ropa así, hacía no mucho tiempo. Debió quedarse con alguna prenda, pero en Kristtorn las noches eran frías y prefirió prescindir del satén para comprar gruesos camisones de felpa. Había vendido casi todo lo que había traído de Oslo. Hasta las maletas. Con ello, había comprado el ajuar de Kurt, ropa para el hospital y prendas fuertes de abrigo.

Estiró las sábanas hasta que no quedó ni una sola arruga. La señora Vinter le había enseñado cuando llegó y ahora lo hacía con eficiencia y rapidez. Al principio, tardaba una hora en hacer una cama bien hecha. Ahora, en un par de horas hacía todas las de la pensión, incluida la de Bente.

Mientras ahuecaba los almohadones, un frasco dorado llamó su atención.

No pudo evitarlo y lo cogió entre las manos. Era un perfume, Chanel N.º 5.

Su perfume. El que llevaba usando desde que tenía quince años. El recuerdo del día de su presentación en sociedad en Oslo le arrancó una sonrisa tenue.

Había llevado un maravilloso vestido blanco de mangas acampanadas y falda de ruedo, se había sentido como una princesa. Nunca había visto a su padre tan orgulloso de ella como aquel día que la había llevado del brazo por la escalinata de mármol. Cerró los ojos, saboreando la memoria de aquel momento. Casi podía sentir el tacto suave del terciopelo de sus guantes por encima del codo. Había bailado con aquel médico tan guapo, que la había mirado de un modo en que nunca lo habían hecho, como si fuera una mujer y no una niña. Aquel hombre era Lars.

¿Qué sería de él? Seguro que se habría casado con Ilse y vivirían de manera acomodada. No como ella y Magnus, que tenían que sudar cada ore con trabajo duro. Una envidia desagradable ascendió por su garganta y le dejó un regusto amargo. Era un sentimiento que la invadía de vez en cuando y que no podía evitar.

Sin darse cuenta, abrió el frasco e inspiró el aroma elegante del jazmín mezclado en su punto justo con el decadente del almizcle.

—¿Qué estás haciendo?

La voz sorprendida y a la vez enojada de la señora Holmgren hizo que el perfume cayese al suelo y aunque lo recogió con celeridad, se derramó casi por completo. Las lágrimas brotaron de sus ojos sin control.

—¡Disculpe! Solo estaba colocando el frasco en su lugar —dijo mientras cerraba la botellita de cristal con manos temblorosas y la dejaba sobre la cómoda—. ¡No volverá a pasar!

Pasó una vergüenza infinita. Jamás se había sentido tan humillada en toda su vida. La mujer fue a quejarse por su comportamiento a la señora Vinter, que se deshizo en excusas y acabó por prometer que Jana repondría el perfume con su propio dinero. Ella tuvo que escucharlo todo con la cabeza gacha, los dientes apretados y las uñas clavadas en las palmas de sus manos.

Aquella misma tarde salió a comprar el maldito perfume. Sus ojos se llenaron de lágrimas al sacar las ochenta coronas que costó.

—Envuélvame como si fuese para una reina —dijo con resentimiento al dependiente de la droguería—. Como si fuera para la mismísima Sonia de Noruega.

Llevó el paquete a la señora Holmgren junto a una nota en la bandeja con el vaso de leche y galletas que tomaban antes de irse a dormir. Abrió los ojos extasiada ante el precioso paquete de papel de seda de color rosa y lazo negro de satén. En un arranque de generosidad, le regaló a Jana el frasco antiguo, que aún conservaba la mitad de su contenido.

—Muchas gracias, señora Holmgren, pero no puedo aceptarlo —dijo Jana, sorprendida por su generosidad—. He cometido una imprudencia y he derramado su perfume, pero no me corresponde.

—Vamos, niña. ¡Acéptalo! —dijo la mujer, con una connivencia que ella no sentía en absoluto—. He visto tu carita cuando tenías el frasco en las manos. ¡Seguro que no has visto nada igual!

El comentario la ofendió. Se sintió ultrajada. Quiso explicarle que en su casa en Oslo tenía decenas de frascos de perfumes franceses de lo más sofisticado, que no le hacían falta sus migajas, pero la mujer fue tan insistente, tan irritante, que no le quedó otra que aceptar.

Guardó el frasco en el fondo de la cajonera de la ropa interior, fuera del alcance de Magnus. Ese episodio sería un secreto entre ella y la señora Vinter, que prometió no decir nada. Con gran dolor de su corazón, sacó ochenta coronas del regalo de su madre, que había menguado mucho ya en aquellos casi ocho meses, y lo repuso en el alijo de cuero donde Magnus guardaba sus ahorros.



También había menguado mucho.

La preocupación y la rabia se anudaron en su estómago. No la consoló el cuerpecito cálido de su hijo durmiendo a su lado en la cama. Pasó largas horas reviviendo recuerdos de riqueza, comodidad y horas sin hacer nada.

Aunque todo parecía desvanecerse cuando Magnus volvía del mar.

Cuando llegaba tenía que compartirlo con la señora Vinter, que siempre lo esperaba con una lista de pequeñas reparaciones o recados que no eran complicados, pero sí lo apartaban de ella.

—Tienes que ir a buscar carbón al puerto mañana y, de paso, traer algo de bacalao para desalar —decía la señora Vinter mientras Magnus, demacrado por la semana en el barco, volvía una y otra vez los ojos hacia su mujer y su hijo, que esperaban en la puerta su turno para disfrutar de él.

Pero cuando se sentaron los cuatro a la mesa y devoraron el sabroso guiso de reno que Bente había cocinado, fue evidente que las ventajas superaban los malos momentos. La señora Vinter les ofreció después una copita de Akvavite, pero Magnus declinó el ofrecimiento con una sonrisa cansada.

—Bente, en cualquier otra ocasión estaré encantado de compartir con usted un buen trago de Akvavite, pero estoy agotado —dijo con el ceño fruncido y una seriedad que obligó a Jana a reprimir una mueca divertida—. Esta semana hemos tenido un tiempo terrible y mucha faena en el *Valkyria*. Con su permiso, Jana y yo nos retiramos.

Ella asintió y miró con intención a su hijo, dormido entre sus brazos. Los tres se levantaron de la mesa, desearon buenas noches a la anciana y subieron al piso de arriba, a su habitación.

En cuanto Jana dejó a Kurt en la cama, Magnus la abrazó con ímpetu por la espalda, y abarcó sus pechos con las palmas de las manos.

—Ya decía yo que algo tramabas —jadeó, volviéndose a besarlo con las ansias de la separación de toda la semana.

En silencio, pero sin poder evitar algún gemido o jadeo, Jana se dejó llevar hasta la cama. Magnus la desnudó sin demasiadas contemplaciones y ella se entregó a los movimientos febriles que buscaban los recovecos cálidos de su cuerpo. Abrió su camisa y se refugió en su pecho. El peso masculino sobre ella era el lugar perfecto para el delirio. Suspiró al sentirse plena cuando la penetró.

—No sabes lo difícil que es para mí estar sin ti —susurró junto a su cuello recio—. Me faltas en todo y para todo, junto a nuestro hijo, en la cama por las noches. A veces me duele el cuerpo por la falta que tengo de tu piel.

Magnus se alzó sobre los antebrazos y la miró con fiereza. Apartó la melena rubia de su rostro y lo encerró con las manos.

—Yo te llevo siempre conmigo. Mientras trabajo en el barco, por la noche en mis sueños, todo el día pienso en ti —dijo él con pasión. A veces, aquella intensidad con la que veía todo la abrumaba—. Te quiero más que a nada en este mundo. Tú y Kurt sois mi vida. El motor de mi existencia. Lo que me empuja a ser un hombre mejor.

Jana selló con su boca aquella confesión arrancada entre jadeos y dejó que los cuerpos hablaran. Bajo el calor de su piel, las preocupaciones se desvanecían y no existían las penurias ni las carencias. Aumentó la exigencia de sus caricias, lo aferró entre sus muslos y clavó las uñas en su espalda.

Sofocó los gritos que el orgasmo arrancó de su garganta mordiendo su cuello, y el gruñido feroz que emitió prolongó la agonía deliciosa un poco más.

Magnus se desplomó sobre ella, exánime, y Jana lo soltó, incapaz de mantener la tensión de sus brazos. Solo le restaban fuerzas para esbozar una sonrisa que significaba paz.

Pero él no sentía lo mismo.

Tras la liberación de derramarse en ella, de satisfacer su voracidad y su anhelo, alimentados por la distancia y el tiempo, fue incapaz de quedarse dormido. Restaban tan solo unos pocos días para la Navidad y el espíritu festivo que se apoderaba de él en estas fechas había desaparecido con la noticia de que no recibirían aguinaldo este año. Contaba con ese dinero para pagarle a la señora Vinter y tendría que tirar del alijo.

Para ahorrar un poco, las dos semanas de permiso que Trond les había dado porque la pesca escaseaba y no podría pagarles, las pasarían en Kristtorn.

Tres semanas a ciento cincuenta coronas cada una, eran casi quinientas coronas de ahorro. Él aprovecharía para pasar tiempo con su hijo y Jana... se las apañaría. Ahora pasaba un autobús a las ocho y media de la mañana y otro de vuelta a las cinco de la tarde, que tardaba una media hora en recorrer los

siete kilómetros que los separaban del Sant Jakob.

—¡Deberíais pasar las Navidades aquí, todavía tenéis riesgo de quedaros aislados en Kristtorn! —dijo la señora Vinter cuando al día siguiente le expusieron su plan. La anciana parecía sorprendida, incluso dolida, aunque Magnus ya se lo había dicho en varias ocasiones—. Además, tendré inquilinos en Nochebuena y Año Nuevo, ¿quién me ayudará a atenderlos?

Tendré que contratar a una camarera y a una mucama.

Jana fue rápida como una centella y sonrió.

—Puedo venir los festivos a hacer las camas y servir la mesa, te cobraría lo mismo que cualquier empleada que contrates, y tú ya sabes cómo trabajo — se apresuró a decir. Apretó la mano de Magnus, que compuso un gesto de desacuerdo y tenía toda la pinta de querer argumentar contra ella, para detenerlo—. Eso sí, debes avisarme con tiempo, porque voy a doblar turnos en el hospital.

Magnus volvió a abrir la boca, airado, pero ella le lanzó una negación casi imperceptible. Ya hablaría más tarde con él, ahora había que aprovechar la ocasión.

—¡Oh! Claro. Tendría que pagarte, no lo había visto así —dijo en voz alta la señora Vinter, aunque Jana estaba segura de que pensaba en voz alta sin darse cuenta—. Si te necesito, te llamaré al Sant Jakob y dejaré recado con la operadora. ¿Te parece bien?

Jana asintió con una sonrisa, se despidieron de la anciana y se marcharon a su casa en Kristtorn.

Una nevada copiosa pero tranquila impidió que el autobús saliese a su hora.

Esperaron pacientemente en el interior, lleno de gente que iba hacia las aldeas del norte, mientras los vahos de sus alientos se entremezclaban en nubes blancas que fueron atenuándose a medida que el interior se caldeaba.

Jana sonrió al ver algunos rostros conocidos: madres con sus niños pegados a las faldas, pescadores de rostros curtidos, granjeros que llevaban pollos, pavos o corderos para la cena de Navidad. Lo cierto era que formaban un grupo de lo más variopinto, y, de pronto, se sintió fuera de lugar. Ella no encajaba con todos aquellos aldeanos, ¡ella era una chica oslense de buena familia que había estudiado en la universidad! Se revolvió, incómoda, cuando

Kurt comenzó a llorar de aburrimiento o de cansancio. Llevaban parados más de una hora, pero el bocinazo de la quitanieves que anunciaba que el camino estaba despejado hizo que el autobús se pusiera en marcha y sus pensamientos se hicieron más ligeros. ¡Volvían a Kristtorn! Hasta Kurt parecía reconocer el paisaje que desfilaba por la ventana.

Se bajaron en la parada junto al puente y caminaron abrazados hacia la pequeña casita roja, que contrastaba con el azul del cielo y el manto blanco de nieve recién caída. Magnus la estrechó con fuerza contra su cuerpo y se detuvo unos metros antes de llegar a la ensenada.

—No es mucho, pero es mío —dijo con voz emocionada—. Ahora es tuyo también. Entre los dos, haremos que sea un hogar de verdad.

Ella sonrió y se refugió en su pecho. Los tres se abrazaron. No podía existir un lugar en el mundo mejor que aquel.

Jana dobló varios turnos para dejar libres los días de Navidad y San Esteban. Cuando llegó la Nochebuena estaba agotada, pero satisfecha y orgullosa de engrosar el alijo con unos cuantos cientos de coronas. Al menos tendrían un par de meses asegurados en la pensión del Brezo para pasar lo que restaba de invierno. Aunque la escasez del dinero seguía preocupándola y rondaba su cabeza una y otra vez.

La cena fue frugal, más pobre incluso que la del año anterior, pero aderezada con besos y sonrisas. Comieron en soledad el guiso de pierna de reno que habían guardado y el puré de manzanas, nueces y arándanos que Jana había reforzado con manteca de cerdo. No había vino, ni licores, ni postres. Ni regalos. Solo un poco de Akvavite, unas galletas de jengibre que ella misma había horneado, ya algo reseca, y el único lujo que se habían permitido — porque ella no podía entender la Navidad sin ello— era chocolate para fundir.

Sirvieron dos tazas y le dieron a probar a Kurt, pero, aunque tenía azúcar, era muy amargo y el niño contrajo la cara en una expresión de asco tal que Magnus y ella rompieron en carcajadas. Como siempre, las risas al calor de la lumbre parecieron llenar de luz la casita y Jana se apartó de aquellos pensamientos egoístas. Tenía a Kurt y a Magnus. No necesitaba nada más.

—He traído algo —dijo Magnus con una sonrisa enigmática cuando sus carcajadas se apaciguaron. Jana abrió la boca, extasiada, al ver que hacía aparecer de la nada un saco de tela roja con algunos paquetes envueltos en

papel de colores—. ¿No queréis ver qué ha traído el Julenissen?

El pequeño Kurt sabía que algo ocurría y se acercó gateando hasta su padre con enorme velocidad. La sonrisa de Magnus se ensanchó al ver que Jana también sacaba un par de paquetitos, sonrojada por la felicidad. ¿Por qué se preocupaba de lo material cuando los tenía a ellos? ¿Cuando tenía un hogar?

—Ábrelo, este es para ti —dijo Magnus con una mirada ardiente.

Jana deshizo el lazo hecho con un cordoncillo de cuero saboreando la expectación. Apartó con sumo cuidado el papel de colores y sonrió enternecida al ver unas manoplas de cuero y lana de oveja, de un blanco níveo, iguales para ella y para Kurt.

Intercambiaron un beso y Magnus se envolvió el cuello en la bufanda que Jana había tejido para él. Compartieron unas almendras confitadas, cantaron villancicos y el pequeñajo acabó por quedarse dormido sobre la piel de reno a los pies de su cuna.

Ella se quedó arrobada, mirando a su hijo. No era más que una tonta. ¿Por qué anhelaba a veces su antigua vida cuando esta nueva no le traía más que felicidad?

Magnus agarró las pellizas de ambos y señaló hacia la puerta.

—Vamos. Sé lo mucho que te gustan —dijo con una sonrisa.

Jana elevó los ojos, esperanzada. No las veía desde el año anterior.

—¿Una aurora boreal?

Él solo sonrió.

Salieron dejando a su hijo en la cuna bien arropado. Las luces del norte bailaban su danza etérea en el cielo azul oscuro sin luna y tachonado de estrellas. Un tul verdoso ondeaba vistiéndolo de color. Los dos se abrazaron, sin palabras, sobrecogidos por el espectáculo. Jana cerró los ojos por un momento para comprobar que la imagen se mantenía grabada en su recuerdo.

En aquel momento supo que había dejado atrás su pasado y que aquellos haces luminosos la anclaban al que sentía que era de verdad su hogar. Su corazón pertenecía a Kristtorn y a Magnus. Y ya no había vuelta atrás.

## Svetlana

Magnus dejó atrás la ciudad y se encaminó hacia el puerto bajo una nevada tenue. La noche polar encerraba el ambiente en un puño oscuro, no eran más de las seis de la mañana. Como cada mes de enero, después de San Esteban, acudía a enrolarse a uno de los barcos pesqueros más importantes de la flota que faenaba el bacalao *skrei*. Ilusionado con su puesto como segundo de a bordo en el imponente barco, apretó el paso y se caló el gorro hasta las cejas ignorando el frío. Sonrió. Su sueldo mejoraría, podría darle un respiro a Jana con los turnos en el hospital y no tendría que trabajar tanto en la pensión.

Todos los marineros estaban convocados en la Taberna Vieja, y cuando llegó, se sorprendió de no encontrar la algarabía propia del reencuentro después de tantos meses. Su sonrisa se congeló al ver las caras serias y circunspectas. Los hombres, sentados hombro con hombro en la larga mesa de madera frente a una taza humeante de café, no reían. Cuchicheaban en voz baja y se miraban unos a otros.

—¿Qué ocurre? —Se acomodó en un extremo del banco. Pocos se molestaron en corresponder su saludo con la mano alzada—. ¿Por qué las caras largas? ¿Dónde está el capitán?

—Vendrá ahora, está decidiendo quién embarcará y quién no este año en el *Svetlana*. Va a reducir la tripulación a doce hombres —anunció uno de sus compañeros entre dientes. En el ambiente se palpaba la tensión y percibió cierto rencor en su tono—. Sabemos que tú estarás allí como segundo de a bordo. Haces de contramaestre, de ingeniero y de mecánico, no va a prescindir de ti.

Magnus tardó unos segundos en responder.

—¿Doce hombres? Es imposible —siseó con indignación—. La tripulación del pesquero es de al menos treinta, ¿qué demonios está pasando?

—La temporada del fletán ha sido la peor de los últimos veinte años —

añadió otro marinero, de los más veteranos—. El capitán no ha reunido dinero suficiente para contratarnos a todos. La mitad de nosotros se quedará en tierra. Tú no lo has sabido porque has estado con el arenque en el *Valkyria* y no os ha ido tan mal.

—El *Valkyria* también ha pasado aprietos —aclaró él. No solo en el retraso en los pagos, sino en la reducción de su jornal y en las escasas capturas. Todo el sector caía en una crisis que no parecía tener final—. ¿Alguien sabe algo más?

Las cabezas se alzaron, expectantes, al ver reaparecer al capitán. No los miraba a los ojos, carraspeaba nervioso con su voz ronca por el Akvavite y el tabaco, y fijaba la mirada en un cuaderno con obstinación.

—He tratado de ser lo más justo posible, dentro de lo que he podido y lo que el barco necesita —anunció con voz dura. Todos callaron y se hizo un silencio enervante—. He primado la veteranía, la experiencia y a los que tienen familia. También la lealtad de los que año tras año habéis faenado conmigo en alta mar. A los que no estáis en la lista... —Hizo una pausa ominosa y negó con la cabeza—. Lo siento. Todos sois hombres buenos y trabajadores, pero no puedo hacer más.

Magnus esperó, paciente, a que dijeran su nombre. Los que eran nombrados se echaban el petate al hombro y salían al pantalán del *Svetlana* para abordar. Los que quedaban sentados en la mesa se revolvían, nerviosos.

Una sensación aciaga se cernió sobre él cuando solo quedaban dos hombres por convocar.

Uno de ellos tenía que ser él. Tenía la promesa del capitán de ser el segundo de a bordo. Apretó los dientes con rabia al ver que el doceavo marinero se levantaba con expresión de alivio y abandonaba la mesa.

—Capitán, ¡capitán! —llamó al verlo encaminarse hacia la salida de la taberna. Los hombres restantes parecían entregados a su suerte. Alguno pidió una botella de Akvavite y comenzaron a beber—. Debe haber algún error.

Tengo tu promesa de trabajar como segundo del *Svetlana*, ¿es que no te acuerdas? El año pasado hice la puesta a punto de toda la maquinaria del barco y no cobré ni una mísera corona por el trabajo. —Magnus intentaba contenerse, pero mantenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo y su enorme envergadura lo hacía resultar amenazador—. Solo la promesa de tener

un buen trabajo esta temporada. ¿Es que la palabra de un capitán no vale nada?

El hombre lo miró con una tristeza insondable oscureciendo sus ojos. Negó con la cabeza y se encogió de hombros con resignación.

—Lo sé, Magnus. Tu puesto es el que más me duele erradicar, pero un segundo de a bordo es un sueldo que no me puedo permitir —explicó con paciencia el viejo marino—. Las cosas están mal. Muy mal. Estoy lleno de deudas. Para la puesta a punto del *Svetlana* he tenido que hipotecar el barco, y solo confío en que los caladeros de bacalao vayan este año un poco mejor.

—Pero lo prometiste —murmuró Magnus con incredulidad. Su rostro se cubrió de decepción—. Lo prometiste.

—Las palabras no nos dan de comer, hijo mío —dijo el capitán con tono amargo—. Los demás me esperan y debemos embarcar. Espero cumplir mi promesa el año que viene. En este momento, no puede ser.

Magnus lo sostuvo del brazo y el hombre se desasió de su mano con un ademán brusco. No insistió, no tenía sentido.

Desesperado, vagó por el puerto preguntando aquí y allá por barcos que necesitaran tripulación, pero muchos se habían armado antes de Año Nuevo y estaban ya en alta mar. Otros ni siquiera saldrían a faenar aquella temporada.

Insistió, aunque fuese para el puesto de marinero en cubierta, pero todos conocían sus aptitudes y nadie tenía presupuesto o espacio para un hombre de sus competencias.

—Magnus, aquí todos sabemos cómo trabajas y te desenvuelves con la maquinaria. Sabes de motores, de bujías, de soldaduras como nadie —le dijo otro de los patrones que faenaban en el *skrei* y que pareció entender su desesperación—. Si el *Svetlana*, uno de los barcos más poderosos de Tromsø, prescinde de tus servicios porque no puede pagarlos, ¿cómo piensas que vamos a hacerlo los demás? Vete a las plataformas. Ganarás dinero y tendrás una posición acorde a lo que tus capacidades merecen. No lo veas como una condena, sino como una oportunidad.

Aquello era muy fácil decirlo, pero enfrentarse a la idea de volver a Kristtorn con la noticia de que no tenía trabajo se le hizo imposible. Por primera vez en su vida, sintió la tentación de caer en las garras del alcohol.

¿Cuántos de sus compañeros se habían dejado el sueldo que tenían y el que no en aguardiente en las tabernas? Cerró los ojos y fijó sus pensamientos en



Jana. En su hijo. En cómo recibirían la enorme decepción.

Jana miró por la ventana por enésima vez. Magnus se retrasaba. Según lo que había dicho, enrolarse no le llevaría más de media mañana: subir sus cosas al *Svetlana*, definir sus nuevas labores con el capitán, comer algo con el resto de tripulación en el puerto y volver. Ya caía la tarde. El cielo estaba cubierto de brumas y las luces parecían chocar contra su densidad impenetrable.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su preocupación y se apresuró a abrir, pero no era Magnus. Era Nana. Adriana. Su niñera. Verla allí la llenó de una emoción indescriptible, y la abrazó sin pensar.

—Pasa, ¡pasa! Pero ¿cómo es posible? —Volvió a abrazarla con alegría y la arrastró hacia el interior de la pequeña vivienda—. Queridísima Nana, ¿qué haces aquí?

La miró y su sonrisa se desdibujó al advertir las lágrimas en los ojos de la mujer que, pese a todo, sonrió trémula.

—No te has enterado, ¿verdad? Mi madre ha muerto hace cuatro días, tres días después de Navidad —informó con la voz temblorosa. Jana tuvo que sentarse en una de las sillas de la impresión y señaló otra a Nana para que se acomodase también—. Me llamó un par de días antes, para decirme que no se encontraba bien, y que necesitaba ayuda para atender a los huéspedes de la pensión. Le pedí permiso a tus padres para venir y llegué justo el día de Nochebuena —dijo Nana, aceptando el café que Jana le sirvió—. Ya estaba en cama, delirando en fiebre. Los médicos no saben qué pudo pasar.

—No puedo creerlo. Llevaba varias semanas decaída y muy cansada —dijo Jana, inundada por cierta culpabilidad—. Me pidió ayuda a mí, pero yo he doblado muchos turnos en el hospital, y no podía quedarme sin recibir un sueldo —trató de excusarse, pero se sentía miserable—. No la vemos desde una semana antes de Navidad.

—Lo sé, lo sé —dijo Nana, que palmeó con suavidad el dorso de su mano en consuelo al ver la desolación de Jana—. Mi madre te quería mucho y estaba totalmente enamorada de tu bebé. Hicisteis de ella una mujer mucho más feliz en estos meses.

Compartieron confidencias y pequeñas anécdotas con la calidez que da el recuerdo de un ser muy querido, pero Nana tenía que marcharse.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? ¿Necesitas ayuda en la pensión? —preguntó Jana mientras la acompañaba a la carretera principal donde el último autobús pasaría en un cuarto de hora para llevarla de vuelta a Tromsø.

Kurt dormía tranquilo en su cuna y, si se despertaba, no solía asustarse, acostumbrado a pasar algunos ratos solo—. Tu madre me ha ayudado mucho, a mí y a toda mi familia. Me siento en deuda con ella y contigo.

Nana la abrazó de nuevo y negó con la cabeza, volvió a sonreír.

—Si quieres asistir a su funeral, será en la catedral de Tromsdalen dentro de un par de semanas, aunque entiendo que con el niño se te haga difícil venir —dijo la mujer que la había criado, que elevó la mano con insistencia al ver a lo lejos las luces del autobús—. Lo único es que la pensión quedará cerrada hasta que mis hermanos y yo podamos venderla. Ninguno de nosotros tiene el capital para mantenerla en marcha, y tampoco tenemos interés en venir a vivir aquí. ¿Puedes venir a recoger tus cosas mañana?

Jana se quedó durante unos segundos sin habla. ¿Dónde pasarían el invierno?

—Claro. No queremos molestar en estos momentos tan duros. Hablaré con Magnus —dijo cuando recuperó el aliento ante la noticia—. Mañana o pasado recogeremos nuestras cosas, a más tardar.

Se abrazaron de nuevo y esperó a que Nana se subiera al autobús y se pusiera en marcha. Un frío que no tenía nada que ver con la temperatura gélida exterior la caló hasta los huesos y se abrazó el cuerpo. Se metió en la cabaña y comprobó con un alivio momentáneo que Kurt jugaba en su cuna sin prestarle atención. Lo levantó y lo estrechó entre sus brazos hasta que emitió una protesta. De pronto se le vino el mundo encima.

—Magnus, ¿dónde estás? —murmuró.

Jana montó en cólera en cuanto percibió el hálito alcohólico de Magnus al entrar por la puerta con aspecto agotado. Primero fue el alivio, después la gratitud por tenerlo al fin en casa, pero percibir su mirada esquiva y la frialdad de su abrazo acabó por sacarla de quicio.

—¿De dónde vienes? ¡Son más de las diez de la noche! Ahí fuera hace veinte grados bajo cero, ¿se puede saber dónde estabas? —inquirió con los brazos en jarras, furiosa por su pasividad—. ¿Y vienes borracho? No puedo creer que vengas borracho.

Magnus la miró sin responder. Estaba agotado. Tenía las pestañas cubiertas de hielo y se quitó las botas y la pesada chaqueta de piel en la entrada.

Despegar los labios le generó un dolor lacerante y jadeó. Se desplomó sobre una de las sillas de madera y se quitó los calcetines para examinarse con cuidado los dedos. No. No estaban congelados, pero un color rojizo y oscuro evidenciaba la mala circulación.

—¿Estás bien? ¿Pongo agua a calentar? ¡Magnus, dime algo! —arremetió de nuevo Jana, esta vez preocupada. Se arrodilló frente a él y comenzó a frotarle los pies desnudos entre las palmas de las manos.

—Jana —graznó—. Por favor, déjame respirar.

Ella asintió. Envolvió sus pies ya más calientes en una manta de lana y se levantó a calentar el café. Magnus la miró agradecido y confortó sus manos frías en el latón de la taza. Kurt reclamaba su atención llamándolo desde la cuna y Jana lo dejó en el suelo. Gateó a toda velocidad, se alzó sobre sus rodillas y sonrió con adoración.

—Tú y yo vamos a pasar más tiempo juntos —murmuró en voz baja, más para sí que para él.

Pero Jana la cazó al vuelo y se sentó en la otra silla frente a él.

—¿Qué quieres decir? ¿No vas a embarcar?

Magnus sonrió con tristeza al percibir el tono esperanzado. Ella lo quería allí, y seguramente estarían mejor juntos, en Kristtorn, sin separarse. A Jana le costaba cada vez más el tiempo que pasaba embarcado, aunque solo fuese una semana. Quizá todo aquello era para mejor.

—No. No me han enrolado en la tripulación del *Svetlana* —dijo él sin esconder la preocupación de su mirada celeste—. Me he quedado sin trabajo, Jana. Ninguno de los pesqueros tiene sitio para mí.

Ella sonrió y lo cogió con fuerza de la mano. Su alegría acabó por contagiarlo y comenzó a reír también.

—Sé que no debería, sé que querías estar en ese barco —dijo Jana, abrazándolo con fuerza. Kurt protestó airado al quedar atrapado entre los dos—. Pero me alegro tanto, tanto...

Unas lágrimas rodaron por las mejillas de Jana y el alivio que encerraba su suspiro sorprendió a Magnus por la excesiva conformidad con la que se

tomaba su despido. Quizá debió esperar a darle otra mala noticia, pero era mejor que los dos enfrentaran aquella nueva etapa con toda la información.

—Magnus, no podemos volver a la pensión del Brezo —dijo en un hilo de voz. Se secó la cara con las manos y clavó la mirada en él—. La señora Vinter falleció justo después de Navidad. Nana, su hija, la que me crio en Oslo, ha venido a darme la noticia esta tarde. —Tomó aire un momento y cerró los ojos. No quería enfrentar la idea de quedarse sola en Kristtorn con Kurt, pero ahora estarían todos juntos y sería mucho mejor—. Ella y sus hermanos van a vender la casa, y hasta que eso ocurra, estará cerrada.

Tendremos que quedarnos aquí o buscar otro lugar.

—Lo siento mucho por la señora Vinter —se lamentó Magnus, conmovido de verdad—. Era una buena mujer y echaremos de menos la comodidad que nos ofrecía. Pero nos arreglaremos.

No añadió que aquello no cambiaba demasiado las cosas porque, de todas maneras, no tendrían con qué pagarle.

## *Statoil*

Cuando Jana se marchaba en el autobús al hospital, comenzaba su jornada de trabajo en Kristtorn. Levantaba a su hijo, compartían un desayuno de gachas de avena caliente y leche, se vestían bien abrigados e iban al cobertizo a trabajar. Esta vez, a embalar en la turbina. Ya estaba lista. Y había tomado una decisión: venderla. Necesitaban el dinero para irse a la ciudad. La pensión más barata doblaba con creces lo que le habían pagado a la señora Vinter, ahora apreciaba todavía más su generosidad. Esperaba sacar un buen dinero por ella. En piezas, aunque muchas fueron de segunda mano, conseguidas en un desguace o regateadas de viejos motores de barco de aquí y allá, había más de cinco mil coronas.

—Vamos, hijo.

Cogió a su hijo en brazos y caminó por la nieve hasta la casa de Hilde. Lo había hablado con Jana. No le gustaba demasiado, porque cuando no estaba enfermo uno de los niños, estaba el otro. Todos moqueaban o tosían, aunque aguantaban bien el tirón del invierno. Además, no les quedaba otra. Magnus tenía que llevar a Tromsø la turbina y para ello necesitaba la ayuda y el carro tirado por el caballo de Fred.

La cargaron con esfuerzo entre los dos.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó su amigo.

—Venderla. No me queda otra. Servirá para que alguna granja o conjunto de casas consigan electricidad.

—Muchas tienen ya generador —dijo Fred dubitativo.

—La gracia de esto es que no necesita combustible. Si hay un salto de agua, bastará para producir electricidad —explicó Magnus con entusiasmo.

Era una de las maravillas de aquel aparato—. Adiós al gasto de gasolina.

—Suená bien. Quizá debería comprártela yo.

Disfrutaron de aquella hora de camaradería entre risas y charla. Era bueno salir un poco de la casa. Le encantaba cuidar de su hijo, le leía cuentos,

jugaban durante horas y se habían unido mucho, pero después de dos semanas, notaba la desazón que provocaba la falta de trabajo. Poner su mente a buscar desafíos, a funcionar. Cada día se acercaba hasta la ciudad con su hijo en brazos y buscaba una alternativa. Nunca había nada. La crisis azotaba con fuerza el sector pesquero y él solo era un damnificado más.

El único sitio que se le ocurrió para vender su turbina era la ferretería industrial del puerto donde había comprado la mayoría de las piezas. El tendero, un hombre afable y entendido, examinó su creación con ojo crítico.

—¿La has probado? ¿Funciona? —preguntó con cara de duda y haciendo girar el rodete.

Magnus asintió con una amplia sonrisa.

—A la perfección. Solo necesita una pequeña instalación, yo mismo estaría dispuesto a hacerla —se apresuró a aclarar—. Daría luz suficiente a un par de granjas. Más, si el caudal de agua es importante.

El hombre se rascó la cabeza por debajo de la gorra transpirada y compuso un gesto fastidiado.

—Es una pena. Yo mismo te la habría comprado. Pero ¿no sabías que van a instalar el tendido eléctrico a las afueras de la ciudad?

Magnus recibió la noticia como un jarro de agua fría. La electricidad llegaba a Kristtorn. El dinero del petróleo por fin comenzaba a notarse, y tendría que estar contento.

—¿Y a las granjas más alejadas, hacia el interior? —aventuró con un tinte impaciente en su voz—. No puede ser tan rápido.

—Lo cierto es que sí, los postes hacia el sur de la isla principal ya están instalados. En un par de meses llegarán hasta Kristtorn —dijo el hombre, que pareció entender de pronto su urgencia—. De todas maneras, es una buena alternativa si el tendido eléctrico falla. Al menos en verano.

Magnus apretó los dientes. Claro. En invierno, los cauces de agua se congelaban y la turbina no funcionaría.

—¿Puedo ponerla a la venta aquí? Te daré una comisión —dijo Magnus, dándose por vencido. Estaba claro que el tendero no se la iba a comprar—. Si la dejas a la vista, quizá alguien se interese por ella.

—¿Por qué no la pones en tu casa? —preguntó el hombre, intrigado.

Magnus no quería dar explicaciones, pero tampoco tenía ninguna razón

para negarse y le estaba pidiendo a aquel hombre un favor.

—No tengo dinero para hacer la instalación eléctrica ahora mismo. Quizá más adelante, pero ahora no.

El hombre asintió, comprensivo. Eran muchos los que estaban pasando estrecheces por aquellos días. Se generaba una dicotomía económica entre los que se aventuraban a trabajar en las plataformas y los que sufrían la crisis de la pesca. Magnus se marchó de la ferretería hacia el centro y pasó por delante de una oficina de las plataformas petrolíferas. Aún no tenía nombre, pero todos se referían a la empresa que gestionaba los recursos del petróleo como la Statoil.

Reconoció algunas caras, un grupo de hombres se arremolinaba frente a otro que daba un discurso encendido sobre los beneficios de trabajar allí.

Repartía algunos folletos y Magnus se encontró con uno entre las manos. Lo miró de reojo y soltó una risotada despectiva ante la palabrería y las promesas de una vida mejor.

—¿Qué ocurre, amigo? ¿No quieres mejorar tus condiciones de vida? —lo provocó el orador, ante el jaleo de los hombres que lo rodeaban—. ¿Qué es lo que no te gusta? ¿Las jornadas de trabajo, los gastos pagos por completo en la plataforma y en tierra o las sesenta mil coronas de sueldo bruto al año?

Magnus tragó saliva. Sesenta mil coronas. Aquello era diez veces más de lo que cobraba en el pesquero. Titubeó, no quería que le llenasen la cabeza de pájaros.

—Dicen que es un trabajo duro —acabó por decir, interesado a su pesar—. Y que muchos no vuelven.

Los hombres se pusieron de su parte y ahora lanzaban imprecaciones al orador.

—Necesitamos hombres fuertes, que aguanten la presión bajo condiciones adversas. Es un lugar peligroso, sí. Pero muchos de vosotros habéis trabajado en alta mar —dijo el hombre, que parecía crecerse ante las dudas—. Esto es más duro, más extremo y más difícil que cualquier otro trabajo que hayáis enfrentado antes. A cambio, podréis tener un futuro.

Un futuro.

Volvió a la ferretería sin demasiadas esperanzas y el tendero lo saludó con una sonrisa efusiva.

—¡Tengo noticias! Un granjero de Sandoy podría estar interesado en la turbina. Te ofrece tres mil coronas.

Magnus negó con desilusión.

—Es poco. Muy poco. No cubre ni el gasto que he hecho durante todos estos meses para conseguir las piezas. —Apretó los puños a ambos lados del cuerpo para controlar su frustración—. ¿No puedes apretarlo algo más?

—No creo que pueda conseguir más que unos pocos cientos de coronas, Magnus. La electricidad acabará llegando a todas partes —le advirtió el ferretero con expresión reveladora—. Es una buena oportunidad.

Pasó de nuevo por la Statoil. La reunión ya se había terminado y los folletos yacían desperdigados por el suelo y por las mesas.

Recogió varios y se los llevó a casa.

Las vidrieras coloridas de la catedral del Ártico reverberaban con las notas potentes del órgano de la marcha fúnebre de Chopin. Jana se estremeció, sentada junto a Magnus, mientras el párroco oficiaba el funeral. Habían pasado ya dos semanas desde la muerte de la señora Vinter y por fin su familia podía decirle adiós.

—Esta música es tétrica —murmuró con cierto disgusto—. A Bente no le gustaría vernos así de tristes y serios.

Magnus la miró con gesto resignado, mientras intentaba mantener quieto a Kurt sobre su regazo. Odiaba todo lo que tuviera que ver con la Iglesia, había pasado gran parte de su infancia encorsetado en una férrea educación, y cuando pudo escapar de todo aquello a los quince años, juró que jamás tendría nada que ver. Pero Jana se lo había pedido y no había sido capaz de negarse.

El sacerdote contó varias anécdotas sobre la señora Vinter, recordó su aporte a la comunidad, y sus hijos agradecieron a todos su asistencia. La pensión del Brezo formaba parte del paisaje de Tromsø y la ciudad no sería lo mismo ahora que echaba el cierre.

Y para ellos tampoco.

Jana cogió a su hijo en brazos y se acercó hasta el altar. Los ojos llorosos delataban a los familiares de Bente.

—Lo siento mucho, Nana. No sabes cuánto nos ha ayudado tu madre en este tiempo que llevo aquí —dijo con emoción. Se acercó a ella y bajó un poco la voz—. No sé qué vamos a hacer sin ella el resto del invierno.



La mujer le hizo unas carantoñas al pequeño y sonrió con tristeza.

—¿No has pensado en volver a Oslo? Tu madre te recibiría con los brazos abiertos sin dudar. Y tu padre. —Se detuvo unos segundos y clavó los ojos en ella—. Te echa muchísimo de menos y se muere por conocer a su nieto.

Pero ya sabes cómo es, su orgullo le impide pensar con claridad.

—No volverá. Nosotros también tenemos nuestro orgullo —contestó Magnus por ella con tono abrupto. Jana se sorprendió del rencor que desprendían sus palabras—. Aquí tenemos todo lo que necesitamos, ¿verdad, Jana? No queremos su dinero. Ni su caridad.

Nana no contestó, tan solo esbozó una sonrisa reservada. Jana se apresuró a saludar al resto de familiares y el momento incómodo pasó. De nuevo, no le diría nada del sobre, esta vez solo con unos pocos cientos de coronas, que su madre le había hecho llegar a través de Nana. Odiaba mentirle. Pero odiaba más aún herirlo en su dignidad.

Aquel dinero no duró mucho.

Jana trabajaba a destajo en la maternidad. Además de su turno asignado, hacía sustituciones siempre que podía, pero su sueldo era el de una enfermera matrona recién titulada. Aquella tarde, después de recorrer el camino desde el puente hasta su casa con la nieve hasta las rodillas, pese a que por la mañana Magnus lo había dejado despejado, se desplomó sobre la mecedora frente a la chimenea.

Magnus puso a Kurt en su regazo y la besó en la frente y en los labios.

Esbozó una sonrisa débil y lo retuvo del cuello para abrazarlo con fuerza.

Tenerlo cerca era lo que le daba fuerzas para continuar.

—He preparado salmón con patatas y hay pan recién hecho de Hilde —dijo él, señalando la mesa ya puesta—. Sé que llevamos comiendo lo mismo toda la semana, pero no quiero que las patatas se echen a perder.

Era un hombre acostumbrado a las labores de casa porque vivía solo desde adolescente, y no le importaba cuidar de ella y del bebé. Jana sabía que muchos hombres no se dignaban ni a recoger una taza ni a lavarle la cara a un niño. Entre ellos, Fred.

Jana asintió y una compulsión por comer un guiso de ternera, un codillo de cerdo o incluso un pollo al limón, que era de los platos favoritos de su madre, la llevó a picotear con desgana el pescado. Era sabroso y Magnus lo

preparaba bien, pero si seguían comiéndolo todos los días, acabaría por aborrecerlo.

—Necesitamos carne —dijo preocupada. Miró a su hijo, que comía parloteando con las manos en la sillita alta que Magnus había construido para él—. Kurt necesita hierro, está en el momento más importante para evitar la anemia. Y más frutas y verduras. ¿No hay nada que podamos trocar?

Magnus apretó los labios. No pensaba que Jana fuese desagradecida, era solo que no estaba acostumbrada a la precariedad. Además, tenía razón. Un nudo de preocupación atenazó su estómago.

—He puesto la turbina a la venta, pero la única oferta que he recibido tan solo cubre el gasto de las piezas —informó, intentando que su voz sonara ligera—. Espero que surja una oferta mejor. Quizá tengamos que vender el anillo de mi madre.

—No —dijo Jana, categórica—. Es un recuerdo maravilloso que tienes de ella. Debes conservarlo, pero ¿no habías hecho un trabajo en casa de Hilde y Fred?

—Sí, pero ellos tienen cuatro hijos, Jana. No van a prescindir de la comida en mitad del invierno. —Ella asintió, claro que lo entendía—. Al menos tendremos pan recién hecho durante todo el mes.

Se desplomó en la mecedora, abatida. Magnus odiaba verla así. Ojerosa, con la piel ya translúcida por la falta de luz. Demacrada. La delicadeza de sus manos había desaparecido y ahora estaban curtidas y enrojecidas por los sabañones. Una oleada de humillación lo inundó. No podía darle la vida a la que estaba acostumbrada. Pero lucharía hasta la muerte para darle una vida mejor.

—Mañana nos vamos de caza —dijo de pronto.

Jana dejó el tenedor en el aire con el trozo de patata y lo miró interrogante.

—¿Vas a cazar liebres?

—No. Vamos a cazar algo más gordo. Pero necesito que me ayudes.

Dejaremos a Kurt con Hilde y Fred y conseguiremos carne para lo que resta del invierno.

—¿De verdad? —dijo Jana emocionada y con una sonrisa. Adoraba la luz de sus ojos verdes cuando sonreía así.

—Ya lo verás.

Se levantó un día prístino, sin viento, y muy frío. La nieve estaba congelada y crujía bajo las pesadas botas. Ambos llevaban unos crampones improvisados para no resbalar en el hielo y estaban abrigados de la cabeza a los pies. Habían salido cuando todavía estaba oscuro y solo el haz potente de la linterna de emergencia rompía la negrura de la noche polar.

—Vamos, Jana. Nos queda un buen trecho —advirtió, divertido, al ver que ella seguía fascinándose con las auroras boreales, pese a haberlas visto muchísimas veces tanto el invierno anterior como el actual—. Sé que es un espectáculo precioso, pero tenemos que seguir.

—Nunca había visto una aurora de color morado —dijo ella, arrobada ante el baile de luces en el cielo—. Podría quedarme mirándola durante horas.

—Cuidado con la belleza del Ártico, Jana. Es peligrosa. Y puede matar.

Ella se volvió, espantada con sus palabras. Pero Magnus dirigió la linterna a una profunda grieta en la nieve, a pocos pasos de adonde Jana se dirigía sin mirar.

Aceleraron el ritmo. Los dos se acompañaron al ritmo del otro y caminaban sin hablar, sin prisa, pero cubriendo el terreno con rapidez. Magnus arrastraba un trineo sami con las escopetas, la munición, los cuchillos, las cuerdas y un enorme plástico. Cuando llevaban caminando más de dos horas, hicieron un alto y compartieron un bocadillo de arenques con un café.

No fue hasta poco después de despuntar el alba que Magnus divisó la cornamenta de un reno. El pelaje blanco se mimetizaba con la nieve a la perfección; pacía en un alto, apartando el hielo con el hocico para llegar a las briznas de hierba, y estaban a contraviento.

—Es precioso —murmuró Jana.

—Es carne —susurró él con una sonrisa divertida. Se llevó el índice a los labios y la mandó permanecer en silencio.

Las escopetas estaban preparadas. Desanudó el arnés que lo ataba al trineo y con movimientos pausados se quitó la pelliza. Jana permaneció inmóvil a su lado, no podía apartar los ojos del animal. Se movía majestuoso sobre la nieve y parecía tener hambre, porque hociqueaba con impaciencia para comer el musgo y la hierba agostada. La piel era de un blanco radiante, salvo en las patas y en torno a los cuernos, en que se tornaba gris.

El silencio se hizo de pronto casi palpable, hasta los pájaros habían

dejado de gorjear, la naturaleza se sumergía en un estado de alerta y el reno alzó la cabeza, inmóvil, como si conociera su destino. Jana fue consciente del propio latido de su corazón y de su respiración inaudible. El tiempo y el espacio se suspendieron en una pausa ancestral, y percibió con claridad el movimiento del índice de Magnus al acariciar el gatillo.

Fue un gesto inconsciente.

Golpeó con un manotazo el cañón de la escopeta, el tiro levantó un surtidor de hielo que se elevó varios metros sobre la nieve y el estampido atronador provocó la huida del reno, la desbandada de los pájaros cobijados en los árboles vecinos y una algarabía de trinos indignados hasta que se hizo el silencio de nuevo.

—¡Estás loca, Jana! —gritó Magnus, enfurecido. Sus ojos celestes se abrieron, desconcertados, y tiró la escopeta al trineo. Se abalanzó sobre la otra y quitó el seguro. Apuntó, pero el reno galopaba ya fuera de su alcance.

Se volvió hacia ella, enfadado—. ¿Sabes lo peligroso que es lo que acabas de hacer?

Farfullaba más que hablaba, cubriendo a Jana de imprecaciones. Ella tartamudeó, sorprendida de su reacción desproporcionada.

—No podía, Magnus. ¡No podía verlo morir! —intentó explicar, consciente de lo irracional de sus palabras—. ¡Es tan hermoso! ¿No podemos cazar algo más pequeño? ¿Una liebre?

Él la miró, negando con la cabeza con incredulidad.

—Hemos perdido la carne para todo lo que queda del invierno, Jana. Y la piel blanca es muy valiosa. ¿No lo entiendes? —dijo entre dientes. Pudo ver el esfuerzo que hacía para no perder el control. Leyó la desesperación y el pánico en su mirada, y a través de sus ojos intuyó la magnitud de lo que realmente significaba su acción—. Esto no es un capricho, no cazamos para divertirnos, ¡cazamos para sobrevivir!

Magnus la miró con otros ojos. Jana no pertenecía al Norte. Se bebió su rostro angelical, los labios sonrosados que, de tan generosos, parecían no cerrarse en el centro y exhibir un beso perpetuo solo para él. Los ojos verdes y heridos ante la dureza de sus palabras, brillantes por las lágrimas. La capucha de piel, con el halo de armiño, que enmarcaba sus facciones de niña de ciudad. Pero el amor no bastaba.

Cuando llegaron de vuelta a la cabaña, no habían intercambiado más que un par de palabras. Kurt se trajo de casa de Hilde y Fred unos mocos transparentes y una tos pertinaz. Jana cayó desplomada en el camastro, presa del agotamiento. Fue él quien encendió la cocina y la chimenea, quien le dio de cenar a su hijo y lo preparó para dormir. Cuando se acomodó junto al cuerpo tibio y laxo de Jana, ella lo rodeó con sus brazos y se recostó en su pecho.

—¿Qué vamos a hacer, Magnus?

No pudo verlo, pero en sus ojos celestes brillaba la determinación.

—Mañana iré al pueblo a vender la turbina. E iré a enrolarme para trabajar en las plataformas de la Statoil.

## El viejo Clyde

Los primeros días hubo tanto trabajo en el hospital y en casa que Jana no tuvo tiempo para pensar demasiado en la marcha de Magnus. Estaría en algún punto del mar del Norte, en una plataforma, y no se verían hasta dentro de tres meses. Ese era el periodo que habían acordado. Reuniría el dinero suficiente para la entrada de una casita en Tromsø y se desharían de la cabaña de Kristtorn. Solo pensar en ello le destrozaba el corazón.

Pero con el paso de las semanas, dominada ya la rutina, tenía más tiempo para pensar.

Ya no se dormía en los viajes de ida y vuelta en el autobús, amodorrada por la calefacción, el agotamiento y la falta de sueño; un sentimiento de inconformidad germinaba en ella como una molestia sorda. ¿Por qué cobraba tan poco siendo matrona? No era, ni de lejos, el salario que cobraba el médico obstetra. Y ellas hacían todo el trabajo duro.

—Bienvenida a un mundo de hombres —le había dicho Elke al escuchar sus quejas—. Estamos luchando por mejorar nuestras condiciones laborales.

¿No te quieres syndicar?

Jana se lo pensó. Era cierto. En el hospital se advertían también vientos de cambio y las enfermeras y matronas se arremolinaban en reuniones de discursos encendidos sobre el papel de la mujer en Noruega y los deseos de libertad. Pero ella no tenía tiempo ni fuerzas para esas cosas.

En cuanto llegaba a casa, tenía que hacerse cargo de Kurt.

El cuidado de Hilde era correcto, aunque demasiado permisivo en cuanto a horarios, higiene y alimentación. Le venía bien quedarse con otros niños, pero a sus casi diez meses estaba aprendiendo malos modales de la pequeña Sigrid: tiraba la comida al suelo cuando no quería más y lloraba y pataleaba con fuerza para que le prestasen atención.

—No te preocupes, es la edad. Pronto cumplirá un año y quiere ser un señorito independiente —dijo Hilde al ver la desesperación de Jana

intentando ponerle la cazadora para marcharse a su cabaña—. Aquí se porta muy bien.

—Pues en casa está insoportable —se lamentó ella, limpiándole los mocos verdosos que caían de su nariz mientras Kurt giraba la cabeza a toda velocidad, defendiéndose de los hábitos de limpieza de su madre—. ¿Tienes más hojas de eucalipto? Por las noches tiene muchísima tos.

Hilde se alejó un momento hasta el cobertizo y Jana observó con ojo crítico el desorden reinante en la cabaña. Era bastante más grande que la de Magnus, pero eso no parecía ayudar. Sin poder evitarlo, se puso a recoger y doblar la ropa esparcida por el suelo con disgusto.

—Aquí tienes —dijo su vecina al cabo de un rato, con un grueso manojo de hojas de eucalipto aún colgadas de los tallos—. Ponlas a hervir con poca agua para que los vapores sean más potentes. Y dale friegas en el pecho con Mentholatum. Así respirará mucho mejor.

Sonrió, agradecida. Ella era enfermera matrona y sabía mucho de recién nacidos, pero Hilde era lo más parecido a un pediatra que tenía cerca, y su experiencia con cuatro hijos era ley. Aunque su casa se pareciera a las imágenes que veían en la televisión de la guerra de Vietnam.

Gracias a los vapores de eucalipto y al jarabe de láudano, Kurt durmió un poco mejor. Aquella mañana libraba, así que se sintió un poco culpable cuando lo dejó igual que siempre en casa de Hilde y cogió de nuevo el autobús a la ciudad. Necesitaba despejarse un poco. Sacudirse esa especie de rencor que sentía contra todo y todos, y ver un poco de civilización más allá del hospital. Volvería cuando acabase el turno de la tarde, sobre las diez de la noche, así que tenía todo el día para distraerse y disfrutar.

Ahora el autobús hacía ocho viajes al día, facilitando mucho la vida de los habitantes desperdigados del norte de la isla. Se sorprendió al ver a unos hombres picando el asfalto en el arcén, ¡la carretera no tenía ni un año!

—¿Qué están haciendo? Van a destrozar los arcenes. —Se inclinó hacia delante en su asiento y le preguntó preocupada al conductor.

—Son los postes del tendido eléctrico, señorita. Dentro de muy poco, todas las islas tendrán luz —dijo con una sonrisa en el rostro afable—. Incluidas Kristtorn, Sandøy y Musvær.

—Así que es cierto —murmuró Jana, esperanzada.

La electricidad significaba progreso, una vida más fácil. Las cosas estaban cambiando. Solo era cuestión de esperar.

Aunque los recuerdos de su vida en Oslo volvían a ella con mayor frecuencia de lo que le gustaría.

Vagó por la ciudad bajo una nevada serena. Estaba tan acostumbrada a las celliscas ventosas de Kristtorn que hasta le parecía un tiempo benigno. Las calles estaban cubiertas de sal y las aceras se mantenían más o menos despejadas, de manera que no era difícil caminar. Admiró desde fuera los escaparates de las tiendas de ropa, de las perfumerías y las droguerías. Al pasar delante del cine pensó seriamente en comprar una entrada e ir a ver sola *El violinista en el tejado*. La radio no paraba de hablar de la maravillosa película que era, los paisajes magníficos de Rusia, la historia desgarradora de la diáspora judía y el esfuerzo de una familia con cinco hijas casaderas para salir de la pobreza. Suspiró. Hacía casi dos años que no iba al cine. La última vez, en Oslo con Lars.

El trabajo en maternidad la mantuvo entretenida y sin tiempo para pensar en nada, pero de vuelta en el último autobús hacia Kristtorn, la invadió un profundo sentimiento de culpa. Había dejado solo a Kurt durante todo el día.

El rencor sustituyó a los remordimientos, ¿acaso Magnus no los había dejado solos a ambos para irse a trabajar? Enseguida se apresuró para apartar aquella inquina que la desconcertaba. No era cierto. Magnus se había marchado para mejorar sus vidas. Pero era cada vez más complicado para ella mitigar la sensación de aislamiento y soledad.

Caminó por la nieve presa en sentimientos contradictorios. Se moría por abrazar a su hijo y, a la vez, aborrecía el momento en que llegaría a la casa desierta y tendría que ponerse a trabajar en las labores del hogar. Magnus sostenía con su amor y su esfuerzo la dureza de aquella vida. Y por amor, ella también tendría que aguantar.

—Está un poco peor de la tos —dijo Hilde, preocupada. Jana notó que, a aquella hora de la noche, la casa estaba bastante fría—. Le he dado un poco de láudano, pero no me atrevo a darle más.

Jana cogió a su hijo en brazos y estudió su rostro con preocupación. Sus ojos estaban socavados por un cerco grisáceo. Sería por el esfuerzo de toser.

No sirvieron los vapores, ni las friegas. No se atrevió a usar más láudano,



pese a que sabía que lo ayudaría con la tos. Pasó la noche desvelada, y cada acceso de tos le dolía a ella en el pecho. El pequeño crispaba el rostro en una duermevela llorosa y no quiso comer.

En vez de llevarlo a casa de Hilde, lo abrigó sin quitarle el pijama, y caminó con él en brazos hasta la parada del autobús. Hoy no podía ir a trabajar, no con el niño así.

—¿Puede alguien entregarle este sobre a la jefa de matronas, Elke Bodo, en la maternidad del hospital? —Se subió al autobús, pero no pagó el viaje. El conductor esperó con paciencia a que alguien contestase—. Es muy importante, por favor.

—Yo. Yo voy al Sant Jakob —dijo un hombre, de no muy buena gana—. Yo llevaré el sobre.

Jana suspiró, aliviada. Se acercó hasta su asiento y le tendió la carta. El hombre, a su pesar, sonrió.

—Muchísimas gracias. Mi hijo está enfermo y necesito avisar de que me quedaré a cuidarlo —explicó a toda prisa—. Me ha evitado usted un viaje hasta Tromsø con él así.

El hombre se asomó a ver el rostro envuelto en un grueso gorro de lana de Kurt, que dormía agotado.

—No se preocupe. Le llevaré el sobre a la jefa Bodo. Pierda cuidado, y espero que su hijo se ponga bien.

Agradeció también al conductor y se bajó del bus con una sensación de esperanza. En aquella zona era importante que se ayudasen unos a otros, pero aquel hombre desconocido le había hecho un enorme favor.

Caminó hasta la casa de Hilde con fuerzas renovadas. Fred había despejado el camino y no tardó demasiado.

—Llegas tarde —la recibió su vecina, preocupada—. Estaba a punto de ir a buscarte a ver si os había pasado algo.

—Hoy me quedo en casa cuidando a Kurt. Hemos pasado la noche en vela, pero parece que está algo mejor. —Era cierto. Respiraba más tranquilo y sus mejillas tenían un color sonrosado de nuevo—. Estaré todo el día en casa. Si no mejora, lo llevaré al Sant Jakob mañana. Lleva demasiados días con esta tos.

—No te preocupes —la consoló Hilde con una sonrisa—. Estos cuatro

llevan con tos todo el invierno, y no les pasa nada. ¡Ya verás cómo se pone mejor!

Kurt tosía, pero no tanto como la noche anterior. En vez de acostarlo en su cuna, lo acomodó con varias almohadas y cojines tras la espalda y bien arropado, sobre la cama grande. La luz que entraba por la ventana incidía justo sobre su rostro y, aunque algo apagado, estaba tranquilo y jugaba en silencio o dormía, estremecido de vez en cuando por los accesos de tos. Una intranquilidad creciente se cernía sobre Jana a medida que pasaban las horas e interrumpía a cada momento lo que estaba haciendo para poner la oreja sobre su pecho y escuchar su respiración, y la mano en su frente para comprobar su temperatura.

A media tarde recibió algo que no se esperaba. El conductor del autobús se acercó hasta su cabaña y le trajo una carta y un pequeño paquete de parte de Elke. De sus ojos escaparon lágrimas de gratitud.

—La jefa Bodo me amenazó con las penas del infierno si no te lo llevaba —dijo con una carcajada que la reconfortó—. Dice que te tomes el tiempo que necesites para cuidar de tu hijo, que ellas se arreglarán. Y te manda estos jarabes, que le irán bien.

Jana le dio las pastas de jengibre que le quedaban, ni siquiera estaban muy frescas, pero no tenía otra cosa que ofrecer. El hombre se marchó igual de agradecido y masticando las sabrosas galletas de vuelta al autobús.

*Querida Jana, no te preocupes. ¡Ya nos devolverás las horas cuando Kurt esté mejor y tengas a Magnus en casa! Quédate el tiempo que necesites. He hablado con los pediatras del hospital y te mando jarabe de codeína para la tos y Panadol Elixir para la fiebre. Las dosis son una cucharadita cada seis horas como máximo, ten en cuenta que ambos jarabes pueden ser tóxicos a una dosis mayor. Si ves que rechaza la comida, que está muy decaído o le cuesta mucho respirar, quizá tengas que traerlo. Hay una epidemia de gripe en la ciudad y hay varios niños ingresados. Si Kurt se pone peor, no dudes en venir.*

*Con cariño,*

*ELKE*

Gripe. Jana palideció. Esperaba no tener que salir con aquella tormenta de hielo y nieve. De pronto, la carta se le antojó un pájaro de mal agüero. Se sentó de nuevo junto a su hijo y comprobó su frente con el dorso de la mano.

Un acceso de tos, que surgía de lo más profundo de su pequeño tórax, lo sacudió. Estaba segura de que tenía fiebre. Cerró los ojos y puso en orden sus pensamientos, sofocando la oleada de pánico que la inundó. Ahora tenía más armas.

Kurt tomó ambos jarabes sin rechistar, pero ella sabía que era porque no le quedaban demasiadas fuerzas. Al cabo de un rato, se sumió en un sueño pesado y se preguntó si la dosis de codeína sería la correcta para su edad.

Pero la fiebre cedió y su respiración era más acompasada, así que se permitió dormir una pequeña siesta en la mecedora junto a él, vencida por el agotamiento.

Despertó casi dos horas después, alertada por la tos violenta que sacudía a su hijo. Se levantó, asustada por el frío que calaba sus huesos.

—¡Soy una estúpida! —gritó, corriendo hacia la chimenea y la cocina. En ellas solo quedaban unos rescoldos.

—Mamá, mamá, mamá —se quejó Kurt con un hilo de voz.

Se levantó y fue rauda junto a él. La sorprendió la laxitud de su cuerpecito al abrazarlo, como el de un muñeco de trapo.

—Mamá está aquí, mi amor —lo consoló. La tos volvió a azotarlo y Jana lo recostó de nuevo sobre las almohadas, consternada—. Pero tengo que encender el fuego, ¿de acuerdo? Para que no tengamos frío. ¿Me esperas un poquito?

Hizo el amago de apartarse, pero él hizo un esfuerzo por retenerla entre sus bracitos y se echó a llorar. Aquello generó otro ataque de tos.

—¡No! Mamá, mamá —llamaba, llorando. Jana se desasía con delicadeza de él y lo dejó hipando entre toses. Ignoró su vocecita débil y se concentró en lo que tenía que hacer.

Reunió las brasas mortecinas y las cubrió con palitos de leña fina. Las avivó dando aire con un trozo de cartón y, cuando bailaban ya unas pequeñas llamas, puso los troncos de mayor grosor. Hizo lo mismo con la chimenea y volvió rauda junto a su hijo. Se había dormido, pero tosía cada vez con mayor frecuencia. Su respiración sonaba sibilante entre estertores y tardaba mucho en

soltar el aire. Descubrió su pecho un momento y ahogó un gemido, sus costillas se hundían profundamente al inspirar.

—Kurt, despierta, por favor —rogó, envuelta en horror. Lo remeció con suavidad primero, y un poco más enérgica después—. ¡Despierta! —gritó.

El niño solo abrió durante unos segundos unos ojos vidriosos y opacos. No pareció reconocerla. Había comido muy poco, era eso. Desesperada por hacer algo, calentó un poco del caldo que había ido dándole a cucharadas durante el día. El olor salado de la sopa algo aguada la reconfortó y tomó ella también un poco de pie para comprobar la temperatura.

—Vamos, mi niño. Toma un poco de caldo. Vamos —suplicó. Puso la cuchara sobre sus labios agrietados, pero él no hizo el amago de sorber—. Tienes que comer algo, Kurt. Despierta. Despierta. Despierta —repitió en un trance persuasivo.

Kurt abrió los ojos, pero seguía murmurando en su lenguaje infantil ininteligible, sin dar señales de saber que ella estaba allí. Intentó meter la cuchara en su boca ejerciendo algo de fuerza, pero solo consiguió derramar el líquido por las comisuras de su boca exangüe y manchar su ropita.

—Maldición. Magnus, ¿dónde estás? —murmuró, solo a medias consciente de lo que decía.

Miró el paño con el que estaba limpiando a su hijo y tuvo un momento de inspiración. Empapó una de las esquinas en el caldo y lo introdujo entre sus labios. Una succión casi imperceptible la animó a repetir la operación. Lo alimentó con paciencia, con mimo, con cuidado. Los accesos de tos la obligaban a hacerlo muy despacio.

En uno de ellos, Kurt vomitó.

—¡Mierda! —exclamó Jana, presa del pánico ante la masa líquida y herrumbrosa que expulsó. Era sangre, estaba segura. Y ahora exhibía las mejillas de un rojo encendido. De nuevo tenía fiebre.

Pese a que aún no habían pasado las seis horas, repitió las dosis de ambos jarabes. Esperó, mirando el reloj a cada instante, a que hiciera efecto la medicación. Pero el estado de Kurt empeoraba ante sus ojos y tenía que hacer algo. Pronto serían las diez de la noche y pasaría hacia Tromsø el último autobús.

Tenía que tomar una decisión. Vistió a Kurt con las ropas más abrigadas

que encontró y se abrigó ella también para salir.

—Dios mío, ¡ayúdame! —rogó al sentir la fuerza del viento al salir de la cabaña. La linterna entorpecía sus movimientos y acabó por apagarla y guardarla. Abrazó a su hijo, metido en aquella mochila que ya le quedaba pequeña, y se apresuró a llegar hasta el puente, donde estaba la parada del bus.

—¡No, por favor! ¡Aquí, aquí! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones al ver las luces traseras del bus marcharse cuando a ella le faltaban por caminar unas pocas decenas de metros—. ¡Espere, por favor!

Corrió la distancia que la separaba de la carretera agitando el haz de luz para llamar la atención del conductor, pero el autobús siguió su camino, impasible. Se detuvo unos segundos a recuperar el resuello, ignorando el viento que ululaba a su alrededor y el mar cristalizado en la garra del frío. El pecho le dolía al respirar.

—Kurt, hijo, ¡despierta! —lo sacudió, dentro de la mochila. El niño alzó la mirada bajo la luz de la linterna durante unos segundos y dejó caer la cabeza contra su pecho, agotado. Solo se movía cuando lo estremecían los ataques de tos.

No podía quedarse ahí parada. Tenía que moverse o morirían congelados.

Iría a la cabaña de Hilde y Fred. Caminó los pocos cientos de metros y tardó casi media hora. El viento soplaba de frente y amenazaba con tirarla al suelo.

Cada paso era una hazaña y sonrió, aliviada, al golpear la puerta de sus vecinos. Abrieron y Jana tardó unos minutos en poder contestar.

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre salir con este tiempo? —dijo Hilde, poco amiga de andarse con sutilezas—. ¿Le pasa algo a Kurt?

—Casi no responde y tose a cada momento. Ya no le hacen nada ni los vapores, ni el Mentholatum, ni el láudano ni la codeína. —Fue bien consciente de la histeria que teñía su tono de voz—. Casi no ha comido en todo el día, y ahora le cuesta respirar. Tengo que ir al hospital y he perdido el último autobús a Tromsø.

—Ven. Ven junto a la chimenea. Caliéntate un poco. Déjame ver a Kurt —exigió, con una expresión ansiosa en su rostro ajado—. ¡Fuera de aquí ahora mismo! ¡A dormir! —bramó, al ver asomadas tres caritas curiosas y

soñolientas desde la puerta de la habitación—. Fred, tenemos que llevarlos al hospital, mira el color del crío.

Jana no distinguió más que un color algo pálido, le preocupaba más que no consiguiera despertar más que unos segundos cuando lo llamaba. El hombre intercambió unos comentarios ásperos con su mujer, de los que Jana se enteró la mitad porque sentía su cabeza embotada y en una nebulosa por la preocupación. Finalmente, Fred salió e Hilde la hizo sentarse frente al fuego.

—Voy a darle aspirina machacada en agua a Kurt, con mis hijos funciona para bajar la fiebre. Está temblando por la calentura y eso no está bien —informó Hilde, que se movía por la casa trabajando mientras hablaba, con resolución—. En cuanto Fred enganche al carro al viejo Clyde, os vais juntos al hospital. Yo no puedo acompañarte, porque tengo que cuidar de los niños, pero él te llevará. En menos de una hora estaréis allí.

—Gracias, Hilde. No sé qué haría sin ti —murmuró ella, acongojada. Se sentía un cero a la izquierda, desvalida y vulnerable, no tenía ni idea ni de por dónde empezar.

—Puedes dejar de juzgarme y de mirarme por encima del hombro cuando vienes a mi casa —dijo Hilde con tono amargo y sin mirarla—. Sé que no tengo tu educación ni tu belleza, pero soy una buena vecina. Y estoy siempre dispuesta a ayudar.

Jana enrojeció hasta la raíz de los cabellos. No esperaba que se hubiese dado cuenta de la condescendencia que a veces sentía por ella y por Fred.

Ella era peor persona. Mucho peor. No contestó.

Fred apareció frente a la puerta con el viejo percherón tirando de la carretela destartada. El animal agachaba la cabeza, impasible, contra las ráfagas de viento. La espesa mata de crines que tapaba su cuello se cubrió de hielo mientras ella se acomodaba en el pescante junto a Fred. Kurt respiraba entre estertores y siseos, dormido o inconsciente, no estaba segura, retenido por la mochila contra su pecho.

—Quiero que te lleves esto. Es una manta de pieles de reno, cuando vayáis en el pescante, arrópate con ella y tapa también a Fred —ordenó Hilde, alzando la voz para hacerse oír por encima de las ráfagas de viento—. Vuelve sano y salvo, Fred. Ni se te ocurra no volver.

Jana asistió con discreción al beso apasionado que intercambiaron, a la

mirada ansiosa de Hilde al bajar del pescante y envolverse en su chaquetón de piel de reno. Sus ojos revelaban un intensa preocupación. Fred restalló el látigo en el aire y el viejo Clyde emprendió el camino hacia la carretera a paso lento pero seguro, y sin inmutarse por el viento, el hielo o la nieve.

Iban despacio. Muy despacio.

La carretera se mantenía despejada durante el día gracias a la máquina quitanieves, pero hacía horas que había pasado por última vez. El caballo se hundía en el manto blanco hasta más allá de los corvejones y solo las estacas pintadas de rojo que marcaban ambos lados de la carretera impedían que se desviarán de la dirección correcta.

No hablaban. Fred mantenía un silencio obstinado, solo interrumpido por el chasqueo de la lengua o algún grito de ánimo dirigido a su viejo percherón.

Se apretujaban el uno con el otro, con la cabeza hundida en los hombros para defenderse del viento, cobijados bajo las pieles de reno.

—Vamos muy despacio —gimió Jana al reconocer la granja de ovejas que quedaba a poco más de un kilómetro de Kristtorn—. Kurt está peor.

Fred restalló de nuevo el látigo, pero no contestó.

Era cierto. Su respiración había cambiado, era débil y ya no tosía. Y se había hecho más lenta y pausada, pero no de un modo tranquilo. Estaba agotado. Ya no tenía fuerzas para respirar. Jana llevó sus labios a la nariz y la boca de su hijo y se sintió confortada por el aliento tenue que percibió. Al menos su piel estaba caliente, porque ella creía estar al borde de la congelación.

El viento ululaba. La nieve caía. Jana veía los segundos pasar a cámara lenta. Primero la granja de ovejas. Después la casita amarilla que tanto le gustaba. Luego el bosque de pinos y acebos. Luego los prados. Ver las farolas que alumbraban el camino ya cercano a Tromsø le insufló un soplo de esperanza, ya faltaba poco para llegar al hospital.

De pronto, el viejo Clyde se detuvo.

—Maldito animal, ¡vamos, viejo! —gritó Fred, agitando el látigo en el aire.

Pero el caballo no se movió—. Venga, amigo mío. Un poco más.

La tormenta arreció y Jana tuvo que sujetar con fuerza las pieles, que amenazaron con salir volando y dejarlos sin aquel parapeto contra el frío

glacial. El caballo emprendió el camino, titubeante. Se detenía a cada paso y el carro no alcanzaba a rodar. Avanzaba a tirones desmayados. Jana iluminó el rostro de Kurt con la linterna y se volvió hacia Fred envuelta en pánico.

—Kurt casi no respira. —El hombre demudó la expresión de su rostro al ver el color violáceo en torno a los ojos y los labios del pequeño—. Tenemos que darnos prisa, ¡no sé cuánto aguantará! —sollozó.

Un parón brusco casi la hizo salir despedida del carro. Una de las ruedas traseras se había atascado en un agujero del camino. El caballo había caído de rodillas, desplomado sobre las patas delanteras y su morro se apoyaba en la nieve en una postura derrotada. Fred se puso de pie sobre el pescante y azotó la grupa del animal con desesperación. No podían quedarse ahí, o morirían todos congelados. La tormenta de nieve arreciaba en su máximo apogeo y Jana tomó una decisión.

—Recorreré el trecho que me falta a pie, conozco bien el camino —dijo con firmeza. Ahora sabía con certeza lo que tenía que hacer—. Gracias, Fred.

Sin ti y sin Hilde, estaríamos perdidos.

—Vete, Jana. Ten cuidado. Y manda a alguien a ayudarme para sacar la carreta del agujero —dijo Fred, preocupado—. No creo que el viejo Clyde salga de esta.

Jana caminó.

Eran unas pocas decenas de metros, pero tardó una eternidad.

Se aferró al cuerpo de su hijo, ya sin saber si estaba vivo o muerto.

Se aferró a la idea del amor de Magnus.

Se aferró al recuerdo de una vida más fácil, más cómoda, sin la lucha constante por la supervivencia.

A medida que se acercaba a la cruz roja iluminada del letrero de urgencias, en su mente crecía una resolución.

Se dejó caer en el suelo, aliviada, cuando alguien quitó a Kurt de entre sus brazos. Un revuelo de médicos y enfermeras se sucedía frente a ella, pero Jana miraba sin ver. Alguien puso una manta sobre sus hombros y se alejó a toda prisa hacia el grupo que se afanaba en torno a la camilla.

Sonrió entre lágrimas, murmuró una plegaria de agradecimiento y se dejó caer en el vacío negro y sereno que se abrió bajo sus pies.



**1971**

# Stella Polaris

*Mar del Norte, mayo de 1971*

U nos golpes insistentes lo arrancaron de la intensa concentración en la que estaba sumido. Le faltaba el último examen para acceder a la plaza de ayudante de ingeniero. Irritado, levantó la mirada de los complejos ejercicios de matemáticas y dejó de lado el lápiz con el que emborronaba hojas y hojas de papel.

—¡Cómo no! Siempre estudiando, Thoresen —dijo riendo el capataz de su sección en la plataforma—. ¿Qué estás preparando? ¿El título de ingeniero?

Magnus se echó a reír. Estiró la espalda sobre la silla de madera y parpadeó para que sus ojos descansaran. Llevaba en la misma posición varias horas y movió el cuello de un lado a otro con un crujido preocupante.

—Sabes que no puedo acceder a estudios universitarios, pero esto se me da cada vez mejor —respondió con el libro de cálculo en la mano—. Si me esfuerzo, sacaré el grado técnico. Algún día.

—Te esfuerzas demasiado —replicó su superior, consternado. Apoyó una mano fraternal sobre su hombro y apretó con fuerza—. Trabajas de sol a sol, no te permites ni un minuto de descanso y, cuando terminas, siempre te escondes en los libros. —Parecía preocupado de verdad y Magnus apartó la mirada. No le gustaba justificarse, pero sabía que tenía razón—. Nunca vas a la cantina con el resto, te estás ganando la fama de ermitaño a pulso, ¿por qué no te das un respiro y tomas un par de cervezas con nosotros?

—Estaría bien —murmuró él, haciendo girar el lápiz de grafito entre sus dedos ágiles, castigados por el trabajo en las tuberías, las bombas y las salas de máquinas—. Pero no puedo. Tengo que mejorar mi situación. Por Jana, por mi hijo. Por mí.

—No ganas un mal sueldo como ayudante de perforador —rebató su jefe.

—Es cierto, pero no mucho mayor al que ganaba en un buen mes en el barco —razonó Magnus, encogiéndose de hombros—. Necesito que las cosas vayan bien, quiero darle a Jana y a mi pequeño el futuro que se merecen. Que todo esto, los meses separados, aguantar el calor infernal de las tuberías, el frío de los temporales, el aislamiento y el trabajo agotador valgan la pena. —

Se detuvo y miró a los ojos a su capataz, no quería dejar ni la más mínima duda de que seguiría progresando mientras estuviera en su mano—. Tiene que valer la pena. Me cuesta dormir por las noches pensando en mi mujer, me pregunto si mi hijo me ha olvidado porque hace ya tres meses que me marché a la plataforma. A veces hay días que siento que voy a volverme loco con esta maldita sensación de encierro. Tiene que valer la pena —repitió con convicción.

—Magnus, tienes que salir de este agujero, llevas demasiado tiempo aquí —intentó de nuevo su jefe—. Lo habitual es no pasar en la plataforma más de seis semanas y tú llevas más del doble de tiempo. Tienes que salir de aquí.

—Lo haría, pero no quiero perder mi contrato —respondió Magnus con amargura. Pese a todo su esfuerzo, no era más que un trabajador precario—. Si me marcho, pierdo dinero.

—¿Qué quieres decir? —El tono de Mikael se endureció.

—Lo que oyes. No soy asalariado. Mi escasa formación no me da derecho a un contrato decente —explicó con tono mordaz. Mikael era un buen jefe, pero no sabía nada de las trabas burocráticas que asfixiaban a sus subordinados—. Si no trabajo, no cobro. ¿Entiendes ahora por qué necesito avanzar?

—Arreglaré esto, lo prometo —aseguró el capataz antes de marcharse.

Magnus esbozó una sonrisa que intentó ser agradecida, pero que más bien fue una mueca. Solo su constancia y tenacidad lo harían prosperar, no confiaba en las buenas palabras que después se desvanecían en el tiempo o en el muro brutal del papeleo y los requisitos inalcanzables. No bajó a la cantina, pero sí accedió por una de las escotillas de proa a la cubierta exterior; necesitaba aire fresco. Una violenta ráfaga de viento del Norte azotó su rostro, rociándolo con agujas afiladas de agua de mar; la enorme mole de acero y hierro de la plataforma resistía imperturbable los envites del temporal. Se cerró la chaqueta de trabajo y orientó sus ojos hacia el norte. En algún lugar estaba su

hogar, con Jana y Kurt, esperándolo Una urgencia por volver le atravesó el pecho. Una nostalgia desgarradora que jamás había sentido, ni siquiera cuando había perdido a su familia. Se apresuró a volver. Había llegado desde peón hasta ayudante del capataz solo en tres meses. Llegaría mucho más lejos, estaba seguro.

La vida en la plataforma era una mezcla peligrosa de rutina e imprevistos.

La tarea de perforación era tediosa, complicada y llena de detalles técnicos.

Jamás pensó que sus conocimientos de soldadura, hidráulica o física, adquiridos de manera autodidacta, lo ayudarían tanto a medrar, pero había pasado de amontonar mercancía y material en cubierta a soldador jefe en un mes. De ahí, pasaron un par de semanas antes de que Mikael se fijara en él y le ofreciera el puesto de mecánico en la perforadora. Ya habían pasado tres meses y era su mano derecha para todo.

Pero aquella mañana, su semblante lucía serio cuando lo mandó llamar.

Al principio no escuchó nada, la perforadora trabajaba a destajo e iban enfriando la fresa para que no hubiese problemas. El ruido era ensordecedor y todos protegían sus tímpanos con unas gruesas orejeras. También eran obligatorias las gafas y el casco, las botas con punteras de acero y el traje que, aunque tieso y pesado, ya sabía apreciar. Por no hablar de los guantes.

Pese a que sus manos estaban acostumbradas a trabajar duro, toda aquella maquinaria podía tragarse uno de tus dedos en cualquier despiste. Mejor era llevar el guante, aunque entorpeciera los movimientos y no te pudieses rascar.

Un golpe sobre el metal del casco lo puso en alerta.

—¿Qué ocurre? —gritó por encima del estruendo metálico.

—Te llaman desde el puente. Ahora. Yo te sustituiré.

Desde el puente. Donde estaba el alto mando de la petrolera, el capitán y los ingenieros. Tragó saliva. Lo iban a despedir.

—¿Sabes para qué es?

Mikael clavó sus ojos grises y esclavos y negó con la cabeza, preocupado.

Magnus sostuvo su mirada y apretó los labios. No era una buena noticia que su jefe directo no quisiera avanzar nada más.

Dejó su posición a Mikael y, sin despedirse de sus compañeros, se apresuró hasta su camarote. Entró con cuidado, su compañero dormía

derrotado tras acabar el turno de trabajo nocturno. Se adcentó con rapidez y subió la escalera hasta el puente en unas pocas zancadas mientras se calaba el casco hasta las cejas. El corazón amenazaba con salirse de su pecho y no era por el esfuerzo. Una sensación de vértigo lo atenazó cuando todos los rostros se volvieron hacia él al entrar en el puente.

—¿Magnus Thoresen? —preguntó el ingeniero jefe, un hombre canoso y enjuto, con unas gafas metálicas que empequeñecían unos ojos agudos y penetrantes.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

No fue capaz de esconder del todo la ansiedad en su voz. Cuadró los hombros y sostuvo la mirada de aquel hombre.

—¿Es este su examen de acceso a la plaza de ayudante de ingeniero?

Cogió las hojas que le tendían, desconcertado. Frunció el ceño y revisó su firma en todas las hojas.

—Sí, es mi examen. Mi firma está estampada en todo el facsímil. Pueden comprobarlo con mi documentación, si es necesario —dijo sin saber muy bien qué significaba todo aquello—. ¿Qué ocurre? —repitió. Alcanzó a ver que su examen tenía varias anotaciones en los márgenes, pero el hombre retiró las hojas antes de que pudiera leer lo que decía en ellas.

—¿Qué formación tenía usted antes de acceder a la plataforma? —Otro de los ingenieros, Goran Petersen, leyó en la tarjeta identificadora que colgaba del bolsillo de su chaqueta de seguridad, tenía su expediente entre las manos—. Aquí dice que solo cursó estudios hasta bachillerato, con resultados mediocres.

Magnus endureció el gesto. No le gustaba que le recordasen aquello. Le había costado mucho sacar el título a la vez que trabajaba en los pesqueros.

—Así es —respondió, lacónico.

—¿No  
posee  
estudios  
técnicos,  
universitarios,  
cursos  
de

perfeccionamiento...?

—No, señor. Solo los ofrecidos por la petrolera para el acceso a trabajar en la plataforma y los de capacitación en estos tres meses. —¿Dónde querían llegar aquellos hombres? Se alternaban haciéndole preguntas sobre su experiencia y su formación, y parecían evitar algo grave. Preguntó una tercera vez—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estoy aquí?

—Ha hecho usted un examen extraordinario —respondió Petersen, que cerró su expediente y comenzó a darle golpecitos con el índice—. Ha resuelto todos los ejercicios, algunos al alcance de muy pocos. Presenta una lucidez lógico-matemática y una capacidad de improvisación a la hora de resolver problemas muy poco común. ¿De dónde ha sacado la idea de utilizar turbinas para resolver el problema de abastecimiento eléctrico?

Magnus se tomó unos segundos para responder. ¿Había hecho un buen examen? Un punto de luz comenzó a crecer en la negrura de la certeza de su despido.

—Fabricué una turbina para paliar la falta de tendido eléctrico en la isla donde vivo. Si el pequeño caudal de un río era capaz de generar electricidad suficiente para un puñado de casas —se apresuró a explicar al ver que los ingenieros se impacientaban—, ¿qué no podría conseguir la fuerza infinita del mar?

Goran Petersen lo observó con atención, maravillado. ¿Era admiración lo que leía en su rostro?

—Es usted un visionario, Thoresen. Su idea ya se está llevando a cabo, de manera muy experimental, en la central de Kislaya-Guba. ¿Ha oído hablar del proyecto de energía mareomotriz? —Magnus negó con la cabeza, era la primera vez que escuchaba aquella palabra—. Está en el mar de Barentz, al norte de la península de Kola, cerca de la ciudad rusa de Múrmansk. Quizá le gustaría acompañarme algún día.

—¿Cómo dice? —preguntó Magnus, pensando que había oído mal.

—Es usted el nuevo ayudante de ingeniero. El jefe Mikael Piotr ya tiene instrucciones para que pase a formar parte de mi equipo —dijo Petersen con una amplia sonrisa en su rostro—. Firme su nuevo contrato y recoja sus credenciales en la central de Stavanger, váyase un par de semanas a casa y lo quiero aquí de vuelta para ayudarme a resolver problemas. Ese será su nuevo

trabajo.

Magnus asintió, boquiabierto. Estrechó con fuerza las manos que los hombres le tendían y salió del puente con los oídos zumbando y el corazón latiendo acelerado.

Lo había conseguido.

El puesto era suyo.

Y después de casi cuatro meses en la plataforma, por fin volvería a casa y tendría a Jana y a Kurt entre sus brazos.

Volver a tierra después de cuatro meses en la plataforma se le hizo extraño.

La primavera ya despuntaba en el sur de Noruega y, pese a que Stavanger era una ciudad industrial, edificada con rapidez por la necesidad de dar soporte a las necesidades del petróleo, tenía un bonito centro histórico de casas coloridas. Las vistas del fiordo eran bellas, pese a estar salpicadas de industrias que socavaban el azul del mar y el cielo con hierro, humo y metal.

No era un mal lugar para vivir.

—Lo has conseguido, cabrón. Y sabía que lo harías, nunca he visto un hombre tan malditamente obstinado y terco —dijo Mikael con una amplia sonrisa y el brillo del orgullo humedeciendo sus ojos—. Te deseo lo mejor, ya no nos veremos en la perforadora, te librarás de este ruso viejo y gordo y podrás dedicarte a tus números, tus cálculos y tus inventos extraños.

—Pero siempre habrá tiempo para un buen vodka para entrar en calor, ¿verdad, *tovarishch*? —dijo Magnus, abriendo los brazos en gesto de despedida.

Su antiguo jefe lo abrazó hasta triturarle las costillas.

—¡Siempre! Y por fin podremos resolver la duda de si es mejor el Akvavite que el vodka, como tú afirmas —replicó, soltando una carcajada estentórea—. Aunque ya sabes quién va a ganar. Nos veremos en tres semanas, aquí mismo, para volver al infierno.

—Yo no lo veo como un infierno, Mikael —dijo Magnus con gesto más serio—. Es más bien mi salvación. Hasta dentro de tres semanas.

Volvieron a abrazarse y separaron sus caminos. Ya había mandado varios telegramas a Jana, esperaba que alguno hubiese llegado hasta ella a través de las mujeres de los tripulantes del *Valkyria* o del *Svetlana*, o tal vez de Lotte o

Elke en el hospital. Le resultaba extraño no recibir ninguna respuesta, pero las comunicaciones en la plataforma eran muy precarias y Jana no lo tenía nada fácil con el pequeño Kurt.

Se echó el petate al hombro y caminó por las callejuelas de la ciudad hasta el moderno edificio de la oficina central de Statoil, la compañía estatal Noruega recién fundada para gestionar los recursos del petróleo.

Algo apabullado por las oficinas elegantes y los teléfonos que no paraban de sonar, pudo localizar el departamento de personal. Una secretaria que parecía muy eficiente, pero que ni siquiera pudo mirarlo a la cara por estar inundada en papeles, llamadas y un intercomunicador que exigió de ella tres tareas diferentes en los pocos minutos que pasó allí, le tendió un abultado sobre con sus pagas.

—Gracias —murmuró él, antes de alejarse. La mujer, que ahora aguantaba los gritos de un superior enojado a través de un intercomunicador, hizo un gesto de despedida impaciente.

Desde que había desembarcado en el puerto tenía la sensación de que el pulso del país había cambiado, que latía con prosperidad y el empuje del petróleo traía por fin lo prometido. Pese a los avisos de crisis y el desconcierto general, la maquinaria avanzaba de manera arrolladora, sin que no todos se dieran cuenta de lo que significaba su paso.

Noruega se modernizaba, pasaba de ser un pueblo de pescadores, ganaderos y agricultores a convertirse en una potencia económica, tecnológica e industrial. Magnus sonrió al llegar a un rincón algo apartado de toda aquella vorágine y revisó el contenido del sobre. Cuatro pagas que llegarían íntegras hasta su hogar, porque con su nuevo contrato no gastaría ni una sola corona en tierra.

Dispondría de una casa en Stavanger donde Jana podría trasladarse a vivir con Kurt mientras él estaba en la plataforma.

Contaría con el apoyo de otras mujeres en su misma situación.

Estaría más cerca de Oslo y de su familia, a la que había renunciado por defenderlo.

Cerró los ojos para ahogar las lágrimas de felicidad que por primera vez lo embargaban. Lo habían conseguido. Estarían juntos. Y construirían un futuro nuevo en aquella ciudad.



Sus mensajes seguían sin contestación. El anhelo por llegar de vuelta a Tromsø se volvió una dolorosa obsesión en los dos días que tardó en estar de vuelta en la ciudad. La corriente del Golfo no era suficiente para hacer olvidar que estaba de vuelta en el Círculo Polar Ártico y el frío lo golpeó nada más salir de la terminal del aeropuerto. La vista del puente, de la catedral de Tromsdalen, cada relieve conocido y que había añorado durante aquellos cuatro meses se volvió un aliciente más para volver a su hogar.

No bajó hasta el puerto.

Tampoco al hospital.

Cogió un taxi hasta Kristtorn, conteniendo las ganas de exigir al taxista que acelerase sobre el camino ya por completo asfaltado, que volase por encima del puente, que atropellara a todas esas malditas ovejas suicidas que inundaban la carretera y no los dejaban pasar.

Un cielo azul límpido y sin nubes contrastaba con las casitas rojas de su pequeña isla, los colores refulgían con el contraste de la nieve bajo la luz intensa del sol. Pagó al taxista y atravesó el puente a la carrera, dejando abandonadas las maletas llenas de regalos en la pasarela de madera. Corrió los primeros metros con facilidad, pero al llegar al desvío hacia su cabaña, se enterró en la nieve hasta las rodillas.

¿Por qué Fred no había despejado el camino hasta la carretera como habían acordado? Jana no podría pasar con el niño con facilidad. Quizá la nevada había caído aquella noche.

¿Por qué la chimenea no humeaba?

Se detuvo en seco. Algo iba mal. Muy mal.

Los postigos de madera cegaban las ventanas dándole un aspecto lúgubre.

Rodeó la casa con precaución, el manto blanco estaba immaculado. Las únicas huellas eran las que él dejaba al caminar.

Allí no había nadie.

Entró con las garras del pánico estrechando su garganta. La luz rasgó la oscuridad del interior, que olía a cerrado y estaba más gélido que afuera.

La cama y la cuna estaban hechas, con la ropa de cama sin ni una sola arruga. Dio varias vueltas sobre sí mismo para buscar alguna señal de que Jana y Kurt seguían allí.

—No. No. No, no, no, ¡no! —repitió en una letanía desesperada. Se llevó

las manos al pelo de las sienes y aferró un puñado de mechones.

—No están aquí. Se han marchado. Hace semanas. —La voz de Fred estaba llena de una lástima y conmiseración que odió con todas sus fuerzas—. Dijo que volvía a Oslo, que ya no podía más. Dijo que...

—¡Habla! ¿Qué más dijo? —Se volvió y agarró la chaqueta de piel de su vecino por las solapas. Lo agitó con violencia—. ¡Habla!

—Kurt enfermó. Se puso muy grave. Casi no llegamos al hospital con la que estaba cayendo —balbuceó Fred, claramente asustado por su reacción—. Tuvimos que ir con el carro. Perdí al viejo Clyde en aquella tormenta.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Lo zarandeó aún más fuerte, volcando toda su furia y desesperación en aquel pobre hombre, que no se defendía. No reaccionaba. Solo lo miraba con una lástima que sacaba lo peor de él—. ¿Cómo que enfermó? ¿Dónde está Jana? ¿Dónde está mi hijo?

—Magnus, ven a casa. Tómate un té con nosotros. Jana y Kurt no van a volver por mucho que menees a Fred. —Se volvió, sorprendido. Hilde llevaba a su cría pequeña en la cadera y otro mocosito se agarraba a su falda de pana, que reconoció de Jana. El dolor por coger en brazos a su hijo se hizo desgarrador—. Yo te lo contaré todo, pero no sé de qué te extrañas. Jana no estaba hecha para tu vida.

—¡Jana es mi vida! —bramó.

Hilde esbozó una sonrisa a medias triste y a medias mordaz. Cambió a su hija a la otra cadera y apartó de su rostro sucio el flequillo que caía sobre sus ojos.

—Ven a nuestra casa, acércate al fuego y toma un café. Yo te diré lo que quieres saber.

## Cuando cae la venda

Magnus se detuvo en el umbral de la casa de sus vecinos, todavía incrédulo ante la marcha de Jana y su hijo. Pero un sudor helado descendía por su espalda a la vez que la realidad permeaba su entendimiento.

—Pasa, no te preocupes por el desorden—dijo Hilde con voz cansada.

Retiró los platos con restos de desayuno y unas prendas de ropa del respaldo de una silla—. Siéntate aquí, te prepararé un café, tienes cara de haber visto un espectro.

Magnus no se decidía a aceptar el ofrecimiento, un olor rancio, a cerrado, impregnaba la estancia principal de la casa. Las camas estaban aún sin hacer y varios montones de ropa se acumulaban aquí y allá. Dos niños pequeños entraron corriendo.

—¡Mamá, mamá! ¡Tenemos hambre! —dijo el mayor, que arrastraba a su hermano—. Queremos pan, ¡danos pan!

Magnus frunció el ceño ante la voz exigente y chillona. Llevaba allí menos de cinco minutos y ya quería marcharse.

—Pero si acabáis de desayunar —soltó Hilde en un suspiro resignado.

Cogió un trozo de la hogaza, esparciendo migas en el suelo de la cocina sin ningún cuidado—. Vamos, marchaos de aquí y dejadme tranquila. Id a ayudar a papá con la leña. Lo siento —dijo, alargándole una taza de un café fuerte y azucarado—, cada vez se vuelven más ingobernables. Este año tendré que mandarlos al colegio con el mayor.

Magnus no contestó. Solo revolvió el líquido humeante con la cucharilla de latón y alzó la mirada hacia la mujer que había estado con Jana por última vez.

—¿Qué pasó? ¿Por qué se marchó? ¿Qué la hizo abandonarme? —A medida que lanzaba preguntas, su tono de voz se hacía imperativo, demandante—. ¡Habla, mujer!

Hilde no se conmovió ante su tono. Lo miró con los ojos de una vaca

imperturbable que masca hierba a la orilla de un camino. Dejó a la niña, aún apoyada en su cadera, en un pequeño parquecito con barrotes. La pequeña se puso a jugar con unos bloques de madera que reconoció: eran los que había tallado para Kurt. Una lanza de hielo le atravesó el corazón.

—Tu primer error fue traerla aquí. Jana no pertenece a nuestro mundo. La última vez que la vi, cuando vino a dejarnos algo de comida, dinero y cosas para los niños en agradecimiento por salvarles la vida aquella noche, parecía una reina. —Comenzó a hablar con un tono monótono, cansino, ajena al dolor que causaban sus palabras—. Con un abrigo de piel, los labios pintados de rojo y las manos enguantadas. El cuento de hadas que le habías montado no se sostuvo en tu ausencia. Sin ti, Jana sufría. Estaba amargada por la soledad, asustada por la dureza del invierno y resentida por lo que había perdido.

Magnus abrió la boca, sorprendido por la lucidez que demostraba aquella mujer. De pronto, descubría en ella una sabiduría inesperada. Una claridad cristalina ante lo que había ocurrido y que él no había sido capaz de anticipar.

—¿Qué noche? ¿Qué ocurrió? —preguntó con un tono más moderado, pese a que su pecho se desgarraba por la necesidad de saber—. Sigues sin decirme qué ocurrió, Hilde. Te lo ruego, ¿dónde puedo encontrarla?

La mujer sorbió el café y lo miró impassible por encima del filo de la taza.

Se tomó su tiempo. Magnus contuvo las ganas de zarandearla.

—Kurt es un niño débil. Desde que empezó a quedarse en casa, no paró de estar enfermo. Que si mocos, que si diarrea, que si tos... —enumeró negando con reprobación. Señaló a la pequeñaja, que jugaba en silencio, acostumbrada a estar sola en aquel rincón—. No es como los míos. No está acostumbrado a los inviernos de Kristtorn. Llevaba días regular. No paraba de toser durante el día y yo sabía que Jana no dormía por las noches cuidando de él. Incluso se tomó un par de días libres para vigilarlo. —Magnus apretó los dientes ante su relato, le dolió la soledad de Jana, el frío que debió de sentir, la fragilidad de su hijo, que pronto contaría con un año.

—¿Qué ocurrió?

—Una noche empeoró de repente. Jana vino de madrugada, en mitad de una nevada infernal, pidiendo ayuda. Es muy orgullosa, así que te imaginarás lo mal que estaba el crío para acudir a nosotros —dijo Hilde sin variar su tono monocorde y con un encogimiento de hombros—. Kurt ardía de fiebre,

tenía un color grisáceo y casi no podía respirar. Soy madre, tengo cuatro hijos y todos han enfermado, pero jamás los había visto así. Jana estaba desesperada.

—Sigue, te lo ruego. —La voz de Magnus fue un murmullo ahogado.

—Fred enganchó al viejo Clyde al carro y los llevó hasta el hospital. El pobre caballo no aguantó el viaje, murió agotado a mitad del camino de vuelta —prosiguió su relato con un deje de tristeza en su voz—. Fred casi no llega a casa.

—Os pagaré el valor del caballo y del carro, pero ¡dime qué pasó! —La agarró de la muñeca y apretó. Ella lo miró un segundo y acabó por darle golpecitos con la mano enrojecida y agrietada en la suya.

—El crío tenía una neumonía y casi no salió adelante. Estuvo hospitalizado más de una semana, muy grave. Sé que Jana tuvo que pedirle ayuda a su madre, no sé los detalles. —Magnus endureció el gesto y cuadró los hombros con el latigazo del orgullo herido, a la vez que sus ojos se inundaban en lágrimas—. Cuando le dieron el alta, ya no volvió a Kristtorn. Se hospedaron en Tromsø, llegó su padre y se marcharon todos hace unas tres semanas. No sé nada más.

—¿No dejó nada para mí? ¿Una carta, una dirección?

La mujer volvió a negar con la cabeza. Esta vez, le devolvió una mirada llena de lástima y conmiseración. Envolvió su mano con la de ella y la apretó.

—Magnus, esa mujer no pertenece al Norte, jamás debiste retenerla aquí.

Solo dijo que se pondría en contacto contigo más adelante. —Magnus la miró con atención, parecía reacia a seguir hablando—. Dijo... Dijo que cuando se le pasaran el miedo, la angustia y la rabia.

—Me ha abandonado. Se ha ido. —La verdad por fin calaba en él. Y lo hacía con un dolor que jamás creyó posible. Un dolor que lo despedazó por dentro, que arrancó de él el optimismo, su alegría indestructible, su pasión por la vida.

—Se ha ido, sí. Al menos ambos están bien y en el lugar a donde pertenecen —dijo Hilde, encogiéndose de hombros otra vez—. Intentar anclarla aquí fue un error. Marcharte fue el error que mató vuestro futuro.

¿Qué querías que hiciera?

—Que acudiera a mí, que no se rindiese —soltó en un sollozo desgarrador

—. Que no me abandonase.

—Su padre pagó la cuenta del hospital, hizo recoger todas sus cosas de la casa, aunque me lo dejó casi todo a mí, no puedo quejarme —dijo Hilde.

Magnus entornó la mirada, sin poder creer la crueldad inconsciente que destilaban sus palabras—. Los muebles no los quiero, no me caben en la casa, y tampoco necesito la ropa de bebé. Pero a todo lo demás le daremos un buen uso. No nos debes nada.

—Gracias por contármelo.

Su intento de controlar el temblor en la voz fracasó. Se levantó, devastado.

Ignoró la invitación de la mujer para quedarse a comer y caminó de vuelta a su cabaña, tambaleándose, extenuado, por la nieve. Jana se había marchado con su hijo. Jamás dibujó en su mente un panorama tan desolador. Entró al que era su hogar sin reconocerlo. Faltaban la risa argentina de su mujer, los gorjeos infantiles de su hijo, el aroma a pan recién hecho y a salmón, el calor de la lumbre y de sus abrazos. Un torrente de recuerdos entrañables se vertió sobre él al tocar la cuna que había construido con sus propias manos.

Abrió las contraventanas y dejó entrar la luz del sol. Fue peor. Todo estaba ordenado, impoluto, sin vida. La loza de aluminio, apilada junto al fregadero.

La cama hecha, aquel camastro donde Jana y él habían yacido, arrancando gemidos y jadeos el uno al otro, compartiendo una intimidad que sabía que jamás volvería a sentir junto a otra mujer. Sobre la mesa, algo que no había visto en la oscuridad: el anillo de compromiso de su madre y un trozo de papel doblado.

Se abalanzó sobre el pequeño rectángulo con avidez y lo abrió entre los dedos, tembloroso, en busca de alguna pista, alguna noticia, algo que le explicara lo que debía hacer. Un jarro de agua fría se derramó sobre él al ver el contenido. Era un cheque. Con una suma cuantiosa de coronas. Firmado por Matías Jensen.

Ver el trazo arrogante del padre de Jana mutó su tristeza en rabia. Una rabia que lo arrastró en una espiral de ira y odio. Que espoleó su orgullo y su arrogancia al límite. Con voluntad consciente, arrancó el recuerdo del amor de Jana y lo enterró, muy profundo, en su corazón.

—Así sea, Jana —murmuró, rechinando los dientes. Cerró con fuerza el puño en torno a la sortija.

Si ella lo había abandonado era porque ya no lo amaba. No la obligaría a volver, no se rebajaría jamás a suplicar por su regreso.

Pero su hijo era diferente.

Lo quería a su lado. Podría soportar vivir sin Jana, pero no una vida sin Kurt.

Ahora contaba con todos los recursos para reclamarlo a su lado. Y así lo iba a hacer.

No se despidió de sus vecinos. Volvió a Tromsø en el autobús, envuelto en su abrigo y con la gorra calada hasta las cejas para que nadie lo molestase.

No fue capaz de quedarse en la cabaña, estaba demasiado impregnada de memorias felices que ahora eran un espejismo. Dejó pasar de largo el hospital, aunque echó una mirada ansiosa hacia el enorme edificio. Quizá Lotte o Elke podrían darle más noticias. Apartó la mirada con rencor. No necesitaba más noticias. No quería saber más. Pasó frente a la antigua pensión del Brezo con una punzada de dolor. Allí fue donde Jana había comenzado a desmoronarse. Donde él mismo supo que no aguantaría mucho más. No supo verlo, se negó a aceptarlo. Había puesto a Jana contra las cuerdas de toda su crianza, su educación, el amor a sus padres. Y ella no lo había soportado.

Dejó su equipaje en el hotel Viking; no conocía otro hotel dentro de la ciudad. Era un despilfarro, pero no pensaba quedarse mucho tiempo. Dejó su equipaje en la habitación y se dirigió hacia el centro preso de una fría determinación. Adelantaría su billete de avión a Stavanger, se buscaría un buen abogado para asesorarse y recuperaría a su hijo. Costara lo que costase.

Y Jana...

Cerró los ojos con fuerza para reprimir las lágrimas.

Era ella la que lo había abandonado. Si no quería estar con él, no la buscaría.

# Los abogados

A lo largo de aquellas semanas de permiso hizo de Stavanger su nuevo hogar. En la oficina de personal de Statoil le explicaron todos sus derechos: alojamiento, seguro de salud, gastos en tierra y acceso a cursos de formación.

Agradeció una y otra vez a Mikael su intercesión para la mejoría en el contrato y a su suerte por haber llamado la atención de los ingenieros de la plataforma.

Cuando se instaló en la vivienda de nueva construcción con dos habitaciones, un salón, cocina y un cuarto de baño con todas las comodidades, pensaba en una sola cosa.

Si tan solo hubiera llegado unas semanas antes junto a Jana.

Si hubiese respetado el turno de trabajo en vez de pasar cuatro meses seguidos en la plataforma.

Debió escuchar las advertencias de su capataz, de los otros marineros. Los que contaban en tono de confidencia sobre las infidelidades sufridas y cometidas, cuando comentaban con preocupación la nueva separación o el divorcio de otro de sus compañeros. Cuando lo avisaban de que, si seguía así, acabaría por volverse loco.

Ahora era tarde para recuperar a Jana. Cada vez que pensaba en ella, una mezcla inmanejable de deseo y rabia, de amor y rencor, lo despedazaba por dentro. Prefirió enterrarla en su memoria y dirigir sus esfuerzos en recuperar a Kurt.

El abogado lo recibió con el ceño fruncido y una actitud expectante. Mikael le había aconsejado que utilizara la asesoría legal ofrecida por la empresa y, al averiguar las minutas que cobraban los privados, decidió probar suerte.

—Señor Thoresen, ¿qué es lo que quiere realmente? —dijo tras escuchar su relato en silencio y con atención. Magnus se revolvió en su silla, algo



intimidado por la mirada escrutadora del abogado, pero determinado a conseguir una solución.

—Solo quiero recuperar a mi hijo. Mi mujer, Jana —corrigió de inmediato al recordar que en realidad nada los unía ahora—, se marchó de casa con él y hace cinco meses que no sé nada de ellos.

El hombre se rascó la frente y se recostó en la butaca de cuero.

—Escuche, situaciones como esta no son raras entre los marineros o los trabajadores de las plataformas. Sus mujeres pierden la paciencia, encuentran otros hombres o, simplemente, se cansan de la espera, los engaños y de criar solas a sus hijos —explicó con paciencia mientras rebuscaba unos legajos en una cartera de cuero—. Es un trabajo duro y no todas las familias resisten los turnos, la distancia y la sobrecarga de trabajo. Lo primero es notificar a su mujer, exmujer... —Se detuvo y lo miró sobre sus gafas de montura de oro—. ¿Cuál es su situación legal en este momento?

—Nada nos vincula, no estamos casados —respondió Magnus, preocupado ahora porque Jana y él nunca habían formalizado su situación. Recordó que había traído con él la partida de nacimiento y el libro de familia que ella no se había llevado, y los sacó del sobre de cuero donde guardaba los documentos importantes—. Pero conservo esto.

El abogado estudió los papeles con aprobación. Llamó a una secretaria para que hiciera unas fotocopias y le pasó un folio con unas pocas líneas manuscritas.

—Es más que suficiente. Le diré lo que haremos —dijo, cruzándose de brazos. Se apoyó en la mesa y clavó en él los ojos con resolución—. He redactado una carta para informar de sus intenciones y reclamar un régimen de visitas, para empezar. Según su respuesta, trazaremos un plan de acción.

Esperemos que no sea necesaria una demanda.

—¿Qué quiere decir «según su respuesta»? —preguntó Magnus sin acabar de entender.

—Si la respuesta es conciliadora y permiten un régimen de visitas razonable, será lo mejor para usted y para su hijo —respondió el abogado con una expresión seria en su rostro—. En caso de que no le permitan verlo, tendremos que involucrar a los tribunales. ¿Hay alguna dirección a la que pueda remitir la carta?

—No. Prefiero entregarla en mano. —Una bocanada de rencor en forma de bilis amarga lo hizo carraspear—. Quiero verle la cara a ella cuando vea que yo no he abandonado a mi hijo. Que todo lo que he hecho ha sido para darles una vida mejor. Que quien se ha marchado ha sido ella, no yo.

El abogado negó con la cabeza y lo señaló con un índice acusador.

—No se engañe, señor Thoresen. Su exmujer puede alegar abandono del hogar, por mucho que haya sido una decisión conjunta y consentida. —Magnus tragó saliva ante las palabras del abogado y la injusticia azuzó aún más su rabia y su dolor—. Le recomiendo que vaya por las buenas. Si no conseguimos nada, entonces será el momento de batallar. Mi secretaria le entregará el sobre con el documento al salir.

Le llevó dos días preparar el viaje de Stavanger a Oslo. Como siempre, Mikael le había facilitado las cosas, proporcionándole la dirección de una pensión decente y a buen precio. Reservó tan solo una noche con posibilidad de prolongar su estancia; no sabía con lo que se podía encontrar. Fuera como fuese, el día uno de mayo debía embarcar de vuelta hacia el Stella Polaris.

Justo cinco días antes del segundo cumpleaños de su hijo.

Disfrutó del viaje en *ferry* por los fiordos hasta Bergen. La travesía, de unas seis horas por aguas calmas y buen tiempo, era muy diferente de la violencia de los temporales mar adentro. Intentó beberse los paisajes de la costa escarpada salpicada de fresnedos, los pueblecitos pesqueros de casas de colores y las embarcaciones que los saludaban al pasar. Pero la belleza de su tierra no era suficiente para aplacar la tormenta emocional en su interior. El anhelo por ver de nuevo a Jana y estrecharla entre sus brazos, en equilibrio con el resentimiento y la ira por su abandono. El amor que se empeñaba en emerger de donde lo había enterrado, con el odio por haber renunciado al futuro que habían trazado juntos. Había aguantado tan solo un mes. Un mes para tirarlo todo por la borda, refugiarse en quienes la habían repudiado y destruir lo que con tanto esfuerzo habían conseguido.

Ahora tenía ante sí un futuro brillante, la estabilidad económica que necesitaba y comodidades con las que solo había podido soñar. ¿Y de qué le servía? De nada. Ya no tenía con quién compartirlo.

En Bergen cogió el tren hasta Oslo y comprobó que el interior era tan magnífico como la costa. Llegó a la capital con un espíritu renovado, las

retinas inundadas por la belleza de los bosques y montañas, y la determinación de conseguir su objetivo. No había nada que no hubiese logrado. Todo aquello por lo que había trabajado, y estaba en su mano conseguir, lo tenía.

Excepto el amor de Jana.

Intentar anclarla allí había sido su primer error y abandonarla el que había matado su futuro.

Viajaba con una maleta de mano donde llevaba un par de mudas de ropa, los documentos que necesitaba y dinero. No necesitaba pasar por la pensión, así que se dirigió al hospital universitario de Oslo. Fue lo único que se le ocurrió, buscar al doctor Matías Jensen en el sanatorio más importante del país.

Pese al ambiente académico y estirado que rezumaba del lugar donde le indicaron que lo encontraría, no se arredró. No dejaría que aquel hombre ejerciera sobre él esa supuesta superioridad. Le entregaría el sobre, lo informaría de sus intenciones y exigiría ver a su hijo. Repasaba mentalmente lo que le diría, sin perder la calma, con pleno control.

—Buenos días. ¿El doctor Matías Jensen? Necesito hablar con él.

La enfermera que se afanaba en ordenar unos expedientes lo miró con el aspecto de estar muy atareada.

—¿Tiene cita? La agenda de esta semana está completa —dijo la mujer, con varias carpetas pesadas sobre un brazo y señalando un portafolio con la mano libre.

—No. Esto es personal. —Magnus no se amilanó al ver el rostro acusador de la enfermera—. Dígale que compete a su hija, a su nieto y al padre de su nieto. Le aseguro que me recibirá.

La enfermera lo miró de reojo antes de volver a entrar en la consulta.

Magnus esperó, paciente, a que lo hicieran pasar. Esbozó una sonrisa irónica al escuchar la voz airada del cirujano en una imprecación; seguramente acababan de anunciarle el motivo de su visita. La puerta se abrió a los pocos minutos, por la que salió una pareja de edad avanzada con aspecto de ricachones. Él, con una palidez enfermiza. Tras ellos, la enfermera que lo había atendido señaló hacia el despacho con aspecto nervioso.

—Puede pasar. El doctor Jensen hará una excepción y lo recibirá ahora.

Se puso de pie y estiró la pechera de su chaleco. Apretó los puños a

ambos lados de sus caderas. La hora había llegado.

## Un choque de titanes

O dió su mirada de desprecio, su pose de infinita superioridad. Los ojos de miles de matices azules, desde el más claro y cortante junto a las pupilas al más añil en la periferia. Pero no se amilanó, no cedió en la lucha de voluntades que chocaron cuando entró en la elegante consulta.

—Sí, me esperaba esto. Tarde o temprano tenías que aparecer. ¿Qué quieres? —preguntó, con las manos en los bolsillos de sus pantalones, abriendo la americana que dejaba ver un chaleco de corte elegante y moderno—. Jana no quiere verte.

—No busco a Jana —dijo Magnus, encajando con dificultad el dolor que aquella última afirmación le generó—. Solo quiero recuperar a mi hijo.

El doctor Jensen lo ignoró durante unos largos segundos. Se volvió hacia la ventana, dándole la espalda, y Magnus rechinó los dientes. Ni siquiera lo había invitado a sentarse.

—Verás, Magnus. Jana está ahora bajo mi protección y, por lo tanto, también lo está el pequeño Kurt —explicó el cirujano con una sonrisa condescendiente—. Cuando llegó a nuestra casa estaba recuperándose de una neumonía que casi le había arrebatado la vida. Débil, desnutrido. ¿Por qué debería permitirte ni tan siquiera que te acerques a él?

La rabia ascendió en forma de una bocanada de bilis, pero no permitió que se apoderara de él. Recordó las palabras del abogado y mantuvo su templanza.

—Soy su padre. Me he informado bien y conozco mis derechos. Si no es suficiente con expresar mi deseo de que pase al menos algo de tiempo conmigo —dijo mientras rebuscaba la carta en el portadocumentos de cuero—, lo canalizaré a través de mi abogado.

—¿Abogado? —escupió incrédulo Matías Jensen, que soltó una risotada—. ¿Tú tienes un abogado?

—Es el abogado de la empresa. Estoy bien asesorado, se lo aseguro.

—¿Qué empresa? Dudo mucho que un puñado de pescadores busque

asesoría legal para, ¿qué, exactamente? ¿Defender los derechos de los peces?

—Volvió a reír, esta vez con tono burlón, y Magnus comenzó a perder la paciencia.

—No. De la Statoil. De la empresa estatal de recursos del petróleo. Ahora soy ayudante de ingeniero en la Stella Polaris, la plataforma petrolífera más importante. —Jamás pensó que restregarle algo así a un hombre tan despreciable como aquel le produciría tanta satisfacción—. La decisión de marcharme fue consensuada y apoyada por su hija, yo jamás los abandoné.

No voy a discutir sobre las razones de Jana. Solo quiero ver a Kurt.

Le extendió el sobre y lo sostuvo, inamovible, ante su mirada reacia. El silencio vibró durante un instante, en el que ambas voluntades se medían para sopesar la nueva situación. Al padre de Jana no le quedó otra que leer el contenido de la carta. Su rictus se endureció, sus ojos azules se tornaron letales. Cuando levantó la mirada hacia él, ya no había condescendencia, solo un odio inexplicable.

—Tendré que estudiar la propuesta con mi equipo de abogados. No creo que tenga legitimidad alguna, dado que abandonaste el hogar. Dejaste a mi hija y a mi nieto en total desamparo —dijo con un tono gélido. Cada palabra era una bala de odio que se hundía en su pecho y alejaba la posibilidad de recuperar a la familia con la que siempre había soñado—. ¿A qué se debe este repentino interés, después de casi medio año? ¿Es dinero, es eso?

Magnus negó con la cabeza, desconcertado ante el giro de los acontecimientos.

—No. Su dinero no me interesa, nunca lo ha hecho. ¡No tiene que ver con el maldito dinero! —replicó, perdiendo la paciencia a pasos agigantados—. Quiero a mi hijo.

Matías Jensen no lo escuchaba. Se había sentado tras el enorme escritorio de nogal y con una pluma de oro rellenaba un cheque. Él abrió la boca, ultrajado, al ver que lo arrancaba de la chequera y lo agitaba en el aire hacia él. No, no podía ser.

—Aquí tienes. Doscientas mil coronas. ¿Es suficiente?

Magnus apretó los puños, reverberando en ira.

—¿Cree que el amor por Kurt tiene un precio? ¿Que mi amor por Jana se puede comprar con un maldito cheque? —La voz le temblaba de la rabia y no

pudo evitar levantar el tono a uno agresivo, amenazador.

El doctor Jensen alzó las cejas rubias encanecidas en un gesto indolente de sorpresa.

—¿No es suficiente? —Arranó otro cheque y garabateó otra cantidad—. ¿Quinientas mil, tal vez?

Magnus le arrebató los trozos de papel, los arrugó con furia entre sus dedos y se los arrojó al rostro. El padre de Jana no se movió.

—¡No quiero tu maldito dinero! ¡No me vas a comprar! ¡Y tampoco te vas a librar de mí tan fácilmente! —gritó Magnus, ya fuera de sí. Lo agarró de las solapas de su americana y lo zarandeó con violencia. Ver el miedo relampaguear en sus ojos le dio fuerzas para continuar, pese a que por dentro se sentía desolado—. ¡Quiero recuperar a Jana y a mi hijo! Y lucharé hasta el final.

Lo soltó, asqueado y sorprendido de su propia reacción desmedida. No, a Jana no. Jana no quería estar con él. No había tenido ni una sola noticia de ella desde que se había marchado. Ni una carta, ni un telegrama. Nada.

—Solo quiero recuperar a mi hijo —repitió, esta vez más moderado.

La puerta se abrió y la eficiente enfermera se asomó, preocupada.

—¿Está todo bien, doctor Jensen? Su taxi ya está fuera.

—Sí, sí, enfermera Paulik. Este hombre ya se marchaba. Verá, ha perdido a su hijo y se encuentra desolado —dijo, con la mirada clavada en sus ojos y sin pestañear—. Le he dicho que no puedo ayudarlo y lo ha comprendido. Ya se va.

Magnus volvió a apretar los puños. Se preguntó si valdría la pena afrontar las consecuencias de romperle la cara y borrar de ella aquella sonrisita paternalista y suficiente. No. No podía dinamitar las pocas posibilidades con las que contaba con un paso en falso. Bajó las manos, sabiéndose derrotado, y retrocedió un paso.

—Sí, me voy. Pero pronto tendrá noticias mías —dijo con rencor.

Salió de allí perseguido por la risotada incrédula del cirujano, que se sabía ganador. Caminó hacia la puerta del hospital sumido en la desesperación.

¿Qué debía hacer ahora? No había conseguido nada. Nada. Se sentó en un banco, unos metros calle abajo, para ordenar un poco el caos en que se

hallaban sumidos sus pensamientos. Escondió el rostro entre sus manos y frotó sus ojos. No quería marcharse con las manos vacías, pero ahora estaba peor que antes. Al menos antes tenía un rayo de esperanza. ¿Y ahora?

Un leve revuelo a la puerta del hospital lo sacó de su desesperación. Alzó la mirada con curiosidad y descubrió el motivo: el doctor Jensen, en compañía de un par de colegas, se despedía con apretones de manos y aspavientos que revelaban servilismo y adulación. Se levantó para alejarse, asqueado. Pero de pronto se fijó en el taxi que lo llevaba. En un impulso, memorizó la matrícula y luego la anotó en la pequeña libreta que siempre llevaba en su bolsillo.

Poco a poco, un plan comenzó a armarse en su cabeza.

Pese a la belleza y modernidad de Oslo, la ciudad no lo sedujo. Se encerró en la habitación, agotado tras el viaje, y durmió sin comer hasta el día siguiente. Madrugó y tomó el desayuno frugal que ofrecía la pensión. De camino al hospital compró otro café para llevar y montó guardia frente a la parada de taxis. Pese a ser agosto, se había levantado una mañana fría y gris.

El humo de los tubos de escape se mezclaba con la neblina y tornaba el aire irrespirable.

Caminó arriba y abajo, escudriñando los coches negros con la esperanza de encontrar el Mercedes en el que se había subido el padre de Jana el día anterior. Pasaron dos largas horas antes de identificar al conductor, un hombre con sobrepeso y unos diminutos ojillos azules, al volante del taxi.

Golpeó con los nudillos y exhibió su mejor sonrisa. Cuando quería, también se transformaba en un encantador de serpientes.

—Hola, amigo. A ver si puede usted ayudarme —dijo con expresión inocente.

El taxista se rascó la frente y lo miró, desconfiado. Bajó la ventanilla hasta la mitad, claramente reacio a escucharlo. Magnus ensanchó su sonrisa aún más.

—Verá, un cliente suyo se ha dejado algo valioso en mi tienda, la de electrodomésticos de allí abajo, y me gustaría devolvérselo —arriesgó, al saber que, si lo comprobaba, encontraría una tienda de esas características un poco más lejos—. ¿Conoce al doctor Jensen?

El hombre se incorporó en el asiento y sus ojillos brillaron con interés.

—¿Matías Jensen, el cirujano? Es un buen cliente de mi taxi, ¿qué se le ha



perdido? —preguntó con curiosidad—. Quizá yo pueda devolvérselo.

Magnus negó con la cabeza y compuso una expresión de circunstancias. Le mostró su reloj de oro, el que había pertenecido a su padre, pero cuidándose de mantenerlo lejos de sus dedos ávidos.

—Es demasiado valioso, preferiría devolvérselo yo mismo. Supongo que lo entiende, ¿verdad? —intentó congraciarse con el taxista. Guardó la joya en el bolsillo de su chaquetón y se encogió de hombros—. Supongo que puedo esperar hasta el lunes y devolvérselo en el hospital. Aunque odiaría saber que lo he tenido todo este tiempo sin avisarle y que usted también lo sabía.

El taxista gruñó en voz baja y parecía mantener una lucha interna.

—Está bien, lo llevaré hasta su casa. No es difícil, todo el mundo conoce su palacete en Princessgata . Suba —dijo, reacio. Magnus se apresuró a montar en el asiento del copiloto, donde el hombre lo señaló—. Pero ¡me pagará usted la carrera! Y dígame al doctor Jensen que fui yo quien lo ayudó.

—Claro, faltaría más —respondió Magnus, sin importarle por una vez el despilfarro en un taxi.

Desconectó de la charla insustancial del conductor, que se quejaba del calor, de los turistas y del exceso de vehículos que inundaba la ciudad desde la llegada del petróleo, y pudo disfrutar de las calles llenas de vida, las casas de madera más tradicionales mezcladas con las de construcción vanguardista que comenzaban a cobrar cada vez más protagonismo en la ciudad. Oslo estaba llena de contrastes y el petróleo la estaba cambiando. A pasos agigantados.

—Eh, oiga. Es aquí. Son ciento cuarenta coronas. —Señaló la imponente verja de hierro forjado y se volvió hacia él. Magnus contuvo una imprecación al escuchar el valor de la carrera.

Se acercó a la verja negra de aspecto imponente y trató de divisar algo entre los barrotes, pero el palacete estaba demasiado lejos y el espesor de los árboles impedía ver algo más que el brillo de los ventanales al sol y la fuente frente a la entrada.

—Buenos días —dijo una voz nada amigable que lo sacó de su contemplación—. ¿Necesita algo?

Magnus echó un vistazo al hombre que portaba un traje negro, sin ningún distintivo, pero con toda la pinta de ser algún tipo de guardia o vigilante de la

casa.

—No, muchas gracias. Solo contemplaba el palacete, es muy bonito.

—Es una propiedad privada, no un edificio turístico —añadió el hombre con cara de pocos amigos—. Aquí no se le ha perdido nada.

Magnus se llevó dos dedos a la visera de la gorra a modo de despedida y se fue calle abajo envuelto en una frustración creciente. Tenía la esperanza de abrazar de nuevo a su hijo, y por mucho que le costara reconocerlo, de al menos ver a Jana una vez más. De mirarla cara a cara y leer en ella la verdad de por qué se había marchado así, sin ninguna explicación, ni una palabra, ni una vil excusa.

El amor que sentía por ella mutó de nuevo en rabia y dolor, y cuadró los hombros para soportar la carga de sus sentimientos. Pero, como siempre, se repuso. Aquello ya no importaba. Tenía la dirección, sabía dónde estaba Kurt.

Tendría que armarse de paciencia y aguardar su momento. Pronto, muy pronto, volvería a mecer a su hijo entre sus brazos.

En Jana... prefería no pensar.

No pasó ni una noche más en la pensión. Cogió el primer tren de vuelta a Bergen y mal durmió en la estación para hacer tiempo y embarcar en el *ferry* a Stavanger. Volvería a la plataforma y se convertiría en la mano derecha del ingeniero. Se haría imprescindible para la Stella Polaris. Y guardaría cada corona ganada para darle a su hijo todo lo que él no había tenido.

Tuvo tiempo de rumiar su estrategia, de dejarse carcomer por el rencor, de borrar las últimas trazas de esperanza y alegría. La fortaleza de su carácter se transformó en una determinación oscura, llena de odio.

Pero contra los recuerdos que emergían trayendo de vuelta la sonrisa de Jana, su cuerpo cálido entre las sábanas, el abrazo de su sexo y sus movimientos gráciles y delicados no podía hacer nada.

Soñaba con ella cada noche.

Y por el día renegaba de cada imagen evocada para lograr sobrevivir.

# Un manojo de cartas

*Oslo, agosto de 1971*

**E**staba muerta.

Lucía un maravilloso vestido de muselina blanco, cuya falda acampanada había extendido sobre la manta en la hierba para no arrugarlo. Su cabello rubio estaba alisado y recogido con una cinta, con el flequillo cayendo de manera estudiada sobre su frente. Los ojos, rasgados en kohl, el rostro empolvado y los labios con tan solo un discreto rubor.

El sol estival acariciaba la piel y una brisa suave templaba la tarde y traía hasta ella la fragancia de las flores del jardín del palacete. El aire se llenaba con el canto de los pájaros y las risas infantiles de su hijo.

Pero por dentro estaba muerta.

Se llevó la mano al cuello al percibir aquella sensación de ahogo que cada día se recrudecía más y más. Habían pasado ya más de seis meses desde que se había marchado de Kristtorn. El alivio de verse de nuevo en la jaula de oro había durado, ¿cuánto?, ¿un par de semanas? Un mes, quizá.

Jugueteó con el collar de perlas naturales, distraída. Kurt jugaba entre ella y su abuela sobre la manta con unas cucharillas de plata, haciéndolas sonar con entusiasmo. Curioso juguete para un niño, pero Olivia lo consentía hasta límites insospechados. Lo malcriaba, más bien.

—Hija, se acerca la hora. Deberías entrar para recibir a Lars —la reprendió con suavidad su madre—. Tu padre dijo que llegarían temprano, sobre las cuatro. ¿Por qué no les sirves tú el aperitivo? Quizá así tengáis tiempo para hablar.

Jana no contestó. ¡Qué ironía! Pese a haber vivido tantas cosas y tener un hijo, parecía haber retrocedido a dos años atrás. Miró a su hijo para convencerse de que sí había salido de Oslo, sí había vivido un amor como

jamás pensó que existía, y tuvo que reprimir las lágrimas al ver la sonrisa infantil de Kurt. Reconocía a Magnus en cada gesto del niño, en sus ojos verdes y despiertos. Era el vivo retrato de su padre.

—Jana, será mejor que entres ya —insistió Olivia.

Le dedicó a su madre una mirada ausente, vacía de cualquier emoción. ¿Por qué insistían en que volviera con Lars? Una punzada de dolor y rebeldía inflamó por un instante su voluntad y quiso replicar algo, pero la carta que había escrito aquella mañana ya revelaba lo que le había costado tanto tiempo aceptar: Magnus no volvería a buscarla. No la perdonaría jamás. La llama se apagó y asintió de modo mecánico.

—Sí, mamá. Tienes razón —susurró, complaciente, pero sin fuerzas—. ¡Vamos, Kurt! —dijo extendiendo los brazos hacia su hijo. Estrecharlo contra su pecho era un consuelo maravilloso, lo único que le otorgaba algo de paz—. Vamos a ponerte guapo.

El pequeño iluminó su mirada y la sonrisa amorosa de su hijo hizo que Jana olvidara por un momento su destino, pero el gesto de felicidad mutó en un puchero acompañado de un sollozo de reproche cuando su abuela lo interceptó y lo retuvo en su regazo.

—No, Kurt. Tú te quedas conmigo —dijo Olivia con cierta severidad. El niño se echó a llorar y Jana comenzó una protesta, pero su madre se volvió hacia ella con afectación—. Jana, es mejor que Lars no te vea demasiado con el niño. No por ahora, al menos. Hasta que volváis a afianzar vuestra situación.

Jana reprimió el acceso de tristeza y rabia que la ahogó. Trató de ser razonable, sabía que Olivia solo quería lo mejor para ella y para su nieto.

—Mamá, Kurt es mi hijo. Esconderlo no va a cambiar nada. Y Lars no es estúpido, sabe que existe —replicó con amargura.

—Lo sé, hija, lo sé. Pero ¿no crees que es mejor mantenerlo lejos de Lars?

—No, no tengo de qué avergonzarme —dijo Jana, orgullosa—. Es un niño maravilloso, y si Lars va a unir su vida a la mía, tiene que entender que lo hace también con Kurt.

El rictus de su madre se endureció, dibujando una mueca en sus labios que le echó varios años encima. Le lanzó una mirada de desprecio que a Jana le dolió más de lo que quiso admitir.

—Hija, no seas ingenua. —Cualquier resto de dulzura había desaparecido de su tono de voz—. A nadie le gusta una madre soltera. Es, cuando menos, un desagradable detalle que Lars está dispuesto a pasar por alto. Tienes mucha suerte —prosiguió, al tiempo que le hacía un gesto a la niñera, que se marchó con el pequeñajo llamando a gritos a su madre—. Lars está dispuesto a cortejarte de nuevo y sus intenciones son honorables. No tientes tu suerte, Jana. No la mereces.

—Y tú no mereces como nieto a un niño como Kurt.

Pero ahí estaba una hora después, radiante y con una sonrisa artificial en su rostro, lista para servir el aperitivo a su padre y a su antiguo prometido.

«Es lo mejor para nosotros —se repetía una y otra vez, con sonrisas ensayadas—. Es lo mejor para Kurt.»

A la mañana siguiente interceptó a su madre cuando salía a la ciudad a hacer unas compras.

—¿Vas a acompañarme? —dijo Olivia, esperanzada. Jana negó con la cabeza, rara vez salía de casa. No había vuelto a trabajar y se dedicaba en cuerpo y alma a su hijo—. Vamos, ¡acompañame! Necesito hacer algunas compras.

—No, mamá. Hace frío y Kurt está tosiendo un poco, no quiero que empeore. Solo necesito que eches esta carta a Correos por mí.

Le tendió el sobre y apretó los labios para que no le temblaran. Había perfumado con unas gotas de Chanel N.º 5 las hojas y, en un arranque, había añadido un pequeño mechón de pelo rubio de ella y otro del rizado y más oscuro de Kurt. Había derramado en aquellas letras todo su amor, su arrepentimiento, la necesidad que tenía de él y de su perdón. Y había depositado también sus últimas esperanzas.

—Hija, ¿otra carta más? —dijo su madre con conmiseración. Su mirada era reprobadora, pero Jana la ignoró—. ¿Cuántas cartas más vas a enviar sin que obtengas respuesta? Ha pasado casi un año, Jana. ¿Cuándo vas a entender que Magnus no va a volver?

Reprimió el deseo irracional de golpear a su madre al nombrar al hombre que ella había amado. Que todavía amaba con un dolor sordo y latente. Por mucho que sabía que tenía razón.

—No te preocupes, mamá. Esta será la última.

Pasó la mañana leyendo. Los libros eran el refugio más acogedor que le quedaba para combatir su soledad. Tomó la costumbre de leer en la ventana de su habitación, que tenía una vista espectacular del fiordo y la ciudad a los pies. Kurt jugaba sobre una alfombra, imitando a su madre al pasar las páginas de un colorido libro de cuentos, pero pronto se puso a bostezar y a frotarse los ojitos.

—Vamos, chiquitito. ¡A dormir! —susurró.

Cuando dormía le gustaba contemplarlo, pero se acentuaba la sensación de desamparo. Lo dejó sobre su cuna, con la boquita entreabierta, las mejillas sonrosadas y las tupidas pestañas rubias dibujando dos pequeñas semilunas en su rostro. Cerró la puerta con cuidado y se llevó el libro para seguir con su lectura en la sala, pero de pronto el estruendo de la campana de la entrada la sobresaltó y se abalanzó a abrir la puerta sin esperar que el servicio lo hiciera.

Si volvía a sonar aquel escándalo, Kurt se despertaría y ya no querría dormir más.

—Disculpe, señorita Jensen —dijo en tono compungido el vigilante—. Ha llegado una carta certificada con remitente del juzgado de Stavanger. Parece importante y es para su padre.

—Pero si es sábado, ¿cómo es posible que la hayan entregado hoy?

Démela, yo se la daré —dijo Jana, intrigada. El hombre parecía reacio a entregarle el sobre, pero ella se lo quitó de las manos—. Muchas gracias, y no se preocupe. Yo se la daré.

Cerró la puerta y echó a andar hacia el despacho de su padre. Intrigada, dio vueltas al sobre entre los dedos. Efectivamente, llevaba estampado el membrete de los juzgados de Stavanger. El remitente rezaba Jürgen Haraldson, cuerpo de abogados de la Statoil.

De la Statoil.

Magnus.

Se quedó rígida, paralizada por el pánico durante un instante. ¿Y si le había pasado algo malo? Era la única razón que se le ocurría para que le escribiera un abogado después de casi un año de no saber nada de él. Un accidente grave. O incluso su muerte.

Exhaló un gemido y abrió la carta con las manos temblorosas y torpes.

Por la presente, se cita al juzgado de primera instancia de la ciudad de Stavanger a la señorita Jana Jensen, con el fin de resolver el régimen de visitas a su hijo, Kurt Thoresen, exigido por el señor Magnus Thoresen en la misiva anterior. Pese a repetidos intentos de contactar con la señorita Jana Jensen, siendo todos ellos infructuosos, y ante la ausencia total y absoluta de noticias sobre el estado de salud del menor, se requiere acuse de recibo en los próximos tres días laborales vía llamada de teléfono, telegrama o carta documento urgente.

Parpadeó, sumida en la más absoluta confusión. ¿Misiva anterior? ¿Magnus había tratado de ponerse en contacto con ella? ¿Régimen de visitas exigido?

Entró en el despacho de su padre como una exhalación. Plantó el pliego sobre la mesa, frente a él. Matías dio un respingo sobresaltado.

—¿Qué significa esto, papá? ¿Magnus ha hablado contigo? ¿Ha tratado de verme? ¿Por qué no sé nada de esto? —bombardeó, presa de un llanto nervioso y temblando de desesperación—. ¿Qué me has estado ocultando?

Matías Jensen recobró la compostura tras la sorpresa inicial y se puso los lentes de marco de oro para leer.

—Compórtate, Jana. ¿De qué estás hablando? ¿Y por qué has abierto una carta que está dirigida a mí?

—¡No te vayas por la tangente y contesta!

Su padre guardó silencio mientras asimilaba el contenido de la carta. Su expresión se endureció, Jana conocía ese rictus de fría determinación en su rostro y algo se quebró en su interior. No podría luchar contra su padre, no sería capaz de hacerle frente jamás.

—Jana, hija, todo lo que hago, las decisiones que he tomado, los consejos que te doy —dijo con voz serena pero firme al tiempo que doblaba el pliego y lo metía de vuelta en el sobre—, lo hago porque quiero lo mejor para ti y lo mejor para mi nieto. Porque tu madre, tú y Kurt sois lo más preciado de mi vida. Porque para mí, mi familia es siempre y será la primera prioridad. ¡Eres mi única hija!

—Pero, papá —replicó con voz trémula, conmovida por su alegato sincero—, Kurt necesita a su padre. Magnus debería poder pasar tiempo con él siempre que quiera, sin necesidad de abogados. —Se sentó en uno de los

sillones de orejas frente a la chimenea del escritorio y buscó una respuesta, desolada—. No lo entiendo. ¿Por qué no me ha buscado? ¿Por qué no ha acudido a mí?

—Jana, no busques sentido a algo que no lo tiene. Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ese hombre, dedicarte a tu hijo y enderezar tu vida — dijo Matías con tono condescendiente—. Si no os ha buscado es por algo.

—«Pese a repetidos intentos de contactar con la señorita Jana Jensen, siendo todos ellos infructuosos, y ante la ausencia total y absoluta de noticias sobre el estado de salud...» —murmuró Jana de pronto. Extrañada, repitió varias veces la frase. Algo se le escapaba—. ¿Cuándo ha intentado Magnus ponerse en contacto conmigo? ¿Ausencia de noticias? Pero ¡si le he escrito cartas cada semana!

—Nunca lo ha hecho —contestó al instante su padre, mirándola a los ojos—. Solo está interesado en el niño, Jana. Probablemente por el dinero que piensa sacarnos.

Jana chasqueó la lengua, disgustada. Lo intentó de nuevo. Algo no encajaba.

—¿Por qué dice que hay ausencia total y absoluta de noticias? Le he enviado cartas a la plataforma cada semana desde que llegué a Oslo. —Una sospecha negra, infecta y putrefacta se instaló en el centro de su pecho—. En ellas le contaba cada detalle de Kurt, cada nueva hazaña, sus travesuras...

—Es difícil llegar hasta una plataforma petrolífera —intentó razonar su padre.

Jana entornó la mirada, desconcertada, con la total certeza de que mentía.

—Escribí varias cartas desde Tromsø y llegaban, a veces tardaban semanas, pero llegaban —rebatía con voz ahora más firme. Se puso de pie y enfrentó a su padre—. Desde Oslo debería ser más rápido.

Lo leyó en sus ojos. Meridiano, cristalino. Y lo que más le dolió fue que no mostró ni el más mínimo arrepentimiento.

—¡Jana, vuelve aquí inmediatamente! —gritó su padre cuando salió del despacho como una exhalación hacia el dormitorio de sus padres. Rara vez entraba, cuando era pequeña lo tenía prohibido. Cerró con llave y su padre comenzó a golpear con violencia desde el otro lado—. Jana Jensen, ¡te ordeno que abras esta puerta ahora mismo!



Tenía poco tiempo, no tardarían en abrirla. Dio una mirada circular con el corazón sumido en la congoja y la angustia. Abrió los cajones de las mesillas a ambos lados de la cama, pero no había nada. De manera infantil, levantó también el colchón. Entró en el amplio vestidor que sus padres compartían y se echó a reír de manera histérica, ¡allí tardaría una eternidad en encontrar nada!

Salió de nuevo a la habitación y el precioso secreter de su madre llamó su atención. Lleno de pequeños cajones y puertecitas. Apartó sin demasiadas contemplaciones los perfumes y maquillajes.

Encontró las cartas en un compartimento accesible, la segunda puerta que abrió. Todas abiertas. Sus palabras de amor, de desaliento, de pasión e intimidad, violadas y expuestas.

Emitió un gemido de dolor.

De ellas todavía se percibía la fragancia con la que perfumaba los folios.

—Hija mía, puedo explicártelo —la interrumpió de pronto la voz de su madre. En su carrera febril por encontrar las cartas, no se dio cuenta de que abrían la puerta y entraba junto a su padre.

—Mamá. —Su voz tembló. Las lágrimas rodaban por sus mejillas sin control alguno—. Tú lo sabías. —No estaba preguntando, era una afirmación—. Eres tú la que retuvo mis cartas. Entre los dos habéis impedido que Magnus vuelva a nosotros.

—¡Lo hemos hecho por tu bien! —insistió su padre de nuevo. Jana negó con la cabeza, presa del horror y la pena—. Porque te amamos y buscamos lo mejor para ti y para Kurt.

No lo veían. No se percataban de la magnitud de su crimen. Se sintió traicionada, ultrajada en lo más íntimo de su confianza. Y sola como jamás se había sentido.

—¿No os dais cuenta? —murmuró a duras penas, arrancando un murmullo de su garganta. Se llevó las manos al cuello, abrumada por la sensación de asfixia—. Nos habéis arruinado la vida. A Magnus, a Kurt y a mí.

Las fuerzas abandonaron su cuerpo, sentía el latido de su corazón resonar en sus oídos y el aliento restallar en su garganta. Las cartas resbalaron de sus manos y se derramaron en el suelo, su campo de visión se llenó de monstruos negros hasta que desapareció por completo, sus piernas dejaron de sostenerla

y se desvaneció.

Algo se quebró en ella desde aquel día. Se encerró en la casa, presa de la desesperación. Existía por y para su hijo, que parecía contagiado por su tristeza y se estaba transformando en un niño irascible y mimado que vivía en contacto tan solo con adultos que lo único que hacían era consentirlo. Le faltaban los cuentos, los juegos y las risas de su padre. Cortó de raíz cualquier intento de sus padres de plantar a Lars en su vida, hasta que entendieron que no volvería con él.

Animada por aquel pequeño triunfo, decidió abordar de nuevo a su padre.

—Papá, quiero viajar a Stavanger. Solo voy a hablar con el abogado de Magnus, no quiero que Kurt se transforme en un arma arrojadiza entre nosotros, ni mezclarlo en batallas legales —se apresuró a aclarar al leer la negativa en su rostro—. Pero necesita a su padre, tú no sabes cómo es con el niño. Lo adora. Te lo ruego, es algo que necesito para recomponer mi vida.

Su padre la miró con atención. Cerró la pluma con la que escribía en su escritorio y la miró con cariño.

—Jana, ¿por qué no te olvidas ya de ese hombre? ¿Es que no te vale lo que tienes aquí? Tu realidad, tu casa, ¡tu familia! —dijo con tono cansado. Jana cerró los ojos y reprimió las lágrimas una vez más—. Retoma tu trabajo como matrona, cástate con Lars, vive una vida normal.

Por un momento, saboreó lo fácil que sería amoldarse a los deseos de su padre, contar con su apoyo y aquiescencia. Dejarse llevar. Detener la pelea continua por volver a ver a Magnus y recuperar a su familia. Negó con la cabeza y sonrió con un deje de tristeza.

—Papá, Lars no me quiere. Ni yo a él. ¿Es que no te importa ni un poquito mi felicidad? —intentó apelar a su amor de padre, ya que parecía tan devoto de conseguir lo mejor para ella—. Kurt debería compartir tiempo con su padre, y yo... A mí también me gustaría volver a casa, a Kristtorn.

Matías la observó en silencio, pero la expresión de su rostro cambió y se tensó. Se recostó en el butacón de cuerpo y cruzó los brazos. Ya no eran padre e hija en una resolución amigable de sus diferencias. Jana se sintió en una audiencia con un superior inflexible y autoritario.

—¿Y cómo piensas llegar hasta Stavanger? Porque no tienes dinero, Jana.

Llevas más de diez meses aquí, sin trabajar. —El tono de voz también se

endureció y su sonrisa era más bien una mueca sardónica—. ¿Viajarás tú sola o con el niño? Porque estamos ya en invierno, y la salud de Kurt no es la mejor del mundo. ¿Vas tú a pagar una niñera?

—Mamá me ayudará —se atrevió a decir ella con voz trémula. Olivia siempre la había ayudado, aunque aún no perdonaba la traición de las cartas.

No se hablaban desde entonces, pero estaba dispuesta a acercar posiciones porque era la última aliada que le quedaba.

—Tu madre no va a secundar ninguna de tus imprudencias, Jana. Ni va a facilitarte dinero o a hacerte la vida más fácil de la que la tienes ya —replicó su padre de manera rotunda—. Mientras sigas viviendo en esta casa, harás lo que yo diga. Y si no, no cuentes con mi dinero ni con mi protección. Puedes irte, hija. Tengo que trabajar.

Jana salió de su despacho sumida en la desesperación. No tenía recursos, no contaba con el apoyo de su madre y no podía contactar con el abogado de Magnus. Estaba de nuevo atrapada en la jaula de oro.

Y no sabía cómo escapar.

# Un regalo de Navidad

*Stavanger, diciembre de 1971*

Las cosas habían cambiado mucho en aquel año que llevaba trabajando en el *Stella Polaris*. Levantó su copa burbujeante de champán y observó a los hombres que atestaban el puente de mandos de la plataforma. El capitán, el contramaestre y el equipo de ingenieros. Los geólogos, el jefe de buzos y el perforador jefe. También estaba Mikael, el capataz. Él era el hombre de menor rango, pero sabía que sus superiores lo consideraban un igual. En tan solo un mes como ayudante de ingeniero, se había ganado el respeto de todo el equipo.

—Por el año que termina, porque el que viene sea todavía mejor. ¡Por todos nosotros, para que tengamos una buena caza de oro negro! —brindó el capitán con voz emocionada—. *Skal!*

—*Skal!* —replicaron los hombres chocando las copas.

—El *Skorpio* está aquí ya, capitán —informó el contramaestre, que se comunicaba por radio con la embarcación—. Hay que comenzar el abordaje.

—Muy bien, los afortunados que vayan a pasar las Navidades con sus familias, ¡que se marchen ya o algún otro ocupará gustoso su lugar!

Magnus apuró la copa y rechazó una segunda. Prefería estar bien despierto para lo que les tocaba afrontar. Después de un año, todavía le costaba controlar el vértigo que le generaba subir y bajar transportado por la grúa de carga entre la plataforma y el barco que los comunicaba con tierra. Y menos en un día ventoso de invierno como aquel.

Los hombres salieron a la cubierta baja, la más cercana a la línea de flotación. Una fina lluvia de aguanieve agujoneaba los rostros desnudos y Magnus se ajustó la capucha. Su equipaje estaba amarrado junto con el de los demás hombres en un palé, asegurado con una red de acero. Uno de los operarios lo enganchó a la grúa y todos emitieron una exclamación

sorprendida cuando el grueso cable que lo sostenía se zarandeó por efecto del viento.

—No sé si podremos bajar. El barco parece una cáscara de nuez a merced de las olas —dijo su jefe, preocupado por el estado del mar—. ¿Tú qué opinas, Magnus? Eh, vikingo, estás pálido.

No contestó. Ver el bulto trasportado por los aires a decenas de metros, sabiendo que en poco tiempo le tocaría a él, no le hacía nada de gracia.

Prefería la seguridad de la tierra firme o el balanceo de las olas. Pero el aire era algo muy distinto. Ingobernable. Peligroso.

—Si el tiempo no mejora, tendremos que esperar —murmuró al fin, sin saber si agradecía o maldecía aquella tormenta infernal.

Pasaron dos largas horas antes de que se aseguraran al palé de transporte y la grúa los izara por los aires a ellos también, un grupo de quince hombres.

Magnus cerró los ojos y controló la sensación de vacío en el estómago cuando despegaron de la plataforma y volaron trasportados por el cable de acero hasta la cubierta del *Skorpio*. Pese a que el viento había amainado, la carga se zarandeaba sin control aparente y confió en que los mosquetones unidos a su arnés de seguridad no fallaran. La operación duraba unos pocos minutos, pero se le hizo eterna. Hasta que no los depositaron sanos y salvos y desengancharon el cable no pudo respirar con normalidad.

Sonrió con alivio.

—Ya estamos un poco más cerca de llegar a casa —dijo Goran con una sonrisa—. No veo la hora de estar con mis hijos y mi mujer. ¿Estás seguro de no querer venir a pasar la Navidad con nosotros? La invitación sigue en pie.

Magnus negó con la cabeza y una sonrisa de agradecimiento.

—No, jefe. De verdad aprecio tu ofrecimiento, pero espero que el abogado tenga noticias de mi hijo. —Casi no se atrevía a expresar sus deseos en voz alta, para que no se desvanecieran y quedaran en nada—. Quizá pueda pasar las Navidades con él.

El ruido metálico de las llaves entrechocando entre sí lo llenó de impaciencia. Aquella casa de tablas blancas, bien aislada y acondicionada, en la urbanización destinada a los trabajadores de la Statoil, ya era para él un hogar. La mujer que acudía una vez a la semana a ventilar y quitar el polvo había estado allí aquella mañana; sonrió al recordar el ambiente gélido con el

que se encontraba su cabaña en Kristtorn en contraste con el ambiente caldeado y casi agobiante de la calefacción central.

Aun así, encendió la chimenea del salón y comió algo frente a la compañía de las llamas. Era allí, cuando veía las posibilidades de tener un futuro seguro junto a Jana y a Kurt, donde la soledad lo golpeaba con más fuerza. Antes de meterse en la cama, exhausto, se asomó a la habitación que con cariño y dedicación había preparado para su hijo. Pronto lo tendría a su lado.

En Jana prefería no pensar.

Pagó la minuta del abogado con la convicción de que cada corona había sido bien invertida, pese a lo abultado de la cifra. Lo había conseguido. Tenía una cita con el abogado de la familia Jensen en Oslo al cabo de tres días. Aún conservaba los regalos que un año atrás había comprado para ellos. Los de Kurt los metió en la maleta. Los de Jana los guardó en el armario, incapaz de desprenderse de ellos. Al recordar la magnificencia del palacete de su familia se le antojaron baratijas, pero había puesto un cariño especial en adquirirlos.

Pensaría en ello en otro momento. Ahora lo esperaba un viaje largo por delante, en el que la esperanza y el temor se equilibraban en el filo de su cordura. Hacía un año que no veía a su hijo. Un año que no sabía nada de su mujer.

Jana se sentía como una niña pequeña que sabía con seguridad que hacía algo malo, pero no pudo evitar pegar la oreja a la puerta cuando vio entrar al señor Graff, el abogado de la familia, al despacho de su padre. Sabía que no la dejarían presenciar la conversación, de modo que había permanecido en un segundo plano, fingiendo no haber escuchado la frase que se le escapó antes de que su padre lo mandara callar de mala manera.

«Traigo noticias del abogado de Stavanger.»

Su padre había intentado desviar la conversación hacia el astillero que pertenecía por herencia a su madre, localizado también en aquella ciudad, pero Jana tenía la sospecha de que hablaban de Magnus. Esperó a que los dos hombres se alejaran hacia el despacho y, en cuanto la puerta se cerró, ella se puso a escuchar. Las voces llegaban hasta ella con claridad.

—Disculpe mi indiscreción, señor Jensen —decía contrito el abogado—. No me he dado cuenta de que es un tema sensible para su hija.

—La próxima vez tenga más cuidado —gruñó su padre. Se hizo el

silencio, supuso que estarían acomodándose en torno al escritorio de nogal—. ¿Qué dice ese malnacido?

Jana se encogió al percibir la animadversión inexplicable de su padre hacia Magnus. No lo entendía. ¿Por qué ese odio? ¿Por qué ese rencor? Sabía que adoraba con locura a su nieto y Magnus formaba parte íntima de él.

Prestó atención al ver que el abogado dejaba de lado la jerga legal sobre los derechos inalienables de un progenitor y hablaba de algo que podría servirle de ayuda.

—Señor Jensen, es el padre del niño y tiene todos los papeles en regla: el certificado de nacimiento, el libro de familia, fotografías que atestiguan la vida del niño en su domicilio en Tromsø —intentaba explicar el abogado con consternación. Jana sintió lástima por él, ella sabía mejor que nadie lo difícil que era llevarle la contraria a su padre, por mucho que estuviera equivocado—. Si emprendemos un litigio, tenemos todas las de perder, ¿no lo entiende?

Quizá si le ofreciera una buena suma de dinero...

—No, ya lo he intentado —dijo su padre con fastidio evidente—. Llegué a ofrecerle quinientas mil coronas si renunciaba a sus pretensiones. No quiero darle la satisfacción de romper los cheques delante de mis narices una vez más.

Jana tragó saliva. Así que ese era el precio que su padre había puesto por ella y por Kurt. Un sentimiento de orgullo la invadió al reconocer el comportamiento honesto e íntegro de Magnus —Entonces debemos permitirle ver al niño para aplacar un poco su enfado —intentaba convencer el abogado, que parecía chocar con un muro de piedra en su argumentación—. Está aquí, en Oslo, y no va a rendirse hasta ver a su hijo. No me gustaría ver que la policía entra por la fuerza en su domicilio en Navidad, doctor Jensen.

Su padre soltó una carcajada estruendosa y Jana se alejó de la puerta. Sabía que la conversación había terminado.

Bajó las escaleras sin hacer ruido y se asomó al salón. Su madre tomaba el té con unas amigas que consentían a Kurt y lo llenaban de besos, chucherías y juguetes estúpidos. No importaba, por una vez le venía bien que Olivia exhibiera a su nieto como si fuera una pequeña mascota. Esperó junto a la puerta y soltó un suspiro de alivio al ver que el abogado, un hombre calvo y entrado en carnes, se dirigía hacia la puerta. Por supuesto, el doctor Jensen ni

se había molestado en acompañarlo.

—Señor Graff, ¡por favor! —siseó Jana, llamando su atención. El hombre miró escalera arriba con cierto temor—. Tenemos poco tiempo, necesito hablar con usted.

—Señorita Jensen, si su padre nos ve hablar, me va a meter en problemas.

Me ha dicho específicamente que trate del tema de su hijo estrictamente con él. —Jana rechinó los dientes; hasta ese punto llegaba el influjo de su padre—. Sería bueno que entre usted y su madre lo hicieran entrar en razón o corren el riesgo de iniciar un buen embrollo legal.

Jana lo agarró del brazo y salieron juntos al exterior. Jana no llevaba abrigo y la noche la golpeó con su aliento gélido. No le importó.

—Soy la madre de Kurt, tendré algo que decir respecto a todo esto —dijo con determinación. Era la única salida que le quedaba—. Yo no tengo ningún problema con su padre. Abandoné la casa de Kristtorn porque no fui capaz de enfrentar un mundo sin comodidades, porque en aquel momento, cuando mi hijo estuvo a punto de morir de una neumonía, pensé que hacía lo correcto —

dijo, apresurada. Prefería ser sincera, no tenía tiempo para hilar más excusas—. Ahora me doy cuenta de lo tonta que fui. Me dejé arrastrar por mis padres a una vida artificial que ya no es la mía y cometí un error que estoy pagando con creces, créame, pero me gustaría que le diera esta carta a Magnus de mi parte.

—Señorita Jensen, por favor —rogó el abogado, que estaba rojo como un tomate y pese al frío se había puesto a sudar—. Me pone usted en un terrible compromiso.

Jana no iba a quedarse con el sobre en la mano, pero el hombre mantenía los brazos cruzados con obstinación y no pretendía mover un dedo por cogerlo. En un gesto rápido, lo metió en uno de los bolsillos de su abrigo y abrió presurosa la puerta.

—Haga lo que estime conveniente, señor Graff. Pero yo sé y usted sabe que mi padre se equivoca y que jamás dará su brazo a torcer. —Puso todo su poder de convicción en aquellas palabras. No podía fallar. Era su última salida—. Entréguele la carta a Magnus y las cosas se serenarán un poco, al menos por un tiempo. Confíe en mí. Su trabajo no corre peligro porque nadie lo sabrá.



La cafetería de la cadena Stockfleths de Lille Grensen, en pleno centro de la ciudad, era un local pequeño y acogedor. Magnus se sorprendió de que el abogado hubiese escogido aquel lugar tan moderno para citarlo. Las paredes revestidas de madera y una decoración cuidada hacían las delicias de los jóvenes de Oslo. Echó un vistazo a la hora y se revolvió, nervioso, al ver que se retrasaba.

—Un café con leche y un bollo de canela, por favor —pidió a la camarera que se acercó a tomarle el pedido con una sonrisa apreciativa. No correspondió.

Había dormido mal, sin parar de dar vueltas en la cama de la pensión, convencido y a la vez preocupado por el tono demandante y más agresivo del abogado en este segundo requerimiento. Por las buenas no había dado ningún fruto. Ahora verían cuán lejos quería llegar Matías Jensen en su empeño de arrebatarse a su hijo. Se preguntó qué querrían de él.

Dio buena cuenta del desayuno y le traían un segundo café cuando el abogado llegó, resoplando.

—Llega usted más de media hora tarde —dijo Magnus, ignorando el saludo cortés que el abogado le brindó.

—Lo siento, señor Thoresen. Pero no podía citarlo en mi despacho. Si el doctor Jensen se entera de que trato directamente con usted y no con su abogado, me despediría —se excusó el hombre, encogido ante su franca hostilidad. Magnus no sintió más que desprecio—. Pero opino que, sin duda alguna, considerará las noticias que le traigo dignas de su tiempo.

Las maneras rimbombantes y reptilianas del hombre le generaron rechazo.

—Déjese de rodeos. ¿Eso significa que Matías Jensen ha entrado en razón por fin?

El hombre se turbó con la sola mención de su empleador.

—No, no exactamente. —Magnus iba a replicar, airado, pero el abogado sacó de su bolsillo un sobre de aspecto delicado pese a estar bastante maltrecho y arrugado. Apretó los labios en una línea fina en un intento de disimular el impacto brutal de descubrir la letra femenina e inclinada de Jana.

Lo sostuvo en su mano sin abrirlo—. Esto es de parte de la señorita Jensen.

Le ruego que, pase lo que pase, no revele cómo ha llegado hasta usted. Yo

he cumplido con mi parte y, de ahora en adelante, solo trataré con su abogado.

Buenos días.

Magnus esperó a que el hombre se marchara y se lanzó a abrir el sobre con el corazón desbocado y los dedos temblorosos por la ansiedad y la emoción.

Amadísimo Magnus:

¿Podrás perdonarme algún día?

¿Serás más indulgente de lo que soy yo conmigo misma? Porque yo aún no me he perdonado. Me arrepiento cada día de mi marcha. De dejar el hogar que habíamos fundado tú y yo con nuestro hijo, lleno de dicha y felicidad.

Mi egoísmo y mis miedos. La soledad y el invierno implacable. La enfermedad de Kurt y la debilidad de mi carácter. Todo ello son excusas endebles ante la fuerza de tu amor, de tu voluntad por buscar un futuro para todos. Mi único trabajo era esperarte y no tuve fuerzas para hacerlo. Me derrumbé y no tenerte a mi lado para sostenerme fue nuestra perdición.

No te culpo, ¡jamás creas eso! Fui yo quien te abandonó, pero si me dejaras explicarte el porqué de mi silencio en este año separados, entenderías que yo también he sido víctima de mi propio error.

Cada día añoro y lloro por sentirme de nuevo cobijada entre tus brazos, de escuchar tus risas junto a las de nuestro hijo mientras os miro jugar, de rendirme a ti cada noche de pasión y de enfrentar cada adversidad hasta hacerla pequeña y vencerla porque juntos somos indestructibles. Un día lo puse en duda y lo he pagado caro. Ahora tengo la certeza de que así es.

Si no me perdonas, ¿al menos podrás escucharme? ¿Podré contarte todo lo que ha ocurrido y que ha estado fuera de mi control? Te espero en el parque de Vigeland en la víspera de Navidad, frente al Sinnataggen, a las doce del mediodía. Estaré sola con Kurt y podrás verlo sin ningún impedimento.

Entiendo que no hayas acudido a mí para ver a nuestro hijo, aunque me duele en lo más profundo.

Jamás pondré ninguna traba para que pases con él el tiempo que quieras y necesites.

Y quizá, si me perdonas algún día, podré atreverme a soñar que vuelvas también a mí y reconstruyamos nuestro amor.

Siempre tuya,

JANA

Magnus leyó la carta una y mil veces. Perdió la cuenta de los cafés que pidió para justificar su permanencia en el local. Un óvalo ardiente de una esperanza profunda y desgarradora se instaló en su pecho y le impidió respirar. Jana no había dejado de amarlo. ¡Se arrepentía de lo que había hecho! Estaba dispuesta a reconstruir lo que habían perdido. La víspera de Navidad era al día siguiente. ¡Maldito abogado! Había tardado una eternidad en citarlo. Se levantó por fin, tras largas horas de tormenta emocional en solitario y se dirigió al hotel. Tenía que prepararse. Sentía que iba a estallar de la felicidad.

El parque de Vigeland aquella mañana se levantó cubierto de un manto blanco impecable. Lucía el sol y el contraste de los árboles con las esculturas de bronce viejo, piedra y mármol sobre la nieve arrebatava el aliento. Kurt correteaba persiguiendo unas palomas que se aventuraban pese al frío para apoderarse de las migas de pan que los transeúntes lanzaban para pasar el rato. Jana lanzaba miradas en las cuatro direcciones, pese a que todavía no había llegado la hora, en busca de la silueta, aún grabada en su memoria, del hombre al que siempre pertenecería su corazón.

—Kurt, ¡no te alejes! —exclamó, consternada, al ver que el pequeño se alejaba por un sendero rastrillado entre la nieve—. ¡Ven aquí!

El niño se detuvo ante la imponente silueta de un hombre. Jana retuvo el aliento, impactada por la visión magnífica de su hombre. Se bebió su porte regio vestido con un abrigo de paño grueso, sobrio y elegante, las manos enguantadas en negro, el rostro amado cincelado con nuevas líneas de tiempo y las canas que clareaban sus sienes. No obtuvo de él ni una sola mirada y el dolor le atravesó el pecho de lado a lado. Inspiró y soltó el aire con lentitud.

Estaba aquí por su hijo. Ella tendría que esperar.

Los observó en silencio, a unos pocos metros, sin querer romper el momento del reencuentro.

—Hola, pequeño. ¿Dónde vas con tanta prisa?

Su voz sonó temblorosa, ronca de la emoción, y aunque las palabras no iban dirigidas a ella, el impacto de escucharla fue brutal. Aquella voz masculina, poderosa, capaz de tocarla en lo más íntimo sin que mediara contacto con su piel.

El niño ladeó la carita y trazó una expresión inquisitiva. Magnus se agachó

con cuidado junto a él, sin hacer movimientos bruscos.

—¿Mamá? —llamó con cierta inseguridad.

—Hijo, ¿no me reconoces? —A Jana se le partió el corazón al ver el dolor de Magnus reflejado en el rostro. El niño no lo reconocía y estaba a punto de ponerse a llorar—. Soy yo, ¡soy papá!

El niño se quedó inmóvil, sin hacer ningún gesto. Jana no encontró otra cosa que hacer que ponerse a rezar. Si había algún dios que escuchase sus plegarias, entendería que Magnus y su hijo se merecían un milagro, pero pasaban los segundos y Kurt parecía no saber si quedarse con aquel hombre o huir a los brazos de su mamá.

Magnus tendió una mano hacia su hijo, pero el niño retrocedió unos pasos, receloso, y la retiró con rapidez y sin brusquedad. ¿Cómo llegar hasta él?

¿Cómo conquistarlo de nuevo? Rebuscó dentro del maletín de cuero y sacó un libro. Y comenzó a leer. Con el mismo tono melodioso con el que le leía desde que era un recién nacido. Con el que lo calmaba en los llantos más intensos y en las noches de tormenta más duras. Jana se sabía algunos pasajes de memoria de aquel libro, *Al este del sol y al oeste de la luna*.

—«¿Es verdad que el sol hace que los trolls estallen y se conviertan en piedra?», pregunta el Pequeño Troll. «Sí —contestan los otros trolls—. Y los bosques están llenos de piedras cubiertas de musgo que recuerdan a muchos de sus antepasados.»

Jana se echó a reír, sin darse cuenta de que sus ojos estaban inundados en lágrimas. Magnus daba vida con su voz a los distintos personajes y Kurt lo escuchaba, embelesado.

De pronto, el niño salió de su inmovilidad y susurró una palabra, vacilante.

—¿Papá? —preguntó, inseguro.

Magnus se quedó quieto, estaba seguro de que había escuchado mal. Siguió leyendo, pero su voz lo traicionaba, ahogada por la congoja. Kurt avanzó unos pasitos hacia él.

—Papá —afirmó esta vez, con la certeza inamovible que solo un niño puede defender—. ¿Mamá?

Volvió la vista unos segundos hacia Jana, quien asintió con una sonrisa reafirmadora.

—Sí, pequeño. ¡Es papá! Ve. Ve con él.

Se había acercado unos pasos y lo animó con un gesto de las manos.

Magnus permanecía arrodillado en la nieve, sin importarle el frío y la humedad que calababan su ropa. Se obró el milagro y Kurt dejó caer la venda que velaba sus ojos.

—¡Papá, papá, papá! —gritó el pequeño, preso de una alegría desbordante.

Corrió hacia él los pocos metros que los separaban, con toda la velocidad que la torpeza de sus piernecitas y la ropa abultada de abrigo le permitían.

Magnus lo abrazó con incredulidad. ¿Había sido su voz en las noches interminables del invierno ártico? ¿Las largas horas que pasaron juntos mientras estaba sin trabajo en casa? ¿Un milagro? ¿Fruto de la más pura casualidad?

No importaba.

Ahora tenía a su hijo entre sus brazos y lo estrechó como el tesoro de valor incalculable que era. Lo meció, susurrando palabras de amor y felicidad durante un tiempo que quiso que fuera eterno. Su hijo estaba más corpulento y fuerte de lo que recordaba, con más forma de niño que de bebé. Quiso beberse cada relieve y cada hoyuelo de su rostro, cada rizo rubio, cada palabra chapurreada y cada gorjeo sin sentido.

—Magnus, debemos irnos. Mi madre estará a punto de llegar —dijo Jana, consternada. Había pasado mucho más tiempo del que creía y tenían que volver ya a la puerta principal—. ¿Has leído mi carta? ¿Has podido pensar en lo que te escribí?

Había aguantado casi una hora sin reclamar su atención. Pero cada minuto que pasaba, su indiferencia acuchillaba su pecho con más saña. Las manos le dolían por la necesidad de tocarlo, se ahogaba por la necesidad de beberse su boca y sentir su piel.

—Magnus, por favor —suplicó, al ver que él seguía sin mirarla.

Él alzó los ojos.

Y fue infinitamente peor.

Jana retrocedió un paso, impresionada por el resentimiento que dejaba traslucir su mirada. Y supo con certeza que no la había perdonado.

Magnus no dijo nada, no era necesario. Obvió su mención a la carta y

centró su discurso en Kurt.

—Mañana quiero verlo de nuevo. Y cada día hasta que me marche después del Año Nuevo —dijo con tono formal, manteniendo su mirada amorosa fija en Kurt y evitándola a ella—. Dime el lugar y la hora, y ahí estaré.

—Magnus, la carta...

—Tu carta llega con un año de retraso —dijo con amargura.

—Pero si me dejas explicarte, yo...

—No necesito tus explicaciones. Dime hora y lugar.

Jana tartamudeó, sin abandonar su intento de entablar un diálogo. No quería rendirse. No podía renunciar ahora que lo tenía cerca. Todo su cuerpo rabiaba por el contacto, pero él estaba centrado únicamente en Kurt.

—Mañana es Navidad y no podré sacarlo de casa. Mejor al día siguiente, aquí mismo —susurró Jana, abrumada por el rechazo brutal—. Espero que ahí sí podamos hablar. ¡Vamos, Kurt!

Ambos se alejaron hacia la cancela de la entrada. Jana apretó el paso, había divisado a su madre. Caminó como una autómatas, con el corazón destrozado y un intenso sentimiento de incredulidad. No podía ser cierto. No quería que fuera cierto.

—¡Espera! —la detuvo la voz de Magnus.

Se dio la vuelta, esperanzada, y buscó de nuevo sus ojos celeste con una sonrisa anhelante. Pero él solo le tendió una bolsa de tela con un colorido Julenissen bordado.

—Son regalos para Kurt.

Ella asintió, sumiéndose de nuevo en una decepción inexplicable. Su madre comenzó a llamarla desde el otro lado de la puerta y Magnus se alejó presuroso en dirección contraria. Jana tuvo que reaccionar.

—¿Quién era ese hombre? ¿Qué tienes en esa bolsa?

—No era nadie, mamá. He comprado esto para Kurt en unos puestos en el interior del parque —improvisó sobre la marcha. Su madre estaba nerviosa por el retraso y no pareció notar su desolación—. Son solo unos regalitos de Navidad.

—Vamos, o tu padre se enfurecerá por la tardanza.

Magnus se alejó de Jana y su hijo con una sensación devastadora de pérdida. Aquella hora escasa no había hecho más que fustigar la idea de que

aquel año precioso sin su hijo no podría recuperarlo jamás. Escuchar llamarlo «papá» después de todo aquel tiempo se le antojó al principio una coincidencia, tal vez un milagro. Pero la fuerza de aquellos bracitos aferrados a su cuello no era fruto del azar. Era real.

Caminó entre las estatuas del monolito, sin prestarles atención pese a su belleza enternecedora. Debía volver a la pensión, comenzaba a nevar. Pero permaneció en el lugar donde se había reencontrado con ellos para revivir una y otra vez cada pequeño detalle. Ver de nuevo a su hijo lo había llenado de una felicidad infinita.

Ver a Jana había sido devastador.

Luchaba contra la llama inagotable de amor y esperanza que había anidado en su pecho desde que había leído su carta. Un sentimiento negro de rencor y desconfianza comenzó a contaminar el júbilo en su interior. Jana decía que lo amaba, que quería reconstruir lo que habían perdido. Que se arrepentía de su abandono. Pero el orgullo y la soberbia lo ayudaron a barrer cualquier atisbo de luz.

No.

No podía ser cierto.

Jana jugaba con él.

Era voluble. Débil de carácter. Ella misma lo decía.

Era más seguro no alimentar ninguna expectativa, no dejarse llevar por ningún anhelo, no alentar sentimiento alguno por aquella mujer.

Después de un año de sufrimiento su corazón se había acorazado y podría resistir cualquier envite.

Pero sabía que si dejaba caer sus defensas y Jana volvía a entrar en su vida, no tendría la fortaleza para soportar su abandono una vez más.

## *¡God Nyttar!*

*Oslo, enero de 1972*

Pasó la Navidad solo. Ni siquiera bajó a compartirla con algunos de los inquilinos en el sencillo comedor de la pensión. Después de un año tenía por fin imágenes nuevas que grabar en su memoria. Pasó las largas horas preso de la dicotomía entre la felicidad por el reencuentro y el rencor por lo que nunca volvería.

El día después de Navidad también era festivo y el parque de Vigeland estaba lleno de niños estrenando los juguetes que el Julenissen les había dejado. Por las lomas suaves se deslizaban entre risas con trineos pintados de colores relucientes y anotó mentalmente la idea. Sería fácil construir uno para Kurt. Sonrió. Ahora todo lo cifraba en torno a una nueva vida junto a su hijo.

Respecto a Jana...

Ahí estaba, puntual y responsable, con Kurt aferrado de la mano para que no se escapara. Una niña aplicada que llega siempre la primera al colegio a estudiar. Magnus tragó saliva para aliviar la congoja y el nudo apretado que era su abdomen cuando la veía. Estaba preciosa. ¿Cómo era posible que un ser tan angelical fuera capaz de hacer tanto daño?

—Hola, Magnus. Feliz Navidad —dijo en un hilo de voz y con la mirada encendida de esperanza—. Kurt te ha echado de menos.

Su melena rubia estaba suelta y caía sobre sus hombros. Un gorro de piel de armiño blanco abrigaba su cabeza y le daba el aspecto de una delicada muñeca rusa.

—Es demasiado pequeño y ha pasado demasiado tiempo separado de mí.

No creo que me haya echado en falta —replicó él con gesto adusto y sin sonreír. No quería alentar acercamientos que después le valieran una decepción—. Pero ya lo hará. Con el tiempo. ¡Hola, pequeño!



Su tono y su expresión se dulcificaron al agacharse a saludar a su hijo. Kurt lo miró con curiosidad. Esta vez no estaba asustado y un brillo inteligente en sus ojos le dijo que sí lo había reconocido. Ladeó la cabecita y le regaló una sonrisa llena de hoyuelos.

—¿Papá? Eres papá —afirmó con convencimiento. Buscó con su pequeña mano el hueco de la mano desnuda de Magnus y lo llevó hacia el estanque de los patos—. Vamos.

Él apretó los dientes para contener su emoción frente a Jana, que no hacía nada por esconder su sonrisa arrobada. Se dejaría llevar por su hijo al fin del mundo si era necesario. Ella los siguió unos pasos por detrás.

—No quiero molestar, pero ¿puedo quedarme? —preguntó con un deje de súplica. Magnus volvió el rostro hacia ella, algo irritado. Aquel tiempo escaso y valiosísimo les pertenecía solo a ellos dos, pero no tuvo el valor para negárselo.

—Está bien. Lo mismo me da —murmuró.

El impacto de sus palabras fue físico. Jana se encogió y su sonrisa se le congeló en el rostro. Magnus percibía la calidez, sus intentos de acercarse, la voluntad de querer arreglar las cosas. Pero él seguía sin ser capaz de perdonar. Llevaba tantos meses alimentando el resentimiento que había echado raíces profundas en su corazón, ya ennegrecido por el rencor.

—Pareces de hielo —lo acusó ella por fin.

Magnus se encogió de hombros y sacó otro libro de cuentos de colores vivos. Se sentó en el banco más cercano al estanque y comenzó a leer para su hijo, ignorándola una vez más.

¿Cuánto más tiempo iba a ser capaz de aguantar su indiferencia? Jana suspiró y se alejó un poco para darles la intimidad que necesitaban. Y, también, para evitar el dolor. Sus manos ardían por el deseo de tocarlo, los labios estaban más sensibles y parecían rememorar su sabor. Todo su cuerpo reverberaba con el recuerdo de sus caricias. No podía creer que él ya no sintiera nada.

Cada día hasta el último día del año, repitieron sus encuentros clandestinos.

Magnus tiraba de un trineo, le leía cuentos o compartía con Kurt un bollo de canela mientras ella permanecía en un segundo plano, sin atreverse ya a

intervenir. Cada intento de acercamiento era cortado de raíz por Magnus. El desánimo comenzaba a apresarla.

—Mañana no podré venir con el niño —dijo Jana al despedirse en la víspera de Año Nuevo—. Mi padre estará en casa todo el día y no podremos salir sin levantar sospechas. Kurt te llama continuamente y creo que ya intuye que algo está pasando. No sé muy bien qué podemos hacer.

—No puede impedírmelo. Es mi hijo —replicó categórico Magnus. Por primera vez se acercó a ella sin cuadrar los hombros en rechazo y con un tono de voz más conciliador, pese al gesto resuelto—. Todavía no ha emitido una respuesta para el abogado. Jana, si no se soluciona por las buenas, utilizaré todo el peso de la ley para hacer valer mis derechos.

—No es necesario llegar a eso, ¿eres su padre! Y Kurt te necesita —dijo Jana en un intento de aplacar su rabia, evidente pese a la calma de su discurso—. Déjame intentarlo. Hablaré con él. El día dos nos veremos aquí, en la cancela del parque —suplicó. Se atrevió a posar su mano sobre el abrigo de paño, sobrio, pero de buena calidad, y con un corte elegante—. Ya no nos esconderemos más, te lo prometo.

Magnus alzó una ceja en un gesto incrédulo, pero no dijo nada. Le daría el beneficio de la duda, por mucho que supiera que Jensen no daría su brazo a torcer.

La Navidad siempre había sido muy importante en su casa; su padre siempre velaba por cultivar la tradición de pasarla en familia y rara vez tenían invitados en aquellas fechas. Pero el Año Nuevo era otro cantar.

La fiesta que sus padres celebraban para la alta sociedad de Oslo era esperada durante todo el año, pero Jana no tenía el ánimo para vestidos de gala y sonrisas artificiales. Utilizó como excusa que Kurt estaba un poco acatarrado para retirarse en cuanto tuvo ocasión.

—¡Feliz año, hija mía! —la abrazó su madre con fuerza. Su padre la besó en la frente y puso en su mano una copa de champán. Se sintió amparada por las risas, el buen humor y el galimatías de voces de los invitados. Quizá ahora sería un buen momento para abordarlo.

—Feliz año, mamá. Os quiero. Papá, ¿crees que mañana podremos tener un momento para hablar? Es importante. —Bebió un trago al ver el gesto suspicaz en sus ojos de miles de matices de azul—. Quiero que este año

cambien muchas cosas. Empezando por mí.

Matías enarcó las cejas con una mirada sorprendida y llena de agrado. Alzó su copa y los tres brindaron.

—Por los cambios, hija. *Skal!* Has necesitado casi un año para sanar tus heridas y entrar en razón —dijo su padre como si siempre hubiera sabido que ella acabaría por doblegarse—. Deseo que este año sea para ti el inicio de una nueva vida llena de prosperidad junto a nosotros. Mañana hablaremos con tranquilidad.

Unos conocidos lo reclamaron en su círculo de conversación y Jana aprovechó para retirarse, pero de su madre no pudo escapar.

—Hija, ¿qué ocurre? —preguntó Olivia, sentándose a su lado en la enorme cama con dosel. Kurt dormía en lo que antes había sido su vestidor, comunicado por una puerta corredera directamente con su habitación. Su madre se levantó y la cerró—. ¿Tiene algo que ver con tus visitas misteriosas al parque estos días?

Jana bajó la mirada ante la expresión inquisitiva de su madre. Pese a su frialdad, a su hostilidad inconsciente, la conocía mejor que nadie.

—Supongo que solo era cuestión de tiempo que te dieras cuenta.

—Y coincide con la insistencia de Kurt en decir «papá, papá» a todas horas —dijo su madre, preocupada. Jana retiró las horquillas que sostenían su moño y comenzó a cepillarse el pelo frente al espejo del tocador. Olivia le quitó el cepillo y la relevó en la tarea—. No sé cómo tu padre no lo sospecha, con todo el tiempo que pasa con él.

—Solo han sido un par de horas cada día y siempre en un espacio público —se apresuró a excusarse Jana—. El señor Graff me dio algunas indicaciones a espaldas de papá para evitar problemas con Magnus, pero lo cierto es que solo quiere compartir un ratito con Kurt.

—¡Vaya! —exclamó su madre, sorprendida—. Una conspiración en toda regla, espero que tu padre nunca se entere o el señor Graff va a pasarlo muy mal. —Hablabas a medias en broma y a medias en serio—. ¿Qué pretendes decirle a tu padre, Jana? ¿No sería mejor dejar las cosas como están? Yo te ayudaré a concertar los próximos encuentros para que tu padre no sospeche.

Si llega a enterarse, no sé qué sería capaz de hacer.

Se volvió, incrédula. Su madre le tenía miedo. Lo percibió con claridad

meridiana y cierta sorpresa. Lo temía de verdad. Se tragó el horror que le generó aquella certeza.

—Mamá, quiero resolver esta situación con Magnus. Ni él ni Kurt se merecen lo que está pasando, fuisteis muy crueles al interferir —dijo Jana con rencor. Todavía no perdonaba a su madre que hubiese interceptado sus cartas—. Tengo que intentar recuperarlo, mamá. Sigo enamorada de él.

Nunca he dejado de amarlo. —Su madre se quedó inmóvil y ella se levantó hasta el ventanal. Fuera caía una nevada serena, pero ella solo estaba cubierta con el camisón y un chal de lana—. Ni siquiera cuando lo culpé del momento en que Kurt cayó enfermo, o cuando pensé que definitivamente nos había abandonado.

—Jana, ¿no te das cuenta de que es una locura lo que estás diciendo?

Pertenecéis a mundos diferentes. ¡Tú misma tomaste la decisión de marcharte! —dijo Olivia, consternada. Movía el cepillo de plata entre sus manos a toda velocidad—. Perderás el apoyo y el amor de tu padre. Y esta vez no te perdonará.

—No me importa, mamá. Ya no tengo miedo. No estoy preparada para renunciar al amor de Magnus, por mucho que él me rechace —reconoció con amargura. Ignoró la mirada llena de conmiseración de su madre—. Tengo que recuperarlo como sea, y eso pasa por permitir que visite libremente a Kurt. Después, espero que el tiempo se encargue de reparar las heridas. ¿Me ayudarás?

Jana elevó hacia ella unos ojos llenos de esperanza. Olivia se volvió, atribulada por el peso de su declaración.

—Debo volver con tu padre y los invitados —respondió al fin, sin comprometerse. Jana no insistió. Tendría que luchar sola sus propias batallas.

Y prepararse para un final definitivo que no tardaría en llegar.

Como siempre que acudía a hablar con su padre en su despacho, tenía la sensación de que asistía a una audiencia. Se habían distanciado tanto... Jana adoraba a su padre, era su referente para todo, pero la admiración que alguna vez sintió por él había comenzado a diluirse en el momento en que saboreó la libertad y acabó el día en que recibió aquella bofetada humillante.

Escuchó la charla insustancial sobre la fiesta de Año Nuevo y los desafíos para el hospital en el año que empezaba durante unos minutos que se le

hicieron eternos. Resopló con impaciencia y decidió un abordaje frontal.

—Papá, Magnus ha estado viendo a Kurt estos días en el parque. Solo quería que supieras que haré todo lo posible para facilitarle las cosas —soltó de prisa, sin detenerse, y con un temblor delator en la voz. Su padre no movió ni un solo músculo, pero sus ojos azules refulgieron en pura ira—. No quiero abogados, ni intermediarios. Es su padre y Kurt lo necesita.

Retuvo el aire y se quedó inmóvil, de pie frente al escritorio, esperando a que se desatara la tormenta. Matías Jensen se apoyó en el protector de cuero sobre la madera y Jana no pudo evitar fijarse en las mil líneas que surcaban la piel de sus manos y en la crispación de sus dedos pese a la calma aparente.

—¿Desde cuándo? —dijo al fin con voz glacial.

—Desde la víspera de Navidad.

—¿Ha sido el calvo gordo de Graff?

Jana dudó en contestar, pero no tenía sentido ocultarlo.

—Sí, papá. Yo abordé al señor Graff, dado que en realidad las cartas del abogado de la Statoil estaban dirigidas a mí. —Tragó saliva antes de proseguir, pero la necesidad de enfrentar la situación era mayor al temor que su padre pudiese generarle—. Debiste consultarme desde el principio, soy mayor de edad y abrir mis cartas no solo es un abuso de confianza, es un delito.

Su padre soltó una carcajada irónica a la vez que incrédula.

—¿Me estás amenazando? ¿A mí? Era lo que me faltaba por ver —dijo con ademán despectivo. Se levantó de la mesa y se asomó a la ventana aparentando indiferencia, pero Jana leyó en la tensión de sus hombros y el temblor de sus labios la furia contenida—. Para empezar, despediré a ese abogaducho de mierda. Mis empleados y mi familia —recalcó clavando los ojos en ella— me deben la más absoluta lealtad.

Jana negó con la cabeza; el tono de voz de su padre se elevaba a medida que perdía el control de su templanza.

—Papá, yo jamás te traicionaría, por eso estoy aquí. Y el señor Graff no ha hecho otra cosa que cumplir con mis demandas —rebatía en un intento de hacerlo entrar en razón—. Después de todo, yo también formo parte de esta familia. Kurt es mi hijo, fui yo quien abandonó a Magnus. ¿Acaso no tengo yo algo que decir en todo esto?

Ahora la carcajada fue mordaz y acuchillaba. Su padre abandonó cualquier contención.

—¿Algo qué decir? ¡Yo pago las cuentas de esta casa! No solo el abogado, también tus vestidos, tus zapatos, tus perfumes y maquillajes extravagantes.

—Jana retrocedió un poco ante el aura agresiva que irradiaba, señalándola con un dedo índice acusador—. Y no te olvides que, después de manchar con un bastardo el nombre de esta familia, ¡te acogí en esta casa como mi hija y no como la puta que eres en realidad!

No pudo evitarlo. Las lágrimas inundaron su rostro. Se quedó inmóvil a merced del látigo inhumano de las palabras de su padre.

—¡Ya es suficiente, Matías!

La puerta del despacho se abrió y su madre irrumpió, desencajada. Jana la miró, buscando su consuelo, su apoyo, un mínimo de comprensión.

—¡Márchate de aquí, Olivia! Esto no va contigo, ahora mismo voy a resolver este tema y lo voy a zanjar de raíz. —Jana se arrojó a los brazos de su madre, que la abrazó brevemente y la conminó entre susurros a marcharse de allí—. Si Graff no quiere quedarse de patitas en la calle y ver sus posibilidades de trabajo en Oslo reducidas a cero, más vale que escuche lo que tengo que decir. Arruinaré su carrera, ¡lo juro!

—Matías, ¡escucha lo que estás diciendo! ¿Te has vuelto loco? —dijo Olivia, consternada. Empujó con suavidad a Jana hacia la puerta, pero ella no se movió. Haría un frente común junto a su madre—. ¿Cómo puedes hablarle así a Jana? ¿Cómo puedes plantearte hacerle daño a un hombre que ha trabajado durante décadas para ti?

Matías soltó el teléfono que ya tenía en la mano, generando un sonido seco y a la vez vibrante.

—Olivia, no te metas.

—Matías, por una vez en tu vida, ¡escúchame! —rogó su mujer, apoyándose en la mesa, a su lado. Jana admiró la valentía de su madre, que tomó entre sus manos la de su padre y la acarició—. Tenemos todas las de perder en esto, yo también me he informado con Gretchen...

—Tu amiga experta en divorcios, ¡qué vergüenza! Lucrarse a costa de la desgracia y de la desintegración de las familias —dijo Matías con desprecio.

Pero Olivia no se arredró.

—Justamente porque es experta en divorcios sabe que Magnus ganará si vamos a juicio. Fue Jana la que abandonó el domicilio familiar sin explicación —explicó con calma; su tono dulce y reposado fue un bálsamo calmante sobre ellos—. Se nos puede acusar incluso de secuestrar al niño,

¿no te das cuenta? ¿No sería mejor que, en vez de visitas clandestinas en un parque, Magnus pudiese venir a nuestra casa?

—¡Por encima de mi cadáver! —rugió Matías, fuera de sus cabales. Intentó retirar la mano con un ademán brusco, pero Olivia no lo soltó—. No quiero a ese lapón ignorante en mi casa ni lo quiero cerca de mi nieto.

—Antes que tu nieto, Kurt es su hijo, Matías. Y si no atendemos a sus deseos, podemos perderlo para siempre —dijo con paciencia, intentando hacérselo entender. Jana observó cómo el semblante de su padre se aflojaba y daba paso a la aceptación—. Jana, márchate. Tu padre y yo ajustaremos los detalles de las visitas.

—Pero, mamá... —rezongó Jana, sin creerse todavía lo que estaba pasando.

—Hija —cortó Olivia en seco—, esta es nuestra casa, en eso tu padre tiene razón, y seremos nosotros quienes marquemos las reglas. Después hablaremos con el señor Graff para que se ponga en contacto con Magnus lo antes posible y te informaremos de cómo será.

Jana asintió, doblegándose más a la mirada suplicante de su madre que a sus palabras. Supo que no estaban destinadas a ella, sino a hacerle más dulce la derrota a Matías. Porque era eso lo que había conseguido: una victoria sin precedentes.

—Espere aquí, señor Thoresen. Jana y su hijo vendrán enseguida.

—Gracias —musitó, algo intimidado por el trato deferente que le dio la mujer vestida con un austero uniforme negro con cofia y delantal blancos, y por la inmensidad de aquel salón. Su casa de Stavanger bien cabría dentro de la estancia.

Se sentó en el sofá de brocado de seda y armazón de madera torneado. Se hundió en el cojín mullido de plumas y acabó por levantarse, era muy incómodo. La mirada circular se detuvo en los espejos de marco rococó con pan de oro y la enorme araña de cristal. Los pies se hundían en la alfombra de lana.

Las risas y los pasos rápidos de Kurt corriendo hacia él hicieron que todo desapareciera, como si estuviera fuera de lugar. Se abrazaron como si no se hubieran visto en años, aunque solo había pasado un día. Jana le lanzó una sonrisa apenas esbozada. Estaba preciosa con aquel vestido sencillo de color gris que se ceñía a sus curvas con elegancia. Apartó la mirada de ella, turbado, y la fijó en su hijo.

—¡Papá, ven! ¡Mira mis juguetes, mis juguetes! —dijo, tironeando de él hacia el vestíbulo. Magnus lanzó una mirada insegura a Jana.

—Vamos, subamos a tu habitación. Mis padres llegarán a las cuatro, cerca de esa hora prefiero que estemos en el salón —dijo en tono contrito, como pidiéndole disculpas—. Ellos prefieren que todo sea formal, pero para jugar es mejor ir arriba.

—Lo que tú digas estará bien —dijo Magnus, no estaba ahí para cuestionar nada.

La llamada del abogado la noche anterior lo llenó de una esperanza incrédula. Cambiar el ambiente gélido del parque nevado, donde Kurt casi no podía moverse por la ropa de abrigo por una visita de tres horas en un sitio caliente era para mejor.

Reconoció a la hija de la señora Vinter, vestida con el mismo uniforme de servicio, de pie en un esquina de la habitación. Jana sonrió con resignación.

—Lo siento, es una de las condiciones. No podemos estar solos, por el momento. Pero Nana es mi confidente y mi amiga —dijo Jana, guiñándole un ojo a la mujer, que sonrió también de manera imperceptible—. Es una aliada, no te preocupes por lo que pueda decir.

Magnus hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, pero no sonrió.

Aquello no le gustaba, se sentía como un intruso. De pronto, un estruendo los sorprendió. Kurt había volcado sin ayuda el arcón, bastante grande, de sus juguetes. Varias pelotas, piezas de construcciones y bloques de madera rodaron por el suelo de la habitación.

—¡Kurt! —lo reprendió Jana, arrodillándose a su lado para levantar el baúl y tratar de contener el desorden.

—¡A jugar, mamá! A jugar —dijo el niño con entusiasmo. Corrió hasta él y tiró de su mano para que se sentara en el suelo—. Papá, ¡a jugar! ¿Te gusta el tren?



Magnus sonrió ante la seguridad del discurso de su hijo, pese a que sus palabras eran poco más que balbuceos. Era la primera vez que estaba tan cerca de Jana. Los separaban unos pocos centímetros y unos juguetes desparramados sobre la alfombra. Inspiró lentamente y el aroma de su perfume lo desconcertó, era distinto al que recordaba. Pero percibir el aroma dulzón y femenino de su piel, cálido y acogedor, lo inundó de recuerdos.

Tuvo que apartar una punzada de deseo y desviar la mirada hacia su hijo, que parloteaba, entusiasmado.

—Habla muy bien, solo pronuncia mal las erres, como yo cuando era niño —dijo al fin, para romper la tensión expectante alzada entre ellos.

—Ya tiene un año y ocho meses, ¡es todo un señorito! —repuso ella, dando un pellizco cariñoso en la nariz respingona de Kurt. También evitaba mirarlo de frente—. Y pasa demasiado tiempo con adultos, es como un pequeño viejo.

—Este año podría asistir al *barnehage*, así estaría con otros niños.

—Yo había pensado en ponerle un tutor en casa, como hicieron mis padres conmigo —dijo Jana sin pensar—. Así la educación es más especializada y es más cómodo mientras son pequeños.

—¿Y encerrar a nuestro hijo en esta jaula de oro? Jamás lo permitiré. —Magnus se echó a reír, divertido por su expresión sorprendida y escandalizada—. Será más feliz junto a otros niños, no rodeado de adultos que lo tratan como si fuera un bebé.

Jana apretó los labios, ofendida. No dijo nada y se dedicó a observarlos mientras montaban las vías del tren y veían la pequeña máquina a cuerda deslizarse por los minúsculos raíles. Magnus tenía razón.

—Señorita Jensen, el coche acaba de entrar en casa —anunció Nana, que vigilaba por la ventana de cuando en cuando.

Jana se incorporó, olvidando por un momento su enfado. Tenían que bajar, prefería no dejar entrever que no había cumplido las normas de permanecer en el salón bajo la vigilancia de Nana. Ella los cubriría, siempre y cuando no pusieran en riesgo su trabajo.

—Vamos, Nana. Deja eso, ya lo recogerás después.

—Dirás que lo recogerá Kurt —dijo Magnus divertido. Se levantó de la alfombra y le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. Estáis transformando al niño en un completo inútil.

—¡No digas eso! —se ofendió ella. Cogió con decisión su mano y el impacto de sentir su piel la dejó sin aliento. No continuó con lo que iba a decir. Su cuerpo tenía memoria y reaccionó ante el tacto conocido de aquellas manos fuertes y ásperas. Una corriente viajó desde los dedos hacia sus pezones, que se erizaron. Hacia su sexo, que se tensó con violencia. Hacia sus labios, que cosquillearon. Se levantó lentamente, suspendida de la fuerza de su brazo, saboreando el momento. Sus miradas se engarzaron para decir sin palabras lo que ambos sentían.

Magnus retiró la mano en cuanto ella se puso de pie como si quemara. La odiaba. No lo recuperaría jamás. Nana los miró, nerviosa, y cogió al pequeño Kurt en brazos.

—Debemos bajar ya, sus padres entrarán en cualquier momento —rogó con voz preocupada—. Por favor, Jana. No pueden vernos aquí.

Bajaron presurosos por la fastuosa escalera de mármol y acababan de acomodarse en el sofá cuando Olivia y Matías Jensen entraron en el salón.

Cualquier atisbo de complicidad desapareció y hasta Kurt parecía serio y cariacontecido, en contraste con las risas y la alegría que se había respirado en aquellas dos horas que habían pasado juntos sentados en el suelo.

—Buenas tardes. Dejados solos —ordenó el padre de Jana sin dejar lugar a réplica. Magnus negó con la cabeza al ver cómo Olivia, Jana y la niñera con Kurt en brazos desaparecían, presurosas—. Espero que sepas apreciar los privilegios que se te están concediendo.

—No son privilegios. Son mis derechos como padre —dijo él, asqueado por su prepotencia. Le quedaba aún algo más de media hora, pero se puso de pie para marcharse—. Los próximos días vendré y después estaré un mes en la plataforma. Para entonces, espero facilitarles una dirección para quedarme con mi hijo el tiempo que negocien nuestros abogados.

Un relámpago de alerta cruzó por los ojos glaciales del cirujano. Le señaló de nuevo el sofá con ademán conciliador y pareció recular en su actitud.

—Siéntese, Magnus. No es necesario toda esa animadversión, ya ve que estamos poniendo todo de nuestra parte —dijo con tono falsamente obsequioso. No bajó la guardia, ya sabía cómo era aquel reptil, por mucha deferencia que mostrara al tratarlo de usted—. ¿No le parece bien visitarnos

en nuestra casa?

—Me parece perfecto, de manera provisional —puntualizó él, dejando claro que no sería una situación permanente. Se quedó de pie, lo que le daba la ventaja de mirarlo desde una posición de superioridad—. Pediré mi traslado de Stavanger a Oslo si con eso facilito que Kurt viva conmigo al menos un periodo mientras no estoy trabajando en la plataforma.

—Ya veremos —replicó de nuevo, ácido, el doctor Jensen.

—Lo veremos —afirmó él. Se alejó hacia el vestíbulo y Matías lo siguió a regañadientes—. No se moleste, sé dónde está la salida. Despídame de Jana y de Kurt.

El aire frío y vivificante golpeó su rostro al salir, pero cualquier cosa era mejor que el ambiente opresivo que se respiraba en aquella casa. Por mucho que hubiese riquezas y comodidades, no era el mejor lugar para un niño.

¿Dónde estaban las risas y los juegos? Cuando iba a descender la escalinata de piedra, Jana salió de detrás de un arriate de flores.

—Magnus, necesito hablar contigo —dijo con tono suplicante. Él lanzó una mirada hacia la puerta de hierro forjado, no tenía escapatoria.

—¿Qué quieres, Jana? Ya se ha hablado todo lo que se tenía que hablar.

Ella cerró los ojos ante el impacto de sus palabras, y se arrepintió por un momento de ser tan duro con ella, pero era la única manera de mantenerla alejada. Si la dejaba entrar de nuevo en su vida, la caída sería aún más dura y no lo resistiría.

—¡Solo quiero que me escuches un momento! Necesito contarte lo que pasó.

—Hilde ya me dijo lo que pasó. Hace un año, cuando Kurt enfermó —recalcó ese año con tono resentido—. Ahora es tarde para explicaciones, todo es agua pasada.

—A eso me refiero, ¡intenté contactar contigo una y mil veces! —dijo, desesperada. Estaban demasiado cerca de la casa y Jana lo cogió del brazo y lo acompañó hasta la entrada—. Te mandé cartas cada semana, pero al no recibir contestación, me desanimé. Pero las cosas no tienen por qué ser así, ¡podemos recuperar lo que teníamos!

—Tú lo has hecho así al no permitirme ver a mi hijo —dijo Magnus, sorprendido por el giro que tomaba su confesión.

Jana lanzó un suspiro impaciente, ya estaban en la cancela. El viento gélido azotaba su melena rubia y él reprimió el impulso de apartar las guedejas de su rostro. De envolverlo entre las manos y besarla en los labios, de cobijarla entre sus brazos y darle calor.

—¡Yo nunca supe que habías querido vernos! —exclamó, desesperada por hacérselo entender—. Mi padre jamás mencionó tus intentos de ponerte en contacto conmigo, ni tus visitas. Intercepté uno de los avisos de tu abogado este verano por pura casualidad y he estado luchando para vencer sus resistencias, ¡todo esto tampoco ha sido fácil para mí!

—Jana, habla con mi abogado. Este cruce de reproches no tiene ahora ningún sentido —dijo con amargura. Odiaba con todo su ser a Matías Jensen.

Por su causa, la grieta que los separaba se había ensanchado todavía más. Ella se negaba a escucharlo.

—Te he echado de menos todos y cada uno de los días que he pasado sin ti, pero me escudé en que Kurt estaría mejor en Oslo, ¡pasé tanto miedo cuando se puso enfermo! Pensé que los dos moriríamos sepultados en la nieve cuando intenté llevarlo al hospital. Sé que no es excusa, fui débil ante el primer contratiempo real y me refugié en la facilidad de mi antigua vida. Y me equivoqué, ¡me equivoqué!

Magnus la miró, inmóvil y muy atento a sus palabras, pero su coraza comenzaba a resquebrajarse.

—Tengo joyas, vestidos, zapatos..., pero estoy muerta por dentro. ¡Muerta! Llevo fantaseando desde que reapareciste con la idea de que vuelvas a mí.

—Te marchaste. ¡Me rompiste el corazón! —replicó él, desesperado, en un intento de defenderse de la oleada de emociones y sentimientos encontrados que la confesión de Jana le generaban.

—Kurt estuvo muy enfermo, Magnus. Cuando llegué al hospital la neumonía estaba muy avanzada.

—Lo sé, Hilde y Fred me contaron todo. Tu marcha me sumió en la desesperación. Fui a buscarte, pero tu padre me ofreció dinero para que me marchara. —Se volvió por fin, con el rostro desencajado por la rabia y la pena—. Tu padre dijo que me odiabas por haberos puesto en peligro. Rompí el cheque y juré no volver a buscarte jamás.

Jana se acercó, vacilante, y lo cogió de la mano.

—Y yo te escribí varias cartas explicándote lo que sentía, pero al no recibir respuesta, me desanimé y las fui espaciando hasta que me rendí. Hasta hace poco no supe que mi madre las interceptaba y que jamás llegaron a ti. Te las he traído. Léelas. Aquí tienes pruebas de mis sentimientos.

Magnus no quiso aceptar el paquete, pero Jana lo estalló contra su pecho, enojada ya con la situación, y se alejó de la cancela. Él miró las cartas, atribulado. Quiso dejarse llevar por la tentación de deshacerse de ellas frente a la primera papelera que encontró en la calle, pero no fue capaz.

Iba a sufrir al leer aquellas cartas, estaba seguro.

Le dolerían todas y cada una de sus palabras. Las metió finalmente en su maletín y se marchó a la pensión. Necesitaba una comida caliente, un whisky y un sitio tranquilo para leer.

Jana se aseguró de que Magnus se hubiera alejado de la puerta y se acercó al vigilante que custodiaba el palacete durante la noche. Su madre le había dado parte del dinero y ella había vendido un par de pendientes de perlas con la mediación de Nana. Se acercó a él y le tendió el estuche de tela con el fajo de billetes.

—Ese es el hombre, Nils. Síguelo y averigua dónde se aloja. Consígueme la dirección y el número de teléfono si lo hay.

El hombre cogió el dinero y asintió. Jana sabía que lo habría hecho sin cobrarle, pero no era la tarea lo que estaba pagando. Era su silencio. Su padre no podía saber lo que planeaba hacer.

**1972**

# Nostalgia

*Stella Polaris, febrero de 1972*

Jamás pensó que separarse de su hijo sería tan doloroso. Llevaba un par de semanas en la plataforma y no terminaba de centrarse. Sentía como si le hubieran arrancado una parte de su ser. Más distraído de lo normal, Goran le había llamado la atención un par de veces por perder el hilo de alguna conversación y eso no podía ocurrir.

Apartó el tema durante las horas de trabajo, refugiándose en los desafíos que planteaba cada día la plataforma: averías, errores de cálculo, imprevistos geológicos, y los que más le gustaban, inventar soluciones ante la falta de recursos materiales o cuando los procedimientos habituales fallaban y había que improvisar.

Pero por la noche, la ausencia de su hijo le pesaba como una losa en el pecho. La nostalgia se hacía ingobernable y le impedía dormir. Visitó al médico de la Stella Polaris, a quien no sorprendió su insomnio, pues los trabajos a turnos solían traer aquellos problemas. Magnus no lo sacó de su error. Que le diera los malditos somníferos, la razón al médico le daba igual.

No se atrevió a abordar las cartas de Jana hasta que se embebió de la rutina y comenzó a trabajar con normalidad, pero aquel paquete rectangular, cerrado por una cinta celeste que reconoció como una de las que usaba para su pelo, parecía llamarlo desde dentro de su maletín. Aquella noche, ni la pastilla del médico lo ayudaba a dejar de dar vueltas en su cama. Encendió la pequeña luz de lectura sobre su almohada, cogió la primera carta y se sumergió en la letra femenina e inclinada de su mujer.

*Querido Magnus:*

*Han pasado ya un par de semanas desde que nos marchamos de*

*Kristtorn, Kurt ya está restablecido de la neumonía y yo he recuperado la serenidad también.*

*Te preguntarás el porqué de mi silencio, pero no he sido capaz de escribirte antes. Te guardaba demasiado rencor.*

*No puedes culparme, he hecho lo que he creído mejor para mi hijo. Kristtorn no es un buen lugar para él. El frío y la precariedad de la cabaña no es el mejor ambiente para un niño, tú lo sabes, y mis padres me abrieron las puertas de nuevo y le ofrecieron a Kurt un nuevo hogar. Sin peligros. Sin pobreza. Con todo lo que necesita para crecer.*

Magnus rechinó los dientes de rabia ante las explicaciones en las que Jana se deshacía para convencerlo de por qué su decisión había sido la correcta.

Más bien parecía que buscaba justificarse a sí misma. Lo acusaba de haberlos abandonado, negaba su parte de culpa en todo aquello de manera flagrante y no asumía su decisión. No tenía más que un pliego manuscrito por una cara.

Le dio la vuelta y descubrió una dirección. Era la del palacete en Oslo.

*Estoy aquí, te espero. Sé que será muy difícil para ti, pero espero que el orgullo y la soberbia no se interpongan en nuestro camino y podamos amarnos una vez más. Lograremos superar todo esto.*

*Te quiero,*

*JANA*

Los somníferos no le sirvieron de nada aquella noche. Se revolvió en la cama, carcomido por la rabia y los remordimientos. Debió confiar en su amor, ir tras ella de inmediato, no dejarse llevar por el orgullo y la soberbia.

Pero, sobre todo, aumentó su odio contra el padre de Jana. Su intervención les había costado su futuro juntos.

Pese a todo, fue capaz de enfrentar la jornada de trabajo con profesionalidad y dedicación. Centrarse en lo laboral lo ayudaba a seguir adelante. Por las noches, leía sin perder detalle cada carta de Jana. Todas exudaban una negación flagrante ante su marcha, se deshacía en excusas. Una amargura insondable se apoderó de él hasta el punto en que todos sus



compañeros lo notaron.

—Te has convertido en un ermitaño al fin —dijo Mikael, que era el único que no había desistido en incluirlo en la camaradería de los trabajadores en el comedor o en las horas de ocio—. ¿Dónde está el pescador lleno de risas, el que tenía siempre una broma en la punta de la lengua? ¿Qué te ha ocurrido estas Navidades en tierra? Ha tenido que ser algo muy malo —aventuró el ruso, preocupado por el aislamiento que se imponía Magnus—. Así no vas a aguantar.

—Todo va bien. He recuperado a mi hijo y mi traslado de Stavanger a Oslo está marcha, pronto podré pasar más tiempo con él —dijo él, intentando reflejar algo de felicidad en sus palabras.

—Entonces, amigo —Mikael sacó la botella de vodka que guardaba en su armario y llenó dos chupitos—, tienes que brindar, ¡bailar y cantar!

— *Spasiva, tovarishch* —dijo Magnus, sonriendo al fin—. Gracias, camarada.

Pero la sonrisa no llegaba a sus ojos.

No fue hasta la carta del mes de mayo que notó un cambio en el tono de las palabras de Jana. Le escribía por el cumpleaños de Kurt con una rabia que le generó una enorme tristeza. Jamás pensó que Jana pudiera ser tan hiriente, irónica y mordaz.

*Supongo que tu nuevo sueldo y la vida en la plataforma han hecho que te olvides de tu hijo. Ha cumplido un año y es tu vivo retrato. ¿Sabes lo doloroso que es recordarte cada día al ver su rostro?*

*Aunque no me creas, pregunta por ti. Cuando deliraba de fiebre con la neumonía te llamaba una y otra vez. Ya sabes que su primera palabra fue papá. Espero que termine por olvidarte y lo tendrás bien merecido. En cuanto a mí, no podré olvidarte jamás. Supongo que eso tampoco te importa nada.*

Le costó terminar aquella carta. Y su odio por Matías Jensen se magnificó; todo aquello era culpa suya, pero Jana tenía con su padre una venda puesta que le impedía ver su manipulación. O tal vez fuera miedo.

Pero la rabia se diluía poco a poco a lo largo de las cartas y, al llegar a las

escritas en verano, comprobó que eran más conciliadoras. Negociaba su regreso, lo tentaba con los recuerdos más entrañables en Kristtorn y con anécdotas que lo hicieron reír. El rencor que sentía fue reemplazado por la reminiscencia de la antigua felicidad, ensalzada por las vivencias de su reencuentro. Comenzaba a entender lo que había vivido Jana.

*¿Qué necesitas para volver a nosotros? Te dejo de nuevo las señas de la casa de mis padres y también las de Nana, la hija de la señora Vinter. Es casi una madre para mí, y me hará llegar cualquier cosa que me escribas. Escríbeme, Magnus. Necesito saber de ti. Echo de menos las largas horas de penumbra en Kristtorn en que hablábamos de todo y de nada, en que nos leíamos el uno al otro en voz alta los clásicos de tu madre. Y el cuerpo me duele por el recuerdo de tus caricias. ¿De verdad dedicaste todo aquel tiempo para tatuarte en mi piel para después desaparecer de esta manera? Sé que fui yo quien se marchó, sé que me merezco tu desprecio. Pero si vuelves a mí, prometo no flaquear. Prometo permanecer junto a ti y Kurt sin condiciones. Pero vuelve. Vuelve a mí.*

¿Sería tarde para recuperarla después de tanto tiempo?

El tono de las últimas cartas lo alarmó. Trasmitían una tristeza infinita, una desolación que lo conmovió. Por primera vez, sus palabras le trasmitían una llamada de auxilio. Las devoró con lágrimas que emborronaron la tinta dejando manchones púrpuras sobre el papel color crema.

*Estoy asfixiada en esta casa. Se me ha olvidado cómo vivir. Creo que estoy descuidando a Kurt, pasa más tiempo con mi madre y con Nana que conmigo, pero soy una pésima influencia para él. No sé sonreír ni jugar con él como lo hacía antes, solo espero que pasen los días y se termine esta tortura. A veces fantaseo con la idea de que algún día vendrás a buscarnos, de que viviremos de nuevo en Kristtorn y retomaremos todo donde lo dejamos como si este año hubiera sido un mal sueño. Quisiera gritar. Gritar pidiendo ayuda porque no tengo fuerzas para luchar contra la tiranía de mi padre. Aunque no me*

*contestes, estas cartas se han convertido para mí en un refugio secreto, en el último lugar que compartimos tú y yo, en el que todavía conservo la remota esperanza de que algún día vuelvas a mí.*

Su corazón se desmigajaba al revivir los recuerdos y enfrentar la idea del futuro. Y ya no sabía qué pensar. Ni qué sentir. El amor por Jana, enterrado a fuerza de obstinación y hiel, se levantaba y le hacía frente a su trabajada indiferencia.

El ecuador de su periodo en la plataforma estuvo marcado por un ofrecimiento por parte de su jefe que tenía que pensar muy bien.

—Magnus, quiero que vengas a trabajar conmigo en las prospecciones en el Ártico —soltó tras llevar tanteándolo durante días con la idea de un cambio de aires. Ahora entendía de qué iba todo aquello—. Tienes experiencia en la plataforma, el cuero duro para aguantar la vida en el mar y te has transformado en un elemento imprescindible para la Stella Polaris.

—No me vendría mal un cambio, es cierto —aceptó él, tras tomarse un instante para elaborar su respuesta. No quería precipitarse hasta saber más.

—Tendrías un trabajo en tierra y viajarías de manera puntual a la plataforma —lo tentó con una sonrisa—. La Statoil abre prospecciones en el Ártico y me ha escogido para formar el equipo, y quiero conmigo a los mejores. La base estará en Tromsø.

En Tromsø.

Su corazón se saltó un par de latidos. La añoranza de su ciudad, de su casa, de su antigua vida con Kurt y Jana lo abrumó. Su voz tembló al contestar.

—Es mi ciudad. Volvería a mi casa.

Goran sonrió, por supuesto que lo sabía.

—Pensé que te alegrarías más, pero sí. Sé que es tu ciudad. Las condiciones de tu contrato serían las mismas que las que tienes en Stavanger, más un suplemento por las condiciones hostiles. —Magnus se sentó en la mesa de trabajo y encerró su cabeza entre las manos. Ahora que recuperaba a su hijo, tendría que renunciar a esta oportunidad. Era incuestionable. Pero un anhelo profundo enraizó en su pecho.

Goran lo miró sorprendido. Se sentó junto a él y no sabía bien qué decir.

Aferró su hombro y lo remeció para reafirmarlo.

—No tienes por qué tomar una decisión ahora, sé que es difícil abandonar la seguridad de un trabajo que conoces, pero es una buena oportunidad, Magnus —dijo con voz consternada—. No entiendo tu reacción, si te digo la verdad.

Él negó con la cabeza y lo miró a los ojos. Goran no sabía nada sobre su vida personal, ambos eran muy reservados y sus temas de conversación se limitaban al trabajo. Más que nada porque no tenían tiempo para mucho más.

—No es eso, jefe. Es una oportunidad única. Pero acabo de recuperar a mi hijo, después de que su madre me abandonara hace un año —resumió con frialdad. Sus palabras dejaron a Goran estupefacto—. Residen en Oslo y acabo de pedir el traslado.

—Joder —barbotó su jefe en un arranque de espontaneidad que le arrancó una carcajada amarga—. ¿Cómo no me habías dicho nada? Podría haberte contado mi experiencia.

Magnus pestañeó un par de veces, también sorprendido.

—No se dio la ocasión, Goran. No lo oculto, pero tampoco es algo que me enorgullezca —aceptó a regañadientes.

—Estoy divorciado hace cuatro años, desde que empecé a trabajar en las petrolíferas. Primero me marché a Rusia, a las plataformas de gas natural, y pasé allí seis meses. —Sirvió para ambos un café y le acercó a Magnus una taza sin preguntarle. El café era, más que una costumbre, una necesidad—. Cuando volví, la noté muy extraña. Fue mi hija mayor la que, sin querer, la delató. Tenía un amigo nuevo y a veces pasaba la noche en casa.

—Vaya —murmuró Magnus. Al menos en su caso no hubo terceras personas.

—Ya ves —repuso su jefe, encogiéndose de hombros. No parecía darle mucha importancia y envidió su indiferencia. Él se revolcaba en rencor cada vez que pensaba en Jana—. Nos divorciamos a los pocos meses, mantenemos una relación amigable y ella se marchó a vivir a Estocolmo con su nuevo y siempre presente marido.

—¿Y tus hijos? ¿Cuándo los ves?

—Cuando estoy en tierra voy a verlos a Estocolmo y nos repartimos las vacaciones de manera equitativa, aunque ella está encantada de dejármelos todo el tiempo del mundo —respondió, riendo. Bebió de su taza y le lanzó una

mirada alentadora—. Si vives en Tromsø, podrás traerte a tu hijo cuando quieras, ir a Oslo a visitarlo... ¿Te has asesorado con un abogado?

—Sí, el abogado que nos facilita la empresa me ayuda mucho —reconoció Magnus. Poco a poco se perfilaba ante él un nuevo futuro, lleno de posibilidades. Después de haber tocado fondo, emergía con fuerza hacia una vida mejor.

—Piénsatelo, no tenemos que marcharnos hasta dentro de un par de meses. ¿Cuándo te vas de descanso?

—Dentro de una semana —reconoció Magnus. Un nudo de expectativas se instaló en su estómago. Tenía que hablar con Mikael y contárselo.

—Ve junto a tu hijo, habla con tu exmujer. Ya sabes, sopesa los pros y los contras —aconsejó su jefe, que ya cogía la carpeta con el siguiente problema que debía resolver. Se la tendió y Magnus sonrió—. Y después, dime que sí.

Acepta la oferta. Haremos historia, Magnus. Ya lo verás.

No abrió la última carta de Jana hasta que estuvo a bordo del *Skorpio* e iban ya de camino a Stavanger. Era la única que estaba cerrada y no reunió el coraje suficiente hasta que, en realidad, la curiosidad se sobrepuso al temor.

Era más gruesa que las demás y temía una despedida definitiva.

Esperó a que el barco se adentrara en el mar y perdiera de vista la plataforma para sumergirse en la lectura. Leyó en ella una resignación que quitaba el aliento. Jana se entregaba a su destino y lo exculpaba de todo, asumía su crimen y aceptaba por primera vez de modo sincero y franco que se arrepentía de su decisión. El sobre estaba más abultado porque guardaba un mechón fragante de su pelo liso y rubio. No pudo evitar una sonrisa triste al ver otro mechón, un caracolillo algo más oscuro, de Kurt. Se los llevó a los labios.

*Como en otros tiempos, te dejo aquí una prueba de mi amor para que lo lleves contigo siempre.*

*Ya he renunciado a la idea de que fueses mi príncipe salvador. Si necesito rescate, es de mí misma, y por eso debo hacerlo sola.*

*No me resigno a una despedida, no todavía, aunque temo que tú hace tiempo que me has dicho adiós. Pero me conformo con mi destino y quizá algún día nuestro hijo me dé las fuerzas suficientes para salir*

*de esta jaula de oro y luchar por nuestro amor.*

Cuando desembarcaron en Stavanger, llevaba ambos mechones en el bolsillo izquierdo de su camisa, justo encima de su corazón. Llegaba marzo y una copiosa nevada suavizaba el perfil industrial del puerto. Cogió su maleta, se cerró el abrigo y caminó hacia la parada del autobús.

—¡Magnus! —lo llamó su jefe, al que no había visto desembarcar—. ¡Espera!

Lo aguardó mientras corría bajo la nieve sujetándose un grueso sombrero de lana.

—Dime, Goran. Perdona por no despedirme, estoy deseando hablar con el abogado y saber de Jana y de Kurt —se excusó cuando llegó junto a él.

Caminaron juntos hacia uno de los comercios para resguardarse de la tormenta.

—Decidas lo que decidas, no me lo digas a mí. Sé que te pongo en un aprieto, así que quiero que cuando vuelvas a Stavanger, antes de embarcar de vuelta a la plataforma, des tu respuesta en la oficina de personal —dijo, clavando los ojos metálicos y agudos en él. Magnus le devolvió una mirada llena de aprensión—. No me debes nada, Magnus. Decide lo que sea mejor para ti, para tu futuro y para tu hijo. No voy a ocultar que me encantaría que pudiésemos emprender este proyecto juntos, pero entiendo tus obligaciones.

Nos vemos dentro de dos semanas.

Magnus se había acostumbrado al ir y venir de las secretarías, al tecleo ensordecedor de las máquinas de escribir y al caos ordenado de papeles sobre el enorme mostrador de las oficinas centrales de la Statoil. Echó un vistazo rápido hacia la zona destinada a personal, ¿qué respuesta le daría a Goran?

Consultó su reloj y se apresuró para llegar puntual a su cita. Casi de manera simultánea se abrió la puerta y la secretaria lo hizo pasar.

—Señor Thoresen, siéntese. No tengo buenas noticias —dijo el abogado con cara de circunstancias mientras le señalaba la silla de plástico frente a él—. Por fin tengo respuesta de los abogados del señor Jensen.

Sus esperanzas se desvanecieron con rapidez, aquella promesa de felicidad que tanto tiempo le había costado afianzar en aquellas semanas desapareció con la facilidad que estalla una pompa de jabón. Endureció el

gesto, cuadró los hombros y se preparó.

—¿Qué dicen?

—Jana Jensen reclama la patria potestad del niño y lo acusa de abandono de hogar, tal y como nos temíamos. Amenazan con no permitirle ni tan siquiera las visitas si usted persiste en reclamar una custodia compartida —resumió el abogado. Bajo sus manos entrelazadas había un abultado expediente en una carpeta de cartón—. Por el momento, tolerarán su presencia en la zona de servicio durante dos horas al día salvo motivo de causa mayor.

—No es ella. Es su padre. Hijo de puta... —murmuró destilando veneno en cada palabra. Todo aquello era obra del doctor Jensen. Ella jamás defendería ese discurso. Siempre lo supo, pero después de leer sus cartas, tenía la certeza total—. Este abogado no habla en nombre de Jana, se lo puedo asegurar. Es el abuelo del niño, Matías Jensen, el que está orquestando todo este circo.

¿Cuáles son los pasos que podemos seguir?

El abogado se rascó la calva y alzó las cejas, preocupado.

—Si todo esto va a juicio, ellos no ganarán. Usted cuenta con pruebas de su paternidad y las cartas que hemos ido enviando a lo largo de estos meses —dijo con rotundidad. Magnus soltó el aire que estaba reteniendo, pero el hombre negó con la cabeza—. Pero para llegar hasta ahí, pasarán años. Será una sangría de dinero y siempre existe la probabilidad de que favorezcan a la madre porque sí.

—¿Porque sí? —preguntó sin entender.

—Por el mero hecho de ser su madre. La justicia suele favorecer a la madre, en especial si, como me ha contado usted, se encuentra sin trabajo, viviendo en casa de sus padres y sin posibilidad de mantenerse. —Magnus soltó una risotada irónica. Matías Jensen le había ganado la partida por ingenuo y confiado, eso estaba claro—. Es una manera de proteger a las mujeres y los niños, y normalmente se acierta en la mayoría de los casos. En otros, como en el suyo, la injusticia se hace aún mayor.

La desesperación comenzó a calar poco a poco en él y se hundió en la silla con abatimiento.

—¿No hay nada que yo pueda hacer?

—Mi consejo es que, antes de emprender una batalla legal que puede ser

eterna, hable usted con la madre de la criatura e intente acercar posiciones. Si, como usted dice —Magnus leyó la incertidumbre en su tono; no juzgaba, pero tampoco lo creía—, la señorita Jensen no es la artífice de esta estrategia, se opondrá también a ella y podrán luchar en un frente común. Piensen en ese niño. Demasiadas veces los niños se ven atrapados en el fuego cruzado entre sus padres y salen malparados. Hable con ella. Y hágala entrar en razón.



# Reencuentro

El reencuentro con Kurt fue emocionante. El pequeño se arrojó a sus brazos con un grito de felicidad que iluminó su alma, y, por primera vez, Jana y él se miraron tanteando el terreno para considerar un nuevo camino.

—He leído tus cartas —dijo Magnus.

Jana cogió aire con fuerza y sus ojos brillaron con ansiedad, pero lo agarró del brazo y lo condujo hacia la zona de servicio, situada en el sótano del palacete.

—No aquí, vamos abajo. No quiero que mi padre nos fastidie el poco tiempo que tenemos o que mi madre se entrometa. Siento mucho que las cosas sean así —dijo compungida. Se sentaron a la mesa, cubierta por un mantel blanco y elegante, que contrastaba con el ambiente poco iluminado—. Al menos podemos comer algo rico, Nana ha horneado unos rollos de canela y Kurt tiene que merendar. ¿Quieres darle la merienda tú?

Jana esbozó una sonrisa tentativa. Y él, también por primera vez desde que se habían reencontrado hacía ya tres meses, correspondió. Las cartas lo habían cambiado todo.

El ambiente de la cocina distaba mucho de tener la opulencia del resto de la casa, pero todo estaba limpio y pulcro. El palacete era de finales del siglo XVIII y parecía que nadie se había molestado en incorporar algo de modernidad en las cocinas de leña y el sistema de campanillas que alertaban a los empleados de que se les necesitaba.

Cogió a Kurt y lo sentó sobre su regazo. Durante una larga hora, disfrutaron de unos bollos de canela que mojaron en leche, de una conversación casi normal sobre las últimas hazañas de su hijo. Magnus se atrevió a soñar con una reconciliación con Jana. El pequeñajo no paraba de abrazarlo y parlotear, contento por verlo de nuevo, pero estaba tan inquieto que era imposible acertar con la cuchara en su boca. Los manotazos enérgicos tampoco ayudaban y pronto estuvieron los dos cubiertos de compota de

manzana con avena.

—No me acordaba de lo bueno que está este engrudo —reconoció Magnus chupándose los dedos—. ¿Todavía lo toma? Recuerdo que se lo dabas cuando empezó a comer.

Jana lo miró de frente, pese a que las últimas palabras habían perdido fuerza. Referirse a aquella época de felicidad todavía era un tema tabú entre ellos.

—Ya come de todo, casi como un adulto. Pero le gusta tanto que no me resisto a hacérselo de vez en cuando. —El entusiasmo de Kurt rebañando el plato con las manos lo atestiguaba. Jana se lo quitó y el pequeñajo protestó con ganas—. Vamos a limpiarte esa boquita y esas manos de cerdito. Tú también pareces un cerdito —dijo ella, riéndose de Magnus. Pasó la punta de un paño suave sobre los restos de manzana en su rostro sin ninguna intención especial.

Pero el roce de los dedos femeninos en su boca generó un estallido de deseo inesperado. Se humedeció los labios con la lengua y su mirada se tornó hambrienta. Jana entreabrió los suyos y se quedó inmóvil, a su merced. Hasta el pequeño Kurt se dio cuenta de que algo pasaba, porque se quedó quieto, atento.

Una voz no bienvenida rompió la magia del momento.

—Buenas tardes, qué bonito. Hasta parecéis una familia de verdad —se burló Matías Jensen desde el quicio de la puerta. Jana se arrancó de su arrobamiento y se alejó con el plato en la mano y el rostro arrebolado por la vergüenza—. Espero que el cambio de los términos de tus visitas no te haya causado ningún inconveniente.

—Vivo en una plataforma petrolífera, todo me parece de lo más conveniente —respondió Magnus con un encogimiento de hombros. No estaba dispuesto a caer en su juego.

—Aprovecha lo poco que te queda, pronto no podrás pisar esta ciudad. — Endureció el tono, claramente molesto por su indiferencia—. Me ocuparé de que no te acerques en un radio de cien kilómetros a mi nieto y a mi hija.

—Los tribunales tendrán que decidir eso —dijo con toda la calma que fue capaz de reunir. Las uñas se le clavaban en las palmas con violencia.

—¿Has hablado ya con tu abogado? He esperado mucho tiempo para

arruinarte la vida como tú hiciste con la de mi hija —dijo con tono amenazador—. Ahora ha llegado el momento.

—¡Papá! —exclamó Jana, consternada. Hasta ahora no se había atrevido a intervenir.

No estaba dispuesto. Pero si seguía así, él también sabía jugar duro.

Empezaría con un gancho en la mandíbula para borrar de su cara esa sonrisa de suficiencia. Seguiría con un directo en el estómago para ver si al expulsar el aire se deshacía un poco de la bilis que lo inundaba. Si caía al suelo, que caería, lo cosería a patadas. Cerró los puños a ambos lados del cuerpo y paladeó el regusto metálico de la adrenalina.

El doctor Jensen echó un vistazo a su reloj de muñeca y alzó las cejas de modo significativo.

—Te quedan quince minutos. Volveré a las seis en punto. Para entonces, te quiero fuera de mi casa.

Se marchó sin mirar atrás y Magnus reprimió el impulso de salir tras él y hacer realidad su plan. En vez de eso, abrazó a su hijo e inhaló el aroma a jabón de bebé que su pelo rubio emanaba.

—Magnus, por favor —dijo Jana con tono suplicante. Debía de estar muy nerviosa, porque le cogió una de las manos, la estrechó entre las suyas y no la soltó—, ¡escúchame! Provocar a mi padre no va a servirnos de nada. Hemos avanzado muchísimo en estos dos meses, aunque no te lo parezca. Sé que no lo ves, pero es así.

Tardó en replicar, hipnotizado por el tacto de sus manos pequeñas y algo frías, pero sacudió la cabeza para desprenderse del hechizo.

—No, Jana. Eres tú la que no quieres ver. ¿Sabes por qué me pregunta por mi abogado con tanta insistencia? —Ella negó con la cabeza y él se echó a reír—. Quiere quitarme la patria potestad de Kurt, nombrarse tutor del niño y decretar una orden de alejamiento. Si eso es un avance, explícame tú dónde está.

Jana abrió la boca, sorprendida.

—No, eso no es posible. ¡No es eso lo que acordamos! —dijo, consternada.

Le apretó la mano con más fuerza aún y Magnus tuvo deseos de abrazarla, de consolarla por lo frágil y desvalida que parecía, pero aún no se veía capaz

de superar la barrera de hielo levantada entre ellos, pese a que sentía que poco a poco comenzaba a derretirse—. El acuerdo era que podrías verlo todas las tardes de tres a siete en tus días libres, y que pasarías al menos un fin de semana de cada dos en cuanto tuvieras un domicilio fijo en Oslo. Lo hablamos él, mi madre y yo, ¡y quedaron en que el abogado lo pondría por escrito y te lo mandaría por correo!

Magnus soltó una risotada cansada. Era eso lo que sentía, un agotamiento atroz. Jana seguía siendo la niña rica y acomodada que esperaba que su padre le resolviera los problemas. Sus deseos de volver a su lado se tambalearon. Si recuperar a Jana significaba cargar con el lastre que suponían sus padres por el resto de su vida, tenía que pensárselo muy bien.

—Jana, eres una ingenua. Yo lucharé por Kurt y por ti hasta las últimas consecuencias, pero es difícil si te tengo de enemiga en mi propio bando —

dijo con dureza. Jana le soltó la mano y parpadeó, sorprendida—. No me pongas esa cara. ¿A qué viene dejar este tema en manos de tu padre? ¿Es que no tienes voz? ¿Es que no puedes pensar por ti misma? ¡Kurt es tu hijo también! Y tienes que tomar decisiones, aunque te parezcan difíciles. No quiero que hables nada con tus padres, ¿me oyes? ¡Nada! No puedes confiar en ellos. —A medida que hablaba, su tono se iba encendiendo de rabia y Kurt acabó por ponerse a llorar, asustado. Jana estaba al borde de las lágrimas.

Magnus miró su reloj y se dio la vuelta, asqueado. Maldijo una y otra vez a Matías Jensen. Lo que había empezado como una tarde llena de promesas se había convertido en el mismo infierno que llevaba viviendo desde que Jana le había presentado a su padre. Al menos en aquella ocasión pudo poner al viejo en el lugar que le correspondía, bajo sus puños.

—Me marchó, se hace tarde. Y no voy a darle a tu padre la satisfacción de encontrarme aquí.

Jana esperó a que anoheciera dando vueltas en su habitación como un león enjaulado. No tenía ni idea de si Magnus se alojaría en el mismo lugar, o si alguien la vería salir de casa, aunque eran más de las once de la noche y todo estaba en silencio. Con la connivencia de Nana, que se quedó con Kurt, se abrigó bien, cogió el poco dinero que le quedaba y salió de manera subrepticia del palacete por la entrada del servicio. Algo bueno tenía que tener el clasismo acérrimo de sus padres. Jamás se acercaban a aquel sector

de la casa. Pudo llegar a la verja de hierro forjado sin que nadie se diera cuenta de su huida.

Se tragó su pavor a cada sombra tras los coches aparcados en la calle mal iluminada, allí solo había casas antiguas, muchas ya no estaban habitadas porque las nuevas generaciones preferían los pisos modernos del centro de Oslo. Tuvo que caminar en la noche gélida fuera del área residencial hasta una avenida con algo más de movimiento para conseguir un taxi.

La pensión estaba en la otra punta de la ciudad, junto al puerto, en un barrio proletario.

—Señorita, ¿está segura de que es aquí donde se quiere bajar? —preguntó el taxista, echándole una mirada al abrigo blanco con piel de armiño de Jana, en contraste con el gris plomizo del edificio de construcción tosca y pequeñas ventanas, con un letrero amarillo con letras negras anunciando habitaciones con baño compartido.

—Es aquí, gracias —replicó ella sin dejarse amedrentar por el callejón oscuro en el que estaba situada la pensión—. Buenas noches.

El interior era más acogedor y estaba limpio. Las paredes estaban revestidas con pequeñas tablillas de madera barnizada y unos jarrones con lavanda emanaban una fragancia limpia y dulce en la recepción.

—Soy la señorita Jana Jensen, la mujer del señor Magnus Thoresen.  
¿Podría anunciar que estoy aquí?

Una anciana de pelo blanco recogido en un moño y vestida con una bata de felpa de cuadros le lanzó una mirada divertida.

—Por mí como si viene a verlo la mismísima Sonia de Noruega.

Habitación veintitrés, en el segundo piso. No tenemos teléfono, niña. Ni ascensor —dijo la señora, señalándole la escalera desde la ventanilla de la recepción—. Anúnciese usted misma cuando llame a la puerta. ¡Ah, y quítese las botas! Me está dejando todo el suelo embarrado y no quiero fregar de nuevo la escalera. Yo se las guardaré.

Jana se echó a reír y se descalzó en la entrada. A cambio de las botas, recibió una ficha con un número y unas calzas desechables de papel.

Ascendió por la vieja escalera de madera que crujía con cada paso. Al principio no prestó atención, pero se cruzó con una pareja de aspecto extranjero con unas ropas orientales, muy llamativas. Al llegar al primer piso

la sorprendió el galimatías de voces en distintos idiomas que emergían de una zona común. Toda Noruega estaba cambiando gracias al petróleo. Esperaba que la prosperidad que se repartía por aquellos días le tocara a ella también.

A medida que se acercaba al segundo piso su andar se hizo más lento.

Cuando llegó al pasillo arrastraba los pies. ¿Qué iba a decirle en realidad?

Intentó preparar un discurso, pero la asaltaron pensamientos inconexos que mezclaban mil sentimientos distintos. Le diría que estaba atrapada en casa de sus padres, pero que no estaba de acuerdo con nada de lo que hacían. Que sí estaba dispuesta a luchar por su futuro juntos lejos de Oslo, pero que no tenía fuerzas ni sabía por dónde empezar.

Llegó ante la puerta de madera identificada con un número de latón dorado y golpeó suavemente con los nudillos. Ahora ya no podía echarse atrás.

Magnus abrió sin preguntar. A Jana le dio un vuelco el corazón, su torso fornido estaba desnudo. Llevaba una toalla colgada del antebrazo y una pastilla de jabón en la mano, y solo se cubría con un pantalón de tela blanco con finas rayas azules. Acababa de afeitarse y todavía le quedaba un poco de espuma en una de sus mejillas. Todo su cuerpo entró en alerta.

—¡Jana! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado? ¿Estás loca? —preguntó en un estacato preocupado—. ¿Sabe tu padre que estás aquí? No, claro que no.

Pasa, no te quedes ahí.

Ella entró en la habitación, sencilla y acogedora. Una cama de una plaza con cabecero de bronce, una mesilla donde Magnus tenía un termo de café junto a un libro y un pequeño escritorio bajo la ventana en el que había varias carpetas con papeles. En la silla, el abrigo doblado y recién cepillado, y la ropa colocada con pulcritud.

—Hola, Magnus. He venido en taxi. Solo Nana sabe que estoy aquí y me cubrirá en caso de que mis padres pregunten, aunque sé que no lo harán —

respondió ella. Le pareció que lo más fácil era empezar por contestar sus preguntas—. Necesitaba verte, hablar contigo. Siento que todo esto se nos está yendo de las manos. —Se detuvo, indecisa. Intentaba no fijar la mirada en su desnudez, pero era difícil ignorar sus pectorales, la fuerza de sus hombros, su abdomen duro y bien cincelado. Y, sobre todo, los recuerdos que despertaban ante la visión.

—Siéntate aquí —dijo él, turbado también por su presencia; retiró el abrigo del respaldo y llevó la silla junto a la cama—. No puedo ofrecerte nada, salvo un poco de café.

—Lo acepto encantada, gracias —repuso Jana. Así al menos tendría las manos calientes y ocupadas. Sonrió cuando él puso en sus manos una taza humeante y bebió un sorbo antes de proseguir—. Magnus, me duele que digas que yo no lucho por nuestro futuro. He pasado más de un año pensando que nos habías abandonado, ahora me cuesta asimilar que has vuelto por fin y me da pánico pensar en que vuelvas a marcharte.

—No voy a marcharme. Y jamás os he abandonado. Irme a trabajar a la plataforma y dejaros a ti y a Kurt fue la decisión más difícil que he tomado en mi vida —dijo él con el rostro enardecido, las piernas algo separadas y los puños apretados a ambos lados de su cuerpo. Pareció crecer con la tensión—, pero me consolaba pensando en que había sido algo que habíamos consensuado entre los dos. Me maté a trabajar aquellos meses, Jana. Mi único objetivo era conseguir las mejores condiciones posibles, en el menor espacio de tiempo, para que, al volver, pudiera ofreceros a ti y a Kurt un futuro mejor.

Ella reconoció en aquella confesión al hombre del que se había enamorado, el que haría cualquier cosa en nombre de su amor. El que la sorprendía con su generosidad y con la intensidad de su entrega. Seguía sin merecerlo.

—Lo sé, ahora lo sé. ¡Fueron el miedo y la desesperación los que me empujaron a marcharme de Kristtorn! Kurt estuvo a punto de morir —sollozó Jana, abrumada por la culpa—. Y así hubiera sido si no fuese por Hilde y por Fred. Tiene que haber sido muy duro para ti, las historias que cuentan de las plataformas son terribles.

—Así es, Jana. Fue muy duro, pero tenía un objetivo claro. Empecé como peón en cubierta y ahora soy ayudante de ingeniero. Las noches en vela estudiando, los méritos a través de realizar los trabajos más duros, los turnos más largos, las tareas más ingratas... Todo lo hice por ti —enumeró, implacable. Ahora no se lo contaba a ella, en realidad era un desahogo por todo lo que llevaba a sus espaldas. El encierro, la dureza del clima, la soledad—. Tú necesitabas cosas que yo no podía darte. Estabas acostumbrada a otra realidad. Con lo que cobrabas de matrona no podíamos pagar un alojamiento

en Tromsø y yo sabía que el invierno sería duro para ti y para Kurt. Pero jamás pensé que te rendirías tan pronto.

Las lágrimas caían por las mejillas de Jana en un llanto sereno. No se defendió, no tenía sentido. Todas y cada una de sus palabras eran ciertas. Aun así, abrió su corazón para él y derramó lo último que le quedaba.

—Magnus, todo lo que dices es verdad, pero yo te necesitaba conmigo para sobrevivir. Y no hablo de las tormentas de nieve, hablo de la soledad. De las noches sin el calor de tu piel. —Ella alzó los ojos verdes y anegados en lágrimas. Sus labios temblaban y la palidez de su rostro se tornó enfermiza—. De añorar tus brazos hasta que me doliese todo el cuerpo. Tus besos me faltaban más que el aire que respiro. ¡Y ni siquiera sabía cuándo ibas a volver!

Su voz se quebró en un llanto desconsolado y él se arrodilló a su lado y la envolvió entre sus brazos. Jana se cobijó en el hueco de su hombro y lloró con amargura. Con la fuerza de las lágrimas reprimidas durante todo aquel largo año. Con el abandono de recibir al fin un consuelo de verdad. Magnus la mecía con suavidad, con los labios apoyados en su frente. Depositaba en ella un beso de tanto en tanto que buscaba calmarla.

Jana disminuyó la intensidad de los sollozos después de largo rato. Se sentía drenada, vacía de cualquier emoción. Apoyó el rostro en el pecho masculino y cerró los ojos, dejándose acunar por el latido acompasado. El aroma limpio de su piel, la traza más lejana de algo dulce que había comido, quizá los bollos de canela de la merienda, y el aliento cálido que exhalaban sus labios hicieron que poco a poco saliera de su letargo. Él llevaba un largo rato arrodillado en el suelo de madera.

—Debes de estar incómodo —susurró sin atreverse a levantar la voz—. Deja que me levante.

—No. No voy a soltarte jamás —murmuró él también, sin moverse ni un milímetro de donde estaba.

Jana alzó el rostro para mirarlo y descubrió unos ojos serenos y dulces y una sonrisa tenue que caía de sus labios. Entreabrió los suyos con miedo a que no fueran leídos, con un anhelo acuciante, con la emoción de quien no arriesga nada y puede ganarlo todo.

—Magnus —lo llamó con voz ahogada.

Sus bocas se fundieron en un beso tierno, sin exigencias, tomando de los



labios solo lo que el otro quisiera dar. Pero un año era mucho tiempo y pronto las lenguas comenzaron a tantear fuera de sus fronteras. Jana aventuró sus manos sobre los antebrazos cubiertos de un vello rubio y aterciopelado.

Dibujó el relieve de los músculos poderosos y Magnus tensó el abrazo que la contenía. Jana emitió un gemido débil cuando fueron los dedos masculinos los que se enredaron en su melena rubia y la sujetaron por la nuca para profundizar el contacto.

—Te quiero, Magnus. En todo este tiempo jamás he dejado de hacerlo. Ni en los momentos más negros de soledad te he olvidado —dijo Jana en un alegato encendido.

Él la levantó en brazos y ella cerró los ojos para lidiar con la sensación de vértigo. La tendió sobre la cama y se acomodó a su lado. La cama era estrecha, pero no les importó.

—Yo te odié, Jana. Te odié de un modo despreciable. Por haberme abandonado sin mediar explicación alguna, por haber apartado de mí a Kurt, por desaparecer sin dejarme ni una sola nota —respondió entre besos apasionados. Su erección se alzaba bajo la delgada tela de los pantalones y Jana la tanteó por fuera de la prenda con cierto temor. Él tomó su mano y le cerró los dedos con fuerza en torno a ella—. Imagina mi desolación al saber que todo había sido producto de un engaño, de una manipulación, ¡de una mentira! Hemos perdido un año entero de nuestras vidas en la incertidumbre y el rencor.

Desabrochó uno a uno los botones de nácar que cerraban el vestido de paño en una larga línea delantera. Después lo abrió. Jana respiraba, acelerada, y sus pechos, cubiertos con una enagua, subían y bajaban al ritmo de su respiración. Magnus hundió el rostro entre ellos. Todavía no quería desnudarla. La ansiedad dio paso al deleite e inspiró el aroma femenino de su piel cubierta de seda blanca y encaje.

—Desnúdame —susurró Jana con la voz trémula. Todo su cuerpo temblaba de expectación—. Quiero sentir tu piel sobre la mía. He esperado demasiado tiempo.

Pero él deslizó las manos por su vientre tenso, sobre la tela líquida, siguió por los muslos y la instó para que los abriera. Jana soltó un gemido ahogado al sentir el roce áspero de las yemas de sus dedos en la piel sensible del interior.

La despojó de las medias sin demasiadas contemplaciones y volvió a hundir la mano entre sus piernas. Esta vez Jana dejó escapar un grito y Magnus la acalló con un beso violento y húmedo. La levantó con cuidado.

Jana estaba laxa, había perdido por completo el control de su cuerpo y tuvo que ayudarla a quitarse el vestido y a alzar los brazos para sacarle la combinación.

—Por favor. Por favor, Magnus —rogaba entre gemidos—. Tócame, te necesito. Te quiero dentro de mí.

—Espera, Jana —suplicó él a su vez. Le retiró el *bustier* y rozó con los labios los pezones enhiestos. Atrapó uno de ellos entre los dientes, lo lamió y saboreó con deleite y sin prisas. Ella sollozó, tensa como la cuerda de un arco—. Quiero prolongarlo, que la noche no se acabe nunca. Recordar cada recoveco de tu cuerpo y cada centímetro de tu piel.

Se bebió la imagen de su pelo rubio desparramado sobre la almohada blanca, sus mejillas arreboladas, los labios hinchados y húmedos por la excitación. Permanecía inmóvil, temblando expectante, como una hoja a punto de caer.

—Tócame, no esperes —susurró de nuevo. La voz salió silbante entre sus dientes.

Verla acariciarse los pechos fue más de lo que pudo soportar. Se incorporó junto a ella para quitarse el pantalón y Jana abrió los ojos en puro deleite al ver la envergadura de su pene erecto. Abrió los muslos para él, ofreciéndole su sexo.

—Jana, me estoy volviendo loco —confesó con un gruñido ronco. Se tendió de nuevo a su lado, sin atreverse a hacerlo aún entre sus piernas y exhaló un gemido al sentir el latido de la erección sobre su piel—. No quería recordarte, pero muchas noches, en la plataforma, aparecías en mis sueños.

Así, tal como estás ahora. Y me levantaba dolorido y cubierto en sudor. Te maldije cada vez que despertaba con tu sabor en mis labios.

Sus miradas se engarzaron y después siguieron las bocas. Los besos ganaron en voracidad y pasión. Jana lo reclamó sobre ella, empujándolo por los hombros, pero Magnus se resistía. En vez de eso, dibujó con los dedos su ombligo, frotó el vello rubio y poblado de su monte de Venus, y Jana sollozó cuando tantearon por fin la entrada a su interior.

—¿Pretendes volverme loca también? —jadeó mientras levantaba la pelvis para profundizar el contacto.

—No quiero precipitarme —repuso él. Pero leía la ansiedad y el deseo en el rostro desencajado de su mujer, y hundió por fin dos dedos en su interior para prepararla.

Ella se arqueó, mordiéndose los labios para no perder el control de sus gemidos. Se rindió al ritmo castigador de la mano sobre su sexo y ya no exigió más de él. Después de llevarla hasta el borde del abismo, no la dejó caer y alimentó su frustración bajando el tempo del movimiento. Cuando Jana iniciaba una protesta, él acarició con el pulgar el botón duro que marcaba el centro de su cuerpo y las oleadas de humedad no se hicieron esperar.

—Magnus —lo llamó en un sollozo ahogado. Las lágrimas se deslizaban por sus sienes y se sentía desfallecer. Pero elevó las manos y lo reclamó de nuevo—. Ahora ven. No me hagas esperar.

Retiró la mano y llevó los dedos a su boca. Saboreó la humedad con los ojos cerrados y emitiendo un murmullo de placer. Llegaba la hora.

Se acomodó entre sus muslos. Apoyó el peso de su cuerpo sobre un antebrazo y apretó los dientes para mantener el control. La piel cálida y suave lo acogió y creyó morir antes de lograr nada, pero aferró su pene y dirigió la cabeza hinchada y palpitante a sus pliegues rosados. Jana aún no se había recuperado del orgasmo y las contracciones besaron su glande. Jadeó. Las manos femeninas le rodeaban las nalgas y lo instaban a hundirse en ella, pero resistió. Se deslizó centímetro a centímetro, ahogándose en el deleite de la carne prieta que lo acogía. A medio camino ya no fue capaz de mantener el control.

Con un gruñido, se enterró en ella hasta los testículos, empujando hasta que ya no pudo seguir más allá. Jana reprimió un grito, mordiéndose su hombro, y el sonido gutural de su garganta lo excitó todavía más. La besó con violencia, invadiendo su boca. Lamió su cuello y se encorvó hasta llegar a sus pechos, a los que también sometió a un dulce tormento. Al mismo tiempo, la penetraba una y otra vez en una carrera desesperada hacia el orgasmo. Las uñas clavadas en su espalda lo espolearon hasta atravesar el punto sin retorno y ambos se suspendieron un segundo antes, inmóviles, con sus cuerpos unidos en sincronía perfecta.

—¡Jana! —exclamó ya sin pudor. Se derramó en ella vertiendo su esencia y sin barreras que entorpecieran el momento. Se desplomó sobre sus pechos, preso de una desgarradora languidez mientras recuperaban el ritmo de su respiración.

—Ya estás conmigo. Por fin has vuelto —susurró Jana, perdida en el sopor tras un nuevo clímax. Magnus solo fue capaz de dejar caer una sonrisa trémula de sus labios. Cerró los ojos y se acomodó entre sus brazos. Por fin pudo tener una noche de paz.

# Encrucijada

Jana se tocó los labios y dibujó una sonrisa tenue. Por las tardes, Magnus pasaba las dos horas con Kurt en la cocina y Jana casi no se dejaba ver.

Fingía indiferencia y abatimiento que su padre aprobaba, dando a entender que ya no estaba interesada en él. Pero cada noche durante aquella semana, con excepción de un par de días en que le fue imposible esquivar la compañía de sus padres, esperaba a que todos estuvieran dormidos y se escabullía por la entrada de servicio bajo la vigilancia de Nana. Jamás podría agradecerle lo que estaba haciendo por ellos.

Magnus la esperaba bajo el magnolio del cruce de la calle y volvían juntos en taxi hasta la pensión. No esperaban a llegar. Se devoraban en el asiento trasero del vehículo, ignorando las miradas resignadas que el taxista les echaba de vez en cuando por el retrovisor.

En la habitación, se entregaban el uno al otro con la voracidad que despertaba del letargo de un año sin tocarse. Se amaban con más audacia, explorando sus cuerpos sin reserva, abriendo terrenos antes vedados con confianza ciega y plena entrega. Hasta caer agotados en la pequeña cama individual y con un dolor sordo entre las piernas.

Después dormitaban un rato y conversaban abrazados. Jana escuchaba embelesada las mil aventuras en la plataforma y ella se desahogaba de la vida inerte y artificial que había llevado durante aquel año que preferiría borrar.

—Antes adoraba a mi padre, Magnus. Toda mi vida giraba en torno a su aprobación antes de conocerte a ti —confesó Jana al explicarle por qué retomar su antigua vida en Oslo le había resultado imposible—. Ahora veo la influencia funesta que ha tenido sobre mí. Todo va bien si yo no tengo criterio, si me amoldo exactamente a sus deseos, si vivo la vida que él planea para mí.

—Es un maldito tirano —dijo Magnus entre dientes.

—Ahora lo sé. Pero antes de vivir en Tromsø, no conocía otra cosa. Para mí siempre fue un padre protector, que me consentía en todo —intentó hacerle

entender Jana—. No sabía lo que era la libertad. Por eso conocerte fue para mí un revulsivo vital tan brutal, Magnus. Contigo aprendí lo que es vivir de verdad.

—¿Y tu madre? Me contaste que había tratado de mediar en la situación a nuestro favor —preguntó él, intrigado.

—Mi madre sufre la misma subyugación y sometimiento que sufría yo, con la diferencia de que es su mujer y le debe lealtad. Al menos, así es como ella lo entiende —dijo Jana con abatimiento—. Antes pensaba que se adoraban, pero ahora veo cómo mi madre se refugia en compras sin sentido, continuos arreglos en la casa y cenas de sociedad. Tiene una vida muy vacía y, aunque mi padre la adora, es como un adorno más en su carrera de brillante cirujano.

Me gustaría saber cómo fueron en su juventud.

—Tus padres tienen el aspecto de no haber sido jóvenes jamás, Jana —aventuró él, con cierta malicia. Jana se echó a reír y siguió con su desahogo.

Era un bálsamo que Magnus la escuchara sin juzgarla, con plena atención.

—He aprendido a aborrecer cada esquina de esa casa. El mármol impecable, los espejos que me devuelven la imagen de un espectro. Cada adorno que Kurt no puede tocar porque es valiosísimo. —Jana suspiró y se estrechó aún más contra su cuerpo—. El único sitio de la casa donde hay un poco de alegría es el cuarto de nuestro hijo, y paso casi todo el día allí. Ya no me importan los vestidos, los perfumes, las joyas y los encuentros sociales.

Es una vida vacía y no la quiero.

Magnus permaneció en silencio unos largos minutos antes de plantear lo que llevaba días dando vueltas en su cabeza. No quería dar un paso en falso ni asustar a Jana.

—Mi casa en Stavanger te gustaría. Es sencilla, pero tiene todas las comodidades —comenzó en voz baja—. En el piso de abajo hay un salón del tamaño de la cabaña de Kristtorn, con una cocina equipada y un aseo. Hay una habitación pequeña que utilizo como despacho. —A medida que hablaba, el entusiasmo teñía sus palabras y se incorporó sobre un codo para mirarla con una sonrisa—. En el piso de arriba hay dos habitaciones. La principal tiene una bonita vista a la calle, llena de casas de colores. El baño es enorme,

¡y tiene bañera! —Jana se echó a reír ante su alegría de niño pequeño—. La habitación pequeña es la de Kurt. Pinté las paredes de blanco, pero he

escogido el verde, el rojo y el azul para los muebles. He comprado una camita pequeña, muy ingeniosa, que crecerá con él. Está llena de juguetes. Le gustará.

Jana acarició su mejilla y negó con la cabeza. No podía creer en su suerte.

—¿Has preparado una habitación para él? —dijo con los ojos destilando emoción. El significado de aquello, el tiempo que había dedicado en pintar, en montar los muebles, en comprar cada peluche... caló hondo en ella y pronunció las palabras que llevaba guardando desde que vio a Magnus en el parque Vigeland por primera vez—. Y en ese lugar tan maravilloso, ¿habrá sitio para mí?

Una vez tomada la decisión, no se entretuvieron en seguir relatando en pasado. Ahora planeaban el futuro. Durante los pocos días que le restaban a Magnus en Oslo, trazaron un plan de acción que contemplaba el más mínimo inconveniente.

—Jana, no podrás venir aquí con Kurt. En cuanto tu padre se dé cuenta de que no volvéis a casa, deducirá que estáis conmigo y no tendremos tiempo de arreglar la situación. —Magnus estaba muy preocupado, pero ella no paraba de reír y de cantar. La felicidad destilaba por cada uno de sus poros—. ¡Escúchame! Tienes que ir directamente a la Østbanestasjon. Yo estaré allí esperándote con el equipaje que habrás preparado un par de días antes para Kurt y para ti. Con lo imprescindible, ya compraremos en Stavanger lo que podáis necesitar.

—Lo sé, lo sé —aseguró Jana, en una nube de alegría. Dejó escapar una risa rutilante y lo besó en los labios—. Todo saldrá bien. Hemos repasado el plan una y otra vez y es sencillo: yo inventaré un paseo por Oslo, aduciendo el buen tiempo y la necesidad de salir. Tú no vendrás los dos días anteriores, como si ya hubieses vuelto a Stavanger.

—Sí, mañana me despediré de tus padres. Será muy duro no ver a Kurt, pero es lo mejor —dijo Magnus, pensativo—. No podemos dejar ningún cabo suelto.

—Te preocupas demasiado. Esa noche sacaré nuestro equipaje y lo llevaremos a la pensión. Así, cuando salga con Kurt, solo llevaré mi bolso y su mochilita, como si fuéramos a pasar el día a la ciudad —repasó Jana con seriedad. Magnus asintió, atento a cualquier punto débil que pudiera aparecer en el plan—. Daré un paseo en tranvía hasta el centro, tomaré un café y, a las

diez de la mañana, estaré en la estación de tren. Y tú estarás esperándome allí. —Dibujó una sonrisa resplandeciente en su rostro. Sin poder resistirse, se besaron en los labios—. A las diez y cuarenta cogeremos el tren con destino a Bergen, pasaremos la noche allí y después navegaremos en el *ferry* hasta Stavanger.

—Hubiera preferido hacer el viaje el mismo día —gruñó Magnus. Pasar la noche en Bergen era peligroso, estaban todavía demasiado cerca de Oslo—. Pero es un viaje muy largo y hay que pensar en Kurt. Te gustará el barco, tiene todas las comodidades y el paisaje de los fiordos es maravilloso —dijo, contagiado al fin del ánimo ligero de Jana—. Lleva ropa gruesa de abrigo, pasaremos por la cubierta y comeremos en el restaurante.

—Y al llegar a Stavanger, ¿nos casaremos en el juzgado y ya nada ni nadie podrá separarnos! —dijo ella con entusiasmo. Se abrazaron con fuerza y él cerró los ojos con un sentimiento de inmensa gratitud—. ¿Has comprado ya los billetes? ¿Necesitas dinero? —preguntó Jana, de pronto preocupada.

Magnus esbozó una sonrisa triste. Encerró su rostro entre las manos y la miró a los ojos con intensidad.

—Jana, el dinero jamás, ¿me oyes?, nunca más será un obstáculo en nuestras vidas. No volveremos a pasar ninguna penuria. Ni frío. Ni hambre.

Ni incomodidad. —Cerró los ojos y arriesgó un poco más al plantearle un nuevo desafío—. Y si estás dispuesta a acompañarme, existe la oportunidad de volver a Tromsø en un trabajo en el que estaré más tiempo en tierra.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo? —Ella alzó la mirada, esperanzada, pero casi con miedo a preguntar.

—Al principio sería un trabajo de planificación y estudios. En las oficinas en tierra. La Statoil comienza prospecciones fuera del mar del Norte y espera encontrar petróleo y gas natural en el Ártico también —dijo Magnus, feliz al ver la acogida de su propuesta—. Después, el trabajo en la plataforma cada vez tiene mejores condiciones, pero todo se puede negociar.

Se levantó de la cama y le pasó la carpeta donde estaban las condiciones de su nuevo contrato. Un sueldo mayor, manutención completa en tierra y en la plataforma, un seguro de salud con cobertura para toda la familia y dos meses para mudarse al nuevo destino.

Jana elevó hacia él una mirada llena de admiración y sorpresa.



—¿A qué estás esperando para firmar? ¿De verdad te lo estás pensando?

—Bueno, quería asegurarme de que podría seguir viendo a Kurt, aunque no me trasladara a Oslo. Si aceptar el nuevo puesto de trabajo significaba perder el terreno ganado, estaba dispuesto a quedarme donde estoy —reconoció Magnus, recordando los casi cinco meses que habían pasado cuando comenzó a trabajar en la Stella Polaris. Las nuevas condiciones negociadas con el sindicato prohibían permanencias en las plataformas mayores a seis semanas e insistían en jornadas de descanso de tres semanas a un mes—. Ahora mis turnos serán de un mes de trabajo y un mes en casa.

—¿Un mes en casa? —Todo el rostro de Jana se iluminó.

Y llegó el día. Magnus no paró de abrazar a Kurt. El niño sabía que se despedía de su padre y pasó toda la tarde muy irascible y pegado a él. No dejó ni siquiera que su madre o Nana lo cogieran en brazos. Una angustia creciente se asentó en su pecho cuando lo dejó llorando desconsolado en brazos de la niñera, que ni lo miró. Ella conocía su plan, sabía lo que arriesgaban, y Magnus agradeció que no cometiera ni la más mínima indiscreción.

Ahora quedaba uno de los pasos más difíciles.

En vez de salir por la puerta de servicio, subió por las escaleras al piso superior. Enseguida, una de las asistentes se acercó a él con expresión temerosa.

—Sabe que no puede estar aquí —dijo en un cuchicheo. Lo agarró del brazo e intentó tirar de él de vuelta hacia la zona de servicio—. El doctor Jensen se va a poner furioso.

—Solo quiero despedirme —dijo Magnus, sorprendido por la eficacia con la que aquel hombre se hacía temer por todos—. Avise al señor Jensen, esperaré aquí, en el vestíbulo.

Nana pasó por su lado con el niño. Al verlo, Kurt estalló de nuevo en llanto y comenzó a llamarlo a gritos. Cerró los ojos, ignorando el dolor de sus brazos por querer consolarlo. Al menos la mujer era cariñosa y paciente, pese al carácter mimado e irritable de su hijo. Una vez solos y en familia, era algo que tendrían que corregir con paciencia y amor.

El padre de Jana apareció en el vestíbulo con una taza de té en la mano. El niño no paraba de gritar y compuso un gesto de desagrado.

—Llévalo arriba, Nana. La influencia de tus visitas es nefasta para él,

nunca lo había visto llorar con tanta rabia —dijo con enojo en cuanto ambos desaparecieron en el piso de arriba.

—Lo que es nefasto es que tengamos que separarnos tanto tiempo cuando me marcho —dijo con rabia Magnus. Aquel hombre tenía la cualidad de sacar lo peor de él.

—Entonces es cierto, ¿te vas? Según los papeles que tengo del abogado, tu visita debía prolongarse hasta el viernes, dado que tienes que volver a la plataforma el lunes. —El hombre lo miró con aquellos ojos azules de mil tonalidades diferentes. Habrían sido bellos si no fuera por la frialdad que destilaba su mirada—. ¿No es así?

Magnus tragó saliva. No se esperaba que Matías controlase sus idas y venidas de manera tan puntillosa. Sufría una verdadera obsesión con él.

—Tengo que resolver algunos asuntos en Stavanger antes de mi marcha —improvisó. Aunque, pensándolo bien, era cierto. Aprovecharía para dejar firmada la propuesta de su jefe antes de embarcar de vuelta a la Stella Polaris.

Y ya había hablado con el abogado para explicarle que se casaría con Jana —. Me parte el alma marcharme antes de tiempo, pero tiene que ser así.

—¿Qué asuntos? —insistió el cirujano, que lo miraba con suspicacia.

Cerró los puños. Contó hasta diez. Se tragó las ganas de replicarle que no era asunto suyo y forzó una sonrisa de suficiencia.

—Un cambio de contrato que mejora mis condiciones. De manera ostensible.

—Puedes irte. Aquí no se te echará de menos si decides no volver.

Había perdido cualquier interés que tuviera en él y volvió al salón, siempre con la taza de té en su mano y con porte regio y petulante. Magnus se preguntó si alguna vez en su vida tendría la oportunidad de propinarle la paliza que llevaba tanto tiempo queriendo darle para ponerlo en su lugar.

Abrió la puerta y alcanzó a ver a Jana, preciosa con un aparatoso vestido estampado de motivos geométricos, sentada junto a su madre en el sofá.

Intercambiaron una mirada, pero ninguno de los dos movió un solo músculo.

Aquella noche, en unas pocas horas, se verían de nuevo.

Poco después de la una de la madrugada, Jana salió por fin a la calle por la puerta de servicio. Arrastraba a duras penas una enorme maleta de cuero

negro. Magnus se apresuró a ayudarla, pero la miró con reprobación.

—Jana, ¡te dije que tenías que traer lo imprescindible! Esta maleta levantará sospechas enseguida si alguien me ve —la reprendió mientras cargaba con el pesado equipaje hacia la calle donde ya los esperaba el taxi—. ¿Y ha pasado algo? Llevo esperándote desde las doce. Casi me pongo enfermo de la preocupación.

—Kurt está imposible, no hacía más que llamarte a gritos. No quería que nadie se le acercara, ni mis padres, ni Nana, ni yo —dijo Jana, que traía un aspecto agotado. Incluso demacrado—. Tuvo la pataleta de su vida y se quedó dormido del puro agotamiento. Lo acosté y le di un biberón en la cuna porque no quiso cenar.

—Pobrecito —se enterneció con una sonrisa tenue—. Pero va a valer la pena, Jana. Ya queda poco. Solo unos pocos días.

—¿Nos marcharemos directamente a Tromsø tras firmar el nuevo contrato?

—preguntó ya de camino a la pensión. Magnus sonrió al ver que ya hacía planes en plural.

—No, aún no. Goran y yo debemos terminar algunas tareas pendientes en la Stella Polaris, pero cuando salga en abril, aprovecharemos los días libres para planificar la vuelta a Tromsø. Tendremos dos meses para instalarnos.

—Tal vez pueda recuperar mi trabajo de matrona en el Sant Jakob —dijo Jana, esperanzada—. Echo de menos la maternidad y la sala de partos. ¡Se me va a olvidar cómo ayudar a nacer a un bebé!

—No será necesario que trabajes, pero harás lo que tú quieras, Jana.

Tenemos toda la vida por delante para decidir cómo vivirla.

Se dejaron llevar por mil planes. Rememoraron sin rencor tiempos de felicidad compartidos y algunos duros también. Se preguntaron qué habría sido de Lotte y de Arne, del viejo patrón del *Valkyria*, de Hilde y de Fred y de su catterva de críos. Si ya habrían vendido la pensión del Brezo. No faltaba mucho para que despejaran todas aquellas incógnitas.

Durmieron unas horas después de hacer el amor con avidez, no se verían en dos días y después enfrentarían el largo viaje hasta Stavanger. Un anhelo desconocido impregnaba cada caricia y cada beso, tintándolos de expectación. A las cinco de la mañana, Magnus se despertó, alarmado.

—Jana, despierta. ¡Tienes que volver!

Ella se desperezó y abrió los ojos lentamente. Rezongó y estrechó su cuerpo desnudo contra él.

—Salir en mitad de la noche al frío después de estar contigo en la cama es una tortura —se quejó con un mohín enfurruñado—. No sé qué voy a hacer estos dos días sin ti.

—Ser una buena chica y pensar cada minuto en mí. Vamos. Debemos irnos.

El taxi los dejó donde siempre, en la verja lateral que accedía directamente por un sendero hasta la parte de atrás de la casa. Se despidieron con un beso apasionado y Jana se alejó a paso rápido en la oscuridad. Magnus se quedó vigilando hasta que sintió el ruido de la puerta cerrarse con cuidado. Apretó los párpados con fuerza y se aferró a los barrotes. Dejó caer la cabeza mientras lanzó una plegaria al universo, a los dioses del Valhalla, al injusto y autoritario en el que creía Jana. A cualquiera que fuese la fuerza que regía sus destinos le pidió que los protegiera. Que todo saliera bien.

## Østbanestasjon

Volvió a la pensión en tranvía, aprovechando que pasaba por allí. Era más tarde de lo habitual y la ciudad comenzaba a despertarse. El agotamiento de aquellas dos semanas en las que habían recuperado el tiempo perdido, amándose y conversando, noche tras noche sin dormir, se le vino encima de pronto. Se metió en la cama, envuelto en el aroma de Jana que todavía flotaba entre las sábanas, y durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando vio la hora en el reloj se echó a reír. Mejor. Así había pasado la mitad del día.

No salió de la pensión. Comió algo en el sobrio comedor y se encerró en la habitación a leer. Después, planificó el dinero que Jana precisaría para vivir durante aquel mes en que él estaría en la plataforma y anotó en una pequeña libreta que había preparado para ella todas las direcciones importantes en Stavanger que podría necesitar: del abogado, de la mujer que acudía a limpiar su casita cada semana, de los pocos vecinos que había alcanzado a conocer.

En cierto modo, le daba un poco de pena abandonar Stavanger, pero al pensar en volver a Tromsø y en el futuro que los esperaba, tuvo la certeza de que siempre supo que aquella ciudad industrial no sería su hogar definitivo.

Él necesitaba los bosques, el mar, los espacios abiertos. Una intensa punzada de añoranza lo inundó al pensar en Kristtorn.

El segundo día no fue capaz de aguantar el encierro y salió a recorrer la ciudad. No quería cargarse de cosas, tenía más que suficiente con la enorme maleta de Jana, pero no pudo resistirse a comprar un par de libros de cuentos para mantener entretenido a su hijo y una manta de lana suave para dormir en el viaje. También unos chocolates. Aquella noche casi no durmió. Se despertó entre jadeos porque su cuerpo delataba lo mucho que necesitaba a Jana y después fue incapaz de conciliar el sueño. Acabó por levantarse muy temprano, ducharse de nuevo aprovechando que el baño comunitario aún permanecía vacío y desayunar con un hambre voraz.

—¿Le reservo la habitación para el mes que viene, señor Thoresen? — ofreció la casera, ya acostumbrada a tenerlo por allí—. Esta vez, con una cama de matrimonio —dijo con una mirada pícaro que lo hizo reír.

—Muchas gracias, pero no será necesario. Mi familia vuelve conmigo a casa.

Le dejó una generosa propina. Después de todo, Jana había dormido allí casi dos semanas y ella jamás había dicho ni una sola palabra.

No debió levantarse tan temprano. Pasó más de dos horas paseando por la habitación como un león enjaulado, hasta que ya no aguantó más.

Era pronto aún para ir a la estación, no eran ni las nueve de la mañana. Pero cogió la maleta inmensa de Jana, la suya más pequeña y el maletín, y se subió al primer taxi que vio.

La Østbanestasjon era un enorme edificio de ladrillo estucado en blanco que había comenzado a construirse en el siglo XVII. Parte de la fachada conservaba la edificación original. Con los años, había crecido hasta ser la inmensa mole que era. Magnus admiró la enorme sala central y localizó la estatua del viajero donde se encontraría con Jana a las diez.

Se tomó un café rápido en un puesto junto a la entrada, de pie y sin parar de mirar su reloj o el enorme colgado en la pared. Los minutos pasaban, lentos y enervantes. La cafeína no ayudaba a templar sus nervios. Un cuarto de hora antes llevó de vuelta todo el equipaje hasta la estatua de bronce. Comenzaba a desesperar. Jana y Kurt aparecerían en cualquier momento. ¡Sí, ahí estaba!

Distinguió la melena rubia de una mujer contrastando con el paño negro de un abrigo elegante, pero reprimió el impulso de acercarse a ella al ver que ningún niño la acompañaba.

La estación comenzó a llenarse de gente y fue difícil distinguir si se acercaban o no desde la puerta. Cerca de las diez de la mañana salía un gran número de trenes hacia distintos destinos y los viajeros que llegaban o se marchaban coincidían en un trasiego caótico de aquí para allá.

Ya eran las diez. Jana todavía no llegaba. Se serenó, pensando que, si Kurt quería hacer pis o sufría una rabieta, Jana estaba sola con él y necesitaría tiempo para llegar. Debía de quedar con ella más cerca de la casa para ayudarla. Ahora era tarde para lamentarse.

Diez y cuarto. Estaría a punto de llegar. Quedaba menos de media hora

para que saliese el tren y debían estar allí con antelación para acomodar las maletas y darle a Kurt algo de comer. Estiró el cuello una y otra vez cuando veía un niño o una melena rubia.

Diez y media. En diez minutos salía el tren a Bergen. De pronto, un destello iluminó su entendimiento. Si se había retrasado, seguro que había ido directamente al andén. Cargó todo el equipaje y, pidiendo mil disculpas, se abrió paso entre la marea de gente hacia la vía tres. Un tren silbaba anunciando su salida y su inquietud se acentuó. No. No era el suyo, estaban a tiempo. Era la enorme locomotora que se dirigía a Suecia. Al llegar al andén tres, casi todos los pasajeros habían ya abordado. Los que se marchaban despedían a sus seres queridos desde la ventanilla con manos enguantadas, desnudas o agitando pañuelos. Buscó su vagón y su compartimento. Jana y Kurt estarían allí, esperándolo.

Estaba vacío. Aún quedaban cinco minutos. Dejó la maleta grande encima de la rejilla de equipaje y salió de nuevo al andén. Allí no había nadie. El revisor recorría el tren desde atrás hacia delante comprobando que todo estaba en regla. Aún tenía tiempo. Corrió, desesperado, hasta la estatua del viajero. La estación estaba ya casi vacía. Kurt y Jana no estaban allí. Volvió.

Tampoco estaban en el compartimento. Dejó escapar un gemido desesperado que llamó la atención de los viajeros a su alrededor. El tren silbó con potencia para anunciar su partida y, en el último momento, descendió del vagón.

—¡Qué hace! ¿Está loco? —preguntó el revisor acercándose a él—. ¡Dese prisa, el tren ya está en marcha!

Hizo el amago de correr hacia la puerta, empujado por el tono perentorio de aquel hombre, pero desistió. No iba a marcharse solo. ¿Dónde estaba Jana? ¿Dónde estaba su hijo? Algo tenía que haber pasado, ¡seguro!

—Tomaré el próximo, estoy esperando a alguien.

—Pues vaya de inmediato a las taquillas, porque dudo mucho que vayan a cambiarle el billete, ahora que ha salido el tren —dijo el revisor, negando con reprobación—. Vaya. Vaya ahora mismo.

En vez de eso, volvió a paso lento a la estatua una última vez. No se resignaba. ¡Algo tenía que haber pasado! Iría hasta el palacete y se llevaría a su mujer y a su hijo a punta de pistola si hacía falta. Se detuvo en seco al

divisar a lo lejos a Nana, visiblemente afectada, junto al enorme pie de mármol. Corrió hasta ella con desesperación.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Jana? ¡Hemos perdido el tren! —barbotó sin tomar aliento al llegar junto a ella—. Es su padre, la ha descubierto. Es eso, ¿verdad? ¡Habla!

—Lo siento muchísimo, Magnus. Lo siento, de corazón —se lamentó la mujer, deshecha en lágrimas—. Jana y Kurt no van a venir.

Se echó hacia atrás sin entender lo que estaba escuchando.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué los retiene? Los sacaré por la fuerza de allí si es necesario —gritó, desesperado—. ¡Tenemos tiempo de llegar a Bergen!

—No, no es eso —hipó la mujer. Casi no podía hablar y Magnus se contuvo para no zarandearla—. No quiere venir, Magnus. Le ha entrado miedo estos dos días. De hecho, esta mañana le ha dado un ataque de pánico.

Las palabras atenazadas de la mujer cayeron sobre él como un mazazo.

—No es cierto —murmuró él, con la congoja asfixiando su garganta.

—De verdad, lo siento muchísimo. ¡Lo siento! —lloró la mujer con desconsuelo—. Al principio estaba entusiasmada, pero el niño está insoportable, llora todo el día y se muestra ingobernable. Jana tenía los nervios a flor de piel —explicó entre sollozos. Magnus sintió que una capa de hielo comenzaba a cristalizar en su interior—. Al día siguiente comenzó a dudar de su plan, me lo contó y traté de convencerla para que se marchara de la casa, pero su padre la tiene sometida, igual que a la señora Olivia. —El resentimiento se hizo patente en su tono de voz—. Lo siento mucho, señor Thoresen. Pero no quiere marcharse.

—No puede ser. Es imposible. —No lo creía. Lo habían planificado al máximo. Cada detalle. Cada inconveniente. Trazando todo el plan de vida que les esperaba—. Ha tenido que ser el maldito Matías Jensen. Él la ha forzado a quedarse. Voy a buscarla —dijo con resolución. Intentó emprender el camino hacia la salida de la estación, pero Nana lo agarró del brazo con una fuerza sorprendente para su complexión menuda.

—¡Escúcheme, señor Thoresen! —dijo la mujer con tono desesperado—. Jana está ahora mismo sedada en su cama por el ataque de pánico que ha sufrido. No está en condiciones de moverse a ninguna parte. La señora Olivia se ha llevado a Kurt a Bygdøy, a la casa de vacaciones, a pasar el día y



dejarla descansar —intentó hacerlo razonar, de nuevo inundada en llanto—. No es el momento.

—Es mentira. Ha sido Jensen. Es él quien la tiene retenida en contra de su voluntad. —Un atisbo de duda comenzó a desgarrar su interior.

La mujer soltó una risotada histérica que llamó su atención. Parecía al borde de la locura y vio reflejado en ella su propia desesperación. Lo aferró de ambas manos y apretó con insistencia.

—Magnus, el doctor Jensen no está en casa. Se marchó ayer de congreso.

No ha tenido nada que ver —dijo la mujer con tono desolado—. Si no me cree, acuda al hospital y pregunte por él. Tengo que marcharme, Jana está sola en la casa y necesita de mis cuidados.

—Iré contigo, quiero verla.

—No, por ningún motivo. —La mujer se puso seria y en sus ojos brilló el relámpago del miedo—. El señor Jensen ha dado orden de no volver a dejarlo entrar en su casa. Su abogado se pondrá pronto en contacto con usted. Lo siento mucho.

La mujer se marchó y él se quedó de pie durante largos minutos, con el corazón cubierto de hielo y abrumado por la incertidumbre.

Pero él era un hombre poco dado al inmovilismo.

Necesitaba saber qué había pasado. Lo primero que hizo fue comprobar lo que Nana le había dicho y preguntó por el doctor Jensen en el hospital. La misma enfermera saturada de trabajo y con cara de susto de la vez anterior contestó a su requerimiento.

—¡Le he dicho que el doctor Jensen no está! —respondió de mala manera ante su insistencia. No quería decirle dónde se encontraba—. Se marchó de congreso el miércoles y no volverá hasta el lunes. ¿Contento? ¡Márchese de aquí si no quiere que llame a seguridad!

Al menos esa parte era cierta. Se había ido de la casa el día siguiente de despedirse. Jana había tenido el terreno libre para marcharse sin la amenaza de ser descubierta por su padre y no la había aprovechado. Quiso gritar de la rabia.

Ya era mediodía. Y tenía decidido que se marcharía, no tenía sentido luchar por un amor que no era correspondido. Pero no se resignaba a aceptar que Jana seguía en su casa, que lo había abandonado una vez más.

Esperó en la calle, bajo una lluvia fina, sentado sobre su pequeña maleta fuera de la vista del vigilante, esperando algún movimiento. Se incorporó al ver un elegante Rolls Royce detenerse frente a la entrada. Se incorporó con rapidez al ver que entraba y el vigilante cerraba la verja y después seguía al vehículo hacia el palacete.

A lo lejos, divisó a Olivia con Kurt dormido en brazos descender con cuidado de la parte de atrás del coche. Una mujer con uniforme la seguía hasta la entrada mientras el chófer y el vigilante bajaban un montón de paquetes y bolsas.

Esperaron un momento a que se abriera la puerta y el impacto de ver a Jana extender los brazos para abrazar con fuerza a su hijo fue brutal. Ahí estaba.

La vio besar a su madre e intercambiar unas pocas palabras, y la enorme puerta se cerró. Le llamó la atención verla con el pelo suelto, vestida con un camisón y una bata.

El viaje en tren fue el tránsito hacia asumir que Jana lo había abandonado de nuevo.

Llegó a Bergen a última hora de la noche y no se molestó en buscar dónde dormir. Se envolvió en la manta que había comprado y se durmió en un banco en la estación sin que nadie le importunara. Preguntó en consigna por la maleta de Jana y pagó la multa por su retirada sin rechistar. Se la devolvería y aprovecharía para mandarle un mensaje. Ni siquiera la abrió. La mujer del mostrador le facilitó todo lo que necesitaba y colocó una enorme etiqueta con la dirección de Jana en Oslo. Pegada a ella iba un sobre que contenía una hoja con ocho palabras.

«Te esperaré siempre. Pero no volveré por ti.»

# Puta

**T**ras despedirse de Magnus, Jana entró en casa con una sonrisa, con los recuerdos de la noche pasada aún revoloteando, y se descalzó. Dejó las botas junto a la entrada y al lado de otros zapatos de los empleados, y colgó la chaqueta en el perchero. Se quitó el vestido con rapidez y lo dejó en el enorme cesto de ropa sucia. Cerró la bata para ocultar su combinación y se sirvió un vaso de leche. Había ideado toda aquella estratagema con Magnus.

Así, si la descubrían, fingiría haberse levantado con hambre y volvería con un bostezo a su habitación.

—Oh. ¡Hola, papá! —Se quedó helada al encontrarse frente a frente con su padre en el vestíbulo. Madrugaba mucho, seguramente ya era hora de que se marchara al hospital.

No dijo nada. Tampoco fue necesario. Jana leyó en sus ojos que sabía de dónde venía. Miró hipnotizada cómo su mano describía un arco perfecto en el aire antes de estrellarse en su cara con una bofetada brutal. El vaso de leche estalló en el suelo generando un estruendo, mezclado con su grito de alarma y dolor, y el sonido sordo de su cuerpo al caer contra el mármol.

—¡Putá! —exclamó su padre, gritándole desde arriba y el cuerpo encorvado hacia ella, amenazador—. ¿Creías que no me daría cuenta?

Jana comenzó a llorar. Lo sabía. Su padre los había descubierto. ¿Cómo era posible? No se levantó del suelo, no podía. Los insultos que caían sobre ella la aplastaban.

—¡Se acabaron los privilegios para ese maldito pescador! No volverá a poner un pie en esta casa. Tú te casarás con Lars y él será quien críe a mi nieto —gritaba, desencajado. Jana se hizo un ovillo en el suelo, entendiendo lo que acababa de ocurrir—. Y tú... ¡Tú te quedarás encerrada en tu cuarto hasta que entres en razón! ¡Hasta que comprobemos que ese malnacido no ha vuelto a dejarte preñada! ¡Levántate!

La aferró del pelo y Jana aulló de dolor. Su padre la arrastraba hacia la

escalera cuando Olivia apareció en la balaustrada superior, claramente alarmada por los gritos.

—¡Tu hija! Una puta igual que lo eres tú. —Matías echaba espuma por la boca y Jana temió ahora por su madre—. ¡Adivina de dónde viene! ¡Dónde ha pasado todas estas noches! ¡Lo que planeaba hacer! ¡Pregúntaselo!

La zarandeo con fuerza, pero Jana no respondió. Miraba fijamente a los empleados del servicio, que también habían subido, alertados por el escándalo. Nana la miraba con los ojos llenos de lágrimas, retorciendo las manos frente al delantal del uniforme. Leyó sus labios, que murmuraban una y otra vez las mismas palabras.

«Lo siento.»

El golpe de la traición terminó por devastarla. Un vacío negro se abrió ante sus pies y por un instante dejó de ver, de oír y de sentir. Aliviada, notó que las fuerzas abandonaban su cuerpo. Si aquello era la muerte, era más que bienvenida.

Y el día de su partida, el que prometía un futuro distinto junto a Magnus y su hijo, se desvaneció.

La primera semana se mantuvo en el umbral entre la consciencia y la inconsciencia. Cada vez que volvía en sí, sucumbía a un llanto desgarrador que era imposible de controlar y cometió la imprudencia de manifestar en voz alta sus intenciones de quitarse la vida. Olivia temía por ella e hizo venir, con toda discreción, a un médico a la casa. La obligaron a tomar sedantes y perdió la noción del tiempo.

Poco a poco le bajaron la dosis de la medicación. Mientras seguía bajo sus efectos, parecía vivir sumergida en agua caliente. Los sonidos le llegaban amortiguados, las imágenes que percibían sus retinas no tenían color, pero, al menos, el dolor también se había transformado en algo lejano y sordo.

La voz de Kurt, llamándola a ella y también a su padre con un llanto irritable, fue lo que le dio fuerzas para volver en sí. Se levantó con gran esfuerzo de la cama, sus piernas parecían no sostenerla. Se miró al espejo y contuvo un gemido. Sus ojos se hundían en lo más profundo de sus cuencas, tenía las mejillas chupadas y el camisón colgaba de sus hombros como un guiñapo. Había adelgazado unos cinco kilos en aquellas dos semanas. Lo cierto era que no recordaba comer bocado alguno.

—Hijo, ven con mamá —murmuró en un hilo de voz.

Olivia se volvió, sorprendida de encontrarla de pie, y se acercó a ella para sujetarla, pero Kurt fue más rápido.

—¡Mamá! ¡Estás aquí, mamá! —dijo con una emoción que se quebró en llanto.

Jana no lloró. Había agotado todas sus lágrimas. Pero cayó de rodillas y acogió a su hijo entre los brazos. Tenía casi dos años y hablaba ya como un viejito prematuro.

—No pasa nada, mi niño —lo confortó con la voz más firme—. Mamá ha estado muy enferma, pero ahora ya está bien. Ahora ya está bien.

Se mecieron el uno al otro, otorgándose el mejor consuelo que existe, el del abrazo entre una madre y su hijo.

Los días pasaban como en una nebulosa, presa de la abulia y un dolor que iba más allá de la tristeza. Magnus se había marchado. No había luchado por ella y por Kurt. ¿Por qué? ¿Por qué se quedó hasta tan tarde con él en la pensión?

No tenía fuerzas para intentar nada. Su padre ejercía un férreo control de todos sus movimientos como ya hacía con su madre, ahora se daba cuenta. Lo que parecía un interés por protegerlas era en realidad una injerencia absoluta en sus vidas. Que apareciese con Lars a los pocos días, comportándose como si nada hubiera pasado, fue lo que terminó por hacerla volver de golpe a la realidad.

—No. No pienso bajar, mamá —lloriqueó, mientras su madre le peinaba la melena como si fuera una niña pequeña—. No quiero verlo, ¡no quiero!

—Hija, esta es tu última oportunidad. A la tercera va la vencida, y ten por seguro que no habrá una cuarta. —Olivia no ponía fuerza alguna en sus argumentos. Últimamente parecía tan desganada y triste como Jana—. ¿Por qué no intentas buscar tu felicidad junto a Lars? ¡Sería mucho más fácil para ti y para todos! Mírame a mí, he conseguido ser feliz con tu padre.

Jana resopló con incredulidad.

—Yo no quiero conseguir nada, ¡ya lo tengo todo! Estoy enamorada de Magnus, y aunque papá intente erradicar el sentimiento, aunque sea a golpes, no lo conseguirá.

—Habla con él, Jana —insistió su madre en un ruego—. Quizá sea la

única salida que te queda.

Olivia salió de la habitación dejando la puerta abierta y ella sopesó sus palabras. Miró aquella posibilidad con otros ojos. Quizá su madre tenía razón. Bajó al salón y saludó a Lars con un beso en la mejilla. Lo cogió de la mano y lo instó a sentarse junto a ella en el sofá.

—Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi —dijo con voz preocupada. Ella lo miró con extrañeza—. Todavía estabas en cama, muy sedada.

Jana no respondió. Cerró los ojos e intentó reunir el poco valor con el que aún contaba. Fijó en el centro de su mente la imagen de Kurt y de Magnus jugando en el parque, y enfrentó a Lars.

—Lars, necesito que entiendas que jamás voy a volver contigo —comenzó Jana. Era un abordaje torpe y burdo, pero no tenía tiempo para andarse con rodeos—. Estoy enamorada de Magnus y sé que en algún momento volveré con él.

—Jana, tu padre jamás permitirá que eso ocurra —respondió él, consternado—. ¿Sabes que lo ha denunciado por tentativa de secuestro? Ha contratado gente para que lo coja en el momento en que ponga un pie en Oslo. El doctor Jensen tiene mucha influencia en esta ciudad.

Jana se echó a reír. Era ingenua, pero no hasta el punto de creerse las patrañas de su padre. Había aprendido mucho desde que había vuelto a vivir con ellos.

—Lars, entiendo que lo respetes por ser tu superior en el hospital, pero lo que dices es absurdo. Magnus no ha cometido ningún crimen —dijo, sosteniéndolo de las manos para reforzar su posición—. Quiero que hables con él y con mi madre. Aquí, en casa, o en el hospital. Y que les digas lo siguiente.

—No me gusta intervenir en los asuntos de otros —interrumpió él sin esconder sus reticencias—. Y menos cuando tu padre es mi jefe.

—¿Quieres ayudarme?

Lars acabó por asentir.

Tomó aire, quería ser lo más explícita y descarnada posible. No solo para ahuyentar cualquier esperanza en él, sino para transmitir su mensaje a sus padres con claridad.

—Diles: «No quiero volver a ver a Jana. Lo he pensado bien, y no quiero cargar con un bastardo. Bastante difícil es abrirse paso en la sociedad de Oslo para mí, que soy un don nadie, como para cargarme encima semejante muerto. Además, soy muy joven. Ya nadie tiene hijos a los veintipocos, todavía me queda mucho por vivir». —Tomó aire, ignorando la expresión horrorizada de Lars—. «Jana no es más que una prostituta. Se ha entregado a ese pescador ignorante y llega mancillada al matrimonio. Ha vivido experiencias sexuales más propias de una meretriz que de una joven cristiana de buena familia. Quizá hasta me contagie de cualquier enfermedad.»

Contuvo el deseo de echarse a reír al ver el gesto asqueado de Lars, que había retirado las manos de entre las suyas en un movimiento brusco e involuntario.

—¿Lo tienes claro? —insistió antes de dejarlo marchar. Tocó la campanilla y Nana se acercó con presteza. Todavía no era capaz de mirarla a la cara—. Trae el abrigo de mi invitado ahora mismo. No tardes.

—Cristalino —dijo Lars, que se apresuró a levantarse del sofá y abrocharse la americana en cuanto Nana se fue. Cuando reapareció con su abrigo y su maletín, no se molestó en ponérselo. Jana lo acompañó mientras corría más que andaba hacia la salida.

—Adiós, Lars —dijo, dejándose embargar por un ánimo jocoso que pensó que jamás volvería a sentir—. Algo me dice que no volveremos a vernos.

El joven cirujano la miró de reojo, aún impactado por sus palabras. Aun así, parecía reacio a marcharse.

—Jana, estoy preocupado por ti —dijo al fin. Buscó algo en su maletín y le tendió una tarjeta—. Sé que te han tenido sedada y encerrada en contra de tu voluntad. No sé qué está pasando, pero quiero ayudarte. Si necesitas algo, llámame. Tu padre es mi superior, pero no le debo nada —dijo con amargura.

—Gracias, Lars —respondió ella, recogiendo la tarjeta y haciéndola desaparecer en un bolsillo de su vestido con cierta sorpresa—. No tomo a la ligera tu ofrecimiento. Espero de verdad que seas feliz.

Aquello le costó otros días más recluida en su cuarto, pero ahora Jana no se dejaba abatir y la emprendió a golpes contra la puerta cerrada en cuanto su padre giró la llave. La ignoraron y cambió de estrategia. Tenía que esperar a que él no estuviese. Lástima que fuera sábado; no podría hacer nada hasta el

lunes, hasta que se marchara al hospital.

En cuanto divisó su coche alejarse por la ventana, aporreó la puerta de nuevo.

—¡Abrid la puerta! Mamá, Nana, Georgina, ¡abrid la puerta! —comenzó a gritar. Notó los pasitos rápidos de Kurt acercarse al otro lado y se agachó con un nudo en el estómago al escuchar su voz, llamándola. Probablemente lo estaba asustando, pero no podía rendirse ahora—. ¡No pasa nada, hijo! Mamá se ha quedado encerrada sin querer y está pidiendo ayuda. Ahora mismo salgo. ¡Abridme la puerta de una vez, no voy a parar de gritar hasta que me abráis la puerta!

Acompañó sus chillidos histéricos con más golpes con los puños. En cierto modo, era reconfortante liberar la rabia, la tristeza y la frustración que sentía, pero llegó un punto en que la piel comenzaba a despellejarse y se detuvo a pensar. Lanzó una mirada circular a la habitación y se detuvo en los pesados candelabros de plata que decoraban la chimenea. Empuñó uno de ellos como si fuera un palo y atizó de nuevo la madera de la puerta. El contragolpe sobre su brazo le arrancó un gemido de dolor, pero no se rindió. Volvió a blandirlo con los dos brazos y lo estalló contra la madera maciza. Tan solo desconchó un poco la pintura. Volvió a reevaluar la situación. Tal vez, si golpeaba la cerradura...

Lo intentó a la desesperada contra el picaporte. El sonido metálico fue de lo más satisfactorio, pero no cedió. Soltó una risotada y redobló sus esfuerzos por el puro placer de desahogarse a golpes, pero la voz de Olivia al otro lado la detuvo al fin.

—¡Para, Jana! ¿Es que quieres que tu padre nos mate a ambas?

—Mamá, la abuela te ayuda —dijo triunfante su niño. Bendita inocencia.

La llave giró y la puerta se abrió al fin. Jana salió al pasillo con el candelabro aún en la mano. Se echó a reír al ver que no le había hecho ni el más mínimo rasguño. Lo dejó caer al suelo y abrazó a su hijo.

—Muchas gracias por ayudarme, mi niño. Venga, vamos a merendar —dijo, cogiéndolo de la mano como si nada hubiese pasado. Le lanzó una mirada acusadora a su madre—. Contigo hablaré después.

Tuvo la suerte de que la enfermera de su padre llamara para avisar que una cirugía de emergencia retendría al doctor Jensen en quirófano durante varias



horas y que no lo esperasen a cenar.

Olivia rara vez cenaba si su marido no estaba, así que Jana comió algo de pie en la cocina, hizo dormir a su hijo disfrutando de la sensación de sentirlo entre sus brazos y lo arropó en su camita después de leerle uno de los cuentos que Magnus le había regalado. Había vuelto a la vida una vez más, pero ahora ya sabía lo que era vivirla con libertad. No soportaría volver al encierro, de manera que llamó a la puerta de la habitación de su madre, decidida a sincerarse con ella.

—Pasa, Jana —dijo su madre con voz cansada. Tenía el rostro cubierto en lágrimas.

Tenía miedo de la reacción de su padre, era eso. Y no lo entendía. Matías Jensen siempre había sido un hombre irascible, pero los años y las comodidades lo habían ido templando poco a poco. A ella jamás le tocó un pelo hasta aquella tarde fatídica en la que conoció a Magnus.

Claro.

Porque esa había sido la primera vez que le había plantado cara y contravenido sus deseos en realidad.

—Mamá, no temas. Saldremos de esta —dijo, sentándose a su lado y abrazándola—. Si quieres, enciérrame en la habitación de nuevo y me abres cuando papá se vaya mañana. Ya encontraremos la manera de que esto se resuelva. No voy a pasar mucho más tiempo aquí. Voy a ir en busca de Magnus, mamá. Y espero que tú me ayudes.

Su madre alzó una mirada verde llena de lágrimas.

—No es eso, Jana. Ha llegado tu maleta.

—¿Qué maleta? —preguntó ella con consternación. Su madre sostenía un pliego de papel entre las manos.

Siguió los ojos de su madre, que se posaron en una maleta negra. Al principio, no la reconoció. No era su maleta habitual. Su corazón comenzó a latir desbocado al darse cuenta de que era la que había preparado para fugarse con Magnus. Se volvió a su madre y arrancó de sus manos la hoja.

Te esperaré siempre. Pero no volveré por ti.

Se abalanzó hacia el sobre abierto en la cama, pero no era necesario porque su madre seguía apática, sin reaccionar. La dirección de la estación de tren de Bergen, al día siguiente de la fecha de su viaje, el veintiséis de mayo.

Tragó saliva. Magnus la había esperado un día antes de marcharse. Las lágrimas anegaron sus ojos.

—Te hemos destrozado la vida —afirmó Olivia con un tono de voz extraño.

—No, mamá, ¡aún no! —exclamó Jana, alarmada por el deajo entregado de su madre—. Aún puedes ayudarme. Te lo pido por última vez. Te diré lo que haremos.

«Te esperaré siempre.»

No había tiempo que perder.

—Me encerrarás en la habitación ahora mismo —dijo, tirando de ella para que se levantara, y la arrastró hacia su cuarto—. Intenta comportarte con normalidad. Mañana, cuando papá se vaya, irás al centro y comprarás un billete de avión para mí y otro para Kurt. Un billete de avión a Tromsø, mamá. Te he dicho que volvería con Magnus —dijo ella con irritación—. Lo antes posible. Si puede ser para pasado mañana, mejor que mejor.

—Pero ¿Magnus no está en Stavanger?

—Ha firmado un nuevo contrato y ya ha pasado más de un mes. Estará en Tromsø —afirmó con decisión. Tenía que ser así. En Tromsø sabía adónde tenía que ir para encontrarlo. En Stavanger no sabría ni por dónde empezar—. Yo hablaré con papá. Esta vez no voy a esconderme, ese fue el error que cometimos la última vez y no me volverá a pasar. No tengo de qué avergonzarme.

Las luces de un coche iluminaron la ventana y Jana corrió a mirar. Empujó a Olivia fuera de su cuarto y cerró la puerta.

—Cierra con llave y métete en la cama, papá está a punto de llegar. Finge una jaqueca, porque tienes la cara hecha unos zorros —susurró con rapidez.

No sabía de dónde le nacía la inspiración. O tal vez sí. «No volveré por ti»—. No me falles, mamá. Mi vida no está arruinada, por el momento. Ayúdame a que no termine atrapada en una vida que no quiero. Te lo suplico, mamá.

## Hechos consumados

Jana no pudo salir de la habitación hasta bien entrada la tarde. Su padre necesitaba descansar después de la durísima cirugía cardíaca en la que había tenido que intervenir de urgencia, y no se marchó al hospital hasta después de comer.

En cuanto su madre le abrió la puerta, le exigió que se marchara al aeropuerto, ciñéndose a su plan.

—Hija, mejor lo hago mañana —rezongó Olivia, aterrorizada por lo que iba a hacer—. Ahora es muy tarde y tu padre volverá en cualquier momento.

—No, mamá. Mañana me pondrás otra excusa y no puedo permitírmelo —dijo Jana, sin darle margen para réplicas. La acompañó hasta la puerta de entrada con Kurt en brazos, que no paraba de decirle que era tonta entre risas por quedarse encerrada otra vez—. Tienes que conducir tú, si el chófer sabe algo, le irá con el cuento a papá.

—Pero, Jana, ¡hace meses que no conduzco!

—Con mayor razón —dijo Jana, resuelta. Entró con ella al garaje, cogió las llaves del Volvo que había sido su regalo cuando cumplió dieciocho años y prácticamente empujó a su madre dentro del coche—. Así recuperas un poco tu independencia. ¡Vamos, directa al aeropuerto!

—¿No vienes conmigo? —dijo Olivia, que no se creía estar metiendo las llaves en el contacto para encender el motor.

—No. Me quedaré por si papá vuelve. Si lo hace antes que tú, le diré que tengo el periodo y que necesitaba con urgencia analgésicos, tampones y compresas —dijo entre risas, porque era cierto. Se había puesto aquella mañana a sangrar—. Estará contento porque no estoy embarazada de Magnus. Vamos, ¡no tardes! Recuerda que tienes que comprar los pasajes para mañana.

Volvió a la casa. Nana la miró en silencio cuando la vio entrar entre risas con Kurt en brazos, y la rabia la invadió al ver su rostro ovejuno y culpable.

—Si dices una sola palabra, me encargaré de que te quedes sin trabajo y

que no vuelvas a tener empleo en tu vida —escupió Jana con todo el veneno del que fue capaz. No había tenido la oportunidad de arreglar cuentas con ella—. No eres más que una rata traidora. ¿Cómo fuiste capaz de vendernos cuando contábamos contigo? Tu madre debe estar revolcándose en su tumba, ella siempre nos ayudó cuando la necesitamos.

La empleada se echó a llorar y Jana la ignoró, asqueada. Comenzó a subir las escaleras, mejor que estuviera en su habitación antes de que su padre llegara.

—Señorita Jana —la llamó su niñera con voz débil—. Siento mucho lo que hice, pero su padre amenazó con echarme a la calle si no le contaba toda la verdad. ¡Él ya sospechaba algo!

—Eres una mentirosa —dijo Jana con crueldad. No estaba dispuesta a tragarse más embustes de aquella mujer—. No te creo ni una sola palabra.

—Es cierto. Usted no se daba cuenta, pero estaba mucho más feliz. Sonreía todo el día, ¡hasta cantaba! Su padre es muy listo y supo enseguida que algo pasaba —replicó ella con tono contrito. No era capaz de mirarla a la cara—. Él me presionó y me presionó hasta que me quebró, ¡usted sabe lo violento que puede llegar a ser!

Jana rechinó los dientes de pura rabia. ¿Cuántas más víctimas tenía su padre? Cada vez lo aborrecía más como persona. Ella lo había querido de manera incondicional, sin ninguna reserva. Hasta el punto de modificar toda su vida por él. Si no fuera por su influencia, quizá ahora sería una prestigiosa cardiocirujana. O estaría en Tromsø ejerciendo de matrona y viviendo con Magnus. Tarde había caído la venda que cegaba sus ojos. Pero más valía tarde que nunca.

—Ahora es el momento de redimirte. Mantén la boca cerrada, no digas ni una sola palabra de lo que hayas podido escuchar —ordenó Jana sin sentir demasiada pena por ella—. Y cuando yo me marche, protege a mi madre.

Ella nunca tendrá el valor de abandonarlo.

Jugó con Kurt hasta que su padre llegó y tuvo que volver a la habitación.

Ni siquiera se molestó en saludarla. Mejor, así no tendría que dar explicaciones de por qué su puerta no estaba cerrada con llave. Preocupada, esperó a que llegara su madre, poco después de que lo hiciera él. Aun así, tuvo que escuchar con el corazón en un puño cómo le pedía explicaciones por

su salida.

—¿Dónde has ido? Hoy no tenías ninguna salida programada. ¿Has adelantado el almuerzo con tus amigas? —inquirió con una voz que se le antojó amenazadora bajo el tono cordial. Hasta hacía muy poco no se había dado cuenta de la manera férrea pero soterrada con la que controlaba a su madre.

—Jana ha tenido una emergencia femenina —dijo Olivia con el tono suave y monocorde que siempre empleaba para dirigirse a él—. He ido a comprar compresas, tampones y analgésicos. Voy a llevárselos, estará incómoda sin sus cosas. Luego te veo a la hora de cenar.

—Bien. Ábrele la puerta, ya ha pasado suficientes días castigada. Veamos si por fin ha entrado en razón —dijo Matías como si la estuviera perdonando del mismo patíbulo—. Que baje a cenar con nosotros.

—Matías, déjala que se quede en la cama. Se encontraba muy mal —rogó Olivia con voz melosa. Jana se sorprendió de la perspicacia de su madre al utilizar la propia excusa que ella se había inventado para salir airosa de aquella situación—. Cuando una mujer tiene la regla, puede llegar a ser muy desagradable. Tú eres médico, ya lo sabes.

—De acuerdo, de acuerdo, ¡no necesito detalles! —rezongaba su padre.

Jana se echó a reír tras la puerta entreabierta—. Mañana que baje a las siete y me acompañe a desayunar.

Olivia entraba en su habitación a los pocos segundos, con una preciosa sonrisa adornando su rostro y con la bolsa de papel llena de productos de higiene femenina entre los brazos.

—Aquí tienes tus cosas, Jana. Te he traído un pequeño regalo para que te sientas mejor. Meteré la maleta negra en el coche, así que no te preocupes de nada. —La besó en la frente y pareció bailar cuando abandonó su cuarto—. Buenas noches, hija. Mañana a las siete, papá y yo te esperamos para desayunar.

Jana sonrió al descubrir en el interior de la bolsa los pasajes en elegantes sobres azules de cuero de la SAS. A las siete en punto, después de prepararse ella y dejar listo a Kurt con ropa cómoda tomando un biberón en brazos de Nana, bajó al comedor. Hacía meses que no se sentaba a desayunar con sus padres. Matías Jensen entraba a trabajar muy temprano al hospital y ella había

tomado la mala costumbre de levantarse cada vez más tarde al no tener nada que hacer.

—Jana, espero que hayas tenido tiempo para pensar —dijo el doctor Jensen en cuanto su hija los saludó con un beso en la mejilla a su madre y a él. Jana sonrió con el pequeño secreto que guardaba en su interior y se sentó, intentando parecer contrita—. Has dinamitado tus opciones de futuro al sincerarte con Lars. Me dijo que antes de volver a pedirte en matrimonio te hizo algunas preguntas y tú fuiste tan tonta de contestarle con la verdad.

Bien por Lars. Había hecho lo que ella le había pedido. Emitió un agradecimiento mental para él.

—Sí, papá. He tenido mucho tiempo para pensar —respondió Jana tras un instante. Sabía sin ninguna duda lo que tenía que hacer. Ahora lo veía todo con claridad—. En realidad, he pensado mucho en mi futuro desde que me recuperé de mi depresión. —Así era como se referían todos, las pocas veces que lo hacían, a las dos semanas que pasó drogada en su cama tras la marcha de Magnus—. Y estoy decidida a retomar las riendas de mi vida.

—Muy bien, hija —la felicitó Matías, untando las tostadas con mantequilla, ajeno a la debacle que estaba punto de desatarse sobre su cabeza—. Me alegro de que hayas entrado en razón. Este mismo lunes hablaré con la jefa de enfermería del hospital de Oslo para que te incluyan en el cuerpo de matronas y muy pronto empezarás a trabajar.

—Papá...

—Averiguaré si la señora Olsen sigue en activo —siguió sin hacerle ningún caso—. Tu antigua tutora será ideal para ocuparse de la primera educación del pequeño Kurt. Si ya se ha jubilado, seguro que podrá aconsejarnos a alguien de su confianza. Respecto a ti, deberías...

—Papá, por favor —interrumpió Jana con educación. Olivia contuvo el aliento; a Matías no le gustaba que lo interrumpieran—. He dicho que quiero retomar las riendas de mi vida. No de la vida que tú quieres para mí.

Su padre la miró, estupefacto. Inspiró con fuerza, pero Jana no lo dejó hablar.

—A las ocho en punto saldré por esa puerta con mi hijo, rumbo al aeropuerto. Me voy de vuelta a Tromsø, de donde no debí marcharme nunca —dijo Jana con voz firme. Se puso de pie y apoyó las manos sobre la mesa.

Buscaba darle fuerza a su discurso y también disimular el temblor que amenazaba con dominarla—. A las once de la mañana saldrá el avión, te lo digo por si quieres ir a despedirte. No de mí, quizá, pero sí de tu nieto, al que sé que adoras.

Su padre seguía sin reaccionar. La miraba inmóvil, como si fuera una aparición.

—Odias a Magnus, todavía no entiendo muy bien por qué. Él no te ha hecho nada malo, y a mí lo único que me ha dado han sido los momentos más felices de mi vida —dijo Jana con la voz de pronto enternecida—. Me ha enseñado lo que significa valerme por mí misma. Me ha dado a probar la verdadera libertad. Nosotros siempre os recibiremos a ti y a mamá con los brazos abiertos. —Ahora que se había lanzado, nada podría detenerla—. Jamás impediré que veáis a Kurt, porque sé que él necesita a sus abuelos y sois los únicos que le quedan, dado que Magnus no tiene familia. Dime qué piensas de todo esto, papá —pidió Jana tras una pausa para tomar aliento—. Tu opinión, pese a todo, es importante para mí.

Matías Jensen pareció salir de un sueño profundo. Miró a Jana, después a su mujer, y de nuevo a ella. Resopló. Esbozó una sonrisa. Se echó a reír. De pronto, estalló en sonoras e hirientes carcajadas.

—¿Momentos felices? ¿Probar la libertad? —preguntó con tono burlón entre risas y jadeos. Todo aquello parecía hacerle mucha gracia y se sujetaba el abdomen a mandíbula batiente—. Y la que más me gusta, ¿te ha enseñado a valerte por ti misma? ¡Valientes estúpidos! —exclamó, tornando su expresión cómica en una adusta y dura en una fracción de segundo—. Te diré lo que va a pasar.

Jana sintió flaquear su decisión al ver la mirada autoritaria de su padre, al escuchar la tiranía de su voz.

—Tú no te vas a ninguna parte. Si sacas un solo pie de esta casa, te aseguro que te vas a arrepentir. Si te atreves a mover a mi nieto a más de un kilómetro a la redonda de mi presencia, me encargaré de internarte en un psiquiátrico y que no salgas de ahí jamás, porque está claro que has enloquecido —amenazó con voz glacial. A Jana se le cortó la respiración, no dudaba ni un segundo de que cumpliría sus amenazas—. Vamos a olvidar que esta conversación ha tenido lugar. Qué manera de fastidiarme el desayuno —

murmuró, volviendo al huevo duro que estaba intentando pelar.

Lo miró con incredulidad. Estaba dispuesto a hospitalizarla en un psiquiátrico de por vida con tal de tener razón. El único que estaba enfermo allí era él, ahora lo veía claro. Enfermo de poder, enfermo de control, enfermo de delirios megalomaniacos. Buscó dentro de ella la fuerza de volver a enfrentarlo, pero había disparado sus últimos cartuchos. Asqueada consigo misma, volvió a sentarse. Se quedó inmóvil frente a su café, sin saber por dónde seguir.

—Yo sí sé por qué odias a Magnus —dijo Olivia con un hilo de voz. Jana alzó la mirada con curiosidad. Pese a su evidente fragilidad, leía en ella una determinación nueva, que antes no estaba ahí—. Porque, aunque lo niegues, te ves reflejado en él.

—¡Qué estupideces dices, Olivia! —espetó Matías con tono despectivo y burlón—. Cállate y come.

—Tú eras más joven cuando yo te conocí, ¿no lo recuerdas? —prosiguió con su voz dulce y serena—. Fue muy fácil enamorarme de ti, de tu entusiasmo, de tu ambición, de la pasión que ponías para conseguir todo lo que te propusieras.

—¡He dicho que te calles! —rugió Matías. En ese momento, la puerta se abrió y Jana dio gracias al universo. Lars había acudido a la llamada de socorro en forma de telegrama que le había hecho llegar a través de Nana la noche anterior. Con aquello, la mujer se redimía un poco de todo el mal que les había causado—. ¿Y tú qué haces aquí?

—He venido a llevar a Jana al aeropuerto. Me pedía ayuda, ahora entiendo por qué —dijo Lars, endureciendo el tono de voz.

—Ven, Lars. Quizá tú también te sientas identificado con esta historia —dijo Olivia, apartando la silla a su lado para que se sentara—. Nana, quédate, por favor. Quiero que seas testigo de lo que voy a decir tú también.

—Olivia, estás montando un espectáculo —dijo Matías, rechinando los dientes de pura rabia. Jana miró a su madre con reverencia, ¿había tramado todo aquello para ayudarla, o era fruto de la improvisación?—. Y te aseguro que habrá consecuencias.

—¡Oh! No, querido. Solo es una historia de nuestro pasado que sé que a ti no te gusta mucho, pero que a mí me encanta recordar —dijo ella con una risa



tenue y mirándolo con amor. Amor verdadero. Jana se estremeció. Su madre amaba a su padre de verdad—. Jana, cuando yo conocí a tu padre no era más que el hijo de un criador de cerdos de origen danés. Soñaba con ser médico cirujano y estudiaba anatomía diseccionando cerdos en el matadero —relató Olivia con una sonrisa que buscaba ser cómplice, pero su padre había enmudecido por la humillación—. Yo había ido a encargar la carne para una celebración a su carnicería. Mi madre se había olvidado de dejarle el recado a la cocinera y tuve que hacerlo yo. ¿Sabes cuál fue la primera frase que me dijo?

Jana negó con la cabeza. Pese a todo, estaba fascinada con la historia y necesitaba saber más.

—Me dijo: «El cerdo es el animal más parecido al ser humano, más incluso que el mono» —dijo su madre en una perfecta imitación de la voz seria y afectada que ponía Matías cuando empleaba el tono académico—. Tú sí que sabes cómo conquistar a una chica, Matías. A partir de ese momento, volvía cada día junto a él.

—Olivia. No sigas —dijo su padre en un ruego.

—No sé si lo sabes, Lars, pero mi familia posee una enorme fortuna. Mis padres son los únicos dueños de los astilleros Christensen y provienen de una larga dinastía de gente adinerada —dijo Olivia, dirigiéndose al exprometido de su hija a la vez que le servía un café. Jana asintió, esa parte sí la sabía—. Mi madre es prima del mismísimo Harald de Noruega. Por eso, cuando quise hablarles de Matías, no quisieron saber nada de él. ¿Verdad, cariño? ¿Te suena de algo? Tú tenías dieciocho años. Yo, dieciséis.

Jana observó a su padre con la boca abierta. No tenía ni idea de aquello, aunque era cierto que su padre jamás hablaba de sus orígenes y que sus abuelos paternos habían fallecido cuando ella era muy pequeña. Sabía que tenía algunos primos en Oslo, pero su padre jamás mantuvo contacto alguno con sus hermanos mayores.

—Así es, Lars. Matías no era más que el hijo de unos criadores de cerdos, con un hermano mayor que se ocupaba de la carnicería, otro que se encargaba del matadero y unos padres que trabajaban en la granja de sol a sol. Eran unas personas magníficas, y todos apoyaron sin reservas que el pequeño de la familia quisiera ser médico —dijo Olivia con voz soñadora. Su padre parecía

hundido en la silla y sujetaba su frente con la mano, con la mirada perdida—. Pero a mis padres les costó muchísimo entrar en razón.

—¿Y qué pasó? —preguntó Jana, anonadada por el paralelismo que descubría entre su vida y la de sus padres, veinticuatro años después.

—Acabaron por entender que la felicidad de su hija estaba por encima de cualquier convencionalismo, que el amor no entiende de clases sociales, ni de dinero, ni de educación. Me quedé embarazada, nos casamos y fueron mis padres los que nos mantuvieron hasta que Matías se licenció de cirujano y pudimos independizarnos. Aun así, esta casa y nuestro estatus se mantiene mayormente con el patrimonio de mi familia —contó Olivia, sin apartar la mirada de su marido—. Y pese a lo que quieras creer, Jana, pese al carácter de tu padre, y que repite los patrones de lo que vivió en su casa porque no conoció otra cosa en su niñez, fuimos y somos felices. No sé cuándo se nos fue de las manos esta sinrazón.

Matías estaba pálido. Respiraba agitadamente. Lars lo observó con ojo clínico, preocupado por si le daba un infarto, pero Olivia disipó la tensión con una risa franca y argentina.

—Lars, se hace tarde. Ya son bien pasadas las ocho —dijo tras limpiarse la boca con la servilleta. Se levantó e instó a Jana a hacer lo mismo—. Busca a Kurt, tienes que irte al aeropuerto. ¿Puedo acompañaros? Después, te agradecería que me trajeses de vuelta a casa. —Lars asintió y ella sonrió.

Salieron del salón y Olivia se volvió una vez más hacia su marido, que yacía derrumbado en su silla.

—Matías, yo te sigo queriendo, pero últimamente me lo estás poniendo muy difícil. Cuando vuelva, tú estarás en el hospital, y cuando regreses a casa, yo no estaré aquí. —Aquello pareció hacerlo reaccionar, porque dio un respingo en la silla y clavó sus ojos vidriosos en ella—. Me iré a casa de mis padres a Bygdøy, me vendrá bien desconectar. Cuando entres en razón y cambies de actitud, puedes ir a buscarme. Yo te esperaré.

Nana bajó con Kurt de la escalera y todos salieron y se subieron al coche de Lars. Jana no podía creer lo que estaba viviendo. Cuando el vigilante cerró la cancela de hierro forjado, se atrevió a mirar atrás. Su padre estaba de pie en lo alto de la escalinata de la entrada, inmóvil, presenciando su partida.

# Tromsø

*Tromsø, mayo de 1972*

Jana agradeció la ayuda de la azafata al llegar al aeropuerto de Tromsø, Kurt seguía mostrando su entusiasmo a gritos con cada cosa nueva que veía a su alrededor. Cuando el avión aterrizó, casi se volvió loco. No paraba de imitar el ruido del motor para consternación de parte del pasaje y la indulgencia de la otra.

—Bienvenidos a Tromsø —dijo la auxiliar de vuelo en tierra, acompañándola hacia la entrega de equipajes y artículos especiales para ir a buscar el carricoche de Kurt—. ¿Viene por placer o por trabajo?

—Volvemos a casa.

Jana sonrió mientras empujaba el carro con las dos enormes maletas, el carrito plegado y con Kurt protestando en la mochila a su espalda porque quería caminar.

—Mamá, tengo hambre, ¡quiero comer! ¡Quiero comer! —berreó agitando sus puñitos, enfadado. Jana se armó de paciencia y lo bajó de la mochila.

—Kurt, ahora vamos a ver a papá. ¿No quieres ver a papá?

—Papá vive muy lejos, ¡hemos viajado un año! —dijo con expresión de sorpresa. Ella sonrió ante el discurso chapurreado con su voz dulce e infantil, y al menos había desviado su pataleta—. Papá vive en un mundo flotante de hierro, me lo ha contado. ¿Vamos a visitarlo al mundo flotante de hierro?

Parloteaba sobre su padre sin parar mientras Jana buscaba el mostrador de coches de alquiler y esperaba con paciencia a que el resto de los pasajeros terminase con sus gestiones. Acabó por darle una tableta de chocolate a Kurt, sentado encima de la maleta negra.

—¿Necesita ayuda? —preguntó el encargado de entregarle el Volvo p1800 que había escogido—. Vaya cochazo que ha alquilado usted, ¡es una bala!

—  
dijo sacando brillo a los cromados del capó.

—Es el único que sé conducir —dijo Jana, ruborizada. Necesitaba moverse con libertad por la ciudad. Ya tenía la dirección de las oficinas de la Statoil en Tromsø y ahora podía permitirse cualquier cosa con el apoyo de su madre—. Es igual a mi coche en Oslo.

—Pues es usted una chica con suerte.

—¡Y es rojo! Mi color favorito, ¡me gusta el rojo! —dijo Kurt entusiasmado. Jana lo sentó en la sillita acoplada al asiento trasero y puso varios juguetes a su alcance.

Condujo hasta el puerto con los recuerdos aflorando en cada rincón. La catedral del Ártico, el puente que unía la isla con el continente, las calles amplias con los edificios de madera, los barcos abarrotando los pantalanes..., pero el corazón de la ciudad latía con una prosperidad nueva. Habían abierto comercios nuevos, la calle principal estaba llena de cafeterías y restaurantes, y el puerto bullía de actividad. Había pasado un año y medio desde su marcha.

Aparcó cerca de las oficinas de la Statoil, extrañada de encontrar los ventanales cubiertos con papel marrón de embalar. Empujó la sillita de Kurt, medio dormido por el paseo en coche, la calefacción y las emociones del viaje, por la puerta de las oficinas con dificultad.

Un obrero vestido con ropa de trabajo y un casco colocaba unos fluorescentes en el techo. En el interior reinaba ese aspecto caótico de las obras que aún están por terminar.

—Buenos días, busco a Magnus Thoresen. Es el ayudante de ingeniería.

¿No está trabajando aquí? —dijo Jana, temiéndose lo peor—. ¿Cuándo comienza a funcionar esta oficina?

El obrero bajó de la escalera y se rascó la cabeza bajo el casco, perplejo.

Buscó unos papeles y pasó los folios hasta dar con lo que buscaba.

—Sí. Goran Petersen y Magnus Thoresen en la Ingeniería —leyó con una sonrisa—. Estamos retrasados con las obras, esperamos entregarlo todo la semana que viene. Que yo sepa, ninguno de los trabajadores se ha personado aquí.

—Vaya —murmuró Jana, desilusionada. Se había montado la película de que Kurt corriese hacia él para sorprenderlo, y ellos se reencontrarían con un

beso apasionado—. Muchas gracias por su ayuda.

¿Qué haría ahora? ¿Buscaría alojamiento en la ciudad? Pensó en bajar hasta el puerto y localizar el puesto de Sonja, pero la tarde caía y muy pronto estaría oscuro. Kurt dormía a pierna suelta en la sillita y ni se inmutó cuando lo acomodó en el asiento de atrás con una manta.

Condujo sin rumbo hasta que, sin haberlo decidido realmente, enfiló el coche hacia Kristtorn. La visión del paisaje conocido inundó sus ojos con lágrimas y encogió su corazón. Cuántos recuerdos. Cuántas ilusiones.

Cuántos miedos y decepciones también. Los prados de las granjas seguían cubiertos de nieve y les daban un aspecto uniforme y ordenado.

¡Qué cerca estaban de la ciudad en realidad! Con el camino asfaltado, llegaron a Kristtorn en menos de veinte minutos. ¿Pasaría el coche por la precaria pasarela? Sonrió al descubrir que una cancela nueva de madera de color rojo que pivotaba sobre una columna de hormigón y acero cerraba el acceso a la isla. Ahora, el puente daba paso a un coche con holgura y tenía barandillas a ambos lados. La cabaña de Hilde y Fred quedaba a lo lejos a su izquierda, pero ella siguió conduciendo hacia la que durante tanto tiempo había sido su verdadero hogar.

A veces el tiempo cristaliza las vivencias y recuerdos que creías enterrados en tu memoria esperan el momento preciso para resurgir. Jana detuvo el Volvo junto al tocón de sauce en el que Magnus amarraba su pequeño bote.

Cerró los ojos y sonrió. Vio a Kurt tumbado de espaldas sobre una manta en la hierba, jugando con sus pies. A Magnus pescando tan solo con un anzuelo y un sedal, atando campanillas que lo avisaran de que algo había picado. Ella misma, leyendo bajo el sauce, amodorrada por el zumbido de las abejas y el batir de las olas en la playa.

Había sido una tonta al marcharse. Ponía de excusa la enfermedad de su hijo, pero era ella la que necesitaba recuperar lo que había dejado atrás. El problema era que había idealizado su vida en Oslo, que no era más que una mentira. Ahora tenía una segunda oportunidad y no pensaba dejarla marchar.

La nieve primaveral crujió bajo sus botas y con cada pisada su corazón se aceleraba más y más. Se asomó a la ventana junto a la entrada y se sorprendió de encontrar unas cortinas blancas impidiendo la visión. Sonrió al descubrir

también un cable grueso perfilando el marco de la puerta. Lo siguió con la mirada hasta el poste de la luz. Por fin había llegado la electricidad a Kristtorn.

El llanto demandante de Kurt la hizo volver sobre sus pasos hasta el coche.

Kurt intentaba subir el aro acolchado que lo mantenía apesadado en la sillita.

—¿Es la casa de papá? ¿Hemos llegado con papá? —preguntó ilusionado mientras se frotaba los ojos con los puños.

—Es la casa de papá, pero papá no está —dijo Jana cogiéndolo en brazos.

Lo vistió con su buzo de pluma de ganso y lo envolvió en la manta—. ¿Quieres verla por dentro?

—¡Sí! ¡Quiero ver la casita roja! ¡Es roja! ¡Todo es rojo! —decía con entusiasmo Kurt.

Jana no se lo pensó dos veces. Era su casa. Se limpió los pies con el cepillo de la entrada y buscó la llave en la maceta de la buganvilla que contoneaba el pequeño porche. No se cuestionó que lo que hacía quizá fuese ilegal. Ahora, aquel era el único sitio que podía llamar hogar.

Su corazón dio un vuelco.

Magnus no estaba allí, pero había estado. Y no hacía mucho. Tocó el hierro forjado de la cocina de leña, estaba tibio. Había café hecho por la mañana y una vajilla blanca y sencilla reposaba limpia junto al fregadero. Apretó el interruptor y se obró el milagro.

—¡La luz! —celebró el pequeño Kurt.

—¡Sí, mi amor! —dijo Jana riendo, en verdad era motivo de celebración—. ¡Es la luz! Hasta hace muy poquito, aquí no había luz, ¿sabes?

Soltó una carcajada al comprobar que salía agua del grifo también.

—¡Esta es mi camita! —Su hijo había cambiado de nuevo el foco de atención e intentaba escalar por el lateral de la cuna que Magnus había construido. Un nudo de congoja se instaló en su garganta. Hilde no la había querido cuando, en un arranque de rabia, miedo, tristeza..., casi de enajenación mental, le regaló todas las pertenencias de ella y de Kurt justo antes de marcharse.

Deslizó las yemas de los dedos por la madera de la barandilla, con

pequeñas marcas de los dientes de su hijo. Cada rincón de aquella casa encerraba un recuerdo feliz. ¿Por qué no fue capaz de verlo hasta que estuvo a punto de perderlo todo? Quizá nunca encontrase respuesta a esa pregunta: inmadurez, egoísmo, cobardía, sentimiento de deuda con sus padres... Un año y medio después, la tragedia de aquella noche en que Kurt había enfermado tanto, y en la que tomó la decisión de abandonar a Magnus, había empequeñecido a la luz de su mayor experiencia como madre. Jamás debió abandonar la casa en una tormenta como aquella. Había puesto en riesgo su propia vida, la de Fred y la de Kurt. No quiso escuchar a Hilde cuando le dijo que solo tenía que bajar la fiebre y ponerle friegas de eucalipto, fue tan soberbia que ni siquiera se dejó aconsejar.

Hoy, lo habría hecho todo de forma diferente.

Hoy, habría pasado la noche en vela junto a su hijo, vigilando su fiebre y su respiración. Lo habría llevado al hospital al día siguiente, en el autobús, de día, con la seguridad de una carretera despejada por la quitanieves, y no con el carro tirado por un caballo viejo y famélico que no pudo resistir el frío y el esfuerzo.

Hoy era una mujer diferente, y esperaba tener la oportunidad de demostrárselo a Magnus.

No volvió ese día. Tampoco al siguiente.

Jana tomó posesión de la casa y retomó su papel de buena vecina con Fred e Hilde, que en aquel año habían escolarizado a todos sus hijos, comprado un coche a plazos y encontrado trabajo los dos. Ella limpiaba habitaciones en un hotel en el centro a media jornada y Fred había dejado el barco y ahora regentaba uno de los puestos del puerto, vendiendo el pescado de su antiguo patrón. Los dos estaban rejuvenecidos y Jana estaba feliz al ver que les había ido bien.

Buscó también una guardería para Kurt y mandó mecanografiar cuidadosamente su escaso currículum para llevarlo al Sant Jakob. Había pedido una cita con la jefa de matronas, su antigua tutora, para solicitar trabajo.

Aunque no las tenía todas consigo; había renunciado a su puesto de un día para otro, sin previo aviso y sin dar ni una sola explicación.

Cuando se vio frente al semblante adusto y con cara de pocos amigos de Elke Bodo, se echó a temblar.

—Y bien, señorita Jensen...

—Es Christensen ahora —corrigió Jana. Otra cosa que había hecho en el Registro Civil de Tromsø, cambiar su apellido. Lo llevaría como recuerdo permanente de la jaula de oro y de la nueva vida que pretendía fundar—. Es el de mi madre.

—Muy bien, señorita Christensen. Así que busca trabajo. —Su antigua tutora ni la miraba a los ojos, fijos en la hoja de papel—. No tiene mucha experiencia. ¿Y lleva más de un año sin trabajar?

—He preferido dedicarme por completo a la maternidad hasta que la salud de mi hijo se afanzara, y se resolvieran algunos aspectos personales —dijo Jana, siguiéndole el juego. Era como si ni siquiera se conociesen. No tenía claro si aquello era para bien o para mal—. He trasladado mi residencia de manera definitiva a Tromsø y ahora busco un puesto de matrona o enfermera para retomar mi faceta profesional.

—Ya veo —murmuró la mujer, meditabunda.

Alzó las cejas y volvió a leer con atención el papel. Parecía sopesar muy bien la información. Después, lo dobló y lo metió de vuelta al sobre. Lo guardó en una abultada agenda de cuero llena de otros papeles y cruzó las manos encima del escritorio clavando en ella una mirada de circunstancias. A Jana se le cayó el alma a los pies.

—Muchas gracias por la información. Tendremos su currículum en consideración cuando haya una vacante —dijo con tono formal, con las palabras aprendidas de un mero trámite. Para librarse de ella como si fuera una molestia más.

Se levantó de la silla y cogió su abrigo y su bolso. Murmuró un agradecimiento y se dirigió a la puerta de su despacho, presa de la desolación.

—Empezarás desde cero, chica de ciudad —la detuvo Elke cuando ya estaba saliendo por la puerta—. No quiero ni una sola protesta, ni una sola mala cara, no quiero ni escucharte respirar. ¿Me has oído? —Jana abrió la boca y asintió, parpadeando desconcertada. No podía creerlo—. Tienes suerte de que una de mis mejores matronas tenga un embarazo de alto riesgo y haya tenido que solicitar la baja antes de tiempo, o no habrías ni pisado la maternidad en pago por el abandono de tu puesto.

—Lo sé, lo sé... Gracias. Muchas gracias, Elke. No te arrepentirás —



tartamudeaba Jana, que no sabía si reír o llorar de la felicidad—. Mañana mismo vendré a ponerme al día de todo, no tendrás queja de mí, ¡ya verás!

Llegó el viernes y ya tenía todo atado: la guardería de Kurt y la persona que lo cuidaría cuando tuviera turno de noche, su trabajo como matrona en el hospital, la compra de todo el mes atiborrando las alacenas de la cabaña y los arcones exteriores. Había comprado varios kilos de sal gruesa para mantener el camino despejado de nieve. Ya no tenía el coche de alquiler. El suyo venía desde Oslo por el Hurtigruten y tardaría aún un par de días. Mientras, le pagaría a Fred para que los llevase y trajese al Sant Jakob, aunque él se empeñaba en que no le quería cobrar. ¿Por qué ahora le parecía todo tan fácil? Hasta el trecho cubierto de nieve que la separaba del puente era tan solo unas pocas decenas de metros.

Mantenerse ocupada le había servido para apartar de su mente la idea de que Magnus quizá estaría en un turno de varias semanas en la plataforma pese a la firma de su nuevo contrato. Ahora debía enfrentarse a todo un fin de semana sin hacer nada.

Por la mañana acarreó troncos hasta la leñera agotada junto a la chimenea de la cabaña. Kurt correteaba de aquí para allá, y tras pasar un susto al quemarse un dedito por tocar donde no debía, ya había aprendido que no debía acercarse demasiado ni a la cocina ni al fuego del hogar. Pronto sería su segundo cumpleaños, y Jana no había preparado nada, aunque su madre ya la había avisado que iría a visitarlos para llevarle unos regalos y ver cómo estaba todo por allí.

—¿Has vuelto ya a casa? —preguntó Jana al teléfono desde la centralita del hospital.

—No, hija. Tu padre está desesperado y muy arrepentido. No hace más que preguntar por ti y por Kurt. —Notaba a su madre más ligera, más alegre, con la voz más firme y sonriendo mucho más—. Le conté que te habías cambiado el apellido y tuve que colgarle el teléfono del ataque de furia que le dio —le contó su madre entre risas. Jana sintió una satisfacción algo maliciosa, pero se lo tenía más que merecido—. A las dos horas me devolvía la llamada para decirme que era mejor que te llamasen Christensen porque así tendrías más influencia y te iría mejor.

—¡Siempre pensando en lo mismo! —suspiró, entre gestos de negación.

—¿Y Magnus? ¿Tienes noticias de él?

—No, mamá. Llevo aquí una semana y no sé nada de él. Las oficinas de la Statoil aquí no tienen a nadie trabajando todavía, y en Stavanger me dicen que ya no está allí —dijo Jana, más preocupada de lo que en realidad quería admitir—. Pero las cosas por aquí han cambiado mucho, ya lo verás cuando vengas. Yo por ahora tengo mucho que hacer en la casa, espero que te animes a quedarte conmigo en Kristtorn esta vez.

Y llegó el sábado. Le compró a Fred una magnífica pieza de salmón y se entretuvo con Kurt en quitar las espinas. Lo cubrió con sal, azúcar, eneldo y Akvavite, y lo dejó en el exterior, a buen recaudo de alimañas, para que macerara. Preparó pan. Barrió, fregó y sacudió cada rincón de la cabaña, y acabó agotada, pero aun así las horas no parecían pasar.

Cayó la noche y la desazón la abrumaba. No podía estar quieta ni un momento. Y si conseguía enganchar con una novela o adormecerse en la mecedora, Kurt se encargaba de interrumpirla sin piedad.

—¿Quieres bollos de canela? —dijo en un segundo de inspiración—. ¿Quieres que mamá te cocine unos riquísimos bollos de canela?

—¡Sí! ¡Bollos de canela de Nana! ¡Bollos de canela de Nana! —dijo Kurt entusiasmado. Ella no pudo evitar una punzada de celos, pero mientras estaba en la casa de sus padres era Nana quien se había ocupado casi siempre de cocinar para él.

—¡Cómo que de Nana! ¡Bollos de canela de mamá! —Se levantó y comprobó que tenía de todo en la alacena—. Ya verás qué ricos, te van a encantar.

Debió limpiar la casa después de la sesión de repostería.

Terminaron cubiertos de harina y el suelo de la cabaña también. Acabó por llenar la tina de latón con agua caliente para bañar a Kurt y a ella misma.

Después tuvo que esmerarse con la casa y acabó rendida en la cama junto a su hijo. Entre el calor de la chimenea y la cocina de leña, el bienestar por el baño, y atiborrados de azúcar y canela, se quedaron dormidos sobre el camastro.

Magnus miró el camino con desconfianza. Dos marcas de las ruedas de un coche llegaban hasta el porche de su cabaña, ¿se habría acercado hasta allí Fred? Salía humo de la chimenea y también del caño de latón de la cocina,

pero no había luz en el interior. Echó un vistazo a su reloj, eran poco más de las siete de la tarde.

Acababa de llegar de un largo y accidentado recorrido en coche militar desde la central de Kislaya-Guba en Múrmansk para estudiar las posibilidades de la energía mareomotriz. Estaba muerto de hambre y con la espalda apaleada después del viaje de doce horas. Lo único que quería era tirarse en la cama y descansar. Pero, al parecer, alguien se le había adelantado.

Se quitó las pesadas botas de trabajo y las dejó en el porche. Un intenso aroma a bollos de canela lo recibió al abrir la puerta. Dejó a un lado la preocupación porque no estaba con llave como él la había dejado y cerró los ojos al tiempo que su boca se hacía agua. Una mirada circular le bastó para saber que alguien había estado allí, pero todo estaba tan ordenado que parecía que ya no quedaba nadie. Quizá algún pescador en apuros había usado la casa para refugiarse unas horas, no era una situación inusual.

Y entonces los vio.

Se llevó la mano al pecho, su corazón se saltó un par de latidos.

El pelo liso y rubio de Jana se entremezclaba sobre la almohada con los rizos tan solo un poco más oscuros de Kurt. Dormían abrazados, con las mejillas arreboladas y tapados hasta el cuello con las pesadas mantas y el cobertor. Quiso correr y abalanzarse sobre ellos para abrazarlos, pero se quedó inmóvil, enternecido. ¿Cómo era posible que estuvieran allí?

Se bebió la imagen de las largas pestañas de ambos sobre las mejillas, de su respirar acompasado —lento y profundo el de Jana, el de Kurt más superficial—, de la imagen irreal de los brazos maternos envolviendo al pequeño.

Conmovido, pero incapaz de contenerse más tiempo, se arrodilló junto a ellos.

—¿Qué es este sortilegio? ¿Cómo es posible? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —murmuró, sin creerse todavía que tenía allí a su mujer y a su hijo—. Jana, despierta. Por favor, ¡despierta!

Rozó su rostro con un dedo y ella parpadeó. Sus ojos tardaron un instante en enfocarse y, aún embotada por el sueño, le costó entender sus palabras.

—¡Magnus! —reaccionó de pronto. Se incorporó y se lanzó a sus brazos con un gemido desgarrado. Kurt quedó aprisionado entre ellos y protestó—.

¡Por fin has vuelto!

Se abrazaron los tres durante un instante eterno. Jana lloraba de alivio, Magnus de alegría, el pequeño Kurt, enfadado por el brusco despertar.

Magnus acabó tendido en la cama con su mujer y su hijo cobijados en su pecho. En aquel momento de reencuentro no había sitio para las palabras, solo para la certeza inamovible de que ya eran una familia. Y que, de ahí en adelante, los esperaba un futuro juntos de amor y prosperidad.

# Epílogo

## *Can Picafort, diez años después*

Aquellos días de descanso estaban siendo providenciales. Al principio se había opuesto a la idea de pasar la Semana Santa en Mallorca, pero los últimos días llevaban encima una enorme carga de trabajo y estrés. Magnus acababa de finiquitar su relación con la Statoil como empleado y pasaba a firmar un contrato que lo convertía en el principal proveedor de herramientas y maquinaria de todo tipo, afianzando por fin su propia empresa a nivel estatal. Vikingverktøy. «Herramientas vikingas.» Se echó a reír, pero lo cierto era que el nombre no podía ser mejor.

Condujo por las callejuelas atestadas de gente hacia las afueras del pueblo.

¡Cuánto habían cambiado las cosas en aquellos últimos diez años! Ella regentaba una pequeña clínica privada de parto respetado en Tromsø y Magnus se despedía de las plataformas petrolíferas para siempre. Había trabajado muy duro para llegar donde estaba. Jana sonrió con orgullo, recordando aquella primera turbina, los muebles contruidos con sus propias manos, las mejoras en las casas de amigos y vecinos, las reparaciones improvisadas y las herramientas ingeniosas que creaba para solventar cualquier problema que se le pusiera por delante. Hoy, su ingenio se materializaba en la industria de herramientas y maquinaria ligera y pesada más importante del norte de Noruega. Sin haber aceptado ni un solo céntimo de sus suegros, pese a su insistencia en querer invertir.

Negó con la cabeza mientras esperaba a que la puerta corredera se abriese para aparcar en el garaje. Había cosas que jamás cambiarían. Y aunque el carácter de Magnus se había suavizado un poco en aquellos diez años, seguía siendo un hombre orgulloso y terco. Con todo lo bueno y lo malo que eso

significaba.

Y ella seguía amándolo como el primer día.

—¡Mamá! —llamó Kurt desde el interior de la casa. Unos pasos rápidos, atronadores, le trajeron a su hijo en pocos segundos y recibió un beso en la frente—. Mamá, qué bien que has llegado. Estaba esperándote para ir a la playa. Los chicos y yo vamos a encender una hoguera, estaré en la zona junto al faro.

Jana observó a su hijo. Aún conservaba las formas redondas de la niñez, pero ya le sacaba media cabeza. Sería un hombre bueno e íntegro y, algún día, haría muy feliz a alguna mujer.

—Está bien, puedes irte. ¡No olvides llevar tus llaves! —Su hijo le dio otro beso rápido en la mejilla y desapareció por la puerta. Jana reprimió una sonrisa al ver a una chica pelirroja, que ya había divisado junto a él en alguna otra ocasión, esperándolo al otro lado de la calle—. ¡Vuelve sobre las doce!

Alcanzó a ver su gesto impaciente de despedida que buscaba aplacarla.

Llegaría a tiempo. Era un niño responsable y educado. Y, además, que él no estuviera le venía muy bien en esta ocasión.

Magnus no tardaría en llegar.

Descorchó la botella de vino y la dejó airear sobre la mesa. Puso sobre una bandeja unas aceitunas, un poco de queso y algo de jamón. Estaba un poco preocupada por lo que tenía que contarle. Añadió una copa y unas servilletas, y lo llevó todo al porche que daba hacia la playa. Le encantaba cerrar la jornada mientras caía la tarde en aquel columpio que él había construido el verano anterior, cuando compraron la casa. Impaciente al ver que se demoraba algo más de lo acostumbrado, mordisqueó un poco de queso y se dejó caer sobre los cojines del balancín.

—¡Ya estoy en casa! —anunció su voz estentórea.

—Estoy aquí, en el columpio —respondió Jana. Su corazón comenzó a latir con fuerza, la expectación se anudó en su vientre y sus manos comenzaron a temblar.

Magnus subió las escaleras del porche con una enorme sonrisa vistiendo su rostro bronceado. Jana dejó a un lado su preocupación y su nerviosismo para regodearse en la visión. Estaba magnífico a sus cuarenta y cinco años. El pelo rubio y entrecano, con ese largo hasta el cuello de la camisa blanca,

seguía generando el deseo en la yema de sus dedos de hundirse y aferrarse a él al hacer el amor. Aquel cuerpo recio, esculpido por el trabajo duro, con esa sensibilidad especial en las manos y de la que hacía gala cada vez que la tocaba. La sonrisa canalla, de dientes blancos y ojos celestes que brillaban con esa vida, ese optimismo, que había reaparecido con fuerza en el último tiempo. Su sexo se tensó con el latigazo hambriento que la azotó y se asió a su nuca cuando él se inclinó a besarla.

—Si llego a saber que iba a ser este el recibimiento, habría venido antes

— dijo divertido tras regodearse en el contacto húmedo y cálido de aquel beso—. ¿Todo bien?

Se dejó caer, expansivo, sobre el columpio junto a ella y la madera se quejó con un crujido lastimero.

—¡No seas bruto! Eres igual que tu hijo —dijo Jana entre risas—. Entre los dos, me lo vais a romper y me encanta.

—Te construiré otro. Más grande, mejor —aseguró Magnus. La besó en la punta de la nariz, robó dos aceitunas del cuenco y se las metió en la boca con un ademán divertido—. ¿Qué tal tú en Palma? ¿Qué has ido a hacer exactamente, que no me querías contar?

Jana retuvo el aire unos segundos. Era el momento. Se inclinó sobre la bandeja y sirvió el vino en la copa.

—No quería decirte nada hasta no estar segura. Pero es una sorpresa muy especial —comenzó a decir ella, de pronto nerviosa como una adolescente—. Espero que lo sea para ti también.

Magnus la miró, intrigado. Recibió la copa de su mano y la alzó para brindar. Jana reprimió una carcajada al ver su gesto de sorpresa cuando descubrió que había solo una copa servida.

—¿No bebes vino conmigo? ¿Te preparo otra cosa? ¿Un *gin-tonic*? —preguntó, solícito.

Jana lo miró con intención, pero él parecía perdido. Totalmente despistado.

Normal.

—No, no puedo hacerlo. Va a pasar una buena temporada sin que pueda acompañarte a la copa de la tarde —dijo al fin con una enorme sonrisa

dibujándose en su cara.

El rostro de Magnus cambió en un caleidoscopio de expresiones distintas cuando por fin se dio cuenta. Extrañeza, estupor, sorpresa... y sí. Alegría.

Felicidad.

—¿Estás...? ¿Es cierto? ¿Estás...? —tartamudeó, incapaz de invocar las palabras adecuadas. Llevó las manos a su vientre y la miró con reverencia.

Jana ensanchó aún más su sonrisa y, con los ojos brillantes por las lágrimas, asintió.

—Sí, estoy embarazada. Tendremos un bebé para finales de enero.

El cambio que se operó en Magnus en ese momento no lo olvidaría jamás.

Se levantó del columpio y tiró de ella para abrazarla con fuerza. Cayó de rodillas al suelo, alzó su camisa y metió la cabeza bajo la tela para besarla en el abdomen una y otra vez. Jana acarició su pelo, desconcertada y entre risas.

—Entonces, ¿estás contento con la noticia? Sé que no querías más hijos...

ha pasado mucho tiempo, yo ya tengo treinta y cuatro años... —barbotó expresando sus miedos.

—Jana, no podría ser más feliz —dijo Magnus, aún de rodillas en el suelo y mirándola desde abajo con adoración—. Ahora es el momento perfecto.

Estaré ahí para él, como no pude estar con Kurt cuando era pequeño.

Durmiendo cada día en casa, sin perderme ni un solo minuto de sus primeros años, sin que nada ni nadie me separe de él.

Jana no pudo hacer otra cosa que arrodillarse también y abrazarlo al percibir la emoción intensa de sus palabras.

—Estoy seguro de que será un niño. Otro vikingo —aseguró con esa convicción que la sorprendía y abrumaba—. Lo llamaremos Magnus Erik.

Como mi abuelo. Como mi padre. Como yo. ¿Qué te parece?

Jana soltó una carcajada desarmada. Se besaron, allí, arrodillados sobre las tablas de madera del porche, mientras caía la tarde mediterránea en Can Picafort.

—Será como tú quieras, mi amor. Y estoy deseando vivir esta nueva etapa junto a ti y junto a Kurt.

Se levantaron entre risas, ayudándose el uno al otro, y se sacudieron las rodillas adoloridas. Abrazados por la cintura, entraron en la casa.

—¿Preparamos algo de cena?



—Yo me encargo de la carne, tú ponte con la ensalada. ¿Contamos con Kurt para comer?

Y así, embebidos en la rutina protectora del amor y la familia que habían forjado, celebraron con sencillez la llegada a sus vidas del nuevo ser.

# Agradecimientos

Cada vez que termino una historia me doy cuenta de la cantidad de personas a las que debo algo para que se haya convertido en lo que hoy es. *Bajo la aurora boreal* me ha llevado a límites insospechados, desde enviar correos a la Statoil (mil gracias, Annika, por tu amabilidad y paciencia en responder mis preguntas y mi bombardeo de *emails*), hasta pasar una tarde entera en el Jadeveien Sykehjem recibiendo información de primera mano de ese Tromsø vibrante de la época del descubrimiento del petróleo. Los abuelos son lo mejor de este mundo, ¡mil gracias por toda la información y por su eterno buen humor!

A mis lectoras beta más íntimas: Carmen, Mar, Gaby y Yolanda, que me aguantaron sufriendo, dudando y arrancándome la piel a tiras hasta convertir la novela en lo que hoy tienes entre las manos. Sin duda, la que más sangre, sudor y lágrimas me ha arrancado hasta hoy.

A mi vikingo, siempre, por su apoyo y por, como siempre digo, anclarme los pies en la tierra a la vez que me hace tocar el cielo. Gracias por el *gravlaks*, el carpacho y ese *steak tartar* que me da fuerzas para escribir. Te quiero.

Mil gracias también a la Editorial Terciopelo y a Roca, por la confianza depositada en mí, el cariño y mimo que han puesto en cada paso desde el anuncio del Premio Terciopelo, en especial a Mariajo Losada e Ilu Vílchez.

Me encanta que mi primera novela con solapas haya sido *Bajo la aurora boreal*. ¡Es todo un hito en la vida de una escritora!

A ti, que tienes la historia entre tus manos. GRACIAS, así, con mayúsculas.

Por acompañar a Magnus y a Jana en este viaje vital. Sois la gasolina del motor de mi escritura y lo que me convence siempre de que esto vale la pena, de seguir transitando, lenta pero segura, en este camino pavimentado de tinta y letras. Brindo porque compartamos cientos de novelas más.

Con todo el amor del mundo,  
MIMMI KASS - JAVIERA HURTADO

---

Novela ganadora del XII Premio de Novela Romántica Terciopelo

© 2019, Javiera Hurtado

Primera edición en este formato: junio de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

[info@rocaebooks.com](mailto:info@rocaebooks.com)

[www.rocaebooks.com](http://www.rocaebooks.com)

ISBN: 978-84-17705-08-4

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

# ÍNDICE

- Portadilla
- Acerca de la autora
- 1969
  - La jaula de oro
  - El aroma de la libertad
  - Chica de ciudad
  - Un poco de educación
  - Kristtorn
  - La bicicleta
  - Una visita inesperada
  - Como San Pedro
  - Lo que quiero de verdad
  - La decepción
  - La llamada
  - La soberbia y el orgullo
  - Estás diferente
  - Las consecuencias
- 1970
  - Dulce invierno
  - Andar y amar
  - El pequeño Kurt
  - Verano en Kristtorn
  - Vuelta al trabajo
  - Otoño traicionero
  - El perfume
  - Svetlana

- Statoil
- El viejo Clyde
- 1971
  - Stella Polaris
  - Cuando cae la venda
  - Los abogados
  - Un choque de titanes
  - Un manojo de cartas
  - Un regalo de Navidad
  - God Nyttar!
- 1972
  - Nostalgia
  - Reencuentro
  - Encrucijada
  - Østbanestasjon
  - Puta
  - Hechos consumados
  - Tromsø
- Epílogo
- Agradecimientos
- Créditos